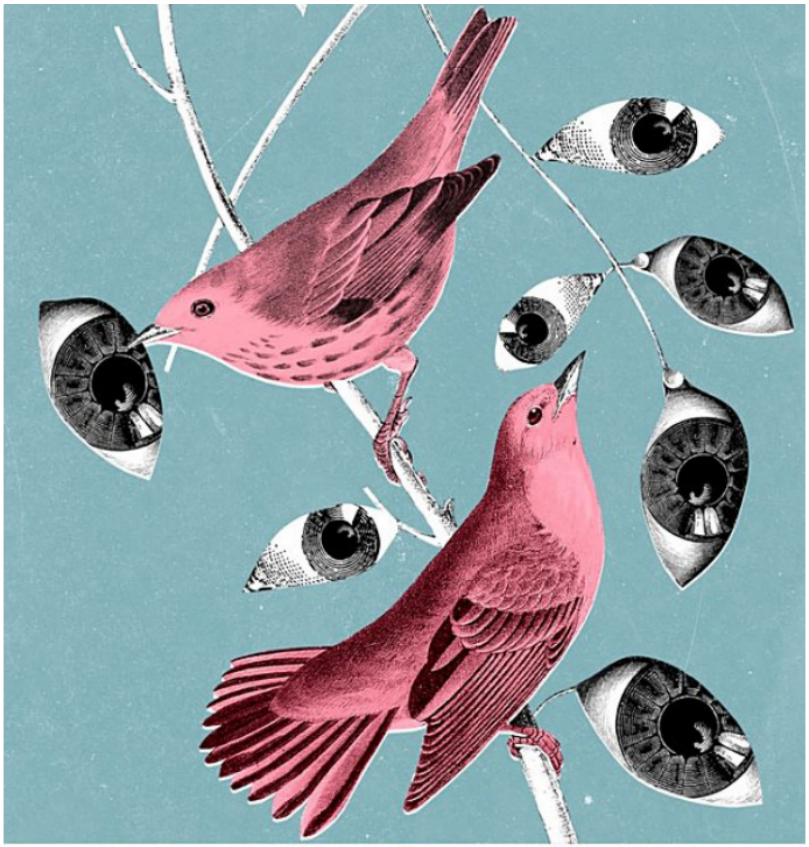


PENGUIN CLÁSICOS

CHARLES BAUDELAIRE

Las flores del mal

El Spleen de París. Los paraísos artificiales

Edición de ANDREU JAUME

CHARLES BAUDELAIRE

La flores del mal
El spleen de París
Los paraísos artificiales

Introducción de
ANDREU JAUME

Traducción de
LLUÍS GUARNER Y ANDREU JAUME

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleer

@megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

Introducción

Hay pocos poetas cuya lectura esté tan determinada por su influencia como Baudelaire, que ha encarnado, a lo largo del último siglo, una idea de la modernidad tan reiterada y socorrida que ha terminado por vaciarse y afectar a la posteridad de su obra. Para decirlo con la metáfora de Jean Cocteau que tanta gracia le hacía a Jaime Gil de Biedma, el Génesis según Francia tendría a Baudelaire como Dios padre, a Mallarmé y Rimbaud de Adán y Eva y a Cézanne como manzana. Se trata de un tópico que hizo fortuna muy rápidamente, sobre todo en España, donde fue adoptado sin discusión por casi todos los escritores de la primera mitad del siglo xx. Y no hay duda de que la radicalidad de Baudelaire, a la hora de registrar las transformaciones provocadas por la vida urbana, apuntala, hasta cierto punto, ese lugar común, aunque para hacerse una idea de su verdadero alcance —de la originalidad y el giro que supone su poesía—, haya que mirar un poco más allá.

Hoy en día, por otra parte, la lectura de Baudelaire está más que nunca distorsionada por sus influencias, tan extendidas y generalizadas que a veces cuesta incluso detectarlas. Su influjo no es sólo evidente en el simbolismo, sino que se percibe en toda la literatura francesa posterior. En Proust, por ejemplo, cuya descripción de la ciudad —o mejor dicho de la nueva forma de habitar el mundo que supone vivir en una ciudad— fue posible sólo gracias al camino abierto por Baudelaire, lo mismo que la expresión de ciertos matices de la degradación amorosa. Se aprecia también en Céline, por mucho que él dijera. Y en Michel Houellebecq, que lo ha reivindicado como uno de sus referentes, algo por otra parte sospechosamente obvio. En Inglaterra, la influencia fue inmediata aunque un tanto distorsionada, debido a la temprana apropiación de Swinburne. Fue T. S. Eliot quien mejor supo metabolizar los aspectos fundamentales de Baudelaire y del simbolismo, infectando con ello a buena parte de la poesía anglosajona del siglo xx. A través de Eliot —a través, sobre todo, de *Prufrock y otras observaciones* (1917) y de *La tierra baldía* (1922)—, Baudelaire se oye en inglés desde W. H. Auden y Christopher Isherwood

hasta Philip Larkin, John Ashbery o A. R. Ammons. Ya muy al final de su vida, Eliot resumió así su deuda con él:

Creo que en Baudelaire, antes que en ningún otro, encontré el precedente de ciertas posibilidades poéticas nunca antes desarrolladas por alguien que escribiera en mi propio idioma: las posibilidades de los aspectos más sórdidos de las metrópolis modernas, la posibilidad de una fusión entre lo sórdidamente realista y fantasmagórico, la posibilidad de yuxtaponer lo real y lo fantástico. De él, lo mismo que de Laforgue, aprendí que la clase de material que yo mismo poseía, la clase de experiencia que un adolescente podía haber tenido en una ciudad industrial de Estados Unidos, estaba en condiciones de convertirse en material poético y que la fuente de una poesía nueva podía encontrarse en lo que hasta ese momento se había entendido como lo imposible, lo estéril, lo prácticamente inabordable. Que, de hecho, la tarea del poeta era hacer poesía con los inexplorados recursos de lo no poético; que la profesión del poeta, de hecho, lo comprometía a convertir en poesía lo no poético. Todo aquello que un gran poeta puede ofrecer a un poeta más joven puede transmitirse en unos cuantos versos. Es probable que mi deuda con Baudelaire se deba fundamentalmente a media docena de versos de *Las flores del mal* y que lo que Baudelaire significa para mí se resuma en estos versos: «fourmillante cité, cité pleine de rêves— / Ou le spectre en plein jour raccroche le passant...».[1]

Toda poesía urbana ha sido por tanto inevitablemente baudeleriana. En España y en América latina, la influencia de Baudelaire, a través de Rubén Darío y el modernismo, fue muy poderosa pero algo superficial, quedándose en una mera imitación de tonos e imágenes a la francesa, como se observa en la obra temprana de Juan Ramón Jiménez o en la generación del 27, cuya experiencia urbana era todavía muy pobre. Los postulados, formas y maneras que todos esos poetas asumieron, más que de Baudelaire, son en realidad de sus epígonos —fundamentalmente de Rimbaud, Verlaine y Mallarmé e incluso de Paul Valéry en el caso de Jorge Guillén y Pedro Salinas. La estupefacción de Lorca en *Poeta en Nueva York* (1940) es la experiencia de alguien que nunca ha visto una gran ciudad y que por tanto difícilmente podría haber entendido a Baudelaire. Ni siquiera Luis Cernuda, el más inteligente de ese grupo, pudo de verdad

aprovechar los matices de experiencia de *Las flores del mal*, escindida su obra entre esa endeble versión de la vanguardia —una especie de vago surrealismo— que hizo fortuna en el 27 —y de qué manera en Aleixandre o Emilio Prados— y la emancipación, ya en su poesía madura, de los presupuestos estéticos de su generación gracias a la lectura seria del romanticismo europeo. En la primera mitad del siglo XX quizá la única gran excepción sea, en lengua española, la de César Vallejo, cuyo milagroso vuelo lírico se alza precisamente cuando logra desprenderse de los vicios del modernismo para alumbrar una voz genuina e irreductible en la que las influencias suenan verdaderas. Por lo demás, en la poesía española tuvimos que esperar a algunos de los poetas de la generación del 50, como José Ángel Valente, Carlos Barral, Jaime Gil de Biedma o Gabriel Ferrater, para tener una lectura honda y seria de Baudelaire. Y eso fue posible porque todos esos poetas, cuando escribieron su obra madura, habían superado las limitaciones de sus mayores —el Génesis según Francia— y habían acudido al romanticismo como verdadera fuente de la modernidad.

Baudelaire no es el primer poeta moderno, sino el primer poeta que se atrevió a invertir la subjetividad romántica en esa nueva naturaleza que es la metrópolis. Aunque es un movimiento muy complejo y difícil de sintetizar, el romanticismo literario se caracteriza por el extrañamiento del hombre frente a la naturaleza —la divinidad, para entendernos—, de tal manera que la experiencia del mundo ya no es universal y teocéntrica sino individual, antropocéntrica y problemática. En literatura eso quiere decir que un poema deja de ser la expresión privilegiada de una idea común —el amor, Dios, la guerra o la muerte— para convertirse en una exploración imaginada de unos hechos —un paseo por el campo, un enamoramiento, una pérdida— de los que se derivan interpretaciones secundarias e imprevistas. Los románticos ingleses, por ejemplo —sobre todo Wordsworth y Coleridge y sus homólogos en pintura, que son Turner y Constable—, se obsesionan con la naturaleza porque están a punto de perderla y la contemplan con el mismo fervor y el mismo dolor que Swann —por poner una metáfora tomada de *En busca del tiempo perdido*— cuando va a besar a Odette por primera vez y se dice que ya nunca más la podrá ver del mismo modo, intocada e inalcanzable. Hölderlin, a caballo entre el clasicismo y el romanticismo, ve la naturaleza como un espacio donde los

dioses han desaparecido y el hombre debe acostumbrarse al abandono, rastreando las huellas de lo sagrado. Para Leopardi, en cambio, la naturaleza es una madrastra que desprecia el dolor de sus hijos. Baudelaire tuvo la suerte, por decirlo de alguna manera, de que los románticos franceses —Lamartine, Alfred de Vigny o Alfred de Musset— trataron la naturaleza de un modo tan pesado y monótono que no le costó nada aborrecerla y desprenderse de ella. Sólo el genio oscuro de Gérard de Nerval, la pericia técnica de Victor Hugo y el magisterio de Théophile Gautier, el *miglior fabbro* de aquella generación, constituyeron un precedente respetable para Baudelaire, que heredó un instrumento muy afinado —el verso clásico francés, forjado en la gran literatura del XVI, el XVII y el XVIII— pero que apenas había captado los cambios que se habían producido en el mundo a partir de 1789. Para Baudelaire, la naturaleza ya no es más que «un conjunto de hortalizas sacralizadas», como sentenció en una célebre carta a un tal Desnoyers que le pedía que participara en una obra colectiva sobre el bosque de Fontainebleau:

Querido Desnoyers, me pides unos versos sobre la *Naturaleza*, ¿verdad? Bosques, castaños gigantescos, prados, insectos, incluso el sol, ¿no? Lo siento, pero ya sabes que soy incapaz de enternecerme ante los vegetales y mi alma se rebela ante esa nueva religión que siempre tendrá algo de *shocking* para alguien realmente espiritual, me temo. Nunca creeré que *el alma de los Dioses habite en las plantas* y, aunque allí habitara, me importaría más bien poco, pasando a considerar la mía mucho más preciosa que la de esas hortalizas sacralizadas.[2]

El desahucio de los románticos lo va a experimentar Baudelaire en la gran ciudad, una nueva naturaleza para una nueva forma de ser humano.

Muchos de los poemas de Baudelaire nos suenan hoy en día a imitaciones de sí mismo, en virtud de ese fenómeno, tantas veces comentado por Borges, según el cual la posteridad fértil de un autor termina por oscurecer y aun invertir su originalidad. Los aspectos más aparentes y escandalosos de su obra —su pasión por lo sórdido, las putas, las drogas, las lesbianas y las viejas, su satánico malditismo, en fin— se ven hoy como un maquillaje inofensivo, a ratos incluso cómico, de tan imitado. Su lenguaje —esa mezcla de estilo noble y periodismo de arrabal

— ya no sorprende por su valentía y su descaro, puesto que nuestro oído está desde hace mucho tiempo acostumbrado a la literatura mestiza y corrupta, aunque hay que recordar que fue él quien primero se atrevió a incluir en poesía palabras de la experiencia más común y ordinaria, violando, de algún modo, la sagrada sonoridad del alejandrino francés. Además de la enorme influencia que ha ejercido y que ya hemos comentado, su obra viene precedida por una inabarcable literatura interpretativa, en la que destacan los ensayos de Walter Benjamin, el crítico que en las primeras décadas del siglo XX sacó al poeta del mausoleo de los clásicos y lo puso a trabajar para ofrecer las claves de la vanguardia y de la vida en el mundo moderno. Parece imposible, por tanto, que seamos capaces de disfrutar de su obra con cierta libertad, restaurando hasta cierto punto el impacto previo a su influjo, pero lo cierto es que una lectura atenta de su obra —sobre todo de *Las flores del mal*, *El spleen de París* y *Los paraísos artificiales*— nos descubre que todavía tiene mucho que decir, que aún nos queda, precisamente ahora, mucho por averiguar.

Como todos los escritores franceses hasta Proust, Baudelaire tuvo una educación muy ceñida a los clásicos latinos —sobre todo a Ovidio y Virgilio— y al gran patrimonio literario francés. En el bachillerato obtuvo un premio en versificación latina y, antes de ponerse a escribir, ya había leído a todos los grandes poetas benditos de su lengua, desde Ronsard y du Bellay hasta Racine, Corneille o los románticos. A ese acervo hay que añadirle en su caso una especie de incomodidad con su lengua que terminaría por ser uno de sus rasgos distintivos y que se encendió cuando descubrió, a los veinticinco años, a Edgar Allan Poe, cuyos cuentos y ensayos leyó y tradujo obsesivamente. Con Poe, Baudelaire sufrió lo que los ingleses llaman *the shock of recognition*, un golpe de reconocimiento hacia una forma de abordar un asunto —la experiencia de la gran ciudad — que ya le interesaba mucho pero que no sabía que podía formularse de ese modo. A través de sus traducciones, Baudelaire transformó a Poe en un escritor francés, mejorando su prosa y dotándole de un prestigio y una calidad que nunca ha tenido en la tradición anglosajona, donde siempre ha sido considerado un poeta mediocre y un narrador a lo sumo ingenioso. En este sentido, cuando Eliot descubrió en Baudelaire la capacidad de poetizar una experiencia que en principio no era poética —la alienación

urbana— estaba en realidad recibiendo un influjo de Poe que en su propia lengua nunca hubiera reconocido. Pero más allá de Poe —de la invención de la figura del detective como nuevo explorador de la jungla metropolitana y del tratamiento de la multitud—, la intimidad con el inglés, que llegó a conocer de un modo muy particularizado, le sirvió a Baudelaire para limpiar su lengua y prepararla para una mayor concreción, para el cultivo de una poesía más prosaica.

Además de poeta, Baudelaire fue desde el principio un aplicado prosista, habitual colaborador de revistas y periódicos. En 1847 publicó *La Fanfarlo*, una *nouvelle* balzaquiana. Y desde 1845 ejercía la crítica de estética en sus *Salons*, las crónicas en las que pasaba revista a la pintura del momento, enfrentándose al gusto burgués de la época y ensayando muchas de las ideas que terminarían por conformar el credo de la modernidad. A partir del «Salon de 1846», Baudelaire reconoció a Delacroix como a uno de los suyos —tal y como había hecho con Poe y como también haría con Wagner—, oponiéndolo al sentimentalismo burgués, comparándolo con Victor Hugo y concluyendo que era un verdadero «poète en peinture», un poeta en pintura. Sin ser del todo consciente de ello, Baudelaire estaba describiendo la transformación de la obra de arte en algo que exteriorizaba la interioridad, en la exposición del sujeto. Félix de Azúa lo ha explicado mejor que nadie:

> Delacroix-Baudelaire exponen al exterior su interioridad; manipulan como objeto la subjetividad. El alma del artista (*alma* también se utiliza durante esos años por primera vez en un sentido pagano que corresponde, más o menos, a lo que nosotros llamamos *psique*) agota el contenido de la obra y se confunde con ella. Los románticos habían mostrado su subjetividad (ellos la llamaban sus *sentimientos*) como un objeto entre otros y contrastado con el mundo; pero ahora no hay nada en la obra de arte que escape a la subjetividad del intérprete. [...] El mundo creado por el artista es su propia alma.[3]

En «El pintor de la vida moderna», seguramente su ensayo estético más importante, Baudelaire ensalzó en cambio a Constantin Guys, un pintor y dibujante menor, del que se sirvió para ensayar sus ideas sobre la vanguardia, que en realidad estaban siendo puestas en práctica por Manet, en cuya obra se adivina la destrucción de una tradición pictórica que

Cézanne reinventaría ya con otro lenguaje. Esa extraña, equivocada y tan discutida fijación por Guys ha sido explicada así por Roberto Calasso:

A través de Guys, Baudelaire evocaba el cine, con poderoso sortilegio. Guys es un producto de Max Ophüls, más que de Manet. El sabor sutil del presente —su «cualidad esencial de presente»— comenzaba a exigir una superficie fantasmagórica, opalescente, atravesada por figuras en movimiento. Incluso antes de ser inventada, la cámara de cine era el *rôdeur* que batía las calles de París.[4]

Baudelaire vio en Guys el intento de captar el nuevo movimiento de la ciudad, la expresión de lo fugitivo y efímero, una nueva experiencia del tiempo que él también trataba de reflejar en sus poemas, unos artefactos construidos con la mecánica frialdad prescita por Poe en *The Philosophy of Composition* —que Baudelaire tradujo— y tensados por la inteligencia crítica que había desplegado en sus ensayos.

Baudelaire fue el primer poeta que despertó del sueño romántico y abrió los ojos a la metamorfosis que el mundo venía sufriendo desde la Revolución francesa, cuando se liquidó el orden aristocrático, se acabó con el poder de la Iglesia, se destruyó para siempre una idea de la autoridad y se crearon los nuevos mitos de la democracia, el progreso y la igualdad, inaugurando la era secular en la que todavía vivimos. Se trata de la misma transición brutal que vemos en Goya —cuyos grabados y litografías comentó Baudelaire en un ensayo muy lúcido—, el primer pintor que se atrevió a utilizar las formas clásicas para representar cadáveres mutilados, fusilamientos, la máquina de la guerra y, en definitiva, el horror de un mundo nuevo.[5] Baudelaire se mezcló con algo que también pintó Goya y que describió Poe: la multitud, la primera aparición de lo que acabarían siendo las masas del siglo xx y de nuestros días. La vida en la gran ciudad —Londres y París fueron las dos primeras capitales en las que se pudo experimentar— suponía una nueva forma de relación humana, caracterizada por el anonimato, el desarraigo, la sordidez y la insolidaridad. La vida en el campo se basaba en el trato continuo y en el reconocimiento mutuo. Incluso el odio tenía rostro. Lo religioso pertenecía al reino de lo acústico, que era un ámbito compartido. Ahora, los ciudadanos se acostumbraban a caminar sobre basura pétrea, sobre un

pavimento estéril, mirándose por primera vez en silencio, condenados a no oír nada más que ruidos. Benjamin recuerda una cita de Georg Simmel al respecto:

El que ve sin oír está sin duda mucho más inquieto que quien oye sin ver. He aquí algo que es característico de la sociología de las grandes ciudades. Las relaciones entre las personas se distinguen de ellas por la patente y cabal preponderancia de la actividad del ojo sobre la del oído. Y las principales causas de ello son los medios de transporte públicos. Antes del desarrollo de los ómnibus y los ferrocarriles y los tranvías a lo largo del siglo XIX, la gente no se había visto en la situación de tener que mirarse mutuamente durante largos minutos, y hasta horas, pero sin dirigirse la palabra.[6]

Parte de la discordancia que se oye en *Las flores del mal*, una obra dominada por la tiranía de la métrica francesa pero sacudida por la urgencia de lo que el poeta ve, se debe a que Baudelaire trasplanta un arte —la poesía— que había nacido en el reino del oído a un nuevo ecosistema donde ya no se oye nada y en el que todo son imágenes disgregadas. Como él mismo dice en una estrofa de «Sueño parisiense», poema dedicado precisamente a Constantin Guys:

> Y sobre tantas maravillas
> se cernía (¡atroz novedad;
> nada a los oídos, todo para la vista!)
> un silencio de eternidad.

Baudelaire fue testigo además de la transformación de París durante el Segundo Imperio, llevada a cabo por Napoleón III y el baron Haussmann, que derribó buena parte del entramado medieval para levantar la ciudad de amplias avenidas y bulevares que conocemos hoy en día. Es el París de los pasajes cubiertos —precedentes de los grandes almacenes—, lleno de luces y mercancías, el paisaje que descubre el *flâneur*, esa figura tan estudiada por Benjamin, el paseante, que Baudelaire describe en «El pintor de la vida moderna»:

La multitud es su dominio, como lo es el aire para el pájaro o el agua para el pez. Su pasión y su profesión es la de *casarse con la multitud*. Para el perfecto *flâneur*, para el observador apasionado, es un inmenso placer establecer su domicilio entre muchos, en lo tumultuoso, en el movimiento, en lo fugitivo e infinito. Estar lejos de su casa y sentirse en casa en todas partes; ver el mundo, estar en el centro del mundo y pasar desapercibido al mundo, tales son los pequeños placeres de esos espíritus independientes, apasionados, imparciales, que la lengua no puede sino definir con torpeza. El observador es un príncipe que disfruta en todas partes de su anonimato. El amante del mundo hace de su mundo su familia, del mismo modo que el amante del bello sexo forma su familia con todas las bellezas que se encuentra, alcanzables e inalcanzables y de la misma manera que el amante de pinturas vive en una sociedad encantada por sueños pintados sobre tela. Así, el amante de la vida universal entra en la multitud como en un inmenso depósito de electricidad. También se le podría comparar a un espejo tan grande como la multitud, a un caleidoscopio dotado de conciencia que, con cada uno de sus movimientos, representa la vida múltiple y la gracia cambiante de todos los elementos de la vida. Es un *yo* sediento de *no-yo* que, a cada instante, se expone y se expresa en imágenes más vivas que la vida misma, siempre volátil y fugitivo.[7]

París se constituyó así en una especie de embrión de lo que acabaría siendo la inmensa metrópolis que es hoy el planeta entero. Frente a ese espectáculo, la sensación de inutilidad que le embarga al poeta es cada vez más creciente y corre pareja a la profesionalización del artista, siervo al final del mercado, de lo útil. Es entonces cuando Baudelaire adopta la figura del *dandy* —vistiéndose estrafalariamente, rodeándose de objetos lujosos en medio de la miseria, maquillándose— como manera de convertir al artista en una mercancía más, distinguido y a la vez completamente insustancial. El *dandy* es un *flâneur* disfrazado que se expone a sí mismo en el escaparate, como huida y como forma de matar el tiempo y disimular el aburrimiento, un sentimiento nuevo y dominante en la sociedad urbana, contrapunto de la estupidez, la nueva bestia negra del escritor que se aparta de la convicción común, como Flaubert, que terminará dedicando los últimos años de su vida a intentar catalogar la imbecilidad universal. El aburrimiento es el célebre «spleen», que puede traducirse por tedio, asco, angustia, náusea o vacío, la sensación que deja

comprobar que ya no se puede ir a ningún sitio —mucho menos al campo o a países exóticos— sin encontrarse a uno mismo, sin dejar de ver que nada cambia y todo es idéntico a sí mismo. Baudelaire es el primero que se da cuenta de la inutilidad de todo viaje —el castigo que le impuso su padrastro, el general Aupick, para intentar corregir sus primeras extravagancias, embarcándole rumbo a Calculta, terminó en fracaso y ya prácticamente no volvió a salir nunca de París—, así como de toda revolución o intento de cambio. Es verdad que vivió con cierta exaltación la revolución de 1848, participando en las barricadas, pero su concepto de la acción quedó resumido en un apunte de su diario: «En todo cambio hay algo infame y agradable a la vez, algo que participa de la infidelidad y de la mudanza. Esto basta para explicar la Revolución francesa.» Y en uno de sus poemas en prosa, se refiere así a los nuevos mitos surgidos en su época:

> Un hombre espantoso entra y se mira en el espejo.
>
> «¿Por qué se contempla usted en el espejo si sólo puede verse en él con desagrado?»
>
> El hombre espantoso me responde: «Señor, según los principios inmortales del 89, todos los hombres son iguales en derechos; así pues, tengo el derecho de mirarme con agrado o con desagrado, eso no le importa a nadie más que a mi conciencia».
>
> En nombre del buen sentido, yo tenía razón sin ninguna duda; pero desde el punto de vista de la ley, él estaba en lo cierto.

Ese divorcio entre ley y buen sentido es el ámbito en el que se ha dirimido toda expresión de la diferencia en el mundo moderno, hasta llegar a la actual tiranía de lo políticamente correcto. Baudelaire se da cuenta de que ha nacido un monstruo incontenible y que de pronto todo el mundo es un exilio en el que ya no hay refugio posible ni hogar sagrado:

> Y el tiempo me devora, poco a poco, la vida,
> como la nieve inmensa a un cuerpo entumecido;
> desde lo alto contemplo todo el mundo extendido,
> sin poder encontrar para mí una guarida.

El desahucio que los románticos expresaban con lamentos y nostalgias es ahora una nueva forma de habitar el mundo que se acepta sin esperar vanamente el retorno de los dioses o desplazando la idea de salvación ultraterrena a la construcción de la propia subjetividad. Baudelaire liquida la idea de autor tal y como se había entendido a partir sobre todo del siglo XVIII. Recordemos su definición del *flâneur* como un «*yo* sediento de *no-yo*». La suya ya no es una experiencia excepcional, como la de Goethe o la de lord Byron, sino que es común y vulgar, salvada sólo por la imaginación y sus correspondencias. La poesía ya no se dirige a unos cuantos privilegiados, a los mecenas y a Dios, sino a un nuevo lector anónimo y masivo, el lector de periódicos, anuncios y folletines al que Baudelaire, en un primer momento de ingenuidad, estuvo convencido de que podía seducir:

> La estulticia, el error, la codicia, el pecado,
> moran en el alma y nos roen el cuerpo,
> y nutrimos los remordimientos amables
> como alimentan los mendigos los piojos.
>
> Nuestras culpas son tercas, la contrición cobarde;
> nos hacemos pagar cuanto hemos confesado,
> y volvemos alegres al camino fangoso,
> creyendo que con lágrimas lavamos los pecados.
>
> En la almohada del mal es Satán Trimegisto
> quien hace adormecer nuestro encantado espíritu,
> y ese metal precioso de nuestra voluntad
> él lo hace evaporar con astucia de químico.
>
> ¡El Diablo es quien maneja los hilos que nos mueven!
> Encanto hallamos en lo más repugnante;
> cada día avanzamos un paso hacia el infierno,
> sin horror, a través de tinieblas pestilentes.
>
> Y como el pobre degenerado que besa y muerde

el pecho lacerado de una vieja ramera,
robamos, al pasar, un placer clandestino
que exprimimos con furia como naranja seca.

Denso y hormigueante, como un millón de helmintos,
salta en nuestro cerebro un pueblo de demonios,
y, cuando respiramos, la Muerte a los pulmones
desciende, como un río de quejas y sollozos.

Si el estupro, el veneno, el incendio, el puñal,
no han bordado hasta ahora sus dibujos siniestros
en este cañamazo que llamamos destino,
es porque, ¡ay! nuestras almas a ello no se atrevieron.

Mas entre los chacales, las panteras, los linces,
los monos y escorpiones, los buitres y serpientes,
los monstruos que aúllan y gruñen rampantes,
de esa fauna de vicio, uno solo aparece,

todavía más feo, más malo, ¡más inmundo!
Sin gesticulaciones ni desgarrados gritos
va haciendo de la tierra un inmenso despojo
y se traga el mundo de un bostezo infinito.

¡Es el Tedio! —Es el ojo que, involuntario, llora
mientras fuma su pipa, soñando en el cadalso.
¡Tú conoces, lector, ese terrible monstruo,

—hipócrita lector— tú que eres mi hermano!

Al hermanarse con el lector, en este poema inaugural de *Las flores del mal*, Baudelaire anula cualquier posibilidad de juicio superior, fiando el veredicto de la obra a sus colegas —los poetas modernos— y al público, cuyo único elemento de unión es el lenguaje, que es el ámbito al que se repliega la poesía, de la misma manera que el arte pictórico se replegará en la pintura. Como dice, otra vez, Félix de Azúa:

El juez del poema es el Lenguaje o, en terminología de Baudelaire, «la poesía no tiene más finalidad que ella misma», ya que el Alma que habitará el nuevo mundo poético sólo tiene como característica la de ser una voz común. Y lo que esa voz común diga, si es realmente nueva, no tendrá otra ley que la inventada para poder hablar como lo hace.[8]

El resultado de ese experimento se encuentra en dos libros que son en realidad indisociables. *Las flores del mal* y *El spleen de París* funcionan cada uno como *pendant* del otro y en ambos ensayó Baudelaire todas las posibilidades expresivas del género, tanto en verso como en prosa.

Las flores del mal se compuso entre 1845 y 1857, con todas las dificultades familiares, económicas, sentimentales y políticas que conocemos en la biografía del poeta. La primera edición de 1857 fue secuestrada por las autoridades y expurgada de seis poemas por un delito de ofensa a la moral y las buenas costumbres. Y en 1861 se publicó la segunda edición, sin los seis poemas censurados, con treinta y cinco poemas añadidos y un nuevo índice. Baudelaire sostuvo siempre que *Las flores del mal* tenía una coherencia interna y que debía leerse como una unidad que seguía un relato, inaugurando la aspiración que Mallarmé consagraría en su proyecto de concebir *Le Livre*, la obra única y total, pero lo cierto es que sólo con mucha fe puede uno reconstruir el hilo, más allá de la independencia de los poemas.

Según el plan convencional, tras la invocación al lector, el primer apartado, «Spleen e ideal», ensayaría un intento de salvación a través del arte y el amor para acabar derrotado por el spleen. Vendría luego, en los «Cuadros parisienses», la inmersión alienante en la multitud urbana. En «El vino» se empezaría a experimentar con los paraísos artificiales, otra de las formas recurrentes que Baudelaire tuvo de escapar al tedio. Los poemas de «Las flores del mal» buscarían una redención invertida a través del mal y la perversión, cuyo fracaso abocaría, en «Rebelión», a abrazar la caída y la desobediencia para terminar descubriendo una nueva forma de muerte en la última sección.

Más allá de las intenciones de Baudelaire, la verdad es que no hace ninguna falta tener presente esa guía para disfrutar de los poemas de *Las flores del mal*. Lo primero que llama la atención es que el poeta se propone

subvertir todos los grandes asuntos que tradicionalmente había abordado la poesía: Dios, la belleza, el arte, el amor, el pecado y la muerte. En este sentido, Baudelaire es un poeta romántico, pues asume hasta las últimas consecuencias la destrucción de cualquier idea universal. No hay, para empezar, posibilidad de elevación satisfactoria, más allá de la imaginación, una impotencia concretada en la célebre metáfora del poeta moderno como un albatros cazado y escarnecido en la cubierta de un barco, incapaz ya de alcanzar las alturas, una de las pocas imágenes, por cierto, que Baudelaire pudo aprovechar de su fracasado viaje a Calcuta:

> El Poeta es igual a este rey de las nubes
> que se ríe de las flechas y vence el temporal;
> desterrado en la tierra y en medio de las gentes,
> sus alas de gigante le impiden caminar.

En «Himno a la Belleza» es donde Baudelaire acierta a definir, conceptualmente, la aniquilación de lo que desde Grecia había sido uno de los pilares estéticos de Occidente, el amor a lo bello, que ahora, en el mundo surgido tras la Revolución francesa, muestra otra cara que será, a partir de entonces, nuestra belleza:

> Marchas sobre los muertos y de ellos te burlas;
> el Horror, de tus joyas es la más atrayente,
> y el Crimen, cual si fuera tu mejor amuleto,
> sobre tu vientre altivo danza amorosamente.
>
> La efímera candela hacia ti va atraída,
> crepita, arde y dice: «Bendigamos la antorcha».
> El amante, jadeando, sobre su bella amada
> es como un moribundo que acaricia su fosa.
>
> ¿Qué importa que del cielo o del infierno vengas,
> Belleza? Monstruo enorme, ingenuo y atrevido,
> si tu mirar, tu cuerpo y el pie que te soporta
> son lo infinito que amo y nunca he conocido.

Satánica o divina, da igual. Sirena o Ángel,
¿qué importa, si me dan tus ojos cambiantes,
ritmo, perfume y luz, oh, mi única reina,
menos horrible el mundo, más leves los instantes?

La imagen del amante jadeando sobre su bella amada como un moribundo en una fosa inaugura otra manera de abordar la idea del amor y la figura de la mujer. En «Una carroña», por ejemplo, Baudelaire liquida el culto virginal a la *donna angelicata* que se venía practicando desde el Renacimiento y sustituye la sublimación sin cuerpo propia de esa tradición por la comparación de la amada con el cadáver pútrido de un animal:

—¡Y pensar que tú eres igual que esa carroña,
que esa horrible infección
estrella de mis ojos, sol de mi noche oscura,
tú, mi ángel, mi pasión!

Sí, tal habrás de ser, ¡oh reina de mis gracias!

tras mis últimos besos,
cuando bajo la hierba florida y lujuriante
se deshagan tus huesos.
¡Entonces, oh mi hermosa, diles a los gusanos
que devoran tus restos,
que yo guardé la forma y la esencia divina
de mis amores descompuestos!

Y en la serie de poemas eróticos dedicados a Jeanne Duval —su amante mulata, con quien mantuvo una relación tempestuosa y sórdida—, Baudelaire acierta a formular una nueva expresión del deseo que ya no tiene que ver con la adoración casta y extasiada sino con el complicado juego de egoísmo, lujuria, atracción, repulsión y odio que puede despertar una intensa relación amorosa. En poesía, probablemente sólo Shakespeare se le había adelantado, en la serie de sonetos dedicados a la «dama oscura», otra célebre amante morena, en este caso anónima. En

Baudelaire, el deseo es una forma de entrar en comunicación con uno mismo, descubriendo en la amada un reflejo de la propia ruindad:

> Te adoro como adoro la bóveda nocturna,
> ¡oh vaso de tristeza, oh mi gran taciturna!
> y te amo tanto más porque me huyes, mi bella,
> y así tú me pareces de mi noche la estrella;
>
> cuando irónicamente agrandas la distancia
> que separa mi abrazo de la azul inmensidad.
>
> Y renuevo el ataque, en mis asaltos vanos
> como contra un cadáver un coro de gusanos,
> y así te adoro ¡oh bestia implacable y odiosa
> en esa crueldad que te hace más hermosa!

La mujer es para Baudelarie «natural, es decir, abominable». Su animalidad se manifiesta en sus poemas como algo irresistible y a la vez imposible de poseer y de entender. «¿Qué es el amor? —se pregunta en *Mi corazón al desnudo*— la necesidad de salir de sí mismo. El hombre es un animal adorador. Adorar es sacrificarse y prostituirse. Todo amor es también prostitución.» En el nuevo ecosistema de la gran ciudad, las mujeres pasan a ser una mercancía más gracias a los burdeles, los templos del sexo estéril, de la infecundidad, lejos del agua. Los ojos de la amada se comparan con los reflejos luminosos de los escaparates. La mujer es otra vía de descenso y humillación, de imposibilidad de comunión y ascenso. En la tradición occidental, desde el *Cantar de los cantares*, el amor entre hombre y mujer se había utilizado como metáfora de comunicación con lo divino —pensemos en el *Cántico espiritual* de san Juan de la Cruz— y, a partir de los trovadores, un culto privado de gestos, tonos y actitudes se fue convirtiendo en una experiencia social generalizada. Baudelaire invierte esa secuencia y es el primero que se atreve a hablar incluso de homosexualidad femenina, algo que le obsesionó hasta el punto de querer titular su libro *Las lesbianas*. El amor, para él, es la forma más rápida de conocer el mal:

Una vez preguntaron delante de mí en qué consistía el placer más grande del amor. Alguien respondió naturalmente: en recibir; y otro, en darse. Aquel dijo: placer de orgullo; y este: voluptuosidad de humillación. Todos estos indecentes hablaban como la *Imitación de Cristo*. Al fin se encontró un impúdico utopista que afirmó que el placer más grande del amor era el de formar ciudadanos para la patria. Pero yo digo: la voluptuosidad única y suprema del amor estriba en la certidumbre de hacer el *mal*. El hombre y la mujer saben que en el mal se halla toda la voluptuosidad.[9]

Agotadas todas las vías de salvación y huida, al poeta sólo le queda dejarse caer en brazos del spleen:

> —Y grandes coches fúnebres, sin temblores ni músicas,
>
> desfilan lentamente por mi alma, en procesión;
> la Esperanza agoniza, y la Angustia despótica
> en mi cráneo abatido planta el negro pendón.

En los «Cuadros parisienses» es donde mejor se aprecia la destreza técnica de Baudelaire, el movimiento de su ojo que piensa y la acomodación de su oído a la nueva naturaleza. Hay que volver a notar que Baudelaire somete una tradición prosódica muy vigorosa y secularmente probada a un material poético completamente distinto. Y quizá por ello se le haya acusado muchas veces de no ser un buen versificador —o al menos de no ser tan hábil en su arte como lo son Hugo o Gautier. La apreciación es algo esquinada y tramposa, pues obvia las características esenciales del modo de composición baudelariano, conscientemente impuro, fruto de una nueva manera de pensar en poesía. Tengamos en cuenta que la tradición francesa consideraba entonces «la fille de Minos et de Pasiphaé» —verso de la *Fedra* de Racine— un alejandrino modélico y ejemplar, por su bella sonoridad y su escansión perfecta, aunque hoy en día nos cueste de creer. Baudelaire había educado su oído en esa tradición y dominaba el manejo de la métrica clásica de su lengua —básicamente el alejandrino, el decasílabo y el octosílabo—, pero también había adquirido su método de composición a través de la lectura y el estudio de varios autores anglosajones —y no sólo de Poe, pues leyó también a Byron, a Thomas

Gray, a Longfellow— y vivía y escribía en un mundo donde la prosa era el vehículo principal de expresión y comunicación, en la época de la novela y el periodismo. Eso hace que la melodía a la que estaba acostumbrado el oído francés —la «buena» versificación, de acuerdo con el criterio de algunos— sufra una brusca distorsión debido a las tensiones producidas por la sintaxis de la observación y el discurso que, como un preso en una jaula, sacude los barrotes de la métrica para tratar de hacer oír su pensamiento por encima de la música. En la tradición inglesa, por ejemplo, a nadie se le ocurriría decir que Pope es mejor versificador que Wordsworth, por mucho que la dicción de Pope sea insuperable, pues la ductilidad inherente al verso inglés hace impensable esa idea y porque todo el mundo entiende que la problemática a la que se enfrenta Wordsworth genera inmediatamente otra habla poética. Como decía W. H. Auden, un poeta inglés nunca hubiera salido indemne de un verso como «j'aime la majesté des suffrances humaines», una estupidez que en Francia se le toleró a de Vigny por su mera sonoridad. Con las limitaciones que le impuso la preceptiva, Baudelaire trató de zafarse de esas constricciones e intentó dar cabida a un nuevo pensamiento gracias, precisamente, al forcejeo entre metro y sintaxis. Jaime Gil de Biedma, en un ensayo imprescindible, lo explicó con claridad:

El poema baudeleriano parece obedecer en su despliegue a un continuo vaivén de atracción y repulsión entre metro y sintaxis, entre ritmo y melodía, que, al organizarse en zonas de convergencia y divergencia, se convierte en factor determinante de la estructura del conjunto. [...] Una vez considerado el estilo baudeleriano a la luz de ese conflicto siempre latente, apenas puede sorprendernos si Baudelaire, aunque posee fino oído y un extremado talento versificador, sólo es en raras ocasiones un poeta musical. Porque la musicalidad se origina del metro, y este —ya lo dije antes— viene determinado y sostenido por lo que de irracional y afectivo hay en la emoción. Al metro acecha siempre el peligro de convertirse en simple tam-tam enardecedor y de convertir al poeta en un poseso, con el consiguiente relajamiento de las formas sintácticas, forzadas a moldearse demasiado dócilmente sobre las exigencias métricas y estróficas. Las más altas cumbres —y las peores simas— de la afectividad poética suelen alcanzarse con una sintaxis pobre y borrosa.[10]

Si uno toma por ejemplo el poema «El cisne», verá cómo trabaja Baudelaire:

¡Andrómaca, en ti pienso! Este pequeño río,
espejo triste y pobre que entonces reflejó
la inmensa majestad de tu dolor de viuda,
este Simois falaz que por ti sollozó,

ha fecundado ahora mi ubérrima memoria
cuando yo cruzo el nuevo Carrusel. No es igual
aquel París de antaño (la forma de una villa
cambia más pronto, ay, que el corazón mortal.)

Veo, sólo en espíritu, el campo de barracas,
un montón de esbozados capiteles y arcos,
brillando en los cristales, una mezcla confusa
de escombros que refleja el verdor de los charcos.

Allí hubo otro tiempo una casa de fieras;
allí vi una mañana, bajo de un cielo frío,
cuando el trabajo empieza y del muladar sube
el aire emponzoñado como huracán sombrío,

un cisne que se había de su jaula escapado,
y con sus pies palmípedos frotando el pavimento,
por el áspero suelo arrastraba el plumaje,
junto a un reguero seco su pico alzar sediento,

y, ensuciando sus alas en la gris polvareda,
dijo, el corazón lleno de su lago natal:
«¿Cuándo lloverás, agua? ¿Cuándo tronarás, rayo?».

¡Yo vi a ese desdichado, mito extraño y fatal!

A veces hacia el cielo, como el hombre de Ovidio,
hacia ese cielo irónico, cruelmente azulado,
alza, convulso el cuello y ávida la cabeza,
su reproche hacia Dios, largo y desesperado.

Baudelaire pasea por una plaza situada cerca del Louvre que está sufriendo las transformaciones de la nueva planificación de Haussmann. La vieja ciudad está empezando a ser demolida y el viejo París ya no existe, un cambio rápido que Baudelaire contrapone a la lentitud con que cambia el corazón de los mortales, condenados a sobrevivir a la ciudad de su juventud. Las obras disparan el recuerdo de Andrómaca —la viuda de Héctor, tal y como la representa Virgilio en la *Eneida*, cuyo estilo va a imitar en la tercera estrofa de la segunda parte del poema—, símbolo de quien lo ha perdido todo, desterrada y condenada. Baudelaire visualiza luego *en esprit* —en su interior— el barrio que ha desaparecido, un campo de barracas en el que había una choza con animales de la que un día se había escapado un cisne que, sediento, abrió el pico hacia el cielo, como reprochándole a Dios la sequía, un gesto que le trae a la *Metamorfosis* memoria una imagen de Ovidio que parece haberle impresionado mucho, cuando en lasdice que los dioses hicieron el rostro del hombre de tal manera que pudiera mirar a los cielos, pero aquí Andrómaca y el cisne ya no representan nada y son simples ruinas que se confunden con los recuerdos de una ciudad que ya no existe. En la segunda parte del poema, la mirada melancólica de Baudelaire —la mirada del hombre de la ciudad — se encara con los andamios y los nuevos edificios para convertir el recuerdo de lo desaparecido —y las imágenes de Andrómaca y el cisne— en la constatación de un desahucio general que termina con una referencia a los deportados tras el golpe de Estado que dio Napoleón III en diciembre de 1851:

¡París cambia! Mas nada en mi melancolía
ha cambiado. Andamiajes, palacios, horizontes,
barriadas viejas, todo para mí es alegórico,
mis recuerdos queridos me pesan como montes.

Y por eso, ante el Louvre, una imagen me angustia
y pienso en aquel cisne enloquecido, inmenso,
como los desterrados, ridículo y sublime,
roído de un deseo sin tregua. Y en ti pienso,

Andrómaca, caída del brazo de un esposo,

sojuzgada por Pirro en sus brazos terrenos,
llorando ante una tumba vacía, doblegada;
¡pobre viuda de Héctor y, ay, esposa de Helenos!

Y recuerdo la negra tísica, enflaquecida,
buscando, en una charca de barro que le abruma,
los altos cocoteros de su África ardiente,
detrás de la pared inmensa de la bruma;

Pienso en quienes perdieron lo que no se recobra,
¡nunca!, ¡nunca! En aquellos que se abrevan de llantos,
y maman el dolor como una buena loba;
¡En los huérfanos, flores marchitas de quebrantos!

Y así, en la selva donde mi alma se destierra
de un antiguo recuerdo oigo la melodía...
pienso en los marineros en islas olvidadas,
el cautivo, el vencido... y ¡en otros todavía!

Y en uno de sus poemas más conocidos, «A una que pasa», Baudelaire dramatiza esa nueva forma de relación urbana que comentábamos antes y donde los ciudadanos se ven sin hablarse:

La calle aturdidora en torno a mí aullaba.
Alta, esbelta, con un dolor majestuoso,
una mujer pasó, y con gesto fastuoso,
recogía su falda que su andar agitaba;

ágil y noble era su pierna de escultura.
Yo bebí en un momento y quedé embriagado
por su pupila, cielo de tormenta preñado,
placer mortal y a un tiempo fascinante dulzura.

Un relámpago... ¡ y noche! —Fugitiva beldad
cuya mirada me hizo al punto renacer,
¿no volveré ya a verte hasta la eternidad?

¡Lejos de aquí! ¡O muy tarde! ¡O jamás ha de ser!
Adónde voy no sabes ni sé yo adónde fuiste,
¡tú, a quien hubiera amado, tú, que bien lo supiste!

El ojo del viandante registra con rapidez todo lo que puede. Advierte la belleza de la mujer, nota que está de luto, pero no puede identificar ni descifrar su dolor, tan sólo captarlo, contemplar fugazmente su rostro —un relámpago— y despedirse para siempre de ella. La nueva función dominante de la vista se pone de manifiesto también en «Los ciegos», donde la oscuridad interior ya no sirve de nada:

¡Míralos, alma mía, son realmente horrorosos!
Parecen maniquíes, vagamente grotescos;
terribles, singularmente sonambulescos;
lanzando no se sabe dónde sus globos tenebrosos.

Sus ojos, desprovistos de resplandor divino,

cual mirando a lo lejos, los levantan al cielo;
nadie los vio jamás inclinarse en el suelo,
con cansada cabeza, para ver el camino.

Y atraviesan así la negra inmensidad,
hermana del silencio eterno, ¡Oh, ciudad,
mientras cantas y ruges, y ríes con tus juegos,

de placer embriagada hasta la saciedad!

Mira, también me arrastro, pero más desdichado,
me pregunto: ¿qué buscan en lo alto los ciegos?

Durante la Edad Media, los ciegos eran depositarios de la sabiduría porque se consideraba que veían a Dios. Ahora, en el fragor de la ciudad llena de luces y ruidos, son sólo una comparsa de ridículos maniquíes que levantan los ojos a un cielo vacío. Walter Benjamin observó que el cielo de Baudelaire ya no tiene estrellas, cegado por las luces de la ciudad. Hay un poema, perteneciente a la primera sección, que ayuda a entender esta cuestión. No es uno de los más conocidos, pero es fundamental a este respecto. Se titula «La campana rajada»:

Es dulce y es amargo en las noches de invierno
escuchar, junto al fuego que palpita y ahúma,
evocar los recuerdos que tienen son eterno
oyendo el carillón que canta entre la bruma.

Bendita la campana de bronce vigoroso
que, a pesar de los años, va con quietud lanzando
fielmente sobre todo su grito religioso
como un buen centinela, en su puesto velando.

Mas mi alma está rajada, y cuando en sus hastíos
quiere lanzar sus cantos hacia los aires fríos
de la noche, sucede que sus ecos inciertos

son como el estertor de un herido olvidado
junto a un charco de sangre, bajo un montón de muertos,
que muere, revolviéndose, en su sangre ahogado.

Las dos primeras estrofas describen una experiencia del tiempo en el campo, donde las notas de la campana acompañan el paso de las horas y el declinar del día y suenan, dice el poeta, como un *cri religieux*, un grito religioso. Pero en las dos últimas estrofas, Baudelaire constata que su alma no está ya acompasada con el tiempo de las campanas y advierte que es su

alma la que está rajada y no puede por tanto dar las horas. Es entonces cuando el poema se oscurece y lo acústico se apaga para alumbrar la imagen del montón de cadáveres, como si de pronto se describiera un grabado de Goya de la serie *Los desastres de la guerra.* La discordancia entre las dos primeras y las dos últimas estrofas denuncia la imposibilidad del canto, convertido ahora en el estertor de un herido ahogado en un charco de sangre. Baudelaire anuncia con ello la poesía —el arte, en un sentido lato— más radical del siglo XX.

Acorralado frente a sí mismo, el poeta busca nuevas vías de salvación. Y la primera que encuentra es el vino, primer vislumbre de lo que acabarán siendo los paraísos artificiales de las drogas. Es una de las primeras consecuencias del vacío dejado por la desintegración de lo sagrado. El alcohol se convierte en un espejismo de la fuerza, del amor, de la belleza y de la gracia:

> Encenderé los ojos de tu mujer amada;
> devolveré a tu hijo la fuerza y los colores;
>
> y seré para el débil atleta de la vida,
> como el aceite para los viejos luchadores.
>
> ¡Y he de caer en ti, vegetal ambrosía,
> precioso grano que echa el sumo Sembrador,
> para que de este amor la poesía nazca
> que hacia Dios se dirija como una rara flor!

A lo largo de la serie de poemas dedicados al vino, Baudelaire lo relaciona con la pobreza, la soledad, el matrimonio y el enamoramiento, estados amparados antes por la divinidad y que ahora tan sólo encuentran sentido en la embriaguez. Y en el caso del matrimonio el vino conduce incluso al asesinato, al uxoricidio. De todos modos, a Baudelaire el alcohol le pareció insuficiente y pronto empezó a experimentar con las drogas duras de entonces, sobre todo con el hachís —introducido en Francia a principios del siglo XIX por los soldados napoleónicos que regresaron de la campaña de Egipto—, el opio y el láudano, una mezcla de opio, miel, alcohol y agua caliente. Al principio Baudelaire utilizó las drogas como analgésico para

los dolores de su sífilis, así como para aliviar el hambre, al igual que había hecho Thomas de Quincey, cuyas *Confesiones de un opiómano inglés* comenta en la segunda parte de *Los paraísos artificiales*. Además de un severo adicto al opio, cuyos estragos aceleraron el deterioro de su salud, Baudelaire fue también un observador muy lúcido de esa nueva forma de evasión. Las drogas producen efectos muy similares a los que antes se obtenían de experiencias místicas extremas:

Creo que he hablado suficientemente del crecimiento monstruoso del tiempo y del espacio, dos ideas siempre conexas, pero que el espíritu afronta entonces sin tristeza y sin miedo. Mira con una cierta delicia melancólica a través de la profundidad los años y se hunde audazmente en infinitas perspectivas. Supongo que se habrá adivinado que este crecimiento anormal y tiránico se aplica igualmente a todos los sentimientos y a todas las ideas, lo mismo a la benevolencia, de la que creo haber dado un bello ejemplo, como al amor. La idea de la belleza debe ocupar naturalmente un vasto lugar en un temperamento espiritual, tal como lo he supuesto. La armonía, el balanceo de las líneas, la euritmia en los movimientos, se aparecen al soñador como necesidades, como *deberes*, no solamente para todos los seres de la creación, sino para él mismo, el que se encuentra en este periodo de la crisis dotado de una maravillosa aptitud para comprender el ritmo inmortal y universal.

El consumidor llega incluso a creer que puede suplantar a Dios:

A nadie le sorprenderá que un pensamiento final, supremo, surja del cerebro del soñador: «¡Ya he llegado a ser Dios!», y que un grito salvaje, ardiente, salga de su pecho con una energía tal, una tal fuerza de proyección, que si las voluntades y las creencias de un hombre ebrio tuviesen una virtud eficaz, ese grito derribaría a los ángeles diseminados en los caminos del ciclo: «¡Soy un Dios!». Pero pronto ese huracán de orgullo se transforma en una beatitud calma, muda, reposada, y la universalidad de los seres se presenta coloreada y como iluminada por una aurora sulfurosa. Si por casualidad un vago recuerdo se desliza en el alma de ese deplorable bienaventurado: ¿No habrá otro Dios?, creed que se levantará ante *aquel*, que discutirá sus voluntades y le afrontará sin terror. ¿Qué filósofo francés, para ridiculizar las doctrinas alemanas modernas, decía: «Yo soy un Dios que ha comido mal»? Esta ironía no picaría a

un espíritu raptado por el hachís; respondería tranquilamente: «Es posible que haya comido mal, pero soy un Dios».

Pero al mismo tiempo, Baudelaire sabe que esos estados son una ilusión y que el precio que hay que pagar por el viaje es el regreso a una vaciedad más honda, a la más terrible de las resacas, la recompensa moderna del visionario:

¡Pero al día siguiente!, ¡ese terrible día siguiente!, todos los órganos relajados, fatigados, los nervios aflojados, las titilantes ganas de llorar, la imposibilidad de aplicarse a un trabajo continuo os demuestran cruelmente que habéis jugado a un juego prohibido. La horrible naturaleza, despojada de su iluminación de la víspera, se parece a los restos melancólicos de una fiesta. Sobre todo la voluntad, la más preciada de todas las facultades, está atacada.

Baudelaire describe la experiencia del adicto como un vaivén entre la visión del infinito y la brusca caída en la finitud de la propia condición, que es una forma de infierno sin redención posible. A partir de ahí se entiende mejor la cuestión del amor al mal que vertebra toda su obra. Baudelaire mantuvo con su catolicismo natal una relación profunda y muy seria, comparable en algunos aspectos a la que tuvo Kafka con su judaísmo, mucho más honda desde luego que la de todos aquellos que a su alrededor le censuraban. Desde pequeño le acompañó un sentimiento incurable de condena, como si se supiera predestinado a la destrucción y el castigo. Su sensibilidad para la degradación era por supuesto extrema y se agravó con la constatación de que ninguna de las vías alternativas de salvación —las mujeres, el alcohol o las drogas— era de verdad efectiva. Un poeta como Hölderlin se había podido situar todavía en un punto intermedio:

> El dios es cercano
> y difícil de abarcar.
> Pero donde hay peligro
> también aumenta lo salvador.[11]

A la vez que sentía su presencia, Hölderlin sabía que el dios ya no estaba

al alcance de la mano, aunque pudiese aún experimentar el espasmo de lo sagrado en toda su intensidad. El peligro que puede destruir e infunde pavor al hombre es también la manifestación de lo que en última instancia puede salvarle. Se trata, antes que nada, de un reconocimiento. En Baudelaire, en cambio, la imposibilidad de salvación hace que el peligro sea el único ámbito en el que aletea el espíritu. El signo bajo el que vivió fue por tanto el de la caída y el satanismo su última forma de santidad:

> La Teología.
> ¿Qué es la caída?
> Si es la unidad vuelta dualidad, quien ha caído es Dios.
> En otros términos: ¿no sería la creación la caída de Dios?[12]

A efectos prácticos, eso motivó que tuviera toda su vida una acusada conciencia del pecado original como marca indeleble, segregada de toda escatología:

> Teoría de la verdadera civilización. No está en el gas, ni en el vapor, ni en las mesas giratorias. Está en la disminución de las huellas del pecado original.[13]

Y por ello su poesía ya puede cantar tan sólo la floración y los frutos del mal, como la destrucción:

> El Demonio, a mi lado, me asedia con tentaciones;
> flota a mi alrededor como un aire impalpable;
>
> lo respiro y lo siento abrasar mis pulmones
> que llena de un deseo infinito y culpable.
>
> Toma, a veces, la forma, sabiendo que amo el Arte,
> de la más seductora de todas las mujeres,
> y con bajos pretextos que adopta por su parte,
> acostumbra mis labios a nefandos placeres.
>
> Lejos de la mirada de Dios me ha conducido,

jadeante y destrozado, de fatiga rendido,
a las tierras del tedio, profundas y desiertas,

y ante mi vista arroja, llenas de confusión,
vestiduras manchadas y heridas entreabiertas,
¡el sangriento aparato de toda destrucción!

Y en «Un viaje a Citera», la idílica imaginería que despierta el avistamiento de la isla consagrada a Venus —y que ocupa la primera parte del poema— se trueca inesperadamente en la visión de un ahorcado que está siendo devorado por aves carroñeras:

Aquello no era templo de selváticas sombras,
cuya sacerdotisa, en floridas riberas,
iba, el cuerpo abrasado por secretos amores,
entreabriendo su peplo a las brisas ligeras;

mas, he aquí que, al rozar la costa de muy cerca,
se asustaron los pájaros puestos en el bauprés,
y vimos que era aquello una horca de tres zancas,
destacada en el cielo, negra como un ciprés.

Las aves de rapiña, posadas en su cumbre,
con furor destrozaban un ahorcado maduro;
como un clavo, cada una le iba hundiendo su pico
en los sangrientos ángulos del cadáver oscuro.

Sus ojos eran dos agujeros, el vientre

dejaba por los muslos caer los intestinos;
y para coronar su macabra delicia,
castrado le dejaron aquellos asesinos.

A sus pies, una tropa de celosos cuadrúpedos,
levantando el hocico, lo habían rodeado;
y la bestia más grande en medio se agitaba

como el verdugo, de los otros auxiliado.

¡Oh, hijo de Citera, de un cielo tan hermoso

sufrirás, silencioso, tan crueles insultos
como una expiación de unos tiempos pasados
por el pecado de tus infamantes cultos!

¡Ridículo ahorcado, tu dolor es el mío!
Al ver del ahorcado el aspecto horroroso,
yo sentía la náusea de un vómito a mis dientes,
mis antiguos dolores en un río bilioso.

Ante ti, pobre diablo, de tan caro recuerdo,

sentí los picotazos y mordiscos feroces
de los graznantes cuervos y las negras panteras
que otro tiempo mis carnes devoraron atroces.

—El cielo era encantado, el mar estaba en calma;
mas para mí era todo siniestro y sanguinario,
¡ay! y mi corazón me parecía envuelto
en esta alegoría, como espeso sudario.

En tu isla, ¡oh, Venus! sólo hallé a mi llegada
una horca simbólica que mi imagen fingía...
—¡Señor, concédeme la fuerza y el coraje
de poder contemplarme sin asco cada día!

En el templo de la diosa del amor, el viajero encuentra tan sólo un cuerpo muerto y abandonado, destrozado a picotazos, que se constituye en alegoría de su propia vida amorosa así como de su ruina física y espiritual. Con la súplica de los dos últimos versos, Baudelaire consigue expresar la ausencia del Dios que invoca, cuya desaparición crea el *asco* por un alma y un cuerpo —«mon coeur et mon corps» en el original— condenados al mero deterioro.

Tras una evocación de la rebeldía bíblica —a través de las figuras de san Pedro, Caín y Satanás— que se cierra con una plegaria invertida al diablo, Baudelaire termina su libro con «El viaje», un poema que contribuye a la coherencia interna que siempre defendió y que se acuerda además con la invocación inaugural al lector. Es una especie de síntesis de todo lo que se ha visto a lo largo del poemario y que culmina con el descubrimiento de una nueva idea de la muerte, disociada de los mitos cristianos de la salvación o la condena y vía de acceso, por tanto, a la última forma de originalidad plausible:

> ¡Oh, Muerte, capitana, es tiempo! ¡Levad anclas!
> ¡Este país nos llena de tedio! ¡Hacia ti vamos!
> ¡Si son el cielo y mar negros como la tinta,
> en nuestros corazones el resplandor llevamos!
>
> Viértenos el veneno para reconfortarnos.
> Queremos, pues nos arde ese fuego en el cerebro,
> llegar hasta el abismo, Cielo o Infierno, ¡qué importa?
> ¡Al fondo de lo ignoto para encontrar lo *nuevo*!

Escrito entre 1855 y 1864 y publicado póstumamente en 1869, *El spleen de París* ha supuesto tradicionalmente la invención del poema en prosa, aunque la denominación se haya prestado a más de un equívoco y haya generado una tradición cuya paternidad quizá no esté tan clara. Si uno compara los poemas de Baudelaire con *Gaspard de la nuit* —el libro en el que en principio se inspiró— y con la prosa de algunos de sus epígonos como la de Rimbaud en *Una temporada en el infierno* o en *Iluminaciones*, comprobará que hay notables diferencias tanto en el modo de concebir el poema como en el uso de la prosa. El propio Baudelaire lo deja claro en la dedicatoria inicial:

Tengo que hacerle una pequeña confesión. Al hojear por vigésima vez, por lo menos, el famoso *Gaspard de la nuit*, de Aloysius Bertrand (un libro que usted, yo y algunos de nuestros amigos conocemos, ¿no tiene derecho a llamarse *famoso*?) me vino la idea de intentar algo análogo, y de aplicar a la descripción

de la vida moderna, o mejor de *una* vida moderna y más abstracta, el procedimiento que él habla aplicado a la pintura de la vida antigua tan extrañamente pintoresca.

¿Quién de nosotros, en sus días de ambición, no ha soñado el milagro de una prosa poética, musical, sin ritmo y sin rima, lo bastante flexible y martilleante como para adoptarse a los movimientos líricos del alma, a las ondulaciones del ensueño, a los sobresaltos de la conciencia?

De la frecuentación de las ciudades enormes, del encuentro de sus innumerables relaciones, es de donde nace este ideal obsesionante. Usted mismo, mi querido amigo, ¿no ha intentado traducir en una *canción* el grito estridente del *vidriero*, y de expresar en una prosa lírica las desoladoras sugestiones que ese grito envía hasta las buhardillas a través de las más altas brumas de la calle?

Pero, a decir verdad, temo que mi celo no me haya traído suerte. Tan pronto como comencé mi trabajo, me di cuenta de que no sólo me quedaba muy lejos de mi misterioso y brillante modelo, sino, más aún, que estaba haciendo algo (si a esto se le puede llamar *algo*) totalmente distinto, accidente que, a cualquiera que no fuese yo, enorgullecería, sin duda, pero que no puede sino humillar profundamente a un espíritu que cree que el más alto honor de un poeta es el de realizar con *exactitud* lo que proyectó llevar a cabo.

Baudelaire sabe que sus prosas no tienen nada que ver con el ejemplo de Bertrand y que por tanto no ha conseguido crear tampoco una «prosa poética, musical, sin ritmo y sin rima, lo bastante flexible como para adoptarse a los movimientos líricos del alma», una definición que se ajusta mucho más a lo que serán las alucinaciones rimbaldianas y a la corriente de prosa lírica que surgió de ellas. Los poemas en prosa de Baudelaire, antes que a un ciego impulso lírico, obedecen a las necesidades de zafarse de las constricciones métricas de su tradición que comentábamos más arriba. El particular forcejeo entre metro y rima que conforma la especial tonalidad de su dicción —y aun de su originalidad— desemboca en la urgencia de hallar un modo de expresión que por fin pueda anteponer la inteligencia de la sintaxis a la música de la métrica. Se trata, si bien se mira, del camino inverso que seguirán Rimbaud y sus imitadores. En *Las flores del mal*, Baudelaire había forzado el verso hasta donde le había permitido la rígida ley de su tradición, a punto siempre de transgredirla. Y

ahora, a falta de un verso suelto, irregular y variable, lo único que puede hacer es apuntar en sucio, por así decirlo, las observaciones y reflexiones que habían constituido la cantera de sus poemas. La radical originalidad de esas piezas estriba en que se sitúan en un ámbito previo al poema y no, como en el caso de Rimbaud o Latréaumont, en su posteridad desintegrada. Si Baudelaire hubiera podido utilizar un verso tan dúctil como el que los ingleses tenían desde el siglo XVI probablemente no hubiera tenido que echar mano de la prosa. En ese sentido, la modernidad formal de Baudelaire se sitúa en el blanco que media entre el verso de *Las flores del mal* y la prosa de *El spleen de París* —en algo, en el fondo, nunca escrito.

Esa naturaleza embrionaria hace que el movimiento de su ojo y el brillo de su lucidez se vean con mucha nitidez y con más crudeza, aunque sin la sensación de memorable inevitabilidad que suele dar el manejo inspirado del metro y la rima, un recurso que aquí queda suplido en muchas ocasiones por el contraste irónico entre la intención del relato y su desenlace, como en «El loco y la Venus»:

¡Qué maravilloso día! El gran parque se desmaya bajo la ardiente mirada del sol, como la juventud bajo el dominio del Amor.

Ningún ruido expresa el éxtasis universal de las cosas. Las mismas aguas están como adormecidas. A diferencia de las fiestas humanas, esta es una orgía silenciosa.

Podría decirse que una luz siempre en aumento hace que los objetos resplandezcan cada vez más; que las flores excitadas ardan en deseos de rivalizar con el azul del cielo por la energía de sus colores, y que el calor, volviendo visibles los perfumes, los eleve hacia el astro como humaredas.

Sin embargo, en este goce universal he descubierto a un ser afligido.

A los pies de una Venus colosal, uno de esos locos artificiales, uno de esos bufones voluntarios encargados de hacer reír a los reyes cuando el Remordimiento o el Hastío les obsesiona, vestido con un traje llamativo y ridículo, con un tocado de cuernos y de cascabeles, agazapado junto al pedestal, eleva sus ojos llenos de lágrimas a la diosa inmortal.

Y sus ojos dicen: «Soy el último y el más solitario de los humanos, privado de amor y de amistad, mucho más inferior en eso que el más imperfecto de los animales, y sin embargo yo también estoy hecho para comprender y sentir la

inmortal Belleza. ¡Ay, Diosa! ¡Ten piedad de mi tristeza y de mi delirio!».

Pero la implacable Venus mira a lo lejos no sé qué con sus ojos de mármol.

O en «¡Peguemos a los pobres!», ese tremendo apólogo sobre la autoayuda y la falsa solidaridad:

Durante quince días estuve encerrado en mi cuarto, entre los libros que estaban de moda en aquel tiempo (hace dieciséis o diecisiete años); quiero decir de los libros que trataban del arte de hacer felices, prudentes y ricos a los pueblos en veinticuatro horas. Así pues, digerí —mejor dicho, tragué— todas las elucubraciones de todos esos contratistas de la felicidad pública, de todos aquellos que aconsejan a todos los pobres hacerse esclavos; y de los que les persuaden de que son reyes destronados. No es de extrañar que yo me encontrase entonces en un estado de espíritu cercano al vértigo o la estupidez.

Simplemente me parecía que sentía, confinado en el fondo de mi intelecto, el germen oscuro de una idea superior a todas las fórmulas de ama de casa cuyo diccionario acababa yo de revisar. Pero no era más que la idea de una idea, algo infinitamente vago.

Y salí con una gran sed. Porque el gusto apasionado de las malas lecturas engendra una necesidad proporcional de tomar aire libre y bebidas refrescantes.

Cuando iba a entrar a una taberna, un mendigo me tendió su sombrero con una de esas miradas inolvidables que echarían por tierra los troncos si el espíritu removiera la materia y si los ojos de un magnetizador hiciesen madurar las uvas.

Al mismo tiempo oí una voz que me susurraba al oído, una voz que reconocí perfectamente; era la de un buen Ángel, o la de un buen Demonio, que me acompaña por todas partes. Puesto que Sócrates tenía su buen Demonio, ¿por qué yo no había de tener mi buen Ángel, por qué yo no había de tener, como Sócrates, el honor de conseguir mi certificado de locura firmado por el sutil Lélut y por el astuto Baillarger?

La única diferencia que hay entre el Demonio de Sócrates y el mío es que el de Sócrates sólo se le manifestaba para prohibir, advertir e impedir, mientras que el mío se digna aconsejar, sugerir, persuadir. El pobre Sócrates tenía un Demonio prohibitivo, el mío es un gran afirmador, mi Demonio es activo, es un Demonio de combate. Su voz, pues, me susurraba esto: «Sólo uno es igual a otro cuando lo demuestra, y únicamente es digno de la libertad aquel que la

sabe conquistar».

Inmediatamente salté sobre el mendigo. De un solo puñetazo le hinché un ojo que en un segundo se le puso grueso como una pelota. Al romperle dos dientes me partí una de mis uñas, y como no me sentía bastante fuerte, porque soy delicado de nacimiento y me he ejercitado poco en el boxeo, para acabar rápidamente con aquel viejo, le cogí con una mano por el cuello de la chaqueta, con la otra le agarré la garganta y me puse a sacudirle con fuerza la cabeza contra la pared... Debo confesar que previamente había inspeccionado los alrededores de una ojeada y comprobado que en aquel desierto arrabal me encontraría por un tiempo bastante largo fuera del alcance de cualquier agente de policía.

Luego, de un puntapié en la espalda lo bastante enérgico como para romperle los omóplatos, eché por tierra al debilitado sexagenario, cogí una gruesa rama tirada en el suelo y le golpeé con la energía obstinada de los cocineros que quieren ablandar un *beefsteak*.

De repente, ¡oh milagro! ¡Oh satisfacción del filósofo que verifica lo excelente de su teoría!, vi a aquella vieja osamenta revolverse, enderezarse con una energía que nunca habría sospechado en una máquina tan particularmente descompuesta, y, con una mirada de odio que me pareció de *buen augurio*, el decrépito malandrín se echó sobre mí, me hinchó los ojos, me partió cuatro dientes y me golpeó con la misma rama. Con mi enérgica medicación le había devuelto el orgullo y la vida.

Entonces le hice señas para hacerle comprender que consideraba terminada la discusión, y levantándome con la satisfacción de un sofista del Pórtico, le dije: «¡Señor, es usted igual a mí! ¿Quiere hacerme el honor de compartir conmigo mi bolsa? Y tenga presente, si es usted realmente filántropo, que hay que aplicar a todos sus colegas, cuando le pidan una limosna, la teoría que he tenido el *dolor* de probar sobre sus espaldas».

Me juró que había comprendido mi teoría y que seguiría mis consejos.

En uno de los proyectos de prefacio a *Las flores del mal*, Baudelaire habla de «el fin de la poesía» y, de alguna manera, toda su obra se sitúa en ese filo, como lo hará una parte importante de la poesía del siglo XX, desde Eliot y Rilke hasta Paul Celan. Y quizá desde el romanticismo toda la poesía se haya nutrido de la conciencia de su propio acabamiento. Pero Baudelaire es el primero que expone, no ya la agonía o la muerte del artista —un estatuto que todavía gozaba de dignidad, de mucha más, en

cualquier caso, que la del ganapán renacentista—, sino su completa inutilidad, incluso su patético ridículo, como hace en «El viejo saltimbanqui»:

Por todas partes se derramaba, se esparcía, se alegraba el pueblo en fiestas. Era una de esas solemnidades que, durante mucho tiempo, están esperando los saltimbanquis, los prestidigitadores, los domadores de animales y los vendedores ambulantes, para compensar las malas épocas del año.

En esos días me parece que el pueblo se olvida de todo, del dolor y del trabajo; se vuelve como los niños. Para los pequeños es un día de descanso, es el horror de la escuela aplazado veinticuatro horas. Para los mayores es un armisticio concertado con las potencias maléficas de la vida, un alto en la contienda y en la lucha universal.

Hasta el hombre de mundo y el hombre ocupado en trabajos del espíritu escapan difícilmente a la influencia de este jubileo popular. Absorben, sin querer, su parte de esta atmósfera de despreocupación. Con respecto a mí, no dejo nunca, como buen parisino, de pasar revista a todas las barracas que se pavonean en esas fechas solemnes.

Verdaderamente se hacían una competencia formidable; chillaban, berreaban, aullaban. Era una mezcolanza de gritos, de detonaciones de cobre y de explosiones de cohetes. Los titiriteros y los payasos contraían las caras curtidas y endurecidas por el viento, la lluvia y el sol; con el aplomo de los comediantes, seguros de sus efectos, lanzaban buenas palabras y bromas de una comicidad sólida, pesada como la de Molière. Los hércules, orgullosos de la enormidad de sus miembros, sin frente y sin cráneo, como los orangutanes, se regodeaban majestuosamente dentro de sus mallas, lavadas la víspera para la circunstancia. Las bailarinas, bellas como unas hadas o unas princesas, saltaban y hacían cabriolas bajo las luces de los faroles que llenaban sus faldas de chispas.

Todo era luz, polvo, alegría, tumulto; unos gastaban, otros ganaban, todos igualmente alegres. Los niños se colgaban de las faldas de sus madres para conseguir algún bastón de azúcar o se subían en hombros de sus padres para ver mejor a un prestidigitador deslumbrante como un dios. Y por todas partes circulaba, dominando todos los perfumes, un olor a fritura que era como el incienso de la fiesta.

Al final, en el último extremo de la fila de barracas, como si, vergonzoso, se hubiese exiliado él mismo de todos aquellos esplendores, vi a un pobre

saltimbanqui encorvado, caduco, decrépito, una ruina de hombre, apoyado a un poste de su vivienda; una vivienda más miserable que la del salvaje más embrutecido, y en la que dos cabos de vela, llorosos y humeantes, iluminaban demasiado bien su desamparo.

Por todas partes la alegría, el lucro, el desenfreno; por todas partes la certidumbre del pan para el mañana; por todas partes la explosión frenética de la vitalidad. Aquí, la miseria absoluta, la miseria vestida para colmo de horror, con harapos cómicos, cuyo contraste se debía más a la necesidad que al arte. ¡Aquel miserable no se reía! No lloraba, no bailaba, no gesticulaba, no gritaba, no cantaba ninguna canción, ni alegre, ni triste, no imploraba. Estaba mudo e inmóvil. Había renunciado. Había abdicado. Su destino estaba cumplido.

¡Pero qué mirada tan profunda, inolvidable, paseaba por la multitud y por las luces, cuyas olas movedizas se detenían a algunos pasos de su repulsiva miseria! Me sentí la garganta apretada por la mano terrible de la histeria y me pareció que mis ojos estaban ofuscados por esas lágrimas rebeldes que no quieren caer.

¿Qué hacer? ¿Para qué preguntar al infortunado qué curiosidad, qué maravilla tenía que mostrar en aquellas tinieblas malolientes, tras aquella cortina desgarrada? Verdaderamente yo no me atrevía, y aunque la razón de mi timidez os dé risa, confesaré que temía humillarle. Al fin, acababa de decidirme a poner algún dinero, al pasar, en una de aquellas tablas, esperando que adivinaría mi intención, cuando un gran reflujo de gente, causado por no sé qué perturbación, me arrastró lejos de él.

Y, al marcharme, obsesionado por aquella visión, quise analizar mi repentino dolor, y me dije: «¡Acabo de ver la imagen del literato viejo, superviviente de la generación en que él fue el brillante animador; del viejo poeta sin amigos, sin familia, sin hijos, degradado por la miseria y por la ingratitud pública, en la barraca donde la gente olvidadiza no quiere ya entrar!».

Esa mirada del viejo saltimbanqui decrépito, incapaz ya de dar piruetas pero custodio todavía de algo a las puertas de su choza, paseando su profundidad por aquella algarabía, es la que Baudelaire reconoce como la suya propia y la que nos sigue observando —es inevitable recordarla en la clásica foto de Nadar— hoy día más que nunca.

Mucho más que ningún otro poeta del XIX, Baudelaire acertó a vislumbrar la sociedad del siglo XX, llegando a decir que sentía en su

interior el «ridículo de un profeta», ciego frente a una tempestad sin nada nuevo, sin dolor ni enseñanza e indiferente al rumbo que pudieran tomar las conciencias. De alguna manera, captó el instante previo a la carnicería de las dos guerras mundiales:

El mundo va a terminar. La única razón que tendría para durar es que ya existe. ¡Qué débil es esta razón, comparada con todas aquellas que anuncian lo contrario, principalmente con esta: ¿Qué tiene que hacer el mundo de aquí en adelante bajo el cielo? [...] La mecánica nos habrá americanizado de tal modo, el progreso habrá atrofiado tanto en nosotros toda la parte espiritual, que nada, entre las fantasías sanguinarias, sacrílegas o antinaturales de los utopistas, podrá compararse a sus resultados positivos. Pido a todo hombre que piensa que me muestre lo que subsiste de la vida. Creo inútil hablar de la religión y la búsqueda de cosas distintas, puesto que la pena de negar a Dios es el único escándalo en tal materia. La propiedad ha desaparecido virtualmente con la supresión del derecho de mayorazgo: pero llegará el tiempo en que la humanidad, como un ogro vengador, arrancará su último pedazo a los que creen haber heredado legítimamente las revoluciones. Aun eso no sería el mal supremo. [...] Pero la ruina o el progreso universales no se manifestarán por medio de las instituciones políticas, sino por el envilecimiento de los corazones. ¿Tengo, acaso, necesidad de decir que lo poco que quede de la política se debatirá entre los brazos del embrutecimiento general, y que los gobernantes, para sostenerse y crear un fantasma de orden, se verán obligados a recurrir a procedimientos que harían estremecer a nuestra humanidad de hoy, ya tan endurecida?[14]

En varias ocasiones —lo comentábamos antes a propósito de «El cisne»—, Baudelaire recuerda una observación de Ovidio según la cual los dioses hicieron el rostro del hombre de tal manera que pudiera mirar a los cielos. No es de extrañar que la idea le impresionara, puesto que toda su obra podría definirse con el gesto del hombre que ya no puede elevar la mirada, condenado a verse multiplicado en todas partes, sin distancia con respecto a la naturaleza en la que vive. Benjamin observó que el destino del *flâneur* era convertirse en hombre anuncio. En ese sentido, la obra de Baudelaire nos sigue ayudando a pensar en el mundo en el que vivimos, transformado por una revolución tecnológica en que el nuevo *flâneur* es un internauta

que en realidad se está convirtiendo en un mero anuncio de sí mismo, expuesto en un mundo virtual dominado por unas cuantas redes sociales y grandes inversores que aspiran a controlar el tráfico de toda la información y a moldear con ello la opinión mundial, alimentada por la publicidad. El reclamo de Baudelaire cuando pide a «todo hombre que piensa» que le muestre lo que «subsiste de la vida» es más oportuno que nunca en una civilización donde todos llevamos en el bolsillo un dispositivo de control que ha hipercomunicado al mundo a la vez que ha agravado el aislamiento, provocando un miedo sin precedentes a la soledad y el silencio, espacios imprescindibles para que se genere pensamiento complejo. Nuestra experiencia de la ciudad no es ya la de Baudelaire, pero su poesía nos ayuda a construir la crítica a nuestro tiempo, ya sea poética, narrativa, ensayística o meramente periodística. Su obra sigue siendo un lugar desde el que pensar. Buena parte de los fenómenos nuevos que Baudelaire observó en la ciudad —el comercio sexual, la proliferación de mercancías, el tráfico de desconocidos, la experiencia de la multitud, el imperio de la imagen, el vacío del cielo— se ha trasladado ahora a la realidad virtual con la misma incandescencia con que él los vio. Su extrema conciencia de principio y final es muy parecida a la que podemos tener nosotros si ofrecemos resistencia a los embates de nuestro tiempo de la misma manera que él aguantó los del suyo, insuflando sentido y vida a todo el cuerpo de la literatura, negándose a que la poesía fuera un ornamento inofensivo o un inocente pasatiempo, llevándola al centro de la *pólis*, que es lo que sigue existiendo aun cuando nuestra experiencia urbana ya no esté sólo a pie de calle y todo el orbe sea una ciudad transitable. Pasado el tiempo en que podíamos mirar el cielo y reflejar las estrellas, Baudelaire se preocupó por mantener viva la mirada en nuestro rostro. Su obra nos obliga a preguntarnos adónde debemos mirar ahora.

ANDREU JAUME

Nota sobre la edición y la traducción

En el presente volumen hemos recuperado la traducción de Lluís Guarner de *Las flores del mal*, *El spleen de París* y *Los paraísos artificiales,* publicada por primera vez en un solo volumen en 1973 y en la editorial Bruguera. Guarner tradujo sólo los poemas incluidos en la segunda edición de *Las flores del mal* (1861), además de los seis poemas censurados. Aquí hemos querido ofrecer la totalidad de la obra poética de Baudelaire, de modo que he traducido para esta edición los poemas incluidos en los apartados titulados «Galanterías», «Epígrafes», «Piezas diversas» y «Añadidos a la tercera edición». Por otra parte, he revisado con detalle la traducción de 1973, muy cuidada e inspirada, para acercarla al lector contemporáneo. Guarner observa metro y rima, casi siempre con toda la fidelidad al original que permite el artificio. Sólo he intervenido en casos donde me ha parecido que era adecuada una revisión, procurando mantener el espíritu de su versión y actualizándola sin desvirtuarla. Por lo demás, en mis propias traducciones he prescindido de metro y rima —excepto en el poema satírico «A propósito de un pesado», porque resulta inevitable—, tratando de dar con una prosodia adecuada al pensamiento en verso de Baudelaire.

Para la revisión, la traducción y las notas me he basado en Charles Baudelaire, *Oeuvres complètes*, edición de Claude Pichois, París, Gallimard, «Bibliothèque de la Pléiade», 2 vol., 1975-1976. He utilizado también la excelente edición y traducción catalana de Jordi Llovet: *Les flors del mal*, Barcelona, edicions 62, 2007.

En las notas se han aclarado tan sólo las referencias mitológicas, literarias y anecdóticas imprescindibles para la comprensión de los poemas y de *Los paraísos artificiales*. Como complemento a mi introducción, incluimos al final una cronología detallada de la vida de Baudelaire.

A. J.

Las flores del mal

AL POETA IMPECABLE

Al perfecto mago de las letras francesas,
A mi muy querido y muy venerado
Maestro y amigo

THÉOPHILE GAUTIER

Con los sentimientos
De la más profunda humildad
Dedico
Estas flores enfermizas.

C.B.

Al lector

La estulticia, el error, la codicia, el pecado,
moran en el alma y nos roen el cuerpo,
y nutrimos los remordimientos amables
como alimentan los mendigos los piojos.

Nuestras culpas son tercas, la contrición cobarde;
nos hacemos pagar cuanto hemos confesado,
y volvemos alegres al camino fangoso,
creyendo que con lágrimas lavamos los pecados.

En la almohada del mal es Satán Trimegisto[15]
quien hace adormecer nuestro encantado espíritu,
y ese metal precioso de nuestra voluntad
él lo hace evaporar con astucia de químico.

¡El Diablo es quien maneja los hilos que nos mueven!
Encanto hallamos en lo más repugnante;
cada día avanzamos un paso hacia el infierno,
sin horror, a través de tinieblas pestilentes.

Y como el pobre degenerado que besa y muerde
el pecho lacerado de una vieja ramera,
robamos, al pasar, un placer clandestino
que exprimimos con furia como naranja seca.

Denso y hormigueante, como un millón de helmintos,[16]
salta en nuestro cerebro un pueblo de demonios,
y, cuando respiramos, la Muerte a los pulmones
desciende, como un río de quejas y sollozos.

Si el estupro, el veneno, el incendio, el puñal,

no han bordado hasta ahora sus dibujos siniestros
en este cañamazo que llamamos destino,
es porque, ¡ay! nuestras almas a ello no se atrevieron.

Mas entre los chacales, las panteras, los linces,
los monos y escorpiones, los buitres y serpientes,
los monstruos que aúllan y gruñen rampantes,
de esa fauna de vicio, uno solo aparece,

todavía más feo, más malo, ¡más inmundo!
Sin gesticulaciones ni desgarrados gritos
va haciendo de la tierra un inmenso despojo
y se traga el mundo de un bostezo infinito.

¡Es el Tedio! —Es el ojo que, involuntario, llora
mientras fuma su pipa, soñando en el cadalso.
¡Tú conoces, lector, ese terrible monstruo,
—hipócrita lector— tú que eres mi hermano!

SPLEEN E IDEAL

I

BENDICIÓN

Cuando, por un decreto de potencias supremas,
el Poeta aparece en este mundo hastiado,
su madre, horrorizada, con voz blasfematoria,
alza el puño hacia Dios, que la atiende apiadado.

—«¡Ah, no haber concebido un nido de serpientes
antes que dar a luz esta pobre irrisión!
¡Maldita sea la noche de placeres efímeros
en la que concebí mi propia expiación!

Y pues que me elegiste entre tantas mujeres
para ser el disgusto de mi triste marido
y, puesto que no puedo arrojarlo a las llamas
como carta de amor, este monstruo parido,

yo he de hacer recaer tu odio inacabable
sobre este instrumento de tu perversidad;
he de hacer retorcer este árbol miserable
para que nunca lleguen sus frutos a granar.»

Ella declara así la espuma de su odio,
y, sin imaginar los designios eternos,
ella misma prepara en infernales simas
las hogueras que expían los crímenes maternos.

Mas, bajo la tutela invisible de un ángel,
el niño desdichado bajo el sol se extasía,
y en todo cuanto bebe y en todo cuanto come
encuentra el rojo néctar que le sabe a ambrosía.

Él juega con el viento, habla con el celaje
y se embriaga cantando, camino de su cruz;
y el espíritu bueno que siempre le acompaña
llora al mirarle alegre cual pájaro en la luz.

Aquellos a quien ama le observan con recelo,

atentos al peligro de su pasividad,
buscando la manera así de provocarle
y hacer en él la prueba de su ferocidad.

En el vino y el pan que ha de gustar su boca
entremezclan ceniza con esputos impuros;
y solapadamente rechazan lo que él usa
y le acusan de no llevar pasos seguros.

Su mujer va gritando por las públicas plazas:
«Ya que él me encuentra bella y me quiere adorar,
he de ser como un ídolo de los antiguos tiempos,
y de igual modo que ellos he de hacerme dorar;

Me embriagaré de nardo y de incienso y de mirra,
y de genuflexiones, de manjares y vinos,
para saber si puedo de un alma que me admira
usurpar, sonriendo, homenajes divinos.

Y cuando quede hastiada de esas impías farsas,
he de poner sobre él mi fuerte y frágil mano,
y mis uñas, iguales que las de las arpías,
buscarán en su pecho su corazón humano.

Como un pequeño pájaro que palpita y que tiembla
el corazón sangrante así le he de arrancar
y para que se sacie mi animal favorito,
con desdén, por la tierra se lo habré de arrojar».

Al cielo, donde advierte un magnífico trono,
el Poeta levanta sus dos brazos piadosos
y los claros fulgores de su espíritu lúcido
le ocultan la visión de los pueblos furiosos.

—«¡Sé bendito, Dios mío, que das los sufrimientos
como Sabio remedio a nuestras impudicias!
Y como la más pura y la mejor esencia
que prepara a los fuertes a las santas delicias.

Yo sé bien que Tú guardas un lugar al poeta
en las filas celestes de tus santas legiones,
y que predestinado está para la fiesta
con los Tronos, Virtudes y las Dominaciones.

Yo sé que es el dolor la única nobleza
que el infierno y los hombres jamás corromperán
y que la gran corona de la riqueza mística
los siglos y universos por siempre tejerán.

Los tesoros perdidos de la antigua Palmira,
los metales ignotos y las perlas del mar
montadas por tu mano, no serían bastantes
para ornar esta clara diadema celestial,

porque será tejida del resplandor más puro
de la luz primitiva de eternales reflejos,
y nuestros ojos mortales, ante estas claridades,
¡no son sino empañados y pálidos espejos!»

II

EL ALBATROS

Sólo por divertirse suelen los marineros
cazar albatros, grandes pájaros de los mares,
que siguen, indolentes compañeros de ruta,
al barco que resbala sobre abismos amargos.

Apenas los colocan sobre la ancha cubierta,
estos reyes del cielo, torpes y avergonzados,
abaten tristemente sus grandes alas blancas
como dos remos rotos que arrastran a sus lados.

¡Qué débil y qué inútil es este viajero
que si tan bello fue se convierte grotesco!
Uno quema su pico con su pipa encendida,
otro intenta imitar, cojeando, su vuelo.

El Poeta es igual a este rey de las nubes
que se ríe de las flechas y vence el temporal;
desterrado en la tierra y en medio de las gentes,
sus alas de gigante le impiden caminar.

(1859)

III

ELEVACIÓN

Por encima de estanques y sobre las praderas,
sobre montes y bosques, las nubes y los mares,
y más allá del sol y éteres estelares,
más allá del confín de estrelladas esferas,

mi espíritu se mueve con agilidad,

y, como el nadador que la ola atraviesa,
él sabe traspasar la inmensidad aviesa
con una inenarrable voluptuosidad.

Vuela lejos de todos estos miasmas reacios
y va a purificarse al aire superior,
y bebe, como un puro y divino licor,
el fuego transparente de los limpios espacios.

Después de los hastíos, dolores y venenos
que agobian con su peso la existencia brumosa,
¡dichoso aquel que puede con ala vigorosa
llegar hasta los campos radiantes y serenos!

¡Aquel cuyas ideas, igual que alondras cruzan,
el cielo, en la mañana, y el vuelo libre emprenden,
—el que sobre la vida sin esfuerzo comprende
la lengua de las flores y de las cosas mudas!

(1857)

IV

CORRESPONDENCIAS

La Naturaleza es un templo cuyos vivos pilares
dejan, algunas veces, salir confusos nombres;
es un bosque simbólico que recorren los hombres
a los que siempre mira con ojos familiares.

Igual que largos ecos, de lejos confundidos
en una tenebrosa y profunda unidad,
vasta como la noche, y que con claridad
se responden colores, aromas y sonidos.

Hay perfumes tan frescos como carnes de niño,
dulces como los oboes, verdes cual prado inmenso,
—y otros hay corruptos, triunfantes y ricos,

con expansión de cosa infinita extendidos
como el almizcle, el ámbar, el áloe y el incienso,
que cantan los transportes del alma y los sentidos.

(1857)

V

Yo amo el recuerdo de las desnudas edades
en que Febo doraba las marmóreas deidades.[17]
Entonces, mujer y hombre, con toda agilidad,
gozaban sin engaño, perfidia ni ansiedad,
y del cielo amoroso las caricias gozaban
y por su voluntad, alegres, disfrutaban.

Era fértil Cibeles, en dones generosa[18]
para sus hijos que no eran carga onerosa;

loba de corazón henchido de ternuras,
nutría el universo con sus ubres oscuras.
EI hombre, fuerte y ágil, ejercía su ley
sobre todas bellezas que le hacían su rey;
frutos puros de ultrajes y limpios de fisuras
que al mordisco tentaban con su carnes maduras.

Pero hoy, el Poeta si intenta recordar
toda aquella grandeza en donde contemplar

la desnudez prístina del hombre y la mujer,
siente que un negro frío le hace estremecer.
El cuadro que hoy contempla le causa tal espanto
que quisiera olvidarlo, cubierto por un manto.
¡Oh, qué monstruosidades ocultan sus vestidos,
que ridículos torsos en los trajes metidos!
Cuerpos torcidos, flacos, derrenegados, ventrudos,
que parecieran máscaras al mirarlos desnudos,
a los que el dios de lo Útil, en su mezquindad pobre
envolvió desde niños, en pañales de cobre.
Y vosotras, mujeres, pálidas como cirios
que de la orgía aún recordáis los delirios,
y transmitís la herencia de la maternidad
en todos los horrores de la fecundidad.

Verdad es que tenemos naciones corrompidas,
bellezas por los pueblos antiguos no sabidas;
rostros roídos por llagas del corazón
y beldades malsanas de falsa sugestión;
pero esas invenciones de unas musas remisas
no podrán impedir que razas enfermizas
a la juventud rindan homenaje profundo,
—la sana juventud, esperanza del mundo,
la juventud de aire sencillo y alta frente
con la mirada limpia como el agua corriente,
libre como los cielos, las aves y las flores
que ofrecen sus perfumes, sus cantos y calores.

VI

LOS FAROS

Rubens, río de olvido, jardín de la pereza,
almohada carnal en que no hemos de amar,

donde la vida fluye y, sin cesar, se agita
como el aire en el cielo, como el mar en el mar;

Leonardo de Vinci, hondo espejo sombrío,
encantados arcángeles de frío sonreír
cargado de misterio, que surgen en la sombra
de glaciares y pinos que cierran el país;

Rembrandt, triste hospital repleto de murmullos
por un gran crucifijo tan sólo decorado,
donde el rezo y el llanto se exhalan juntamente,
con un rayo de invierno bruscamente cruzado;

Miguel Ángel, espacios donde se ven los Hércules
mezclados con los Cristos, insurrectos a un tiempo;
sus aspectos potentes, en la luz del ocaso.
desgarran el sudario al estirar los dedos;

iras del luchador, impudicias del fauno,
tú hallaste la belleza en los desheredados,
corazón orgulloso, hombre pálido y débil,
Puget el melancólico, señor de los forzados;[19]

Watteau, el Carnaval en que los corazones,
como las mariposas, vagan centelleantes,
decoraciones frágiles que alumbraban las arañas
en tanto la locura va trazando su baile;

Goya, la pesadilla de las cosas ignotas,
de los fetos cocidos en la noche del sábado,
viejas frente al espejo y doncellas desnudas
tentando a los demonios, sus medias ajustando;

Delacroix, el sangriento lago de ángeles malos

a la sombra de un bosque de abetos siempre verdes,
bajo un cielo poblado de fanfarrias estragas
que pasan cual sollozos ahogados de Weber;

y de estas maldiciones quejidos y blasfemias,
y estos gritos de éxtasis y llantos de *Te Deum*,
son ecos que repiten más de mil laberintos
que en nuestro corazón hacen de opio perverso.

Es grito que repiten más de mil centinelas,
cual orden repetida por tantos portavoces;
¡es un faro que alumbra sobre mil ciudadelas,
grito de cazadores perdidos en el bosque!

Porque es verdad, Señor; el mejor testimonio
que te podemos dar de nuestra dignidad,
¡este ardiente sollozo que va de siglo en siglo

para morir al borde de vuestra eternidad!

VII

LA MUSA ENFERMA

Mi pobre musa, ¡ay!, ¿qué ocurre esta mañana?
Tus ojos aún conservan los fantasmas nocturnos,
y veo en torno tuyo, alternativamente,
la locura, el horror, fríos y taciturnos.

El súcubo verdoso y el duendecillo rosa
¿en ti el amor y el miedo vaciaron sus urnas?;

¿es que la pesadilla, con despótico puño,
te ha anegado en el fondo de una fábula minturna?[20]

Quisiera que inhalase un olor de salud
tu frente siempre llena de sanos pensamientos,
que tu sangre corriese en efluvios normales

cual sones abundantes de sílabas antiguas,
en donde sólo reina el padre de los cantos,
Febo, junto con Pan, señor de los trigales.[21]

(1855)

VIII

LA MUSA VENAL

¡Oh musa de mi alma que sueñas con palacios!
¿Tendrás, cuando el enero llegue con bóreas frescas
durante el negro tedio de noches invernales,
un tizón que caliente tus pies de violeta?
¿Reanimarás tus hombros, helados como mármoles,
con los rayos nocturnos que cruzan tus ventanas?
Con la bolsa vacía y con la boca seca,
¿recogerán el oro de la esfera azulada?

Deberás ganar el pan de cada día
y, como el monaguillo, mover el incensario
y cantar el *Te Deum* en que no creerás,

y, como el saltimbanqui, mostrar tus atractivos,
y, con risas fingidas que en el llanto se ahogan,
hacer que se divierta el público vulgar.

IX

EL MAL MONJE

De los antiguos claustros, sobre los grandes muros
se pintaban retablos de la santa Verdad
que exaltaban de unción los espíritus puros
que el frío suavizaban de aquella austeridad.

Entonces florecía de Cristo la semilla
cuando algún monje ilustre, ahora ya olvidado,
tomando por taller aquel lugar sagrado,
glorificó la Muerte con expresión sencilla.

—Mi alma es una tumba que, indigno cenobita,
desde la eternidad mi propio cuerpo habita;
nada embellece el mural del claustro y sus abrojos.

¡Oh, tú, monje holgazán! ¿Cuándo sabré yo hacer
del viviente espectáculo de este mi triste ser
la obra de mis manos y el amor de mis ojos?

(1851)

X

EL ENEMIGO

Mi juventud fue una tenebrosa tormenta
atravesada a veces por soles deslumbrantes.
Con sus truenos y lluvias descargó violenta
y arrancó de mi huerto los frutos más granates.

Y cuando ya el otoño de la vida ha llegado,
debo ahora el rastrillo y la pala emplear

para allanar de nuevo el terreno inundado

donde hay surcos cual tumbas que habré de rellenar.

¿Quién sabe si las nuevas flores con que he soñado
podrán beber de nuevo, en el huerto asolado,
el mismo alimento que les dio su florida?

—¡Oh dolor, oh dolor! Come el tiempo de la Vida
y el oscuro Enemigo que el corazón nos muerde
crece y se fortifica con mi sangre perdida.

(1855)

XI

LA MALA SUERTE

Carga tan fuerte no soporto,
¡Sísifo, dame tu coraje![22]
Y aunque con ímpetu trabaje,
el Arte es largo, el Tiempo corto.

Lejos de sepulturas célebres
de un cementerio abandonado,
mi corazón, tambor quebrado,
va susurrando marchas fúnebres.

Igual que joya sepultada,
en las tinieblas olvidada,
lejos de picos y de sondas;

también hay flores escondidas

que dan su aroma, cohibidas,
allá en mis soledades hondas.

(1855)

XII

LA VIDA ANTERIOR

Yo viví largo tiempo bajo pórticos altos
que los soles marinos hacían luminosos,
con sus grandes pilares, rectos, maravillosos
que en la tarde fingían cavernas de basaltos;

las olas, reflejando de los cielos los rojos
celajes de la tarde, con unción religiosa,
mezclaban los acordes de una música ansiosa,
al color que el ocaso reflejaba en mis ojos.

Y yo vivía allí en voluptuosas calmas,
junto al azul de las olas esplendorosas
y entre esclavos desnudos, impregnados de olores

que me refrigeraban la frente con sus palmas,
cuyo único cuidado era hacerme gozosas
las horas misteriosas de secretos dolores.

(1855)

XIII

GITANOS DE VIAJE

La profética tribu de pupilas ardientes
que partió ayer de viaje, sus pequeños llevando
al hombro, mientras va su hambre alimentando
con el pobre tesoro de sus tetas pendientes.

Los hombres van a pie, con sus armas brillantes,
junto a los carros donde los suyos van hundidos,
pasando por los cielos sus ojos distraídos
por la oscura nostalgia de quimeras distantes.

Oculto en su reducto les va cantando el grillo
que repite, a su paso, el tenaz estribillo;
mientras Cibeles muestra sus mejores verduras

y hace brotar las fuentes en medio del desierto
ante estos caminantes que van dejando abierto
el familiar imperio de las sombras futuras.

(1852)

XIV

EL HOMBRE Y EL MAR

¡Hombre libre, por siempre tú has de querer el mar!
El mar es el espejo en que te ves tú mismo;
en su desenvolver de olas sin cesar

tu espíritu no es menos amargo que tu abismo.

Te gozas en hundirte en él como en tu espejo,
tú acaricias con ojos y brazos su oleaje;
tu corazón se duerme en su rumor complejo,

al son de su gemido fragoroso y salvaje.

Sois los dos tenebrosos y discretos al par.
Hombre, nadie alcanzó tu fondo por completo,
y, ¡oh, mar, nadie ha podido tus riquezas lograr;
los dos, con igual celo, guardáis vuestro secreto!

Y, no obstante, seguís vuestro combate fuerte,
ferozmente, a través de siglos incontables,
los dos seguís amando la carnaza y la muerte,
¡eternos luchadores, hermanos implacables!

(1852)

XV

DON JUAN EN LOS INFIERNOS

Cuando bajó don Juan al hondo subterráneo
después de haber pagado su óbolo de Caronte,[23]
un sombrío mendigo, valiente como Antístides,[24]
con manos vigorosas, fuertes, los remos coge.

Enseñando sus senos por las ropas abiertas
las mujeres, convulsas bajo los cielos negros,
aquel tropel de víctimas por él sacrificadas,
tras él siguen, alzando su triste clamoreo.

Sganarello, a gritos, le demanda el salario,[25]
mientras tanto, don Luis con el dedo señala
los difuntos errantes, que van por la ribera,
y a quienes aquel hijo deshonrara sus canas.

Temblorosa en su luto, la flaca y casta Elvira
frente al pérfido esposo, que antes fue amante tierno,
parece reclamarle una última sonrisa
que evoque la dulzura el primer juramento.

Dentro de su armadura, un gran hombre de piedra
manipula el timón que rompe el agua amarga.
Mas el héroe, tranquilo, en su espada, apoyado,
va mirando la estela, sin dignarse a ver nada.

(1846)

XVI

CASTIGO DEL ORGULLO

En los tiempos gloriosos en que la Teología
como una planta llena de savia florecía,
se cuenta que un doctor de los más eminentes,
—tras haber convertido almas indiferentes
y de las negras sombras haberlas liberado
y hacia las celestiales luces encaminado,
por diversos senderos para él mismo oscuros
por ser por los que van los espíritus puros—
como todo el que asciende muy alto, sintió pánico,
exclamó, poseído de un orgullo satánico:
«¡Jesús, Jesús pequeño, bien alto te he subido!
Mas si, por el contrario, hubiera yo querido,
tu vergüenza sería más grande que tu gloria,
y tú tan sólo un feto de flaqueza irrisoria».

Pero inmediatamente, su razón se ofuscó,
un oscuro crespón la luz del sol veló
y un caos absoluto pobló su inteligencia,

templo, otro tiempo vivo, de orden y opulencia,
bajo de cuyo techo las ideas brillaron.
El silencio y la noche dentro de él se instalaron
cual dentro de una cava cuya llave han perdido.
Y después, a las bestias del campo parecido,
cuando, ya sin ver nada, por las calles pasaba
no podía enterarse cuando el tiempo cambiaba,
sucio, inútil, horrible, como una cosa rota,
era ya hasta de los niños la befa y la chacota.

(1850)

XVII

LA BELLEZA

Bella soy, oh mortales, como un sueño de piedra,
mi seno, en el que unos y otros se nutrieron,
se hizo para inspirar el amor al poeta,
un sueño silencioso, cual la materia eterno.

Esfinge incomprendida, es el azul mi trono;
tiene mi alma de nieve blancura del cisne;
odio los movimientos que destruyen las líneas,
mi corazón no llora jamás ni jamás ríe.

Los poetas, mirando mis grandes actitudes,
que yo doy a los más hermosos monumentos,
dedican los estudios de sus mejores días.

Los fascino y les hago mis dóciles amantes,
con el espejo de las bellas realidades
que en mis profundos ojos eternamente brillan.

(1857)

XVIII

EL IDEAL

Nunca serán aquellas bellezas de viñeta,
productos averiados de un siglo en picardía,
pies para mi calzado, dedos de castañuela,
los que satisfacer podréis el alma mía.

Dejo para Gavarni, poeta de cloróticas,[26]
y su tropa gregaria de bellas de hospital,
porque encontrar no puedo entre esas rosas pálidas
la flor que se parezca a mi rojo ideal.

Aquello que desea mi corazón de abismo
sois vos, lady Macbeth, alma fuerte en el crimen,
sueño de Esquilo, abierto a climas boreales,

o tú, Noche infinita, hija de Miguel Ángel,
que sabes retorcer en contorsión extraña,
el torso en el que pueden saciarse los titanes.

(1851)

XIX

LA GIGANTA

Cuando Naturaleza con su vigor pujante
concebía a diario sus hijos monstruosos,

quisiera haber vivido junto a una giganta
como al pie de una reina un gato voluptuoso,

y hubiera deseado ver cómo florecía
su cuerpo con su alma, en sus terribles juegos,
y adivinar en ella una sombría llama

en las húmedas nieblas de sus ojos perversos.

Y poder recorrer sus magníficas formas,
escalar las vertientes de sus altas rodillas,
y a veces, en estío, bajo soles malsanos,

después de fatigar mi cuerpo en la campaña,
dormirme, aprovechando la sombra de sus senos,
igual como una aldea al pie de la montaña.

(1857)

XX

LA MÁSCARA
Estatua alegórica al estilo renacentista

A Ernest Christophe, escultor.[27]

Contempla ese tesoro de gracias florentinas;
en las ondulaciones del cuerpo musculoso
la Elegancia y la Fuerza son hermanas divinas.
Esta mujer, pedazo realmente milagroso,
noblemente robusto, fino adorablemente,
hecho para los lechos de lujo suntuoso
de un papa libertino o de un príncipe ocioso.

—Tal es su sonreír fino y voluptuoso
donde la Fatuidad sus éxtasis pasea,
y su larga mirada de languidez mimosa;
mira la faz burlona que la gracia hermosea,
parece que nos dice con su voz victoriosa:
«¡La Voluntad me llama y el Amor me corona!».
En este ser dotado de tanta majestad,

¡mira qué encanto excita a su gentil persona,
acerquémonos pues buscando su beldad!

¡Oh, blasfemia del arte! ¡Oh, mentira asesina!
¡El cuerpo que promete dicha tan deliciosa
en lo alto, en un monstruo bicéfalo termina!

Pero no: es una máscara, mentido decorado
ese rostro que muestra una sonrisa clara,
no es sino el frío gesto, atrozmente crispado,
que detrás de él oculta la verdadera cara
escondida al abrigo de la cara que miente.
¡Pobre grande belleza! ¡El magnífico río
de tus llantos haré que mi corazón beba;
tu mentira me embriaga y mi alma se abreva
en este dolor hondo que me recuerda el mío!

Mas ¿ella por qué llora? Hermosura completa
que a la humanidad tiene a sus plantas rendida.
¿Qué extraño mal oculta su figura de atleta?

¡Ella llora, insensato, porque tuvo vida!
¡Y porque vive aún! Su pena es más sombría
porque no tiene lágrimas y llora, de mil modos
porque también mañana vivirá todavía;
y así, día tras día, ¡por siempre! —¡Como todos!

XXI

HIMNO A LA BELLEZA

¿Desciendes de los cielos o del abismo surges,
Belleza? Tu mirar infernal y divino
vierte indistintamente el bienestar y el crimen,
por lo que te podemos comparar con el vino.

En tus ojos están el poniente y la aurora;
esparcen los perfumes de un día tormentoso;
tus besos son un filtro y tu boca es una ánfora
que hace al héroe cobarde y al niño vigoroso.

¿Asciendes de la sima o bajas de los astros?
El Destino, hechizado, te sigue tus pisadas;
tú siembras a tu paso desgracias y alegrías,
tú lo gobiernas todo sin responder de nada.

Marchas sobre los muertos y de ellos te burlas;
el Horror, de tus joyas es la más atrayente,
y el Crimen, cual si fuera tu mejor amuleto,
sobre tu vientre altivo danza amorosamente.

La efímera candela hacia ti va atraída,
crepita, arde y dice: «Bendigamos la antorcha».
El amante, jadeando, sobre su bella amada
es como un moribundo que acaricia su fosa.

¿Qué importa que del cielo o del infierno vengas,
Belleza? Monstruo enorme, ingenuo y atrevido,
si tu mirar, tu cuerpo y el pie que te soporta

son lo infinito que amo y nunca he conocido.

Satánica o divina, da igual. Sirena o Ángel,
¿qué importa, si me dan tus ojos cambiantes,
ritmo, perfume y luz, oh, mi única reina,
menos horrible el mundo, más leves los instantes?

(1860)

XXII

PERFUME EXÓTICO

Si, cerrando los ojos en la tarde otoñal,
respiro de tu seno el olor caluroso,
veo ante mí extenderse un litoral dichoso
de deslumbrantes fuegos de un sol equinoccial.

Una isla perezosa donde es lo natural
árboles singulares que dan fruto sabroso;
hombres de enjutos cuerpos de tronco vigoroso
y mujeres con ojos de mirar sensual.

Por tu olor, hacia climas hechiceros guiado,
veo un puerto en que hay velas y arboladuras
que tras largos viajes al fin han regresado.

Mientras del tamarindo los perfumes ligeros
desvelan mis recuerdos de largas singladuras,
adormecen mi alma los cantos marineros.

XXIII

LA CABELLERA

¡Oh, vellón encrespado, que llega a la cadera!
¡Oh, bucles! ¡Oh, perfume cargado de desvelo!
¡Éxtasis! ¡Esta noche se poblará mi alcoba
de recuerdos dormidos en esta cabellera
que agitaré en el aire lo mismo que un pañuelo!

La perezosa Asia y África abrasada,
todo un mundo lejano que, lento, se consume
en tus profundidades de aromática selva.
Como hay almas que flotan en la música alada,
la mía, oh, mi querida, navega en tu perfume.

Yo iré allá donde el hombre, el árbol, el paisaje
su savia van tornando en ígneas calenturas,
fuertes trenzas, servidme para ir a esas tierras.
Tú tienes, mar de ébano, la atracción del viaje
con velas y remeros y altas arboladuras.

Un puerto rumoroso en donde yo he abrevado
a sorbos el sonido, el perfume, el color,
en donde los navíos sobre el moaré marino
del agua abren los brazos frente a un ilimitado
cielo puro en que vibra el eterno calor.

Con ansia de embriaguez hundiré mi cabeza
en ese negro océano que el otro ha encarcelado;
mi espíritu sutil que el vaivén acaricia,
sabrá recuperarse de su lasa pereza
en ese balanceo del ocio embalsamado.

Oh, azulados cabellos, tinieblas extendidas,
me devolvéis el cielo, que en lo alto azulea.
En la noche de vuestras trenzas entrelazadas,

me embriagan con ardor las esencias tundidas
del aceite de coco, el almizcle y la brea.

Largo tiempo mi mano repasa la espesura
de tu crin en que brillan el rubí y el diamante,
suave a mi caricia y pronta a mi deseo.
¿No eres como un oasis en que sueño y la pura
copa donde bebo a tragos el vino del recuerdo?

XXIV

Te adoro como adoro la bóveda nocturna,
¡oh vaso de tristeza, oh mi gran taciturna!
Y te amo tanto más porque me huyes, mi bella,
y así tú me pareces de mi noche la estrella;
cuando irónicamente agrandas la distancia
que separa mi abrazo de la azul inmensidad.

Y renuevo el ataque, en mis asaltos vanos
como contra un cadáver un coro de gusanos,
y así te adoro ¡oh bestia implacable y odiosa
en esa crueldad que te hace más hermosa!

XXV

¡En tu calleja harías entrar el universo,
mujer impura! El tedio de tu alma es perverso.
Para ejercer tus dientes en juego singular
un corazón diario quisieras devorar.
Tus ojos, como falsas luces de joyería
o faroles de feria que mueren con el día,
brillan con la indolencia de su poder prestado

cuya ley de belleza jamás has alcanzado.

¡Máquina ciega y sorda para un placer inmundo!
bebedora insaciable de la sangre del mundo.
Monstruo, ¿no te sonrojas de ver en el espejo
tu rostro cada día más pálido y más viejo?
La grandeza del mal de que ufanas tanto
¿no te hizo, alguna vez, retroceder de espanto,
cuando naturaleza, con designios sagrados,
de ti puede servirse, en tus mismos pecados
—de ti, vil animal—, para un genio crear?

¡Oh grandeza de fango, ignominia sublime!

XXVI

SED NON SATIATA

Deidad extraña, negra lo mismo que la noche;[28]
en tu aroma el almizcle al tabaco se hermana;
producto de un oscuro Fausto de la sabana,
bruja de flanco de ébano, surgida a medianoche.

Aún más que al opio y más que al misterio yo ansío
el libar de tu boca en donde amor se ufana
cuando de mis deseos va a ti la caravana,
tus ojos son cisternas en que bebe mi hastío.

Por tus dos grandes ojos por los que alienta tu alma,
¡oh demonio de fuego que me roba la calma,
yo no soy el Estigio para dar nueve abrazos!,[29]

¡ay!, y tampoco puedo, ¡oh furia libertina!,
para morderte, al tiempo que te ahogan mis brazos

en tu lecho de llamas, como hizo Proserpina.[30]

XXVII

Con sus vestidos, ondulantes, nacarados,

hasta cuando camina dijérase que danza,
igual que las serpientes que faquires sagrados
rítmicamente agitan en lo alto de su lanza.

Como la triste arena y el azul del desierto,
insensibles entrambos en su fría inclemencia,
como la suave ola en su límite incierto,
ella se desenvuelve con fría independencia.

Su ojos el bruñido de los metales finge,
y en toda su simbólica naturaleza fútil,
el ángel inviolado se funde con la esfinge,

donde sólo hay acero que de luz se circunda,
resplandeciendo igual como un gran astro inútil,
la fría majestad de la hembra infecunda.

(1857)

XXVIII

LA SERPIENTE QUE DANZA

¡Cómo me gusta, bella indolente,
de tu cuerpo ver,
como una seda resplandeciente,
brillar la piel!

Son tus cabellos como una noche
de acres perfumes,
mar fragante y vagabundo,
de olas negras y azules.

Como un navío al que desvela
viento auroral,
mi alma soñadora zarpa
hacia un cielo lejano.

Tus ojos, que el secreto guardan
de amor o celos,
son cual dos joyas en que se mezclan
oro con hierro.

Al verte ir con tus cadencias
bella de dejación,
diría que eres una serpiente
bailando en un bastón.

Y bajo el fardo de tu pereza,
tu testa alzarse
veo en tu ritmo el balanceo
del joven elefante.

Lánguido se estira tu cuerpo
como una fina barca
que se ladea y hunde
sus palos en el agua.

Como un río crecido
por fundidos glaciares rugientes,
cuando el agua de tu boca remonta
al borde de tus dientes,

creo beber un vino de Bohemia,
amargo y triunfante,
un cielo líquido que siembra
mi corazón de estrellas!

XXIX

UNA CARROÑA

Alma mía, recuerda el objeto que vimos
esta mañana hermosa:
al torcer un sendero, una carroña infame
en tierra pedregosa.

Con las piernas al aire, como una mujer lúbrica,
rezumando veneno
entreabría su vientre de una manera cínica,
de emanaciones lleno.

El sol iluminaba aquella podredumbre
para cocerla a punto,
y devolver así a la naturaleza
cuanto le diera junto.

El cielo contemplaba esa inmensa carroña
como malsana flor.
Creíste desmayarte y caer en la hierba,
tan fuerte era su hedor.

Y las moscas zumbaban sobre el pútrido vientre,
en negros batallones,
las larvas se extendían como un líquido denso
por los sucios jirones.

Todo aquello se movía como un negro oleaje
que rompía rugiendo;
se diría que el cuerpo, lleno de un viejo soplo,
se movía viviendo.

Todo, en torno, sonaba como una extraña música,
como agua en el sendero
o el grano que, en continuo ritmo, el acechador
revuelve en el harnero.

Se borraban las formas, que eran sólo un recuerdo,
un esbozo iniciado
como cuando el artista, recordando lo visto,
deja el cuadro esbozado.

Por detrás de unas rocas una perra excitada
miraba tercamente,
acechando el momento de lanzarse a su presa
para hincarle su diente.

—¡Y pensar que tú eres igual que esa carroña,
que esa horrible infección,
estrella de mis ojos, sol de mi noche oscura,
tú, mi ángel, mi pasión!

Sí, tal habrás de ser, ¡oh reina de mis gracias!
tras mis últimos besos,
cuando bajo la hierba florida y lujuriante

se deshagan tus huesos.

¡Entonces, oh mi hermosa, diles a los gusanos
que devoran tus restos,
que yo guardé la forma y la esencia divina
de mis amores descompuestos!

XXX

DE PROFUNDIS CLAMAVI

Yo tu piedad imploro, Tú, única a quien amo;[31]
desde el abismo oscuro donde ha caído mi alma,
este mundo de inmensos horizontes de plomo
en el que la blasfemia flota sobre la nada.

Un frío sol de invierno sólo alumbra seis meses,
y otros seis meses son de noches siempre iguales;
es un país desnudo como tierras polares,
¡sin selvas, ni verdores, sin agua ni animales!

Y no hay dolor humano que valga, comparando
con esta fría calma de este sol congelado,

sobre el caos inmenso de estas noches eternas;

del más vil animal se envidiara la suerte
de poder alcanzar el sueño de la muerte...
¡Tan lentamente el tiempo devana su madeja!

(1851)

XXXI

EL VAMPIRO

Tú que, como una cuchillada,
el corazón me atravesaste;
y que a un rebaño de demonios
quisieras, loca, semejarte,

y de mi espíritu humillado
haces tu lecho y madriguera
—infame a quien estoy unido
como el forzado a la cadena,

como a su juego el jugador,
como el borracho a su botella,
como el gusano a la carroña,
¡maldita tú, maldita seas!

Pedí al puñal, para que rápido,
me diera, al fin, mi libertad
y quise en pérfido veneno
tanta bajeza terminar.

Pero el puñal y la ponzoña
así los dos me han respondido:
«De esa maldita esclavitud
nunca has de verte redimido,

¡imbécil! —De esa servidumbre
si te pudieran dejar limpio,
tú, con tus besos, revivieras
ese cadáver de vampiro».

(1855)

XXXII

Una noche, en el lecho de una judía, horrible,
como junto a un cadáver un cadáver tendido,
me puse a meditar junto a este ser vendido

en la triste belleza de mi deseo imposible.

Iba yo recordando su majestad nativa,
su mirar vigoroso y de gracias armado,
sus cabellos, formando un casco perfumado,
cuyo sólo recuerdo en mí el amor aviva.

Yo hubiese, con fervor, su cuerpo acariciado
y desde sus pies fríos hasta sus negras trenzas,
mis caricias mejores se hubiesen despertado,

si, algún día, yo viera sus lágrimas tranquilas,
reina de crueldades que ya no tiene llanto,
oscurecer la luz de sus frías pupilas.

XXXIII

REMORDIMIENTO PÓSTUMO

Cuando duermas, al fin, mi bella tenebrosa,
debajo de la bóveda de un negro panteón,
y cuando ya no tengas más alcoba y mansión
que la lóbrega cueva de una fosa lluviosa,

cuando la piedra oprima tu pecho temeroso
y tus flancos, que el ocio con encanto ha pulido,
y al corazón impida del amor el latido
y a los pies caminar sendero venturoso,

la tumba, confidente de mi sueño infinito
(porque la tumba siempre comprenderá al poeta),
en las eternas noches en que el sueño es proscrito,

te dirás: «¿Qué has logrado, cortesana incompleta,

con no haber conocido el mayor sufrimiento?».
—¡Y el gusano, en tu piel, será el remordimiento!

(1855)

XXXIV

EL GATO

Ven a mí, bello gato, a mi pecho amoroso;
pero esconde las uñas de tu pata,
y hunde en mí la mirada de tus hermosos ojos
donde el metal se junta con el ágata.

Cuando mis dedos paso, tu piel acariciando,
sobre tu suave lomo siempre elástico,
siento cómo mi mano de placer se embriaga
al recorrer tu cuerpo electrizado,

y me parece ver a mi mujer. Sus ojos
como los tuyos son, amable bestia,
tan profundos y fríos, hirientes como dardos,

y tiemblo de los pies a la cabeza
porque un aire sutil, un peligroso aroma
giran en torno de su piel morena.

XXXV

DUELLUM

Dos guerreros combaten mutuamente; sus armas
de esplendores y sangre el aire han encendido.

Este juego mortal enciende los rencores
de una juventud presa de amor recién nacido.

¡Las espadas se han roto! También la juventud,
querida. Mas los dientes, las uñas aceradas
vengan pronto la espada y la daga traidora.
¡Furor de almas maduras por el amor llagadas!

En un abismo, choza de tigres y chacales,
los dos héroes cayeron; combatiendo, han rodado
haciendo que su sangre florezca en los zarzales.

—¡Este abismo es infierno en donde caeremos!
Amazona inhumana, caeremos iguales,
¡y el ardor de este odio así eternizaremos!

(1858)

XXXVI

EL BALCÓN

¡Madre de los recuerdos, querida de queridas;
tú, mis deleites todos; tú, todos mis deberes!
¡Recuerdo de las dulces caricias compartidas,
en la paz del hogar en los atardeceres,
madre de los recuerdos, querida de queridas!

Las tardes alumbradas por el carbón ardiendo,
o en el balcón mirando pasar las nubes rosas,
¡qué dulce era tu seno por el amor latiendo
en tanto nos dijimos las inefables cosas!,
¡oh, tardes alumbradas por el carbón ardiendo!

¡Qué hermosos son los astros en las tibias veladas!
¡Qué profundo el espacio! ¡Qué fuerza el alma toma!
Sobre ti al reclinarme, reina de las amadas,
¡creía respirar de tu sangre el aroma!
¡Qué hermosos son los astros en las tibias veladas!

Se cerraba la noche igual que una clausura,
y en lo oscuro, mis ojos los tuyos descubrían;
yo bebía tu aliento, ¡veneno de dulzura!
Tus pies, entre mis manos fraternas se dormían,
¡y se cerraba la noche igual que una clausura!

Yo sé cómo evocar los minutos dichosos,
y revivo el pasado en tu regazo hundido
pero, ¿dónde encontrar tus encantos preciosos
sino en tu alma dulce y en tu cuerpo querido?
¡Yo sé cómo evocar los minutos dichosos!

Juramentos de amor y besos encendidos,
¿renacerían un día de un abismo insondable
como nacen los astros, ya rejuvenecidos,
después que los lavó el mar innumerable?
¡Recuerdos de un amor y besos encendidos!

XXXVII

EL POSESO

El sol está cubierto de un crespón. Como él,
oh, luna de mi vida, envuélvete en la sombra;
duerme o fuma, a tu gusto; tu luz pálida ensombra
y húndete en el abismo del Hastío cruel.

¡Te amo así! Sin embargo, si así lo quieres hoy,
como un astro eclipsado nacido en la penumbra,
álzate en los lugares que la Locura encumbra,
¡está bien! ¡El puñal a desenvainar voy!

Enciende tus pupilas en la luz de los gases,
aviva los deseos en las gentes ignaras;
¡todo lo tuyo adoro, mórbido o petulante!

Sé lo que quieras, noche negra o roja aurora;
no hay una sola fibra de mi cuerpo tremante
que no pueda decirte Belcebú, que te adora.

(1859)

XXXVIII

UN FANTASMA

1
LAS TINIEBLAS

En esta tenebrosa madriguera
donde el sino me tiene relegado,
donde jamás el sol ha iluminado,
donde sólo la Noche es mi hostelera,

soy el pintor a quien un dios burlón
condena a trabajar en las tinieblas
o cocinero que, entre fuego y nieblas,
ha de servir y comerse el corazón,

a veces, brilla, igual como una flor,
una visión de gracia misteriosa.

Y por su aire oriental y soñador

alcanza su belleza esplendorosa,
reconozco a mi bella visitante:
¡Es ella! Negra al par que luminosa.

2
EL PERFUME

Lector, ¿alguna vez has respirado
con embriaguez y glotonería
sólo un grano de incienso que podría
dejar un templo todo perfumado?

¡Con qué hondo encanto el alma nos excita
a recordar un tiempo ya pasado!

Así el amante, en un cuerpo adorado
coge la flor del recuerdo, exquisita.

Sus sensuales cabellos de caoba
que son como un sahumerio de la alcoba,
un olor acre y fiero exhalaban,

y sus vestidos aterciopelados,
de aquella juventud bien impregnados,
de su piel el perfume me dejaban.

3

EL MARCO

Igual que el marco añade a la pintura,

aunque sea de autor muy celebrado,
yo no sé qué de extraño y encantado
aislándola de la inmortal natura,

muebles, joyas y toda cosa bella
se adaptan juntos a su calidad;
sin empañar su limpia claridad,
todo parece hacerle marco a ella.

Y hasta se hubiera dicho que creía
que era amada por todo; pues hundía
su desnudez voluptuosamente

en los besos del lino y de la seda,
y a cada movimiento, brusco o nimio
mostraba su infantil gracia de simio.

4

EL RETRATO

Enfermedad y Muerte hacen cenizas
del fuego en que el vivir nos ha quemado.
De esos ojos, ternuras y sonrisas
de aquella boca en que hemos naufragado.

De los besos con ímpetu morboso,
y arrebatos de vividos fulgores,
¿qué resta ya, qué resta? ¡Es espantoso!
Nada más que un diseño a tres colores

que, como yo, en soledad se muere,
y que el Tiempo, ese anciano homicida,
con su ala cada día nos zahiere...

Asesino del Arte y de la Vida,
¡no matarás jamás en mi memoria
la que fue mi placer y fue mi gloria!

(1860)

XXXIX

Yo te ofrezco estos versos porque, si mi canción
alcanza felizmente las épocas lejanas,
y hace soñar un día a las almas humanas,
bajel favorecido por un gran aquilón,

tu recuerdo, igualando fábulas primitivas,
fatigue con su ritmo de salterio al lector;
y por una cadena de místico valor
quede colgado siempre de mis rimas altivas;

ser maldecido desde el abismo más hondo
hasta el más alto cielo, tan sólo yo respondo:
—Oh, tú que jamás vuelve, como una sombra efímera,

pasas con pie ligero, altivo, indiferente,
sobre la estupidez de quienes te juzgaron;
¡estatua de ojos puros, ángel de altiva frente!

(1857)

XL *SEMPER EADEM*

«¿De dónde viene —dices— esta tristeza extraña[32]
que sube como el mar al peñón renegrido?»
—Cuando ya el corazón ha hecho su vendimia
el vivir es un mal. Es secreto sabido,

es un dolor sencillo y nada misterioso,
y, como tu alegría, para todos visible.
No indagases más la causa, adorable curiosa,
y, aunque tu voz es bella, cállate, es preferible.

¡Calla, pues, ignorante, alma siempre contenta,
boca de infantil risa! Más aún que la Vida,
la Muerte, con sus lazos sutiles, nos sujeta!

Deja que el corazón se embriague de *mentiras*,
se sumerja en tus ojos como en un bello sueño,
y se duerma a la sombra de tus pestañas lindas.

(1860)

XLI

TODA ENTERA

El Demonio en mi alto aposento
me vino esta mañana a ver,
y, creyendo cogerme en falta,
me dijo: «Yo quiero saber,

entre todas las bellas cosas
que constituyen su esplendor,
y entre las cosas diferentes

que hacen su cuerpo encantador,

¿qué es lo más dulce?». Y mi alma
le respondió al Aborrecido:

«Puesto que todo en ella es orden,
nada le encuentro preferido.

Como me encanta todo, ignoro
dónde encontrar puedo el reproche.
Como la aurora me deslumbra
y me consuela cual la noche;

es exquisita armonía
que rige su cuerpo armonioso,
que analizar es imposible
tan bello acorde melodioso.

¡Oh, mística metamorfosis

que todo mi sentir asume!
¡Me hace de música su aliento,
como su voz me hace perfume!».

(1857)

XLII

¿Qué dirás esta noche, pobre alma solitaria,
qué dirás, corazón, tantas veces herido,
a la mujer más bella, más buena y más amada,
bajo cuya mirada de pronto has florecido?

—Pondremos nuestro orgullo en cantar su alabanza.

Qué servicio tan dulce seguir su autoridad;
su carne espiritual tiene perfume angélico
y sus ojos me visten de suave claridad.

Ya sea por la noche y solitariamente,
o sea por la calle, caminando entre gente,
su espectro, por los aires, su recuerdo pregona.

A menudo me dice: «Soy hermosa y por ello,
por nuestro amor, te ordeno que sólo ames lo bello;
soy tu Ángel guardián, tu Musa y tu Madona».

(1855)

XLIII

LA ANTORCHA VIVIENTE

Delante de mí van esos Ojos ardientes,
que un ángel sapientísimo para mí ha imantado;
ellos marchan delante, como hermanos lucientes
que en los míos su fuego celeste han reflejado.

Me libran de peligros y salvan de asechanzas,

ellos guían mis pasos a la eterna Belleza;
encienden la ilusión de nuevas esperanzas
en su fuego viviente que a consumirme empieza.

Ojos encantadores que brilláis con la mística,
luz de cirios que arden al sol de pleno día
y aunque el sol los eclipse no los puede apagar.

Ellos honran la Muerte, cantando al renacer.
Y en mi resurrección de nuevo vais a arder,
¡astros que el mismo sol no podría eclipsar!

(1857)

XLIV

REVERSIBILIDAD

Ángel de la alegría, ¿sabes lo que es la angustia?,
¿la vergüenza, el hastío, el llanto y los dolores
que en las terribles noches nos llenan de terrores
que el corazón nos dejan como una planta mustia?
Ángel de la alegría, ¿sabes lo que es la angustia?

Ángel de la bondad, ¿sabes lo que es el odio?,
¿y los puños crispados, las lágrimas de hiel,
la venganza, ejerciendo su execrable papel,
y de los vencedores arrebatando el podio?
Ángel de la bondad, ¿sabes lo que es el odio?

Ángel de la salud, ¿sabes lo que es la fiebre?,
¿de aquellos que entre muros de un horroroso hospicio,
como los desterrados, o los hijos del vicio
buscan el sol y los labios siempre mueven?
Ángel de la salud, ¿sabes lo que es la fiebre?

Ángel de la belleza, ¿sabes qué son arrugas?,
¿y el miedo a la vejez, y el odioso tormento
de leer en los ojos el hondo pensamiento
de quien bienes y dichas juntamente conjugas?
Ángel de la belleza, ¿conoces las arrugas?

¡Ángel lleno de dicha, y alegres luminarias,
David agonizante hubiera recobrado
la salud al contacto de tu cuerpo encantado!
Pero de ti no implora, ángel, sino plegarias.
¡Ángel lleno de dicha y bellas luminarias!

(1855)

XLV

CONFESIÓN

Una vez, una sola, mujer dulce y amable,
tu brazo unido con el mío
se apoyó (sobre el fondo tenebroso de mi alma
es un recuerdo que no olvido).

Era tarde; lo mismo que una medalla nueva
la luna llena se exhibía,
y la solemnidad de la noche era un río
sobre París que ya dormía.

Los gatos, por debajo de las puertas cocheras,
salían ya, furtivamente,
el oído en acecho, como sombras queridas
que nos seguían lentamente.

Y de repente, en medio de aquella intimidad
que entre nosotros dos se abría,
de ti, rico instrumento sonoro en el que solo
vibra radiante la alegría;

de ti, clara y gloriosa igual que una fanfarria
en un albor resplandeciente,

una nota doliente, una nota perdida
se te escapó desfalleciente,

como un niño enfermizo, horrible, inmundo, oscuro,
que a su familia espantaría
y que, por largo tiempo, para ocultarlo al mundo
en una cueva escondería.

Pobre ángel, cantaba tu nota discordante:
«Que nada aquí abajo es cierto,
y aunque se le disfrace, el egoísmo humano
siempre llevamos encubierto;

Es un oficio duro el de la mujer bella
y es un trabajo tan banal
el de la bailarina fría que se desmaya
en su sonrisa maquinal;

no se edifica nada sobre los corazones,
miente el amor y la beldad,
hasta que ya el Olvido lo recoge en su cesta,
¡y los vuelve a la Eternidad!».

Con frecuencia yo evoco esa luna encantada,
aquel silencio y emoción,
y aquella confidencia horrible que me hizo
al confesar un corazón.

(1855)

XLVI

EL ALBA ESPIRITUAL

Cuando en los libertinos el alba blanca y roja
se una al Ideal, que es siempre roedor,
por obra de un oculto vengador misterioso,
la bestia se transforma en ángel triunfador.

El cielo espiritual de azul inasequible,
para el hombre que sueña y se siente caído,
se abre y se hunde igual que un abismo atrayente.
Así, amada Diosa, se siente redimido,

sobre humeantes restos de estúpidas orgías
tu recuerdo más claro, más puro y sonrosado
con mis ojos atónitos veo pasar triunfal.

El sol va oscureciendo la luz de las bujías;
¡así, vencedor siempre, tu fantasma es lo mismo,
alma resplandeciente, tú mi sol inmortal!

(1855)

XLVII

ARMONÍA DE LA TARDE

Se acerca ya el tiempo en que, sobre su tallo,
cada flor se evapora igual que un incensario;
¡los sones y perfumes en la tarde se pierden
como vals melancólico en un vértigo lánguido!

Cada flor se evapora igual que un incensario,
el violín se estremece cual corazón sonoro,
¡un tierno corazón al que espanta la nada!
El cielo es triste y bello igual que un oratorio;
el sol se va anegando en su sangre cuajada.

Un tierno corazón al que espanta la nada,
que recoge el vestigio de un tiempo luminoso.
El sol se va anegando en su sangre cuajada...
¡Tu recuerdo en mi brilla igual que un ostensorio!

(1857)

XLVIII

EL FRASCO

Hay perfumes tan fuertes que en todo material
hallan poros. Diríase que filtran el cristal.
Cuando abrimos cofre que llega del Oriente
oímos que el cerrojo rechina agudamente,

o en la casa vacía un armario escondido
lleno del acre olor del tiempo, ennegrecido,
al igual encontramos un frasco del que exhala
el recuerdo de un alma que su olor nos regala.

Pensamientos dormidos, cual fúnebres crisálidas,
nos traen el recuerdo de lejanías pálidas;
que entreabren sus alas en un vuelo sonoro,
tintas de azul, de rosa o lamidas de oro.

Y revolotear el recuerdo incesante
sentimos por los aires; los ojos al instante

cerramos, es el vértigo al que nos entregamos
cayendo en el abismo de miasmas humanos,

en cuyo fondo está el sepulcro milenario
donde Lázaro, fétido, desgarra su sudario
y se nos aparece, cadáver espectral
de un viejo amor, ya rancio, de hechizo sepulcral.

Así, cuando yo esté perdido en la memoria
de los hombres, aún gozaré de la gloria

si pueden recordarme en un frasco olvidado,
decrépito, podrido, abyecto y agotado,

¡para ser tu sepulcro, amable pestilencia!
Testimonio de tu fuerza y tu virulencia.
¡Veneno que los ángeles prepararan! ¡Licor
que me roe! ¡Oh tú, vida y muerte de mi amor!

(1857)

XLIX

EL VENENO

Revestir sabe el vino la más sórdida choza
de un lujo milagroso,
y levantar un bello pórtico fabuloso
de entre rojos vapores
como un sol declinante en un cielo brumoso.

El opio agranda todo lo que es ilimitado
hasta la infinidad,
profundizando el tiempo, da voluptuosidad
de placer negro y triste
al alma por encima de su capacidad.

Mas todo esto no vale el veneno que viertes
con tu verde mirada,
lago donde mi alma se mira reflejada...
Mis suelos se suceden
para apagar su sed en su agria encantada.

Mas todo ello no vale el terrible prodigio
que tu saliva vierte,
que sume en el olvido que a mi alma pervierte
arrastrándome al vértigo
¡que me habrá de llevar al borde de la muerte!

(1857)

L

CIELO NUBLADO

Se diría que tu mirar en un vaho se pierde;
tu mirar misterioso (¿es azul, gris o verde?),
alternativamente tierno, cruel, soñador,
refleja la indolencia del cielo y su pálido color.

Recuerdas esos días blancos, tibios, velados,
que hacen fundir en llanto los pechos desolados,
cuando agitados por un mal desconocido,
los nervios nos despiertan el corazón dormido.

A veces te asemejas a esas tierras hermosas
que los soles alumbran: en las tardes brumosas...
¡Y cómo resplandeces, cual paisaje mojado,
a los rayos oblicuos de un sol enneblinado!

¡Oh mujer peligrosa, oh climas seductores!

¿Tendré, pues, que adoraros, escarchas y rigores,
para arrancar así de ese invierno glacial
placeres más agudos que el hielo y el puñal?

(1857)

LI

EL GATO

Por mi cerebro se pasea,
cual se estuviera en casa suya,
un bello gato, fuerte y dulce,
que apenas se oye si maúlla,

es tan discreto su maullido;
y aunque su voz, gruña o halague
es siempre rica y es profunda.
Es el secreto que me atrae.

Y esta voz que nos va penetrando
en el interior tempestuoso,
es como un verso sin palabras
que me adormece como un tósigo.

Mis males deja adormecidos,
todos mis éxtasis exalta;
para decir las grandes frases,
no necesita de palabras.

No he de encontrar arco que muerda,
mi corazón, buen instrumento,
y que haga en mí, más realmente,

cantar mejor mis sentimientos,

que tu voz, gato misterioso,
gato seráfico y extraño
en el que todo es como un ángel,
¡todo armonía y sutil canto!

2

Hay en su piel rubia y mora
un suave aroma delicado

que sólo por acariciarle
me dejó todo perfumado.

Él es mi duende familiar,
vivimos siempre en paz los dos,
él lo preside y juzga todo,
¿es como un hada, es como un dios?

Cuando mis ojos fascinantes
sienten de él el hipnotismo,
a él me vuelvo dócilmente
como mirándome a mí mismo,

mirando, con profundo asombro,

sus dos pupilas fluorescentes,
fanales claros, vivos ópalos
que me contemplan fijamente.

(1857)

EL BELLO NAVÍO

Yo quisiera contarte, ¡oh lánguida hechicera!,
las diversas bellezas que hay en tu primavera;
pintar quisiera tu beldad,
donde se une tu infancia a la madura edad.

Cuando agitas el aire con tu falda ligera
semejas un navío que boga mar afuera,
dando sus velas a los vientos
siguiendo ritmos suaves, perezosos y lentos.

Sobre tu cuello esbelto, sobre tus hombros llenos
tu cabeza levanta sus encantos serenos;
con aire plácido y triunfante
majestuosamente sigues hacia adelante.

Yo quisiera contarte, ¡oh, lánguida hechicera!,
las diversas bellezas que hay en tu primavera;
pintar quisiera tu beldad,
donde se une tu infancia a la madura edad.

Tu busto perfilado por la sede tirante,
es el arca preciosa de tu pecho triunfante
donde tus senos palpitando
son como dos escudos, las luces reflejando.

¡Escudos retadores con sus dos puntas rosas!
Dulce arca de secretos, llena de buenas cosas,
vinos, perfumes y licores,
delirios del cerebro y al corazón traidores.

Cuando agitas el aire con tu falda ligera
semejas un navío que boga mar afuera,
dando sus velas a los vientos,

siguiendo ritmos suaves, perezosos y lentos.

Tus nobles piernas, bajo los volantes que excitan
a lúgubres deseos oscuros nos incitan,
como dos brujas al conjuro
hacen el sortilegio dentro de un vaso oscuro.

Tus brazos, que ahogarían los hércules precoces,
son dos boas brillantes que se agitan feroces,
que con su fiera obstinación
imprimiera al amante dentro del corazón.

Sobre tu cuello esbelto, sobre tus hombros llenos
tu cabeza levanta sus encantos serenos;
con aire plácido y triunfante
majestuosamente sigues hacia adelante.

(1857)

LIII

INVITACIÓN AL VIAJE

¡Mi niña, mi hermana,
a tierra lejana
vayamos a vivir juntos allá!
¡Amar sin cesar
y morir de amar
en el país al que te parecerás!
Los soles mojados
en cielos nublados
para mi alma tienen dulce encanto
porque misteriosos
son como tus ojos

cuando su brillo dan tras de su llanto.

¡Todo allá es orden y belleza,
es lujo, es calma y voluptuosidad!

Muebles escogidos
del tiempo pulidos
nuestra estancia de amor decorarán;
las más extrañas flores
mezclarán sus olores
y al aroma del ámbar se unirán;
bellos artesonados,
los espejos labrados,
todo de un esplendor rico oriental;
todo cuenta discreto
al alma su secreto
con dulzura de su hablar natural.

¡Todo allá es orden y belleza,
es lujo, es calma y voluptuosidad!

Mira en esos ríos
dormir los navíos
con misterioso humor de vagabundo;
para complacer
tu mejor placer
vendrían de cualquier parte del mundo.
—Los soles ponientes
bañarán, como el río y la ciudad,
de jacinto y de oro
a un mundo sonoro
que se despierta a nueva claridad.

¡Todo allá es orden y belleza,
es lujo, es calma y voluptuosidad!

LIV

LO IRREPARABLE

¿Podemos ahogar nuestro remordimiento,
que vive, que se agita y se retuerce,
y nos devora como la oruga al corpulento
árbol, como el gusano que sobre un muerto ejerce?
¿Podremos ahogar nuestro remordimiento?

¿En qué filtro, en qué vino o maldita tisana
este viejo enemigo nos fatiga,
destructor y voraz como una cortesana,
que tan paciente es como una hormiga?
¿En qué filtro, en qué vino o maldita tisana?

Díselo, hermosa bruja, díselo si lo sabes,
a mi espíritu lleno de amargura
igual que al moribundo al que hace heridas graves
del vencedor caballo la herradura.
Díselo, hermosa bruja, díselo si lo sabes,

dile a esta agonizante que ya el lobo olfatea,
y que el cuervo ya ve desde su altura,
a este soldado roto, si ha de dejar la idea
de tener una cruz o sepultura;
¡dile al agonizante que ya el lobo olfatea!

¿Se puede iluminar un cielo ennegrecido?
¿Desgarrarse podrían las tinieblas

densas como la pez, sin luz que se ha extinguido,
y hemos de caminar entre las tinieblas?
¿Se puede iluminar un cielo ennegrecido?

La esperanza brilla dentro de la hostería,
¡pero sus luces para siempre han muerto!
Sin luna y sin estrellas, ¿dónde se hospedaría
el caminante en su camino incierto?
¡El Diablo apagó la luz de la hostería!

Adorable hechicera, ¿amas a los condenados?
Dime, ¿conoces bien lo irremediable?
¿Y del remordimiento los dardos acerados
de los que somos blanco inevitable?
Adorable hechicera, ¿amas a los condenados?

Lo irreparable roe con su diente maldito
nuestra alma, monumento lamentable,
y a menudo socava el humano granito
de la base, cual una termita insaciable.
¡Lo irreparable roe con su diente maldito!

2

—Una vez, en el fondo de un teatro banal
que inflamaba una orquesta muy sonora,
yo vi un hada alumbrar en un cielo infernal,
la luz maravillosa de una aurora.
Una vez, en el fondo de un teatro banal,

era un ser luminoso, hecho de oro y gasa,
que a Satán derribaba con su mano.
Mi corazón, que nunca en éxtasis se abrasa,
es el teatro en el que espero, en vano,
ese ser luminoso, hecho de oro y gasa.

(1855)

LV

CONVERSACIÓN

¡Eres un bello cielo de otoño, claro y rosa!
Mas la tristeza en mí es como un mar amargo
que deja, en su reflujo, sobre mi boca ansiosa
el sabor de su limo, dormido en su letargo.

—Vanamente en mi pecho vas tu mano a poner;
lo que ella busca, amiga, es un lugar saqueado
por la garra y el diente feroz de la mujer.
El corazón no busques, que ya lo han devorado.

¡Fue igual como un palacio por la turba asolada
en el que se combate en batalla sañuda!
—¡Oh, qué perfume envuelve tu garganta desnuda...!

¡Oh, Belleza, flagelo de las almas, si quieres
con tus ojos de fuego enciende las hogueras,
calcina estos despojos que han dejado las fieras!

(1856)

LVI

CANTO DE OTOÑO

Pronto vamos a hundirnos en las frías tinieblas;

¡adiós, claro fulgor de los cortos estíos!
Ya escucho cómo caen, entre fúnebres nieblas,
los leños que resuenan en los patios fríos.

Todo el invierno ya penetra en mi ser: ira,
odio, temor, horror, el trabajo forzado,
y, cual sol del invierno que en los polos se mira,
mi corazón no es más que un rojo bloque helado.

Yo escucho cada tronco caer como en su tumba;
como si un cadalso levantaran entero.
Mi espíritu, a su igual, cual torre se derrumba
al golpe del hachazo, infatigable y seco.

Me parece, mecido por el golpe constante,
escuchar cómo clavan un ataúd en algún sitio.
¿Para quién? —Ya es otoño, se fue el estío radiante.
Y como una despedida suena ese extraño ruido.

2

De tus ojos rasgados amo la luz verdosa,
dulce beldad, mas todo hoy me causa amargura,
y nada, ni tu amor, ni tu casa dichosa
amo como este sol que sobre el mar fulgura.

Pero no obstante, quiéreme, sé buena y maternal
para este hijo ingrato que de ti se hizo odioso,
sé la amante o la hermana, con amor fraternal
como este sol de otoño que muere cariñoso.

¡Corta tarea ya! ¡La tumba ávidamente
aguarda! ¡Déjame que mi sien fatigada
en ti olvide nostalgias del estío caliente,
en esta otoñal luz, apacible y dorada!

LVII

A UNA MADONA
EX-VOTO AL ESTILO ESPAÑOL

Quiero alzar para ti, mi Madona querida,
un altar subterráneo en mi angustiada vida,
y en lo más escondido y hondo del corazón,
lejos de los deseos mundanos y el burlón
mirar del hombre, un nicho de bóveda esmaltada
donde tu santa imagen ha de ser venerada.
Como mis versos bruñidos cual sonoro metal
sabiamente adornados de rimas de cristal,
haré para tus sienes una enorme corona,
y de mis propios celos, ¡oh mi inmortal Madona!
te haré cortar un manto real de tal manera
rígido, burdo y grueso, que te haga prisionera
enervando tus gracias porque no tengo verlas,
bordándolo con lágrimas porque no tengo perlas.
La túnica la hará mi deseo ferviente,
este deseo mío, ondulante, impaciente,
que en las cumbres oscila y en los valles reposa
y reviste tu cuerpo de un beso blanco y rosa.
Con mis respetos, bellos borceguíes te haré
de raso para que repose bien tu pie
que de zarzas y espinas del vivir lo preserven
y su forma divina para siempre conserven.

Si mi arte no lograra con todo esto obsequiarte,
y una luna de plata no pudiera tallarte,
yo pondré la serpiente que mi entraña devora

bajo tus plantas, oh victoriosa Señora,
fecunda en redenciones, y el monstruo aborrecido
por tu planta aplastado, será siempre vencido.
Verás mis pensamientos en fila, como cirios
que a la Reina del cielo se dejan de mirarte
consumiéndose todos con ansia de alumbrarte.
Y como todo en mí te adora y ama, pienso
que todo se ha de hacer mirra, benjuí, incienso,
y hacia ti, eternamente, cumbre blanca y nevada,
ascenderá en vapores mi alma desamparada.

En fin, para hacer bien tu papel de María,
y mezclar el amor con la barbarie impía,
¡voluptuosidad negra!, de los siete pecados
haré siete cuchillos sutilmente afilados.
Y los lanzaré, igual que un juglar insensible,
que busca como blanco un amor imposible,
¡los clavarla en tu corazón palpitante,
tu corazón gimiente, tu corazón sangrante!

(1860)

LVIII

CANCIÓN DE SIESTA

Aunque tus cejas perversas
te den un extraño aspecto,
que no es, sin duda, de ángel,
bruja de mirar perverso,

te adoro, frívola mía,
¡mi más terrible pasión!,

como el creyente a la imagen
de su mejor devoción.

Aroman tus rudas trenzas
los bosques y los desiertos
y en tu cabeza se esconde
el enigma del secreto.

Como en torno a un incensario,
tu carne el perfume exhala;
tú encantas como la tarde,
ninfa tenebrosa y cálida.

¡Ah, no igualan tu pereza
los filtros más violentos!

Tú conoces las caricias
que resucitan los muertos.

Tus caderas os enamoran
de tus senos y tu espalda,
y encantas los almohadones
con tus posiciones lánguidas.

A veces, para calmar
tu cólera misteriosa,
te prodigas en mordiscos
que son besos de tu boca.

Y me incitas más, querida,
con una risa de burla,

para apaciguarme luego
con tu mirada de luna.

Bajo tu chapín de raso,

bajo de tus pies sedeños,
pongo mi gran alegría
mi porvenir y mi genio.

Mi alma por ti se cura,
por ti, color y luz mía,
¡tú eres el calor vital
en mi Siberia sombría!

(1860)

LIX

SISINA

Imaginad a Diana en galante atavío,[33]
recorriendo los bosques, cruzando matorrales
cabello y pecho al viento y, en los trances fatales,
venciendo a los jinetes en franco desafío.

¿Habéis visto a Turingia, en las matanzas fieras,
excitar al asalto a un pueblo empobrecido
la mejilla y los ojos en un fuego encendido
subiendo, sable al puño, las reales escaleras?

¡Pues igual es Sisina! Mas la dulce guerrera
tiene el alma piadosa como la tiene fiera;
su valor, de tambores y pólvora sediento,

ante los que suplican se apiada y se enternece,
y aun templando en la lucha su corazón violento,
tiene también sus lágrimas para el que las merece.

LX

FRANCISCAE MEAE LAUDES

Versos compuestos para una modista erudita y devota

Novis te cantabo chordis,
o novenetum quod ludis
in solitudine cordis.

Esto sertis implicata,
o femina delicata,
per quam solvuntur peccata!

Sicut beneficum Lethe,
hauriam oscula de te,
quae imbuta es magnate.

Qunn vitiorum tempestas
turbabat omnes semitas,

apparuisti, Deltas,

velut stella salutaris
in naufragiis amaris...
Suspendam cor tuis aris!

Piscina plena virtutis,
fons aeternae juventutis,
labris vocem redde mutis!

Quod erat spurcum, cremasti;
quod rudius, exaequasti;

quod debile, confirmasti.

In fame mea taberna,
in nocte mea lucerna,

recta me semper guberna.

Adde nunc vires viribus,
dulce balneum suavibus
unguentatum odoribus!

Meos circa lumbos mica,
o castitatis lorica,
aqua tincta seraphica;

patera gemmis corusca,
panis salsus, mollis esca,
divinum viaum, Francisca![34]

(1857)

LXI

A UNA DAMA CRIOLLA

En un país fragante al que el sol acaricia
conocí, bajo un palio de árboles purpurados
y palmeras que ponen en los ojos desidia,
una dama criolla de encantos ignorados.

Su tez pálida, ardiente; morena encantadora,
su cuello se movía en grácil movimiento;
alta, esbelta, andaba como una cazadora;

su sonrisa tranquila, su mirada en el viento.

Si vos fueseis, señora, a mi país glorioso,
a la orilla del Sena, o del Loira verdoso,
bella digna de ornar las antiguas mansiones,

haríais germinar, en las frondas discretas,
más sonetos en los pechos de los poetas,
que negros dominái en vuestras posesiones.

(1845)

LXII

MOESTA ET ERRABUNDA

Dime, Ágata, ¿a veces tu corazón no te huye[35]
lejos del negro océano de la inmunda ciudad,
en busca de otro mar que centellea y fluye
azul, claro y profundo cual la virginidad?
Dime, Ágata, ¿a veces tu corazón no te huye?

¡El mar, el vasto mar, consuela nuestros males!
¿Qué demonio ha dotado al mar, ronco cantor,
al que acompaña el órgano de fieros vendavales,

en la función sublime de mecer el dolor?
¡El mar, el vasto mar, consuela nuestros males!

¡Arrástrame, vagón! ¡Levántame, fragata!
¡Legos! ¡El lodo aquí se amasa con el llanto!
—¿Será verdad que, a veces, el corazón de Ágata
dice: lejos de crímenes, del odio y el espanto,
¡arrástrame, vagón! ¡Levántame, fragata!?

¡Qué lejos estás ya, paraíso aromado,
donde, bajo el azul, hay amor y alegría,
donde lo que se ama digno es de ser amado,
y en el deleite puro el alma se extasía!
¡Qué lejos estás ya, paraíso aromado!

Pasó ese paraíso de infantiles amores,
paseos y canciones, besos y violetas;
los violines sonando detrás de los alcores,
con los vasos de vino bebidos en las glorietas...

—Pero ese paraíso de infantiles amores,

el paraíso lleno de placeres furtivos,
¿está tan lejos ya como la India o la China?
¿Podemos evocarlo con gritos fugitivos
y animarlo de nuevo con su voz argentina
al paraíso ingenuo de placeres furtivos?

(1855)

LXII

EL APARECIDO

Como un ángel de fulva pupila,
llegaré hasta tu alcoba tranquila
y hacia ti avanzaré sin ruido,
cuando esté ya tu cuerpo dormido

para darte, en silencio, ¡oh, mi bruna!,
besos fríos cual rayos de luna,
y caricias de sierpe ondulante

que la fosa vigila, reptante.

Cuando, al fin, llegue el lívido día,
te hallarás en la cama sombría
sin poder recobrar el calor.

Si otro tiempo te di mi ternura,
dormido en tu clara hermosura,
¡quiero ahora reinar por terror!

LXIV

SONETO DE OTOÑO

Me preguntan tus ojos, claros como el cristal:
«Mi ser, extraño amante, ¿a ti qué te suscita?».
—Sé encantadora y calla. A mí todo me irrita
a excepción del candor del antiguo animal,

y no quiere mostrarte mi secreto infernal,
nodriza cuya mano a largo sueño invita,
ni la negra leyenda que con llama fue escrita.
Detesto la pasión y el genio me hace mal.

Amémonos con calma. Amor, en su garita
igual que un emboscado tiene el arco fatal.
Conozco los resortes de su viejo arsenal:

crimen, horror, locura. ¡Pálida margarita!
¿No eres, igual que yo, triste sol otoñal,
oh, mi blanca y mi fría pálida Margarita?

(1859)

LXV

TRISTEZAS DE LA LUNA

Esta noche la luna sueña con más pereza;
igual que una beldad entre almohadones llenos,
con mano distraída y viciosa destreza
que, en tanto va durmiéndose, acaricia sus senos,

sobre la suave espalda de pálidos nublados,

moribunda, se entrega a lánguidas visiones,
y pasea sus ojos, apenas desmayados,
por el azul que arde en bellas floraciones.

Cuando sobre este mundo, con languidez ociosa,
deja caer alguna lágrima silenciosa
un poeta piadoso, enemigo del sueño,

en su mano recoge esta lágrima fría,
como un fragmento de ópalo donde la luz se estría,

y la guarda en su pecho, de la que lo hace dueño.

LXVI

LOS GATOS

Los amantes fervientes y los sabios austeros
en su madurez, aman los gatos de la casa,
los gatos, fuertes, dulces, como ellos frioleros,
como ellos sedentarios, frente al tiempo que pasa.

Amigos de la ciencia y la sensualidad,
que buscan el silencio y aman las tinieblas,

Erebo los hiciera sus corceles de nieblas[36]
si ellos se resignaran a perder libertad.

Mientras sueñan, adoptan los nobles actitud
de las esfinges que en lejanas latitudes
duermen sueño de siglos, inmóviles, tranquilas;

mágicas chispas brotan de sus ancas fecundas,
y partículas de oro, como arenas profundas,
destellan vagamente sus mágicas pupilas.

(1847)

LXVII

LOS BÚHOS

Sobre los tejos en que habitan
están los búhos alineados.
En su silencio allí meditan,
como los dioses, tan callados.

Y silenciosos surgirán
hasta la hora del poniente
en que las sombras barrerán
la luz del sol opalescente.

Su actitud al sabio le hace ver
que en este mundo ha de temer
todo tumulto y movimiento;

quien la inquietud lleva consigo
ha de sufrir el gran castigo
de cambiar, como un tormento.

LXVIII

LA PIPA

Yo soy la pipa de un autor.
Se advierte en mi fisonomía,
bien de Abisinia o Cafreria,
que el dueño es buen fumador.

Si está abatido de dolor,
humeo como la costas
de una cabaña campesina
cuando regresa el labrador.

Mezo su alma, y la enlazo
con el azul en sutil lazo
que sube de mi boca ardiente,

y su dolor se le mitiga
con mi humareda evanescente
poniendo fin a su fatiga.

LXIX

LA MÚSICA

¡Hay veces que la música me invade como el mar!
Dejando blanca estela,
bajo un techo de bruma me lanzo a navegar
izando blanca vela;

adelantando el pecho, los pulmones hinchados
lo mismo que la tela,
asciendo por el lomo de oleajes apretados
que noche me cela;

y me siento vibrar con todas las pasiones
de un bajel combatido;
el viento tormentoso me da las convulsiones

de abismo embravecido
acunándome. Y otras mis inquietudes calma
¡como un espejo claro que serena mi alma!

LXX

SEPULTURA

Si en una noche lenta, oscura,
un buen cristiano, por piedad,
cava vuestra sepultura
y os va a enterrar por caridad,

cuando enmudece la espadaña
y las estrellas se han dormido,
su tela va haciendo la araña
y va la víbora a su nido,

y todo el año tus oídos
escucharán largos rugidos
del lobo y de brujas gritando,

lúbricos viejos retozando,
y cuchicheos de bandidos
que sus desmanes van contando.

LXXI

UN GRABADO FANTÁSTICO

Este canoso espectro no tiene otro peinado,
sobre su calavera, grotescamente aleado,
que una corona horrible que huele a carnaval.
Sin espuelas ni látigo, cabalga un animal
que es, como el caballero, un fantasma esquelético
cuyas fauces babean cual las de un epiléptico.
A través del espacio va el caballo ligero
hollando el infinito con trote aventurero.
El caballero un sable flamígero pasea
sobre la turba mísera que su corcel patea,
y lo mismo que un príncipe que recorre el palacio,
él cruza el cementerio que hizo del espacio,
donde yacen, debajo de un sol descolorido,
la historia antigua y nueva de los pueblos que han sido.

(1857)

LXXII

EL MUERTO JUBILOSO

En una tierra grasa, de caracoles llena,
yo quisiera cavar una profunda y sola
fosa, donde dejar mis huesos fatigados
durmiendo en el olvido como el pez en la ola.

Odio los testamentos como las sepulturas,

antes que mendigar una lágrima al mundo,
preferiría, vivo, invitar a los cuervos
para que se cebaran en mi esqueleto inmundo.

¡Gusanos! Silenciosos y ciegos compañeros,
mirad cómo hoy un muerto gozoso viene a veros;
hijos de podredumbre, filósofos despiertos,
moveos sin escrúpulos aquí en mi sepultura,
decid si todavía le falta una tortura
a este cuerpo sin sima, ya muerto entre los muertos.

(1851)

LXXIII

EL TONEL DEL ODIO

El Odio es el tonel de las Danaides. Llega[37]
la venganza insensata, con brazos descubiertos,
y en vano precipita en su negrura ciega
cubos llenos de sangre y lágrimas de muertos;

el Demonio agujeros en él intenta abrir,
por donde huir podrían años de desventuras,
y si las pobres víctimas pudieran revivir,
él las sometería a mayores torturas.

El Odio es un borracho hundido en su taberna
que siente que su sed renace en el licor
y que se multiplica como la hidra de Lerna.[38]

—Mas los ebrios felices tienen su vencedor,
es el Odio, que saben que sobre ellos pesa,

y dormir no les deja debajo de la mesa.

(1851)

LXXIV

LA CAMPANA RAJADA

Es dulce y es amargo en las noches de invierno
escuchar, junto al fuego que palpita y ahúma,
evocar los recuerdos que tienen son eterno
oyendo el carillón que canta entre la bruma.

Bendita la campana de bronce vigoroso
que, a pesar de los años, va con quietud lanzando
fielmente sobre todo su grito religioso
como un buen centinela, en su puesto velando.

Mas mi alma está rajada, y cuando en sus hastíos
quiere lanzar sus cantos hacia los aires fríos
de la noche, sucede que sus ecos inciertos

son como el estertor de un herido olvidado
junto a un charco de sangre, bajo un montón de muertos,
que muere, revolviéndose, en su sangre ahogado.

(1851)

LXXV

SPLEEN

Sobre la ciudad vierte, irritado, pluvioso
de sus urnas, en olas, un frío de misterio
sobre los habitantes del triste cementerio,
y la muerte a lo largo del arrabal brumoso.

Mi gato, en el cojín, buscando su litera,
agita el cuerpo graso, elástico y sarnoso;
el alma de un poeta vaga por la gotera
con la voz lamentable de un fantasma medroso.

La campana se queja, y el leño chamuscado
acompaña en falsete el reloj resfriado,
y en un juego de naipes, que huelen acremente,

herencia de una vieja hidrópica y doliente,
y una dama de pique y la sota de oros
de unos muertos amores charlan siniestramente.

(1851)

LXXVI

SPLEEN

Yo guardo más recuerdos que un hombre de mil años.

Un viejo arcón repleto de papeles extraños,
versos, cartas de amor, procesos y romances,
rizos de pelo envueltos en cintas y balances,
menos secretos guarda que mi cerebro informe.
Es como una pirámide, como una fosa enorme
que contiene más muertos que la fosa común.
—Yo soy un cementerio que no han cerrado aún.

donde van los gusanos de los remordimientos
devorando el recuerdo de viejos sentimientos.
Soy un viejo *boudoir* con rosas deshojadas,
donde yace un montón de modas ya pasadas,
olvidados dibujos y un Boucher olvidado
que exhalan el olor de un frasco destapado.

Nada más largo que estas cojas jornadas,
cuando bajo los gruesos copos de las nevadas,
el tedio, fruto amargo de la curiosidad
toma las proporciones de la inmortalidad.

—Desde ahora eres sólo, ¡oh materia viviente!,
un grano rodeado de un espanto inconsciente,
olvidado en el fondo de un mundo presuroso,
ignorada en el mapa, cuyo humor inclemente
a los rayos tan sólo canta del sol poniente.

(1857)

LXXVII

SPLEEN

Soy semejante a un rey de un país tormentoso,
rico, pero impotente, joven, pero achacoso,
que de sus preceptores no aguanta las molestias;
se aburre con sus perros como con otras bestias.
Nada puede alegrarle, ni venado ni halcón,
ni su pueblo muriendo al pie de su balcón.
Del bufón favorito la grotesca balada,
no desarruga el ceño del rey enfermo en nada;

en tumba se convierte su lecho suntuoso

y las damas, en torno, que lo encuentran hermoso,
no saben ya qué hacer para hallar el secreto
que arranque una sonrisa al joven esqueleto.
El sabio que fabrica el oro no ha podido
extirpar de aquel cuerpo lo que hay de corrompido,
y los baños de sangre, invento de romanos,
a los que acuden sólo los viejos soberanos,

no logran avivar de este muerto el deseo,
pues tiene, en vez de sangre, verde agua de Leteo.[39]

LXXVIII

SPLEEN

Cuando el cielo caído pesa como una tapa
sobre el gimiente espíritu, anegado en su tedio,
y cuando el horizonte se cierra como un círculo
de sombra que nos trae la noche sin remedio;

cuando se hace la tierra húmedo calabozo,
en el que la esperanza, cual murciélago herido,
golpea contra el muro sus impotentes alas
y la cabeza choca contra el techo podrido;

cuando la lluvia tiende sus infinitas mallas
que imitan los barrotes de una vasta prisión,
y un mundo silencioso de perversas arañas
con sus telas envuelven nuestra humana razón;

saltan furiosamente repentinas campanas
que lanzan hacia el cielo sus fúnebres clamores,
igual que almas errantes y sin patria ninguna,
empiezan a gemir sus profundos colores.

—Y grandes coches fúnebres, sin temblores ni músicas,
desfilan lentamente por mi alma, en procesión;
la Esperanza agoniza, y la Angustia despótica
en mi cráneo abatido planta el negro pendón.

(1857)

LXXIX

OBSESIÓN

Me aterráis, grandes bosques, como las catedrales;
clamáis como los órganos; en nuestra alma maldita,
estancias de eterno duelo que agitan vendavales,
a vuestros *De profundis* la voz del bosque grita.

¡Yo te aborrezco, Océano!, tus calmas y tus tumultos,
a mi espíritu aterran. Esa risa sin par
del vencido, repleta de sollozos e insultos,
yo la escucho en la risa enorme de la mar.

¡Oh, qué bella sería la noche sin estrellas
que con su luz nos hablan un lenguaje sabido!
Yo busco lo vacío, lo negro y lo desnudo.

Pero son las tinieblas un lienzo oscuro
donde veo surgir visiones a millares
de seres que se fueron y me son familiares.

(1860)

LXXX

EL DESEO DE LA NADA

¡Triste espíritu mío, otro tiempo esforzado,
la esperanza que entonces espoleó tu ardor,
ya cabalgar no quiere! Te tiendes sin pudor,
como caballo viejo que en todo ha tropezado.

¡Resígnate, alma mía; duerme un sueño pesado!

Para ti ya no importa, antiguo luchador,
ni el amor ni el combate. ¡Has sido derrotado!
¡Adiós, cantos de cobre, y pífano encantado!
Placeres, no tentéis a un alma sin calor.

¡La primavera ha perdido para mí su olor!

Y el tiempo me devora, poco a poco, la vida,
como la nieve inmensa a un cuerpo entumecido;
desde lo alto contemplo todo el mundo extendido,
sin poder encontrar para mí una guarida.

Avalancha, ¿me quieres llevar en tu caída?

(1859)

LXXXI

ALQUIMIA DEL DOLOR

¡Te alumbra uno con ardor,
dolor te da el otro, natural!
Uno te dice: ¡sepultura!

Y el otro: ¡vida y esplendor!

Ignoto Hermes que me asistes
y que, constante, me intimidas,
tú me equiparas al rey Midas,
entre los alquimistas tristes;

por ti yo cambio el oro en hierro
y el cielo en infernal destierro;
en las celestes latitudes

descubro muertos por mí amados,
y por los célicos estrados
hacerse grandes ataúdes.

(1860)

LXXXII

HORROR SIMPÁTICO

Di, ¿de este cielo anubarrado,
tan tormentoso cual tu sino,
qué pensamientos han bajado
a tu alma hueca, libertino?

—Insaciablemente lidio
entre lo oscuro y lo ignorado,
no he de quejarme como Ovidio
que de su patria fue arrojado.

Cielos rasgados como un arenal,
mi orgullo así, se siente igual
a vuestras nubes enlutarse,

fúnebres coches de mis sueños,

tus luces el reflejo son
de este infierno del corazón.

(1860)

LXXXIII

EL HEAUTONTIMORUMENOS

A J.G.F.[40]

¡Sin cólera he de golpearte,
sin odio, como un matarife,
como Moisés hirió la roca!
Y que tus párpados destilen,

para abrevar a mi Sahara
el agua amarga del tormento.
Y mi deseo esperanzado

nade en las aguas de ese piélago,

por donde va, como un navío;
y en mi embriagado corazón
resonar oiga tus sollozos
como el redoble de un tambor.

¿No soy acaso un falso acorde
de la divisa sinfonía
que me sacude y que me muerde
con su sarcástica ironía?

¡En mi voz siento su chillido!
¡Mi sangre es un veneno negro!
Soy el espejo en que se mira
esta bruja que llevo dentro.

¡Yo soy la llaga y el cuchillo!,
la bofetada, y la mejilla;
yo soy los miembros y la rueda,
¡soy el verdugo y soy la víctima!

¡Soy el vampiro de mí mismo,
igual que esos abandonados
que no podrán reír jamás
y a risa eterna condenados!

(1857)

LXXXIV

LO IRREMEDIABLE

1

Nuestra idea, y forma, y ser
del celestial azul caídos
sobre el Estigio cenagoso,
en donde nadie ve lo perdido;

un ángel, falso viajero,
que intentó amar a lo deforme,
cual nadador que se debate
en una pesadilla enorme,

luchando va, lleno de angustia,
contra un gigante remolino,
y va cantando como un loco
en las tinieblas del camino;

un embrujado sin ventura
que, con tanteo lamentable,
para escapar de los reptiles
busca agarrarse a cualquier cable;

un condenado que desciende
sin luz al fondo de una sima,
donde le lleva la pendiente
de una escalera sin orillas,

y ha de encontrar monstruos viscosos
que, con mirar fosforescente,
hacen la noche más oscura,
y ellos tan sólo pueden verle;

un barco en una mar helada
preso en la trampa de cristal,
busca, impotente, liberarse
de aquella atroz trampa fatal;

—Signos bien claros, cuadro exacto
de una fortuna irremediable,
que hace pensar cómo el Diablo
hace su obra irreprochable!

2

¡Autodialoga el alma humana
que se hace espejo de sí misma!

De la Verdad, pozo empañado,
que refleja una estrella lívida,

antorcha de gracias satánicas,
un faro irónico, infernal,

ya nuestro único consuelo,
—¡La conciencia de hacer el Mal!

LXXXV

EL RELOJ

¡Reloj!, dios implacable, impasible y siniestro,
cuyos dedos nos dicen: «¡Recuerda!», amenazando.
Los vibrantes dolores, en tu pecho encerrados,
nos clavarás lo mismo que saetas vibrando;

irá hacia el horizonte el placer vaporoso
lo mismo que una sílfide detrás de un bastidor;
cada instante devora un trozo de delicia

a cada hombre cedida lo mismo que una flor.

Tres mil seiscientas veces a la hora, el segundo
repetirá: «¡Recuerda!» Con una voz profunda
de insecto, ahora dice: «¡Yo soy aquel entonces,
y he tragado tu vida con esta boca inmunda!».

¡Recuerda! ¡Acuérdate! ¡Esto memor! (Mis labios
hablan todas las lenguas con mi metal sonoro.)
Los minutos, mortal frívolo, son las gangas
que detener debemos para extraer su oro.

Acuérdate que el Tiempo es terco jugador
que nos gana sin trampas, a golpes la partida.
El día ya declina, la noche llega, *¡Acuérdate!*,
se agota la clepsidra que cuenta nuestra vida.

Ya va a sonar la hora en que el divino azar
y la virtud, tu esposa que es aún virgen,

y el arrepentimiento (¡oh, postrero refugio!)
te dirán: «¡Muere, viejo; ya es demasiado tarde!».

(1860)

CUADROS PARISIENSES

LXXXVI

PAISAJE

Quisiera, para hacer mis églogas más puras
como hacen los astrólogos, dormir en las alturas,
vecino a las campanas, escuchar el lamento
de sus himnos solemnes llevados por el viento.
Con la barba en la mano, desde mi buhardilla,
ver cómo en los talleres la gente canta y chilla;
chimeneas y torres, mástiles y veletas
y esos cielos abiertos que sueñan los poetas.

¡Qué dulce es contemplar, entre brumas cercanas,
una estrella en el azul, la luz en las ventanas,
y los ríos de humo subir al firmamento
y a la luna verter su blanco encantamiento!
Ver desfilar otoños, estíos, primaveras,
y, cuando llegue el invierno con sus nieves primeras,
postigos y ventanas cerraré muy despacio
para alzar en la noche mi mágico palacio.
Entonces soñaré horizontes con astros,
jardines, juegos de agua llorando entre alabastros,
y pájaros y besos cantando noche y día,
lo que el idilio tiene de grácil poesía.
El tumulto, golpeando mis vidrios vanamente,
no me hará levantar del pupitre la frente,
porque estaré entregado a la voluptuosidad
de estar en primavera por propia voluntad,
creando un nuevo sol en mi alma extasiada
que dé a mis pensamientos su atmósfera templada.

(1857)

LXXXVII

EL SOL

Por el viejo arrabal en que penden discretas
persianas que nos velan las lujurias secretas;

cuando el sol cruel hiere con golpes redoblados
a la ciudad y los campos, sobre techos y prados,
yo salgo a ejercitar fantástica esgrima
buscando en rincones el azar de la rima,
trabucando palabras como piedras pisando
hasta encontrar el verso con el que fui soñando.

Este padre nutricio que odia enfermizas cosas,
en los campos despierta los versos y las rosas;
hace que se evaporen en el cielo las penas
y llena los cerebros de miel, como colmenas.
¡Rejuvenece a aquellos que andan con muletas,
que se vuelven alegres como niñas coquetas
y a las mieses ordena madurar y crecer,
y al corazón humano sentirse florecer!

Cuando, como un poeta, desciende a las ciudades,
ennoblece hasta las más viles realidades,
y se entra, como un rey, y sin pompa marcial,
lo mismo en el palacio como en el hospital.

(1857)

LXXXVIII

A UNA MENDIGA PELIRROJA

Blanca niña pelirroja,
por tu vestimenta rota
se deja ver la pobreza
    y tu belleza;

para mí, poeta mortecino,
tu joven cuerpo enfermizo
con esa piel pecosa
    es dulce y hermosa.

Llevas con más gallardía
que una reina de novela
sus sandalias de terciopelo,
    tus toscos zuecos.

En vez de tu harapo escaso
lucieras traje de raso
cuyos pliegues rumorosos y largos
    llegaran a tus tacones,

y en vez de las medias rotas,
para las miradas licenciosas
en tus piernas una daga de oro
    reluciera brillando,

que nudos mal hechos
muestren para nuestros pecados
radiantes, tus dos pechos,
    como dos ojos;

y que para desnudarte
se hagan de rogar tus brazos
y rechacen insumisos
    los dedos traviesos,

perlas del agua más bella,
sonetos de Belleau el maestro,[41]
por tus galanes cautivos
siempre ofrecidos,

y tropa de rimadores
ofreciéndote sus primores,
atisbando tu bota
al subir los escalones,

más de un paje amante de peligros,
muchos señores, muchos Ronsards,[42]
espiarían por placer
tu pequeño aposento,

contarías en tus lechos
más besos que lirios
y someterías a tus leyes
a más de un Valois.[43]

—Sin embargo vas pidiendo
restos de comida
a las puertas de algún Véfour[44]
en la encrucijada,

y miras ansiosa de reojo
bisutería de veintinueve sueldos
que yo tampoco, ¡perdóname!
podría ofrecerte.

Ve, pues, sin otro ornamento,
perla, perfume o ungüento
que tu desnuda pobreza,
¡Oh, mi belleza!

LXXXIX

EL CISNE

A Victor Hugo

1

¡Andrómaca, en ti pienso! Este pequeño río,[45]
espejo triste y pobre que entonces reflejó
la inmensa majestad de tu dolor de viuda,
este Simois falaz que por ti sollozó,[46]

ha fecundado ahora mi ubérrima memoria
cuando yo cruzo el nuevo Carrusel. No es igual
aquel París de antaño (la forma de una villa
cambia más pronto, ay, que el corazón mortal).

Veo, sólo en espíritu, el campo de barracas,
un montón de esbozados capiteles y arcos,
brillando en los cristales, una mezcla confusa
de escombros que refleja el verdor de los charcos.

Allí hubo otro tiempo una casa de fieras;
allí vi una mañana, bajo de un cielo frío,
cuando el trabajo empieza y del muladar sube
el aire emponzoñado como huracán sombrío,

un cisne que se había de su jaula escapado,
y con sus pies palmípedos frotando el pavimento,
por el áspero suelo arrastraba el plumaje,

junto a un reguero seco su pico alzar sediento,

y, ensuciando sus alas en la gris polvareda,
dijo, el corazón lleno de su lago natal:
«¿Cuándo lloverás, agua? ¿Cuándo tronarás, rayo?».
¡Yo vi a ese desdichado, mito extraño y fatal!

A veces hacia el cielo, como el hombre de Ovidio,[47]
hacia ese cielo irónico, cruelmente azulado,

alza, convulso el cuello y ávida la cabeza,
su reproche hacia Dios, largo y desesperado.

2

¡París cambia! Mas nada en mi melancolía
ha cambiado. Andamiajes, palacios, horizontes,
barriadas viejas, todo para mí es alegórico,
mis recuerdos queridos me pesan como montes.

Y por eso, ante el Louvre, una imagen me angustia
y pienso en aquel cisne enloquecido, inmenso,
como los desterrados, ridículo y sublime,
roído de un deseo sin tregua. Y en ti pienso,

Andrómaca, caída del brazo de un esposo,
sojuzgada por Pirro en sus brazos terrenos,
llorando ante una tumba vacía, doblegada;
¡pobre viuda de Héctor y, ay, esposa de Helenos!

Y recuerdo la negra tísica, enflaquecida,

buscando, en una charca de barro que le abruma,
los altos cocoteros de su África ardiente,
detrás de la pared inmensa de la bruma;

pienso en quienes perdieron lo que no se recobra,
¡nunca!, ¡nunca! En aquellos que se abrevan de llantos,
y maman el dolor como una buena loba;
¡en los huérfanos, flores marchitas de quebrantos!

Y así, en la selva donde mi alma se destierra
de un antiguo recuerdo oigo la melodía...
Pienso en los marineros, en islas olvidadas,
el cautivo, el vencido... y ¡en otros todavía!

(1860)

XC

LOS SIETE VIEJOS

A Victor Hugo

¡Ciudad hormigueante, ciudad llena de sueños,
donde el espectro en pleno día va entre la gente!
Los misterios, cual savia de las calles, circulan
en las estrechas venas del coloso potente.

Una mañana, en tanto que en la sombría calle
las casas, por la bruma matutina alargadas,
parecían los muelles de una brumosa ría
como decoraciones del actor reclamadas,

una sucia neblina inundaba el espacio,
y yo iba, frenando mis nervios distendidos,
dialogando con mi alma, fatigada y maltrecha,
y el barrio despertaba por gregarios ruidos.

De repente, un anciano de amarillos harapos

que el color imitaban de los cielos lluviosos,
cuyo aspecto le habría hecho obtener limosnas
sin la perversidad de sus ojos odiosos,

apareció ante mí. Con su pupila untada
con hiel, que sus miradas hacía más agudas,

y su barba zahareña, tiesa como una espada
por la escarcha, era igual a la barba de Judas.

No, no iba encorvado, iba roto; su espalda
con sus piernas formaba casi un ángulo recto,
al tiempo que el bastón en el que se apoyaba
cojeando, le daba el singular aspecto

de un cuadrúpedo enfermo o un judío en tres patas.
En la nieve y el lodo se hundía fieramente,
cual si aplastara muertos bajo sus zapatos,
hostil al universo y a todo indiferente.

Le seguía otro igual: ojos, barba y harapos,
nada les distinguía, de infierno igual venido,
centenario gemelo, como espectros barrocos
iban con paso igual a un fin desconocido.

¿Es que era yo la víctima de algún complot infame,

o qué maligno azar conmigo se cebaba?
¡Pues conté siete veces, minuto por minuto,
aquel siniestro viejo que se multiplicaba!

Aquel que ose reírse de mi oscura inquietud,
y no sienta, al oírme, un horror fraternal,
piense bien que, a pesar de sus años provectos,
¡iban los siete viejos con un aire inmortal!

¿Podría, sin morirme, resistir el octavo
sosias inexorable, irónico y fatal,
inmundo Fénix, hijo y padre de sí mismo?
—Pero volví la espalda al cortejo infernal.

Exasperado, como el borracho que ve doble,
volví a casa y cerré mi puerta horrorizado,
enfermo, consumido, luchando con visiones,
pensando en este absurdo quedé desconcertado.

En vano se agarraba mi razón al palo
del timón; mis esfuerzos la tempestad frustraba,
mi alma, desmantelada como gabarra vieja,
sobre un mar monstruoso, zozobrante nadaba.

(1859)

XCI

LAS VIEJECITAS

A Victor Hugo

1

En los pliegues sinuosos de las viejas ciudades,
donde aún el horror tiene un secreto encanto,
yo acecho, obedeciendo mis humores fatales,
a esos seres extraños a los que quiero tanto.

¡Esos monstruos han sido mujeres algún día,
Eponinas o Lais! Monstruos rotos, torcidos,[48]
jorobados, ¡amémosles! Todavía son almas.
Bajo ropas rasgadas, bajo fríos tejidos

se arrastran, por el cierzo inicuo flageladas,
tiemblan ante el estruendo del ómnibus pesadas,

y aprietan contra el pecho, cual amadas reliquias,
un saquito de flores o de estrellas bordado;

trotan, trotan igual que viejas marionetas;
o cojean a veces como bestias heridas,
o danzan sin querer danzar, cual cascabeles
que un demonio sacude, agitando sus vidas.

Sus ojos nos perforan igual que las barrenas,
brillantes como charcos en la nocturna sombra;
sus ojos tienen la ternura de las niñas
que por todo se ríen y todo les asombra.

—¿No observasteis que muchos ataúdes de viejas
son casi tan pequeños como los de un infante?
La Muerte sabia exhibe en dos cajas iguales
un símbolo de gusto tan raro y subyugante.

Y cuando yo entreveo uno de estos fantasmas
atravesar el cuadro de París hormigueante,
se me figura siempre que aquel pequeño ser
va en busca de su cuna con paso vacilante,

a no ser que, pensando el maestro carpintero
en estos cuerpos frágiles faltos de proporción,
para comodidad de su carpintería
haga sus ataúdes en forma de cajón.

—Sus ojos, pozos hechos con millones de lágrimas,
crisoles de un metal que un día se enfrió...
¡Sus ojos misteriosos de tan hondos encantos
a los que la Desgracia ha tiempo amamantó!

2

Del antiguo Frascati vestal enamorada;[49]
su alumna de Talía, ¡ay!, que el apuntador,
que ya murió, tan sólo conocía su nombre,
cuando el Tívoli, ha tiempo, sombreaba su flor,[50]

¡todas me encantan! Pero entre esas criaturas,
las hay que del dolor hacen miel de consuelo,
y a la abnegación piden que les de alas ligeras:
«¡Hipogrifo potente, condúceme hacia el cielo!».[51]

La una, por su patria, se avezó a las desdichas;
la otra, a quien su esposo abrumó de quebrantos,
la otra, porque su hijo la hizo Dolorosa,
¡todas formar podrían un río con sus llantos!

3

¡Yo sigo muchas veces a estas pequeñas viejas!
Una de ellas a la hora en que el sol declinante
ensangrienta la tarde con sus rojas heridas,
va a sentarse, en silencio, en un banco distante,

para oír un concierto rico en cobre sonoro,
de esos que, en los jardines, congregan los soldados
y que, cuando la vida vuelve, en tardes doradas,
vierte un vago heroísmo en los pechos cansados.

Y la vieja, al oír los marciales acordes,
se alzaba de su asiento con rígida firmeza,
¡al igual que el de un águila su párpado se abría,
reclamando el laurel a su épica cabeza!

4

Y así vais caminando, estoicas viejecitas,
a través de este caos de la ciudad viviente,
madres de alma sangrante, cortesanas o santas,
cuyos nombres, antaño, conocía la gente.

Vosotras fuisteis, ya, la gracia o bien la gloria
¡y ya nadie os conoce! Un borracho incivil
al pasar os insulta con irrisoria mueca,
o un niño, a vuestra espalda, os hace un gesto vil.

Sombras avergonzadas de vivir, encogidas,

temerosas, andáis pegadas a los muros;
ya ninguno os saluda, ya nadie os reconoce.
¡Restos de humanidad, para morir maduros!

Pero yo, que de lejos tiernamente os contemplo,
y mis ojos os siguen los pasos peregrinos
con paternal cuidado, gusto, sin que os deis cuenta,
de vuestros más humildes placeres clandestinos:

veo expandirse en vuestros novicios corazones,
vivos, claros u oscuros, vuestros perdidos días;
¡mi corazón comparte igual que vuestros vicios
todas vuestras virtudes, que quisiera por mías!

¡Ruinas! ¡Sois mis hermanas, vencidas, solitarias!
¡Cada tarde os despido con mi solemne adiós!
¿Dónde estaréis mañana, Evas octogenarias,
marcadas por la garra implacable de Dios?

(1859)

XCII

LOS CIEGOS

¡Míralos, alma mía, son realmente horrorosos!
Parecen maniquíes, vagamente grotescos;
terribles, singularmente sonambulescos;
lanzando no se sabe dónde sus globos tenebrosos.

Sus ojos, desprovistos de resplandor divino,
cual mirando a lo lejos, los levantan al cielo;
nadie los vio jamás inclinarse en el suelo,
con cansada cabeza, para ver el camino.

Y atraviesan así la negra inmensidad,
hermana del silencio eterno, ¡oh, ciudad,
mientras cantas y ruges, y ríes con tus juegos,

de placer embriagada hasta la saciedad!
Mira, también me arrastro, pero más desdichado,
me pregunto: ¿qué buscan en lo alto los ciegos?

(1860)

XCIII

A UNA QUE PASA

La calle aturdidora en torno a mí aullaba.
Alta, esbelta, con un dolor majestuoso,
una mujer pasó, y con gesto fastuoso,
recogía su falda que su andar agitaba;

ágil y noble era su pierna de escultura.

Yo bebí en un momento y quedé embriagado
por su pupila, cielo de tormenta preñado,

placer mortal y a un tiempo fascinante dulzura.

Un relámpago... ¡ y noche! —Fugitiva beldad
cuya mirada me hizo al punto renacer,
¿no volveré ya a verte hasta la eternidad?

¡Lejos de aquí! ¡O muy tarde! ¡O jamás ha de ser!
Adónde voy no sabes ni sé yo adónde fuiste,
¡tú, a quien hubiera amado, tú, que bien lo supiste!

(1860)

XCIV

EL ESQUELETO LABRADOR

1

En las planchas de anatomía
que hay en los muelles polvorientos,
en donde duermen como momias,
hay viejos libros cadavéricos,

dibujos a los que el saber
y gravedad de un viejo artista
revestir supo de belleza
aunque su tema nos contrista

porque nos muestran en su horror
esos misteriosos más completos,

viendo cavar, cual labradores,
despellejados esqueletos.

2

Del suelo que escarbando estáis,
fúnebres siervos resignados,
con el esfuerzo de las vértebras
y vuestros músculos pelados,

decidme, ¿qué cosecha extraña
recolectáis para el granjero
que ha de pagaros la soldada

si habéis llenado su granero?

¿Queréis (¡imagen espantosa
de ese fatal destino duro!)
mostrar que ni en la fosa misma
el sueño prometido es seguro

y que la Nada es traidora;
que todo, hasta la Muerte, miente;
nuestra condena aterradora
ha de seguir eternamente?

¿Y sobre una tierra dura
de ese país siempre ignorado
seguir hundiendo nuestra pala
con pie desnudo, ensangrentado?

(1860)

EL CREPÚSCULO DE LA TARDE

Ha aquí la noche, amiga del criminal desvelo;
viene a paso de lobo como un cómplice el cielo,
como una gran alcoba se cierra lentamente,
y se transforma en bestia todo hombre impaciente.

¡Oh noche, amable noche, eres bien deseada
por aquellos que pueden decir: «En la jornada
hoy hemos trabajado»! —La noche es quien serena
las almas que devora una salvaje pena,
al sabio que se obstina con el pecho encorvado
y al obrero que vuelve al hogar, fatigado.
En tanto, los demonios yerran por el ambiente
como hombres de negocios que se alzan torpemente
y puertas y ventanas golpean al volar.
A través de la luz que el viento hace oscilar
la prostitución suele invadir las aceras;
y como un hormiguero abre sus madrigueras;
para todos se abre un secreto camino
en el que, tal vez, nos acecha el asesino;
y nos lleva hacia el seno de la ciudad podrida
donde el gusano al hombre disputa la comida.
Aquí y allá se oyen las cocinas silbar,
trepidar los teatros, las orquestas roncar;
en los garitos públicos el juego hace primores,
entre viejas rameras, pillos y estafadores;
ocultos en la sombra trabajan los ladrones,
forzando cajas fuertes y puertas escondidas
para vivir un tiempo y vestir sus queridas.

¡Recógete, alma mía, en tan grave momento,
y cierra tus oídos a este desbordamiento!
Es la hora en la que todos los enfermos se agravan,
la noche les aprieta la garganta; así acaban

sus destinos, hundiéndose en la sima, uno a uno;
el hospital se llena de sollozos, alguno
no volverá a gustar la sopa perfumada,
junto al fuego, en la noche, cerca de un alma amada.

¡La mayor parte de ellos jamás han conocido
el amor del hogar ni jamás lo han vivido!

(1852)

XCVI

EL JUEGO

En butacas gastadas, las cortesanas viejas
de pintadas pestañas y mirada fatal,
coqueteando hacen sonar en sus orejas
un tintineo falso de piedras y metal;

con sus rostros sin labios, del paño verde en torno,
labios descoloridos, mandíbulas sin dientes
y dedos, contraídos por infernal bochorno,
van buscando en su bolso o en seno, impacientes;

en sucios techos, filas de arañas parpadeantes,
bajo enormes quinqués, que dan sus resplandores,
hay frentes tenebrosas de poetas triunfantes
que allí van derrochando sus sangrientos sudores;

este es el negro cuadro que en un sueño nocturno,

clarividente, pudo ver mi ojo curioso.
En un rincón del antro, yo me vi, taciturno,
en una mesa solo, frío, mudo, envidioso,

las tenaces pasiones de esa gente envidiando,
de aquellas viejas putas la fúnebre destreza,
¡todos, gallardamente, ante mí traficando,
con su viejo honor unos, otras con su belleza!

Se espantó mi alma de envidiar a un pobre hombre
de los que sólo viven una vida ignorada,
y que siempre prefieren, por su sangre y su nombre,
¡el dolor a la muerte y el infierno a la nada!

XCVII

DANZA MACABRA

A Ernest Christophe[52]

Altiva, como viva, por su noble estatura,
con su gran ramillete, su pañuelo y sus guantes,
tiene la dejadez y la desenvoltura

de una flaca coqueta de aires extravagantes.

¿Se vio nunca en el baile cuerpo más entallado?
Su falda rozagante, de real esplendor,
cae abundantemente sobre su pie calzado
en un chapín con borla, bello como una flor.

El encaje que cae rozando las clavículas,
como un lascivo arroyo en la piedra al saltar,
defiende pudoroso de caída ridículas

los fúnebres encantos que pretende ocultar.

De nada y de tinieblas se hizo su pupila,

y su cráneo de flores, con arte, coronado,
sobre sus frágiles vértebras blandamente oscila.
¡Oh encanto de la nada locamente adornado!

Te creerán algunos, tal vez, caricatura,
pues, ávidos de carne, jamás han comprendido
la elegancia sin nombre de la humana armadura.
¡Y tú, esqueleto, colmas mi gusto preferido!

¿Has venido a turbar con tu potente mueca
la fiesta de la vida? ¿O un deseo de ayer,
aún estremeciendo esa osamenta seca,
te empuja al aquelarre, crédulo, del placer?

¿Buscas que al resplandor falso de las bujías
te libren los violines de tu ensueño burlón,
o en el loco torrente de todas las orgías
refrescar el incendio que arde en tu corazón?

¡Inagotable pozo de error y tontería!
¡Eternal alambique del antiguo dolor!
Por entre tus costillas, veo yo todavía
el áspid de la vida, cruel, devorador.

Pero a decir verdad, repugnante coqueta,
tu trabajo es en vano, digno de mejor suerte.
¿Quiénes de estos mortales saben tu pirueta?
¡El horror sólo encanta a aquellos de alma fuerte!

Tus ojos, como abismos de horribles pensamientos,
dan vértigo, y aquellos danzarines prudentes
no podrán contemplar sin estremecimientos
la sonrisa eternal de tus treinta y dos dientes.

Y sin embargo, ¿quién no abrazó a un esqueleto

y quién no se ha nutrido de cosas sepulcrales?
¿Qué importan los vestidos o el perfume secreto?
El asco está latente bajo aspectos normales.

Buscona irresistible, ninfa desnarigada,
diles a esos que bailan y se hacen los esquivos:
«Galanes, a pesar del polvo y la pomada,
todos oléis a muerto, ¡sois esqueletos vivos!

Antinoos marchitos de afectada palabra,[53]
barnizados cadáveres, dandys encanecidos,
el temblor general de la danza macabra
os arrastra a lugares que no os son conocidos.

De los muelles del Sena a la orilla del Ganges
el rebaño mortal danza sin sospechar
que un Ángel, descendiendo de celestes falanges,
con su trompeta, a juicio nos puede convocar.

En cualquier clima, bajo el sol con su mirada
la Muerte te descubre, risible humanidad,
y, a veces, como tú, de mirra perfumada,
¡confunde su ironía con tu enfermedad!».

(1859)

XCVIII

EL AMOR DE LA MENTIRA

Cuando pasar te veo, mi querida indolente,
en tanto que la orquesta esparce armonía,
suspendiendo tus pasos que van rítmicamente
paseando en tus ojos tu gran melancolía;

cuando yo te contemplo, al gas que te colora,
la palidez que, a veces, embellece tu frente,
donde antorchas nocturnas iluminan tu aurora,
tus atractivos ojos de retrato viviente,

yo me digo: ¡qué bella!, ¡qué extrañamente bella!
Mi recuerdo la evoca cual torre de alto muro;
su corazón, nutrido como una fruta, en ella
está, como su cuerpo, para el amor maduro.

¿Eres fruto de otoño de sabor soberano?
¿Eres vaso que guarda lágrimas de dolores?
¿Olor que soñar en oasis lejano,
acariciante almohada o cestillo de flores?

Yo sé que existen ojos melancólicos, fríos,
que no guardaron nunca ni secretos ni anhelos;
como estuches sin joyas, relicarios vacíos,
¡vacíos y profundos como los mismos cielos!

Mas ¿no basta que sea tan sólo la apariencia
para este corazón que huye de la verdad?
Tu estupidez, ¿qué importa?, y ¿qué tu indiferencia?
Máscara o decorado, ¡salud!, yo adoro tu beldad.

(1860)

XCIX

Nunca podré olvidar, vecina de la ciudad,
nuestra blanca casita y su tranquilidad;
su Pomona de yeso, la Venus mutilada[54]

en un bosque pequeño oculta en su enramada,
y aquel sol, por las tardes, admirable y magnífico
que, tras el vidrio, daba su claridad, pacífico,
igual que un ojo grande que miraba curioso,
dando el dulce reflejo que en la tarde se alarga
sobre el frugal mantel y cortinas de sarga.

C

La pasional sirvienta de que estabas celosa
duerme ya el sueño eterno en una humilde fosa;
nosotros deberíamos llevarle algunas flores.
Los muertos, pobres muertos, tienen grandes dolores,
y cuando octubre sopla el rigor de sus vientos
a través de los árboles y de los monumentos,
nos creen a los vivos seres indiferentes
que abrigados dormimos, entre mantas, calientes
mientras ellos devoran mil negras fantasías;
esqueletos helados que devoran mil negras fantasías
que comentar no pueden con gratas compañías;
esqueletos helados que devora el gusano
bajo nieve en invierno o el calor en verano,
mientras el tiempo pasa y el recuerdo se aleja,
convirtiendo en guiñapo las gasas de su reja.
Cuando en la tarde canta y se queja el tizón,
si la viera sentarse, como antaño, al sillón;
si en una noche fría de diciembre azulada
de mi alcoba en un ángulo la viese agazapada,
llegando, servicial, de su reposo eterno,
para arropar al niño que fui, en gesto materno,
a su alma piadosa ¿qué le respondería,
viendo caer sus lágrimas de la cuenca vacía?

CI

BRUMAS Y LLUVIAS

Fines de otoño, inviernos, primaveras fangosas,
¡estaciones dormidas!, sobre todas las cosas
yo os amo porque hacéis que el cerebro y el alma
se envuelvan en el lienzo de una sepulcral calma.

En esta gran llanura cuando el frío estremece,
y en las noches sin fin la veleta enmohece,
mi alma, mejor que en tiempos del tibio germinar,
puede sus alas negras de cuervo desplegar.

Nada place a mi alma, en sus fúnebres nieblas,
sobre la que bajó la escarcha de las cimas,
como estas estaciones, reinas de nuestros climas,

como el eterno aspecto de esas frías tinieblas,
—si no es, una noche sin luna, lado a lado,
dormir en compañía en un lecho alquilado.

CII

SUEÑO PARISIENSE

A Constantin Guys [55]

1

De este paisaje tan terrible
como otro nunca nadie vio,

aún conservo yo la imagen
vaga que, entonces, me encantó.

¡Lleno está el sueño de milagros!
Por un capricho singular
yo desterré del espectáculo
lo vegetal irregular,

pintor que sabe bien su genio,
quise en mi cuadro al igual
lograr una monotonía
de mármol, de agua y de metal.

Babel de arcadas y escaleras,
era un pelado sin remate,
lleno de fuentes y cascadas
sobre oro vivo y oro mate;

y las rugientes cataratas,
como cortinas de cristal,
se suspendían bulliciosas
en las murallas de metal.

En vez de árboles, columnas
que a los estanques se ceñían
en donde náyades nadaban
y en sus cristales presumían.

Y el agua azul se iba extendiendo
entre los muelles de granito,
y sobre millones de leguas
hasta llegar al infinito;

había piedras inauditas
que aquellas olas anegaban;

¡eran glaciares transparentes
que aquellas piedras reflejaban!

Despreocupados, taciturnos,
los Ganges daban su caudal,
dando el tesoro de sus urnas
sobre aquel piélago abisal.

Y yo, arquitecto de mis sueños,
lograba así, con mi poder,
bajo un túnel de diamantes,
un gran océano correr;

y hasta lo negro parecía
claro, brillante e irisado;
tenía el líquido su gloria
en un rayo cristalizado.

Nunca hubo un astro ni vestigio
de sol que hiciera más acopio
de luz, que tuvo este prodigio
brillando con su fuego propio.

Y sobre tantas maravillas
se cernía (¡atroz novedad;
nada a los oídos, todo para la vista!)
un silencio de eternidad.

2

Cuando de nuevo abrí los ojos,
me vi en mi triste cuchitril
de mis dolores rodeado,
en esta vida fea y vil;

y oí el reloj de acentos fúnebres
que, brutal, daba el mediodía;
y sobre el triste mundo frío
el cielo sus nieblas vertía.

(1860)

CIII

EL CREPÚSCULO DE LA MAÑANA

Suena en las viejas casernas la diana
y sopla el viento matutino en las lámparas.

Es la hora en que los sueños maléficos
retuercen en su almohada a chicos morenos;
en que, como un ojo que palpita y baila
la lámpara en el día pone una roja mancha;
y el alma, bajo el peso del cuerpo, se diría
que, igual a la lámpara, lucha entre la noche y el día.
Como una cara con lágrimas que la brisa enjuga,
tiene el aire un temblor de cosas que se esfuman;
cansa al hombre escribir y a la mujer amar.

Aquí y allá, las casas comienzan a humear.
Las hijas del placer, lívida la tez,
la boca abierta, duermen su estupidez;
las mendigas, los senos por el frío temblando,
soplan sus tizones y sus dedos van soplando.
Es la hora en que se ve la miseria del cuarto;
se agravan los dolores de las que van de parto;
y como un gran sollozo, por la sangre cortado,
el canto de los gallos corta el aire pesado;
un mar de niebla invade todos los edificios

y los agonizantes, dentro de los hospicios,
dan su último aliento en tristes estertores.
Con su hastío regresan ya los trasnochadores.

Vestida de rosa y verde, la aurora, tiritando,
sobre el Sena desierto va avanzando.
Y el lúgubre París, frotándose los ojos,
los útiles prepara, como un viejo laborioso.

(1852)

EL VINO

CIV

EL ALMA DEL VINO

Cantó, una tarde, el alma del vino en sus botellas:
«¡Hombre, a ti me dirijo, pobre desheredado,
desde mi prisión vítrea y mis lacres bermejos,
escucha la canción luminosa de hermano!

Sé bien que es necesario en la colina ardiente,
sufrir y sudar bajo el sol abrasador,
para engendrar mi vida y para darme alma;
pero yo no seré ingrato o malhechor,

pues siento una alegría inmensa cuando caigo
en la boca sedienta del hombre que me beba,
en su pecho caliente encuentro dulce tumba,
donde estoy más a gusto que en la fría bodega.

¿No oyes cómo resuenan los cantos del domingo
y una alegre esperanza dentro de mi latir?
De codos en las mesas, remangados los brazos,
tú has de glorificarme porque te hago feliz.

Encenderé los ojos de tu mujer amada;
devolveré a tu hijo la fuerza y los colores;
y seré para el débil atleta de la vida,
como el aceite para los viejos luchadores.

¡Y he de caer en ti, vegetal ambrosía,
precioso grano que echa el sumo Sembrador,
para que de este amor la poesía nazca
que hacia Dios se dirija como una rara flor!».

CV

EL VINO DE LOS TRAPEROS

A veces, a la roja luz de una lámpara
cuando el viento bate el cristal y la llama,
en un viejo arrabal, laberinto fangoso
donde hierve el humano fermento tormentoso,

pasa un pobre trapero, la cabeza bajando,
como un poeta contra los muros tropezando,
y sin tener en cuenta a sus soplones sujetos,
deja a su alma explayarse en gloriosos proyectos.

Él presta juramentos, dicta su ley sublime,
abate a los perversos, a las víctimas redime,
y bajo el cielo como un dosel suspendido
se embriaga con las glorias de su propia virtud.

Sí, estos míseros hombres de penas hostigados,
molidos de trabajo, por la edad agobiados,
cansados y doblados bajo el peso de la basura,
del enorme París vomitona confusa,

regresan, esparciendo un hedor de toneles
con otros compañeros, sus camaradas fieles,
caídos los mostachos cual banderas marciales,
¡sus banderas y glorias y sus arcos triunfales,

se yerguen ante ellos en recuerdo de un día!

¡En el aturdimiento de luminosa orgía
de clarines y sol, de gritos y tambores,
que al pueblo contagiaron patrióticos fervores!

Es así, que a través del hombre cambiante,
el vino arrastra su oro, Pactolo deslumbrante;[56]
en la garganta humana canta su gran proeza

y el hombre, como un rey, sienta su realeza.

Por vencer la indolencia y el rencor ahogar
de estos viejos malditos que mueren sin gritar,
Dios, quizá arrepentido, al hombre el sueño dio;
¡y el hombre añadió el vino, hijo sacro del Sol!

(1850)

CVI

EL VINO DEL ASESINO

¡Mi mujer muerta! ¡Ya soy libre!
Beber ya puedo, mucho o poco.
Cuando llegaba sin un cuarto,
sus gritos me volvían loco.

Igual que un rey, ya soy feliz;
el aire es puro, el cielo admirable...
En un verano como este
me recuerdo enamorándome.

La horrible sed que me desgarra
podrá aplacarse solamente
con todo el vino que colmara

su tumba. —¡No poco, precisamente!

Al fondo la arrojé del pozo,
tapé el brocal con piedra encima.
¡Trataré pronto de olvidarla,
que recordarla me da grima!

En nombre de los juramentos
que no se pueden deshacer,
para reconciliarnos
y recuperar aquella embriaguez,

le pedí cita por la noche
en un camino hondo, oscuro,
y ella acudió, ¡loca criatura!

¡Locos estamos todos, seguro!

Era bonita todavía
aunque cansada. Entonces, yo
como la amaba demasiado
le dije: «¡esto se acabó!».

Nadie me entiende. ¿Acaso alguno
de los borrachos, solitario,
pudo soñar, en noches mórbidas,
hacer del vino un sudario?

Estos crápulas invulnerables,
como las máquinas de acero,

que ni en invierno ni en verano
han conocido el amor verdadero,

con sus negras hechicerías,

con sus venenos y calvarios
y sus conjuros infernales,
¡sus tumbas lúgubres y osarios!

—¡Heme aquí, solitario y libre!
Esta noche, borracho perdido,
sin miedo y sin remordimientos,
en el suelo me quedaré tendido,

¡me dormiré como los perros!
Las ruedas de alguna carreta
llena de piedras y de fango,
o una pesada vagoneta

podrán romper mi culpable cabeza
o partir mi cuerpo en dos,
¡Yo me río de todo, de Dios,
el Diablo o de la Santa Cena!

(1848)

CVII

EL VINO DEL SOLITARIO

La singular mirada de una mujer galante,

que llega hasta nosotros como un rayo nevado
de la luna, que envía sobre el lago rizado
cuando quiere bañar su beldad fascinante;

las últimas monedas que arriesga el jugador;
el beso libertino de la esbelta Adelina;
los sones de una música enervante y felina,

como el grito lejano de un humano dolor;

todo eso no vale, ¡oh, botella profunda!,

los penetrantes bálsamos que tu panza fecunda
guarda para el alma turbada del poeta devoto;

tú le das la esperanza, la juventud, la vida
—¡y el orgullo, el tesoro de su pobreza hundida,
que nos hace triunfantes y a dioses nos iguala!

(1857)

CVIII

EL VINO DE LOS AMANTES

¡Hoy el espacio nos convida!
Sin freno, espuelas y sin brida,
cabalgaremos sobre el vino
a un cielo mágico y divino.

Como a dos ángeles tortura
una implacable calentura,
en el cristal de la mañana
¡sigamos la imagen lejana!

Y suspendidos por el vuelo
de un torbellino inteligente,
en un delirio paralelo,

¡hermana, nada al lado mío,
y, sin desmayo ni desvío,
llegaremos al paraíso de mis sueños!

(1857)

FLORES DEL MAL

CIX

LA DESTRUCCIÓN

El Demonio, a mi lado, me asedia con tentaciones;
flota a mi alrededor como un aire impalpable;
lo respiro y lo siento abrasar mis pulmones
que llena de un deseo infinito y culpable.

Toma, a veces, la forma, sabiendo que amo el Arte,
de la más seductora de todas las mujeres,
y con bajos pretextos que adopta por su parte,
acostumbra mis labios a nefandos placeres.

Lejos de la mirada de Dios me ha conducido,
jadeante y destrozado, de fatiga rendido,
a las tierras del tedio, profundas y desiertas,

y ante mi vista arroja, llenas de confusión,
vestiduras manchadas y heridas entreabiertas,

¡el sangriento aparato de toda destrucción!

(1855)

CX

UNA MÁRTIR

Dibujo de un maestro desconocido

En medio de frascos y de telas costosas
y de muebles voluptuosos,
de mármoles, de cuadros y ropas perfumadas
que caen en pliegues suntuosos,

en una alcoba, tibia como un invernadero,

de aire peligroso y fatal
donde lánguidas flores en féretros de vidrio
daban su perfume final,

un pálido cadáver decapitado había
sobre la almohada ensangrentada,
y la sangre caliente, como un viviente río,
la cama como un prado dejó anegada.

Como una visión tétrica que forja la sombra
y que encadena la mirada,
la cabeza, con todo su cabello negro,
aún sus joyas ostentaba,

en la mesa de noche, lo mismo que un ranúnculo,
descansa ya, sin pensamientos
y su mirada muerta, como luz espectral,
huye de su ojos sanguinolentos.

En el lecho está el cuerpo, impúdico y desnudo,
que exhibe su fatal belleza,
el secreto esplendor siniestro de su carnes
que le dio la naturaleza;

una media rosada, bordada en oro, queda
igual que un recuerdo galante;

el broche de la liga, como un ojo secreto,
da su mirada de diamante.

El singular aspecto de esta soledad extraña
y un retrato voluptuoso,
de ojos provocativos, lo mismo que su aspecto,
hablan de un amor tenebroso,

unos goces culpables y unas fiestas extrañas,
llenas de besos infernales
que alegrarían a los ángeles malos,
nadando en cortinas y chales;

y, sin embargo, al ver la esbeltez elegante
de los hombros bien dibujados,
la cadera afilada y la cintura leve,
como un reptil asustado,

¡se advierte que ella es joven! —Su alma exasperada
por el hastío ya mordida,
¿habíase entregado a la tropa sedienta
de una pasión prostituida?

Al hombre vengativo que, viva, no pudiste
con todo tu amor aplacar,
¿pudo sobre tu carne, inerte y complaciente,
su inmensa pasión alcanzar?

¡Habla, impuro cadáver! ¿Por tus rígidas trenzas
con su febril brazo te alzó?
Dime, cabeza horrible, ¿sobre tus dientes fríos
sus besos últimos dejó?

—Lejos del mundo irónico y de la turba impura,
y del magistrado curioso,

duerme en paz, duerme en paz, misteriosa mujer
en tu sepulcro misterioso;

tu esposo corre el mundo y tu inmortal imagen
al lado suyo vela inerte;
igual que tú, sin duda, él te será fiel,
constante hasta la muerte.

(1857)

CXI

MUJERES CONDENADAS

Como grey pensativa, en las arena acostadas,
miran sobre la mar los horizontes largos,
mientras los pies se buscan, las manos enlazadas,
sienten dulces desmayos y temblores amargos.

Las unas, corazones que aman la confidencia
junto a los arroyuelos y los bosques callados;
el amor deletrean con tímida inocencia
y dejando en los troncos sus nombres enlazados;

las otras, como hermanas, caminan lentas, altas
a través de las rocas llenas de apariciones,
en donde san Antonio vio surgir como lava
los pechos desnudos y púrpura de sus tentaciones;

y las hay que a la lumbre de resinas goteantes,
en el hueco silencio de los antros paganos,
te invocan en socorro de sus fiebres aullantes,
¡oh, Baco, que adormeces los dolores humanos![57]

Y otras cuyas gargantas ciñen escapularios
y que un cilicio ocultan bajo sus vestiduras,

mezclando en los nocturnos momentos solitarios
espumas de placer y llantos de torturas.

¡Oh, demonios, oh, vírgenes, monstruos y satiresas,
espíritus de toda realidad negadores,
ansiosas de infinito, devotas y posesas,
ya bañadas de llanto o presas de furores,

yo que os he acompañado en vuestro rojo infierno
os amo, hermanas mías, y os tengo compasión,
por vuestro gran dolor, por vuestro afán eterno
y ¡las urnas de amor de vuestro corazón!

(1857)

CXII

LAS DOS BUENAS HERMANAS

La Lujuria y la Muerte son dos buenas muchachas,
pródigas de su besos y ricas de vigor;
su flanco siempre virgen y vestido de hilachas,
jamás dieron el fruto de su eterna labor.

Al poeta siniestro, del hogar expulsado,
cortesano infernal, en continuo vagar,
lupanares y tumbas, cuando se halla cansado,
le ofrecen su camastros en donde descansar.

El féretro y la alcoba, blasfemas soberanas,

alternativamente, como buenas hermanas,
nos ofrecen horribles dulzuras de través.

¿Cuándo, Lujuria inmunda, vendrás para enterrarme?
¿Cuándo vendrás, oh Muerte, para siempre llevarme,
injertando en su mirto infecto el negro ciprés?

(1842)

CXIII

LA FUENTE DE SANGRE

A veces me parece que es mi sangre un torrente
que, en rítmicos sollozos, mana como una fuente.
Yo la siento correr con queja dolorida,
pero en vano me palpo para encontrar la herida.

Por la ciudad, lo mismo que en un campo cerrado,
corre, formando islotes sobre el viejo empedrado,
aplacando la sed de cada criatura
en tanto colorea de rojo la natura.

A menudo he pedido a la embriaguez del vino
que aduerma por un día mi terror exaltado;
¡y hace mi ojo más claro y el oído más fino!

En el amor un sueño de olvidos he buscado;
¡pero el amor es sólo un colchón de alfileres,
hecho para saciar la sed de esas crueles mujeres!

(1857)

CXIV

ALEGORÍA

Es esta una mujer de espléndida figura
que moja con el vino su cabellera oscura.
Las garras del deseo, los vahos del garito
resbalan y se quiebran en su piel de granito.
Se ríe de la Muerte como de la lujuria,
y ambas, que no respetan nada ante su furia,
las dos han respetado de su perversidad
a ese cuerpo alto y firme de ruda majestad.
Anda como una diosa, duerme como sultana;
siente por el placer una fe mahometana,
y cuando abre sus brazos, sus pechos soberanos
atraen las miradas de todos los humanos.
Ella sabe, ella cree que su cuerpo infecundo
es necesario para la marcha de este mundo,
pero que la belleza es un sublime don
que de cualquier infamia asegura el perdón.
Ella ignora el infierno y el purgatorio ignora,
y cuando de morir le llegue al fin la negra hora,
se enfrentará a la Muerte sin aborrecimiento,
como un recién nacido —sin odio ni remordimiento.

(1857)

CXV

LA BEATRIZ

Por cenicientas tierras sin verdor ni belleza
mientras me lamentaba de la naturaleza,
y en tanto que, al azar, vagaba el pensamiento,

en mi pecho sentía clavarse un puñal lento,
vi, en pleno mediodía, caer sobre mi frente
una fúnebre nube de tormenta inminente,
que era como un rebaño de demonios viciosos,
parecidos a enanos crueles y curiosos.
Empezaron a mirarme impertinentemente
y, como se oye a un loco mezclado entre la gente,
les oía reír, entre ellos comentando,
y decirse en voz baja, algún guiño cambiando:

—«Contemplemos a gusto esta caricatura,
esta sombra de Hamlet que imita su postura,
los cabellos al viento, la mirada indecisa,

¿no es cierto que da lástima y que mueve a risa
este vago, este histrión, este pobre gracioso
que, porque representa su papel jactancioso,
pretende interesar cantando sus dolores
al águila y al grillo, al arroyo y las flores,
y aun a nosotros mismos, maestros en chuscadas,
recitarnos a gritos retóricas tiradas?».

Hubiera yo podido (mi orgullo es como un monte
que nubes y demonios ve sobre el horizonte)
simplemente volver mi cabeza serena,
si no hubiera descubierto entre esa tropa obscena,
¡crimen que no lograra la luz del sol nublar!,
la reina de mi alma, de mirada sin par,
que de mi desamparo con ellos se reía
y, a veces, una sucia caricia les hacía.

(1857)

CXVI

UN VIAJE A CITERA

Mi corazón volaba, alegre como un pájaro,[58]
y, en torno de los obenques, planeaba libremente;
el navío bogaba bajo un cielo sin nubes,
como ángel embriagado de sol resplandeciente.

¿Qué isla es esta tan negra y triste? —«Es Citera
—nos dicen—, un país famoso en las canciones,
Eldorado trivial de los viejos solteros.[59]
Mirad, después de todo, una tierra pobre.»

—¡Isla de las famosas fiestas del corazón!
De la Venus antigua el fantasma dorado
que más allá del mar esparce sus aromas
y en nuestras almas prende un fuego enamorado.

¡Isla de verdes mirtos y de rosas abiertas,
la siempre venerada por todas las naciones,
en donde los suspiros de los enamorados
se alzan como el incienso que avivan las pasiones

cual el eterno arrullo de palomas torcaces!
—Citera no era más que una tierra esquilmada,
un desierto rocoso que turban gritos ásperos,
¡pero yo la veía como tierra soñada!

Aquello no era templo de selváticas sombras,
cuya sacerdotisa, en floridas riberas,
iba, el cuerpo abrasado por secretos amores,
entreabriendo su peplo a las brisas ligeras;

mas, he aquí que, al rozar la costa de muy cerca,
se asustaron los pájaros puestos en el bauprés,

y vimos que era aquello una horca de tres zancas,
destacada en el cielo, negra como un ciprés.

Las aves de rapiña, posadas en su cumbre,
con furor destrozaban un ahorcado maduro;
como un clavo, cada una le iba hundiendo su pico
en los sangrientos ángulos del cadáver oscuro.

Sus ojos eran dos agujeros, el vientre
dejaba por los muslos caer los intestinos;
y para coronar su macabra delicia,
castrado le dejaron aquellos asesinos.

A sus pies, una tropa de celosos cuadrúpedos,
levantando el hocico, lo habían rodeado;
y la bestia más grande en medio se agitaba
como el verdugo, de los otros auxiliado.

¡Oh, hijo de Citera, de un cielo tan hermoso
sufrirás, silencioso, tan crueles insultos
como una expiación de unos tiempos pasados
por el pecado de tus infamantes cultos!

¡Ridículo ahorcado, tu dolor es el mío!
Al ver del ahorcado el aspecto horroroso,
yo sentía la náusea de un vómito a mis dientes,
mis antiguos dolores en un río bilioso.

Ante ti, pobre diablo, de tan caro recuerdo,
sentí los picotazos y mordiscos feroces
de los graznantes cuervos y las negras panteras
que otro tiempo mis carnes devoraron atroces.

—El cielo era encantado, el mar estaba en calma;
mas para mí era todo siniestro y sanguinario,

¡ay! y mi corazón me parecía envuelto
en esta alegoría, como espeso sudario.

En tu isla, ¡oh, Venus! sólo hallé a mi llegada
una horca simbólica que mi imagen fingía...
—¡Señor, concédeme la fuerza y el coraje
de poder contemplarme sin asco cada día!

(1855)

CXVII

EL AMOR Y EL CRÁNEO
Colofón antiguo

El Amor se ha sentado en el cráneo
de la Humanidad,
y en tal trono se ríe el profano
con risa procaz.

Sopla, alegre, redondas burbujas
que, al aire subiendo,
desearan llegar a otros mundos
que pueblan los cielos.

Luminosos y frágiles globos,

tomad alto vuelo
y estallad en el aire, bajando
como un áureo sueño.

Y oigo al cráneo, a cada burbuja

gemir y rogar:
—Este juego feroz y ridículo
¿cuándo ha de acabar?

Porque lo que tu boca soplando
esparce en el aire,
monstruoso asesino, es mi seso,
¡mi sangre y mi carne!

(1855)

REBELIÓN

CXVIII

LA NEGACIÓN DE SAN PEDRO

¡Qué hace Dios con la ola de anatemas humanos
que hasta los serafines cada día le llegan?
Como un tirano ahíto de vinos y manjares,
se adormece al rumor que alzan nuestras blasfemias.

Los sollozos del mártir y del ajusticiado
son una sinfonía para Él seductora,
pues no obstante la sangre que a los humanos cuesta,
¡los cielos no se cansan de escucharla hasta ahora!

—¡Ah, Jesús no te olvides de la noche del Huerto!,
donde sinceramente orabas de rodillas
a Aquel que, allá en el cielo, no escuchaba los clavos
con los que tus verdugos pies y manos te herían,

cuando viste escupir a tu divinidad
la chusma del cuerpo de guardia encanallada,
y cuando en tu cabeza se hincaron las espinas
en tu cabeza, que era la de la raza humana;

cuando tu cuerpo, herido, la pesadez horrible
de la cruz te obligaba casi a desfallecer

y el sudor te fluía de la pálida frente
y una multitud ebria te pudo escarnecer,

¿recordabas los días luminosos y bellos
en que llegaste para cumplir la gran promesa,
cuando, montando sobre una asnilla, pasaste
bajo palmas y flores y aclamaciones férvidas,

o, cuando el corazón, con valor y esperanza,
arrojaste a los viles mercaderes del Templo,
los días en que fuiste Maestro? ¿No sentiste,
antes que la lanzada, fieros remordimientos?

—Cierto, yo por mi parte satisfecho saldría
de un mundo en que la acción no es hermana del sueño;
¡pueda yo usar la espada y morir por la espada!
San Pedro renegó de Jesús..., ¡muy bien hecho!

(1852)

CXIX

ABEL Y CAÍN

1

Raza de Abel, descansa y come;
Dios te sonríe complaciente.

Raza de Caín, en el fango
cae y muere míseramente.

Raza de Abel, ¡tu sacrificio
ha complacido al Serafín!

Raza de Caín, tu suplicio
¿alguna vez verá su fin?

Raza de Abel, mira tus siembras
y tus rebaños prosperar.

Raza de Caín, oigo tu entrada
cual perro viejo de hambre aullar.

Raza de Abel, calienta el vientre
junto al hogar patriarcal.

Raza de Caín, en tu antro
tiemblas lo mismo que un chacal.

Raza de Abel, ¡ama y pulula!
Tu oro también engendra hijitos.

Raza de Caín, alma que arde,
¡cuídate de esos apetitos!

Raza de Abel, creces y engordas,
¡como las chinches en madera!

Raza de Caín, por las sendas
¡arrastra tu familia entera!

2

¡Raza de Abel, que tu carroña
abone el suelo, humeante!

Raza de Caín, tus trabajos
todavía no son bastante.

Raza de Abel, este es tu oprobio:
¡venció el venablo al hierro, en guerra!

Raza de Caín, ¡sube al cielo
y arroja a Dios sobre la tierra!

(1857)

CXX

LAS LETANÍAS DE SATANÁS

¡Oh tú, Ángel sabio y bello, que no fuiste alabado,
dios que, por mala suerte, te viste traicionado!

¡Satanás, ten piedad de mi larga miseria!

Príncipe del destierro con quien se ha sido injusto
y que, vencido siempre, te alzas más augusto,

¡Satanás, ten piedad de mi larga miseria!

Tú, que conoces todas las cosas subterráneas,
familiar curandero de angustias humanas,

¡Satanás, ten piedad de mi larga miseria!

Tú, que hasta los leprosos y parias, si es preciso,
por el amor enseñas el gusto al Paraíso,

¡Satanás, ten piedad de mi larga miseria!

¡Oh tú, que aun en la Muerte, tu vieja y fuerte amante,
engendras la Esperanza —cual loca delirante!

¡Satanás, ten piedad de mi larga miseria!

Tú, que en el reo pones un mirar altanero,
que en torno del cadalso condena a un pueblo entero,

¡Satanás, ten piedad de mi larga miseria!

Tú, que celoso sabes el rincón de las cosas
en los que sólo Dios guarda piedras preciosas,

¡Satanás, ten piedad de mi larga miseria!

Tú, que con clara vista descubres arsenales
donde dormido yace el pueblo de los metales,

¡Satanás, ten piedad de mi larga miseria!

Tú, que con larga mano ocultas precipicios
al errante sonámbulo sobre los edificios,

¡Satanás, ten piedad de mi larga miseria!

Tú, cuya vieja magia aligera los huesos
del borracho al que siguen ladrando los sabuesos,

¡Satanás, ten piedad de mi larga miseria!

Tú, que por consolar al débil cuando sufre,
le enseñas a mezclar salitre con azufre,

¡Satanás, ten piedad de mi larga miseria!

Tú, que dejas tu marca, oh cómplice sutil,
en la frente de Creso, impenitente y vil,

¡Satanás, ten piedad de mi larga miseria!

Tú, que de las rameras el corazón halagas,
el culto del harapo y el amor a las llagas,

¡Satanás, ten piedad de mi larga miseria!

Tú, bastón de exiliados, luz de los inventores,
confesor de ahorcados y de conspiradores,

¡Satanás, ten piedad de mi larga miseria!

Padre adoptivo de los que en su ciego enfado,
del Paraíso el Padre Eterno hubo expulsado,

¡Satanás, ten piedad de mi larga miseria!

PLEGARIA

¡Gloria a ti y alabanza, Satanás, en la altura
de cielo en que reinaste y en la eterna negrura
profunda del infierno, que todo lo silencia!
¡Haz que mi alma, debajo del Árbol de la Ciencia,
cerca de ti repose, cuando sobre el paisaje,
igual que un nuevo templo, extienda su ramaje!

(1857)

LA MUERTE

CXXI

LA MUERTE DE LOS AMANTES

Tendrá nuestro lecho ligeros olores,
divanes profundos como sepulturas,
y sobre anaqueles exóticas flores
que abrieron su cáliz bajo bellos cielos.

Poniendo a porfía la luz de los celos,
como dos antorchas, nuestros corazones,
igual que si fueran espejos gemelos,
arderán en una llama sus pasiones.

Hecha de azul místico y rosa, una tarde,
cambiaremos ese relámpago que arde
cargado de adioses, cual largo sollozo;

y más tarde, un ángel, abriendo las puertas,
vendrá a reanimarnos, leal y gozoso,
los espejos turbios y las llamas muertas.

(1851)

CXXII

LA MUERTE DE LOS POBRES

La muerte nos consuela y nos hace vivir;
es el fin de esta vida, la única esperanza
que puede embriagarnos como un elixir
hasta que del morir la noche nos alcanza;

a través de la nieve y de la tempestad,
ella es el resplandor único que veremos;
es el nocturno albergue inscrito en el libro

y donde solamente el reposo hallaremos;

es el ángel que tiene en sus dedos magnéticos
el don que puede darnos los ensueños proféticos,
y que prepara el lecho de la gente afligida;

es gloria de los dioses, el místico granero,
es la bolsa del pobre, su patria prometida,
¡y la soñada puerta de un cielo justiciero!

CXXIII

LA MUERTE DE LOS ARTISTAS

¿Aún mis cascabeles tengo que hacer sonar
y besarte en la frente, triste caricatura?
Para dar en el blanco, de mística natura,
¿cuántas flechas mi aljaba tendrá que disparar?

Gastaremos nuestra alma en sutiles esbozos,
y abatiremos más de una falsa armadura
antes de contemplar esa gran criatura
¡cuyo infernal deseo nos llena de sollozos!

Algunos nunca vieron su ídolo soñado,

escultores malditos que el fracaso ha marcado,
que se dan martillazos en el pecho y la frente,

sólo con la esperanza, Capitolio sombrío:
¡que la Muerte, al alzarse, como un sol nuevo y pío,
haga que, al fin, florezcan las flores de su mente!

(1851)

CXXIV

EL FIN DE LA JORNADA

Bajo una luz descolorida
corre y se mueve sin razón,
gritando, impúdica, la vida.
Sólo esperando la ocasión

de que la noche voluptuosa
que todo, hasta el hambre, aquieta,
y se recata vergonzosa,
«¡Ah, por fin ya! —dice el poeta—,

mis vértebras, como mi alma
cansadas ya, buscan la calma

a sus ensueños torturantes,

me voy a espaldas a acostar
y en vuestros sueños ocultar,
¡oh, tinieblas refrigerantes!».

(1860)

CXXV

EL SUEÑO DE UN CURIOSO

A. F. N.[60]

¿Conoces, como yo, ese dolor sabroso
de poderte decir: «¡Qué hombre tan singular!»?
—Me sentía morir. Mi espíritu amoroso
el horror y el deseo sabía conjugar,

la angustia y la esperanza, sin humor sedicioso.
Mientras iba apurando la clepsidra fatal,
y cuando mi tormento era ya delicioso,
mi corazón, del mundo veía ya el final.

Yo era como un niño que, de expectación lleno,
odiaba el telón como se odia un obstáculo...
Por fin, la verdad fría se reveló de pleno:

Estaba muerto ya, y el terrible espectáculo
de una incógnita aurora nueva, ¿cómo sería?
Se levantó el telón, y espero todavía.

(1860)

CXXVI

EL VIAJE

1

Para el niño que gusta de estampas y de mapas,
el universo iguala a su vasto apetito.
¡Ah, qué grande es el mundo a la luz de la lámpara!
Los ojos del recuerdo ¡lo ven tan pequeñito!

Salimos un buen día, con la mente exaltada,
cargado el corazón de ansias y de pesares,
y allá vamos, siguiendo el ritmo de las olas,
meciendo el infinito sobre finitos mares.

Huyen unos felices de su infame patria;
otros del horror de sus cunas, y unos cuantos
astrólogos ahogados en ojos femeninos,
en busca de su Circe de temibles encantos.

Para no convertirse en bestias, se emborrachan
del espacio y la luz, y de aquel aire presos,
el hielo que los muerde, los soles que los curten,
van, despacio, borrando la marca de los besos.

Pero sólo el que parte por partir es viajero,
con corazón ligero como globo flotante
que no puede alejarse de su fatalidad
y, sin saber por qué, dice siempre: «¡Adelante!».

Para estos los deseos tienen forma de nube,
y sueñan, como el quinto añora la batalla,
con voluptuosidades ignotas y nuevas
para las que la lengua mortal nombres no halla.

2

Imitamos, ¡qué horror!, el trompo y la pelota
en su baile y sus saltos; hasta en nuestros desvelos
la Curiosidad siempre nos mueve y atormenta
como un ángel perverso que azotara los cielos.

Fortuna singular cuyo fin no alcanzamos,
no estando en parte alguna, puede hallarse en cualquiera;
cuando el hombre, incansable, siguiendo su esperanza,
para hallar el reposo marcha en loca carrera.

Nuestra alma es un tres palos en busca de su Icaria;[62]
una voz, desde el puente nos dice: «¡Bien bogamos!»,
y otra voz, en la cofa, ardiente y loca, grita:
«¡Amor..., gloria, bondad...!», ¡y un escollo encontramos!

Cada islote que anuncia diariamente el vigía
es algún Eldorado al que el alma se afana;
y la imaginación, que en su orgía se quema,

sólo halla un arrecife al sol de la Mañana.

¡Oh, pobre enamorado de regiones utópicas!
¿Habrá que encadenarlo, o arrojar a la mar
al marinero ebrio, ese inventor de Américas
cuyo falso espejismo le hace delirar?

Así el vagabundo, pateando en el barro,
sueña, nariz al cielo, paraísos de hechizo;
sus ojos embrujados descubren una Capua[63]

allí donde una vela sólo alumbra un chamizo.

3

¡Asombrosos viajeros! ¡Qué diversas historias

leemos en sus ojos, como la mar profundos!
Mostradnos los tesoros de los viejos recuerdos,
esas joyas que hiciste de astros y de mundos.

¡Queremos viajar sin vapor y sin velas!
Para hacer que olvidemos el tedio de este barco,
pasad ante nosotros, como si fuera un lienzo,
vuestros recuerdos con horizontes por marco.

Decidnos, ¿qué habéis visto?

4

«Hemos visto los astros,
las olas y las playas; pero lo mismo allí,
y, a pesar de zozobras y de otras aventuras,
nos hemos aburrido igualmente que aquí.

La gloria de un sol sobre la mar de violeta,
la gloria de los pueblos entrevistos de lejos,
en nuestros corazones encendían un ansia
de hundirnos en el cielo de fúlgidos reflejos.

Las más ricas ciudades, los más grandes paisajes
jamás tuvieron el encanto misterioso
de aquellos que el azar crea en las nubes,
¡y el deseo pedía siempre algo más hermoso!

—Tras el goce, el deseo con mayor fuerza crece.
Deseo, viejo árbol al que abona el placer.
Mientras que tu corteza se endurece y se arruga,
¡el sol sus altas ramas quiere más cerca ver!

¿Irás creciendo siempre, gran árbol, con más vida
que el ciprés? —Sin embargo, tenemos en la mano

otros croquis de álbum para nuestros apuntes,
¡hermanos que halláis bello siempre lo más lejano!

Saludamos también con la trompa los ídolos;
los tronos incrustados de pedrería fina;
y mágicos palacios de extraordinaria pompa
que de nuestros banqueros serían la ruina.»

5

¿Y luego, qué más visteis?

6

«¡Oh, infantiles cabezas!

Y para no olvidarnos de lo más importante,
vimos por todas partes, sin haberlo buscado,
desde el principio al fin de la escala social,
el tedioso espectáculo del inmortal pecado:

la mujer, vil esclava, orgullosa y estúpida,
que se adora a sí misma, egoísta y sensual;
el hombre, vil tirano, lascivo y egoísta,
esclavo de la esclava y arroyo del albañal;

el verdugo que se ríe, el mártir que solloza;
la sangre que apasiona y perfuma la fiesta;
el déspota, enervado del veneno del mando,
y el pueblo embrutecido, que al látigo se presta.

Diversas religiones, que entre sí se parecen,
todas buscado el cielo; pero la santidad,
como en lecho de plumas se goza el refinado,

en los clavos encuentra su voluptuosidad.

La Humanidad locuaz, borracha de su genio,
tan loca hoy como entonces, ¡sea el tiempo testigo!
Alza su voz a Dios, en furibunda angustia:
"¡Oh tú, mi semejante, maestro, te maldigo!"

Otros hay, menos torpes, de la demencia amantes,
que huyendo del rebaño que acorrala el Destino,
van a buscar refugio en el sueño del opio.
—Tal es el boletín de este mundo sin tino.»

7

¡Sabiduría amarga la que nos da el viaje!
Este mundo monótono, pequeño, sin remedio,
hoy, ayer y mañana nos muestra nuestra imagen:
un oasis de horror en un desierto de tedio.

¿Quién acierta mejor, el que se va o se queda?
Uno puede partir, el otro se agazapa
para burlar al enemigo vigilante,
¡el Tiempo!, hay corredor funesto que se escapa,

como el Judío errante y como los apóstoles
que no les basta nada, ni vagón ni bajel,
para huir del reciario infame, como hay otros
que lo saben matar, sin dejar rastro de él.

Cuando, al final, él ponga su pie en nuestras espaldas,
podremos esperar a gritar: «¡Vamos ya!»,
y, al igual que otras veces, nos fuimos a la China,
haremos el viaje que nunca acabará,

y nos embarcaremos por el mar Tenebroso,

con el ánimo alegre de un joven pasajero.
Y oiremos las voces, encantadas y fúnebres,
que cantan: «¡Por aquí!, ¿qué comerá el viajero?,

si es que quiere probar el loto perfumado

del olvido, o los frutos del fúnebre jardín;
venid a embriagaros de la dulzura extraña
de esta siesta que nunca habrá de tener fin».

El familiar acento descubre al espectro;
sus brazos nuestros Pílades tienden desde la orilla.
«Tu corazón refresca nadando hacia tu Electra»,
dice aquella a quien antes besamos la rodilla.[64]

8

¡Oh, Muerte, capitana, es tiempo! ¡Levad anclas!
¡Este país nos llena de tedio! ¡Hacia ti vamos!
¡Si son el cielo y mar negros como la tinta,
en nuestros corazones el resplandor llevamos!

Viértenos el veneno para reconfortarnos.
Queremos, pues nos arde ese fuego en el cerebro,
llegar hasta el abismo, Cielo o Infierno, ¿qué importa?
¡Al fondo de lo ignoto para encontrar lo *nuevo*!

(1859)

LOS DESPOJOS

I

LA PUESTA DE SOL ROMÁNTICA

Qué bello es el sol cuando fresco se levanta
dando los buenos días con gran explosión.
—¡Feliz aquel que también puede con amor
saludar su ocaso fastuoso como un sueño!

¡Bien lo recuerdo...! He visto a flores, fuentes y surcos
extasiarse ante su ojo como un palpitante corazón.
—¡Corramos al horizonte, ya es tarde, deprisa,
para atrapar al menos un oblicuo rayo!

En vano persigo al Dios que se retira;
la Noche inexorable funda su imperio,
negra, húmeda, funesta y estremecida.

Fluye un olor de tumba en las tinieblas,
y mis pies temerosos pisan, al borde de la ciénaga,
sapos imprevistos y caracoles fríos.

POEMAS CENSURADOS

II

LESBOS

Madre de los placeres de latinos y griegos,[65]
Lesbos, donde los besos, lánguidos o gozosos,

en los deleites griegos o en los latinos juegos,
son ornato de noches y de días gloriosos,
madre de los placeres de latinos y griegos;

Lesbos, donde los besos son como las cascadas
que se lanzan sin miedos a las simas sin fondos,
corriendo, sollozando y riendo con espasmos,
tormentosos, secretos, hormigueantes y hondos,
¡Lesbos, donde los besos son como las cascadas!

Lesbos, donde una u otra las Frinés se reclaman,
donde nunca un suspiro sin su eco ha quedado,
y lo mismo en Pafos las estrellas te aclaman,

¡y de la misma Safo la Venus se ha encelado!
Lesbos, donde una a otra las Frinés se reclaman,[66]

Lesbos, tierra de noches calientes, desmayadas,
que hacen, frente al espejo, con voluptuosidad,
que las adolescentes de sus cuerpos prendadas,
acaricien los frutos de su nubilidad;
Lesbos, tierra de noches calientes, desmayadas;

que el viejo Platón frunza su entrecejo severo,
tú ganas de perdón a fuerza de besar,
reina del dulce imperio, en ti se halla el venero
de los refinamientos que no se han de agotar.
Que el viejo Platón frunza su entrecejo severo.

El perdón lo consigue tu martirio constante
a las almas ansiosas que el placer ha afligido,
a las que trae de lejos el sonreír radiante,
adivinado apenas, apenas presentido.
¡El perdón lo consigue tu martirio constante!

¿Cuál de los dioses, Lesbos, osará ser tu juez

y condenar tu frente, pálida de extravíos,
si sus balanzas de oro no han pesado una vez
las lágrimas que al mar van vertiendo los ríos?
¿Cuál de los dioses, Lesbos, osará ser tu juez?

¿Qué no aceptan las leyes de lo justo y lo injusto?
¡Honor del Archipiélago, vírgenes sin consuelo,
tal como otro cualquiera, vuestro rito es augusto,
y el Amor se reirá del infierno y del cielo!
¿Qué no aceptan las leyes de lo justo y lo injusto?

Pues Lesbos entre todos me ha escogido en la tierra
para que de una virgen yo desvele el encanto,
y fui desde la infancia en el rito admitido
de la risa frenética y del sombrío llanto,
pues Lesbos entre todos me ha escogido en la tierra.

Desde entonces vigilo del Leucas en lo alto,[67]
igual que un centinela, desde mi sitio velo,
como el vigía advierte de algún buque el asalto
por las luces lejanas que oscilan en el cielo,
desde entonces vigilo del Leucas en lo alto,

para saber si el mar es indulgente y bueno,
en medio del fragor que amenaza la roca
devolverá una noche a Lesbos, de su seno,
el cadáver de Safo, adorado, que partiera,
¡para saber si el mar es indulgente y bueno!

¡De Safo la viril, que fue amante y poeta,
aún más bella que Venus, por su sombrío encanto!
—¡Vence a la azul pupila, la pupila violeta
con tenebroso cerco, trazado por el llanto
de Safo la viril, que fue amante y poeta!

—Más hermosa que Venus, en su mundial realeza,
vertiendo los tesoros de su serenidad
y los claros efluvios de su blonda belleza,
sobre el antiguo Océano de rubia claridad,
¡más hermosa que Venus, en su mundial realeza!

—De Safo que murió por su propia blasfemia,
cuando, insultado el rito, de su culto cayó,
ella ofrendó su cuerpo de humana criatura
a un bruto cuyo orgullo su impiedad castigó
de la que murió un día por su propia blasfemia.

Y desde entonces, Lesbos sin cesar se lamenta,
y, a pesar de las glorias que le fueron rendidas,
cada noche se embriaga de un grito tormentoso,
¡que alzan hacia los cielos las riberas perdidas!
¡Y desde entonces, Lesbos sin cesar se lamenta!

(1850)

III

MUJERES CONDENADAS
Delfina e Hipólita

A la claridad pálida de mortecinas lámparas,[68]
sobre muelles cojines impregnados de olor,
Hipólita soñaba en caricias potentes
que alzaran las cortinas de su joven candor.

Buscaba con mirada que turbó la tormenta,
el puro cielo de su candidez lejana
lo mismo que el viajero que la cabeza vuelve
al horizonte azul que dejó en la mañana.

Las perezosas lágrimas de sus ojos cansados,
un estupor ignoto de voluptuosidad,
sus brazos abatidos como inútiles armas,
todo servía para realizar su beldad.

Y tendida a sus pies, cautelosa y alegre,
Delfina la miraba con sus ojos ardientes,
como un animal fuerte que vigila su presa
cuando ya previamente la marcó con los dientes.

De hinojos la belleza potente ante la frágil,
soberbia, ella bebía voluptuosamente
el vino de su triunfo, como en ella buscando
el agradecimiento de su caricia ardiente.

Y buscaba en los ojos de su víctima pálida
aquel cántico mudo con que vibra el placer,
y aquella gratitud infinita y sublime
que brota de los párpados con un estremecer.

—«Hipólita, mi amor, ¿qué dices de estas cosas?
¿Has comprendido ahora que no hay que entregar
el sagrado holocausto de tus rosas primeras
a los soplos violentos que las pueden ajar?

Mis besos son ligeros como lo son las auras
que de noche acarician los lagos transparentes,
y los de los amantes dejarían surcos
como los carros o los arados hirientes;

sobre ti pasarían como pesadas yuntas
de bueyes o caballos de cascos sin piedad...
Hipólita, mi hermana, levanta a mí tu rostro,

alma y corazón mío, mi todo y mi mitad,

¡vuelve hacia mí tus ojos, llenos de azul y estrellas!
¡Por sólo una mirada de tu encanto divino,
de placeres más hondos levantaré los velos,
y sabré adormecerte en un sueño infinito!»

Levantando su joven cabeza, dijo Hipólita:
—«Yo no soy una ingrata ni estoy arrepentida,
mi Delfino, mas sufro y ahora me siento inquieta,
como tras una cena me quedara aturdida.

Siento que en mí se funden agobiantes temores
y tropas de fantasmas, que en torno mío yerran,
que quieren atraerme por sendas movedizas
que horizontes sangrantes alrededor me cierran.

¿Habremos cometido alguna acción extraña?
Explícame, si puedes, esta turbación loca:

me estremezco de miedo cuando dices “mi ángel”
y, sin embargo, siento que te busca mi boca.

¡No me mires ahora así, mi pensamiento!
¡Tú a quien amaré siempre, mi hermana de elección,
incluso aún cuando fueras para mí una desgracia
y vinieras a ser mi propia perdición!».

Delfina, sacudiendo sus trágicos cabellos,
cual si a punto estuviera de jurar odio eterno,
con mirada fatal, dijo con voz despótica:
—«¿Quién, al hablar de amor, se atreve a hablar de infierno?

¡Maldito sea siempre el soñador inútil
que creó esa palabra, por propia necesidad,
planteando el problema insoluble y estéril
de equiparar lo mismo amor y honestidad!

Aquel que quiera unir en un acuerdo místico

la noche con el día, la sombra y el calor,
¡no ha de calentar nunca su cuerpo anquilosado
con ese sol de vida que llamamos amor!

Ve, si quieres, en busca de un estúpido amante;
ofrece el corazón virgen a sus pecados;
y, llena de recuerdos, de horrores y de libido,
me traerás tus senos así estigmatizados...

No es posible, aquí abajo, contentar más que un dueño».
Entonces, la muchacha, con inmensa pasión,
le contestó: «Yo siento dentro de mí ensancharse
un abismo profundo, ¡el de mi corazón!,

hondo como la vida, como un volcán ardiente,
nada habrá de saciar a ese monstruo inhumano,
ni la sed de la Euménide calmará, que insaciable
nos quema nuestra sangre, con la antorcha en la mano!

Que espesos cortinajes nos separen del mundo
y que la lasitud dé reposo al furor
de ese amor. ¡Yo quisiera en tu profundo seno
esperar que la muerte me diera su frescor!».

—¡Descended, descended, víctimas lamentables,
bajad por el camino de un infierno eternal!
Sumíos en la sima donde todos los crímenes
reciben los trallazos de un látigo infernal,

en mescolanza informe con fragor de tormenta.
¡Sombras locas, corred al placer sin testigo!
Jamás conseguiréis calmar vuestros furores,
que de vuestros placeres serán vuestro castigo.

Nunca un rayo de luz brillará en vuestras grutas,
entre cuyas rendijas miasmas venenosos
que se infiltran lo mismo que lúgubres linternas

que alumbran vuestros cuerpos de perfumes viscosos.

La esterilidad áspera de todos vuestros goces
vuestra sed espolea, la piel os atiranta,
y el viento furibundo de la concupiscencia,
restallado en la carne, su bandera levanta.

Lejos de pueblos vivos, errantes, condenadas,
a través de desiertos, como lobos andáis;
seguid vuestro camino, almas envilecidas,
¡y huid del infinito que en vosotras lleváis!

(1857)

IV

EL LETEO

Ven a mi corazón, alma cruel y sorda,
oh mi tigre adorado, monstruo de aire indolente;
que quiero acariciar con dedos temblorosos
tu densa cabellera larga, amorosamente;

y en tus enaguas llenas de tu mismo perfume
enterrar mi cabeza, ya cansada y contrita,
y de mi amor difunto respirar el rocío
lo mismo que si fuera una flor ya marchita.

¡Yo quisiera dormir, más que vivir deseo!

En un sueño tan dulce como la misma muerte,
para poner mis besos, ya sin remordimientos,
en tu cuerpo de cobre, para así adormecerte.

Nada apacigua tanto mis amargos sollozos
como el abismo hondo de tu lecho mullido;
el olvido potente en tu boca se halla;
tus besos el Leteo transmiten diluido.

Desde hoy, con delicia, a ello he de entregarme
como un predestinado acepta su destino;
como el mártir que atiza el fuego que le abrasa,
aceptando el suplicio que sabe que es su sino,

he de beber forzado, para anegar mi odio,
esa buena cicuta y el nepente, que son[69]
bebidas del olvido, en tus agudos senos
que nunca aprisionaron humano corazón.

(1852)

V

A LA QUE ES DEMASIADO ALEGRE

Son tu cabeza, aire y gestos
bellos como un bello paisaje;
la brisa juega con tu cara
cual viento fresco en el celaje.

Si un enfermizo, al pasar, rozaras,
lo deslumbrara la sanidad
que de tus brazos y tu espalda
brota como una claridad.

Los resonantes coloridos
de tus tocados de colores
hacen pensar a los poetas
en un ballet vivo de flores.

Tus ropas son como el emblema
de tu vivir abigarrado.
¡Loca, que me has enloquecido,
te odio tanto como te he amado!

A veces en algún jardín,
donde me arrastra la atonía,
sentí que el sol me desgarraba
el pecho, igual que una ironía;

Y la primavera y los verdores
mi corazón tanto apresura,
que en una flor he castigado
la insolencia de la natura.

Así quisiera yo, una noche,
a horas de voluptuosidad
ir al tesoro de tu cuerpo
con toda clandestinidad,

por castigar tu carne alegre
mordiendo tu carne jocunda
y abrir en tu potente flanco
una herida larga y profunda,

y, ¡oh dulzor vertiginoso!,
a través de esa boca sana,
aún más hermosa y excitante,
¡filtrarte mi veneno, hermana!

VI

LAS JOYAS

Mi muy amada estaba desnuda, y conociendo
mis gustos, dejó sólo sus joyas más sonoras,
cuyo esplendor le dejaban el triunfador aspecto
que, en sus fiestas, se advierte en las esclavas moras.

Cuando, al danzar, su ruido, vivo y burlón, despide
ese rumor de piedras y metal confundido,
me arrebata en un éxtasis, y con furores amo
todo aquello que mezcla la luz con el sonido.

Ella estaba tendida, dejando que la amase,
y, en el diván tumbada, de gozo sonreía
a mi amor, dulce y hondo como el mar, que se alzaba
contra el acantilado que más la embravecía.

Fijos en mí los ojos, como un tigre domado;
soñador, perezoso, posturas ensayaba,
y su candor, unido a su lascivia, hacía
que en su metamorfosis nuevo encanto cobrara;

y su brazo y su pierna, su muslo y su cadera,
pulidos como aceite, cual cisnes ondulantes,
pasaban ante mi ojos clarividentes;
y su vientre y sus senos, cual racimos colgantes,

avanzaban, tan cálidos como ángeles del mal,

a turbar el reposo en que estaba mi alma,
para arrancarla de la roca cristalina

donde estaba sentada, solitaria y en calma.

Creía ver unidos por un nuevo dibujo
las caderas de Antíope y de un adolescente,[70]
de tal modo su pelvis el talle presentaba.
¡Soberbio era el afeite sobre su piel turgente!

—Como estaba la lámpara resignada a morirse,
y como el fuego sólo en la alcoba lucía,
siempre que este lanzaba su brillante suspiro,
su piel color de ámbar de sangre se teñía.

VII

LAS METAMORFOSIS DEL VAMPIRO

La mujer, mientras tanto, con su boca de fresas,
retorciéndose como serpiente en las pavesas,
estrujaba sus senos del corsé en las ballenas,
decía estas palabras de suave almizcle llenas:
—«¡Tengo los labios húmedos y conozco la ciencia
que en el fondo del lecho disuelve la conciencia.
Puedo enjugar las lágrimas en mis senos triunfantes,
y hago reír al viejo igual que a los infantes.
Para quien quiere verme desnuda, sin mi velo,
soy la luna y el sol, otros astros del cielo.
Para el sabio yo soy dulce y voluptuosa,
cuando ahogo a los hombres con mis brazos de diosa,
o cuando a sus mordiscos abandono mi busto,
tímido o libertino, o frágil o robusto,
que sobre los colchones, locos de frenesí.
hasta los mismos ángeles se perdieran por mí!».

Cuando toda mi médula succionó de mis huesos,
y, ya lánguidamente aún le pedía besos,
¡advertí que en sus flancos, en un solo momento,
resbalaba un humor viscoso, purulento!
Espantado, cerré los ojos, con terror,
y cuando los abrí, al vivo resplandor
de la lámpara, vi que a mi lado no estaba
el maniquí potente que el vigor ostentaba,
sino sólo despojos de huesos que temblaban
y el chirrido de las veletas imitaban,
o de un cartel colgado que en un mástil ondea,
y en las noches de invierno el viento balancea.

(1857)

GALANTERÍAS

VIII

EL SURTIDOR

¡Cansados están tus bellos ojos, pobre amada!
No los vuelvas a abrir, descansa,
en esa postura de indiferencia
en que el placer te ha sorprendido.
Hay en el patio un surtidor que habla,
no calla ni de día ni de noche
y mantiene dulcemente el éxtasis

en que esta noche el amor me ha sumergido.

Engendra el agua
miles de flores,
donde Febe alegre[71]
pone sus colores,
cae como una lluvia
de largos llantos.

Así, tu alma que incendia
el rayo ardiente del placer,
se lanza, rápida y atrevida,
hacia los vastos cielos encantados.
Luego se derrama moribunda
en un flujo de triste languidez,
que por una invisible cuesta
desciende hasta el fondo de mi corazón.

Engendra el agua
miles de flores,
donde Febe alegre
pone sus colores,

cae como una lluvia
de largos llantos.

¡Oh tú, a quien la noche tanto embellece,
qué dulce reclinarme en tus pechos
y escuchar el lamento sempiterno

que solloza en el estanque!
Luna, agua sonora, noche bendita,
árboles que alrededor tembláis,
vuestra melancolía pura
es de mi amor el espejo.

Engendra el agua
miles de flores,
donde Febe alegre
pone sus colores,
cae como una lluvia
de largos llantos.

IX

LOS OJOS DE BERTHE

¡Bien podéis despreciar los ojos más célebres,[72]
bellos ojos de mi niña, por donde se filtra y se escapa
un no sé qué de bueno, de dulce como lo nocturno!
¡Ojos bellos, derramadme el encanto de vuestra tiniebla!

¡Grandes ojos de mi niña, adorados secretos,

os parecéis tanto a esas grutas mágicas
donde, tras la masa de sombras letárgicas,
resplandecen suaves tesoros ignorados!

¡Mi niña tiene ojos oscuros, enormes y profundos,
como tú, Noche inmensa, como tú llenos de luz!
Sus fuegos son ideas de Amor mezcladas con Fe
que tiemblan al fondo, castas o voluptuosas.

X

HIMNO

¡A la tan bella y tan querida
que el alma me llena de claridad,
al ángel, al ídolo inmortal,
salud en la inmortalidad!

Ella se deshace en mi vida
como un aire lleno de sal
y en mi alma insaciada
vierte el sabor de la eternidad.

Bolsa siempre fresca que perfuma
la atmósfera de una estancia pequeña,
incienso olvidado que ahúma
a través de la noche en secreto,

¿cómo podré, amor incorruptible,
expresarte con honestidad?
¡Grano de almizcle que yaces invisible
al fondo de mi eternidad!

¡A la tan bella y tan querida,

razón de mi salud y mi alegría,
al ángel, al ídolo inmortal,
salud e inmortalidad!

XI

LAS PROMESAS DE UNA CARA

Yo amo, oh pálida belleza, tus cejas bajas
de donde parecen manar las tinieblas;
tus ojos, aunque negros, me inspiran pensamientos
que nos son del todo funestos.

Tus ojos, que combinan con tus negros cabellos,
con tu crinera elástica,
tus ojos, lánguidamente, me dicen: «Si quieres,
amante de la musa plástica,

seguir la esperanza que en ti hemos despertado
y todos los gustos que tú profesas,
podrás constatar nuestra verdad
desde el ombligo hasta las nalgas;

En la punta de dos bellos senos, prietos,
hallarás dos medallas de bronce,
y bajo un vientre liso, como de terciopelo,
negro como la piel de un bonzo,

un rico vellón, hermano, en verdad,
de esa larga cabellera,
lacio y rizado, igual en espesura,

¡noche sin estrellas, noche oscura!».

XII

EL MONSTRUO O EL PARANINFO DE UNA NINFA MACABRA

Tú no eres, mi muy querida,
eso que Veuillot llama una jovencita.[73]
¡El juego, el amor, la buena mesa,
hierven en ti, viejo calderón!
¡Ya no eres fresca, mi querida,

mi vieja niña! Y sin embargo
tus correrías insensatas

te han dado ese lustre imponente
de las cosas demasiado usadas
pero que seducen igualmente.

No me parecen monótonas
las hojas de tus cuarenta años;
¡prefiero tus frutos otoñales
que las banales flores primaverales!
¡No! ¡No eres nunca monótona!

Tu osamenta tiene adornos
y gracias particulares;
encuentro raras especias
en el hueco de tus dos clavículas;
¡tiene adornos tu osamenta!

¡Ríete de los amantes ridículos
del calabacín y el melón!
Yo prefiero tus clavículas
a las del rey Salomón,
¡pobres tipos ridículos!

Tus cabellos, como un casco azul,
dan sombra a tu frente de guerrera,
que no piensa y se ruboriza apenas,
y se ven por detrás luego
como crines de un casco azul.

¡Tus ojos que parecen de fango
donde brilla algún fanal,
encendidos por el maquillaje,
lanzan una claridad infernal!
¡Negros como el fango son tus ojos!

Por su lujuria y su desdén
tus labios amargos nos provocan;
son esos labios un Edén
que nos atrae y nos asombra.

¡Qué lujuria! ¡Y qué desdén!

Tus piernas musculosas y secas
saben subir a lo alto de un volcán,
y a pesar de la nieve y la miseria,
bailar el más fogoso cancán.
Musculosas y secas son tus piernas.

Tu piel ardiente y sin dulzura,
como la de los viejos gendarmes,
conoce tan poco el sudor
como tus ojos las lágrimas
(¡y no le falta a ella dulzura!).

¡Vete, idiota, al diablo directa!
De buen gusto iría contigo
si esta prisa espeluznante
no me causara conmoción.
¡Vete pues, al diablo, sola!

Mi riñón, mi pulmón, mis corvas
no me dejan ya rendir homenaje
a ese Señor, como se debería.
«¡Ay, es una verdadera pena!»,
dicen mi riñón y mis corvas.

¡Ay! ¡De verdad sufro
por no poder atender los aquelarres
para ver, cuando restalla el azufre,
cómo le besas el culo!
¡Ay! ¡De verdad sufro!

¡Estoy terriblemente afligido
por no ser yo quien te abrase
y por pedirte permiso,
llama del infierno! Mira, amada mía,
si debo estar afligido,

que te amo y ha pasado el tiempo.
En efecto, es lógico
queriendo del mal buscar la crema
amar solo a un monstruo perfecto,
¡claro que sí! ¡Viejo monstruo, te quiero!

EPÍGRAFES

XIV

VERSOS PARA UN RETRATO DEL SEÑOR HONORÉ DAUMIER

Aquel del que te ofrecemos la imagen[74]
y cuyo arte, el más sutil de todos,
nos enseña a reírnos de nosotros,
aquel, lector, es un gran sabio.

Es un satírico, un burlador,
mas la energía con la cual
sabe pintar el mal y sus secuelas,
es prueba de su alma buena.

Su risa no llega a la mueca
de Melmoth o Mefisto
bajo la Antorcha de Alecto
que les quema, sino que nos hiela.[75]

¡Su risa, ay, de la alegría
no es sino la dolorosa carga,
la suya, franca y larga, brilla
como un signo de su bondad!

XV

LOLA DE VALENCIA

Entre tantas bellezas que por todas partes se observan,
bien comprendo, amigos, que vacile el deseo,
pero se ve resplandecer en Lola de Valencia

el encanto imprevisto de una joya, rosa y negro.[76]

XVI

SOBRE *EL TASSO EN PRISIÓN* DE EUGÈNE DELACROIX

Preso el poeta, enfermo y descuidado,
pisoteando un manuscrito con pies convulsos,
sondea con la mirada el terror que inflama
la escalera de vértigo donde se abisma su alma.[77]

Las risas ebrias que retumban en la cárcel
a su razón invitan hacia lo absurdo y extraño;
la Duda le rodea y el Miedo ridículo,
horrible y multiforme, sin cesar le envuelve.

Ese genio cautivo en un malsano tugurio,
esas muecas, esos gritos, esos espectros
que en bandada zumban en sus oídos,

soñador al que el horror de su hogar despierta,
he aquí tu emblema, alma de sueños oscuros
que lo Real ahoga entre sus cuatro muros.

PIEZAS DIVERSAS

XVII

LA VOZ

Se balanceaba mi cuna en la biblioteca,
Babel sombría donde la ciencia y las fábulas,
la novela, todo, la ceniza latina y el polvo griego,
se mezclaban. Yo era tan alto como un infolio.
Dos voces me hablaban. Una, insidiosa y firme,
decía: «La Tierra es un pastel lleno de dulzura,
yo puedo (y tu placer entonces no tendrá fin)
dotarte de un apetito igual de grande».
Y la otra: «¡Ven, oh, ven, viajero de los sueños,
más allá de lo posible, más allá de lo conocido!».
Y cantaba, esta, como el viento en las playas,
fantasma ululante, venido de no se sabe dónde,
que acaricia el oído y sin embargo espanta.
«¡Sí, dulce voz!», te contesté. Fue entonces
cuando empezó, ay, aquello que podríamos llamar
mi herida y mi fatalidad. Detrás de los decorados
de la existencia inmensa, en lo más negro del abismo,
veo claramente mundos singulares
y, víctima de mi lucidez extasiada,
arrastro serpientes que me muerden los talones.
Es desde entonces que, como un profeta,

amo tan dulcemente los mares y el desierto;
que río en los funerales y lloro en las fiestas
y encuentro un sabor suave en el vino más amargo;
que a menudo doy por hecho las mentiras
y que, mirando al cielo, caigo en los hoyos.
Pero la Voz me consuela y dice: «Cuida tus sueños,
los sabios no los tienen tan bellos como los locos».

XVIII

LO IMPREVISTO

Harpagon, que velaba a su padre agonizante,[78]
se decía, soñador, al ver esos labios ya blancos:
«Me parece que hay aún en el desván
suficientes tablones viejos que aprovechar».

Celimena murmura y dice: «Mi corazón es bueno,
y naturalmente, Dios me ha hecho muy bella».
—¡Corazón endurecido, ahumado como un jamón,
en las llamas eternas del infierno!

Ese gacetillero con humos, que se cree una antorcha,
dice al pobre que ha ahogado en las tinieblas:
«¿Dónde le ves tú, a ese creador de lo Bello,
el Redentor que tú alabas?».

Mejor que a nadie, conozco a cierto voluptuoso
que bosteza día y noche, que se lamenta y llora,
repitiendo, impotente y fatuo: «Sí, quiero

ser virtuoso, ¡pero dentro de una hora!».

El reloj, a su vez, dice en voz baja: «¡Está maduro
el condenado! ¡En vano advertí la carne infecta!
¡El hombre es ciego, sordo, frágil como un muro
que habita y roe cualquier insecto!».

Y aparece luego uno que todos habían negado
y que les dice, fiero y burlón: «En mi cáliz
me parece, ya habéis comulgado
durante la alegre Misa negra.»

Cada uno me ha hecho un templo en su corazón;

¡me habéis besado en secreto mi nalga inmunda!
¡Ved a Satán con su risa vencedora,
enorme y feo como el mundo!

¿Habéis podido creer, hipócritas sorprendidos,
que puede uno reírse del amo, tomarle el pelo,
y que era normal recibir dos premios,

ir al cielo y ser ricos?

El cazador que tanto tiempo ha esperado
acabará por tener su merecida presa.
Os llevaré a través de la espesura,
compañeros de mi triste alegría,

a través de la espesura de la tierra y la roca,
a través de la argamasa de vuestra ceniza,
a un palacio tan grande como yo, de una pieza,
y que no es de piedra blanda;

¡pues está hecho del Pecado universal,
y contiene mi orgullo, mi dolor y mi gloria!».
—Y entre tanto, en lo más alto del universo,
canta un Ángel la victoria

de aquellos cuyo corazón dice: «¡Bendito sea
tu látigo, Señor!, que el dolor, oh Padre, bendito sea!
Mi alma en tus manos no es un simple juguete
y es infinita tu prudencia».

El sonido de la trompeta es tan delicioso
en estas noches solemnes de vendimias celestes
que como un éxtasis se infiltra en todos aquellos
a los que canta alabanzas.

XIX

EL RESCATE

El hombre, para pagar su rescate,
tiene dos campos de tierra honda y rica
que hay que labrar y roturar
con el arado de la razón;

para obtener la rosa más pequeña,
para obtener algunas espigas,
tendrá que verter de su frente gris
sin cesar lágrimas saladas.

Uno es el Arte, el otro el Amor.
—Para tener el juez propicio,
cuando llegue el terrible día
de la justicia estricta,

habrá que mostrarle los graneros
llenos de cosechas y de flores
cuyas formas y colores
obtengan el favor de los ángeles.

XX

A UNA MALABARISTA

Tus pies son tan finos como tus manos y tu cadera
tan ancha que puede ser la envidia de las más bellas blancas;
para el artista pensativo tu cuerpo es dulce y amoroso;
tus grandes ojos de terciopelo son más negros que tu carne.
En el país cálido y azul donde tu Dios te hizo nacer,
tu labor consiste en encender la pipa de tu amo,

en llenar los frascos con aguas frescas y fragantes,
en apartar de la cama los mosquitos zumbantes
y, desde que la mañana hace cantar los plátanos,
comprar en el mercado piñas y bananas.
Todo el día vas a donde quieres con tus pies desnudos
y canturreas en voz baja viejas canciones misteriosas;

y cuando desciende la tarde con su manto escarlata
te tiendes dulcemente sobre una estera
donde tus sueños flotantes están llenos de colibríes
con la misma gracia florida que hay en ti.
¿Por qué, niña feliz, quieres ver nuestra Francia,
ese país demasiado poblado al que siega el dolor
y, confiando tu vida a los brazos de marinos fuertes,
decirles adiós para siempre a tus queridos tamarindos?
Tú, apenas vestida de frágiles muselinas,
tiritando allá bajo la nieve y el granizo,
cómo llorarías tus ocios dulces y gratos
si, atrapada brutalmente por el corsé,
tuvieras que buscarte el pan en nuestro fango
y vender el perfume de tus encantos foráneos,
pensativa, siguiendo en nuestras sucias nieblas

los fantasmas dispersos de tus cocoteros ausentes.

BUFONADAS

XXI

SOBRE LOS INICIOS DE AMINA BOSCHETTI
En el teatro de la Monnaie, en Bruselas

Amina salta, huye, después vuela y sonríe;[79]
el valón dice: «Todo esto es como prácrito para mí;
no conozco, de hecho, más ninfas vegetales
que aquellas de *Montaña de hierbas medicinales*.»[80]

Con la punta de su fino pie y de sus ojos sonrientes,
Amina mana chorros de ingenio y delirio;
el valón dice: «¡Fuera, delicias mentirosas!
No anda mi mujer con esos ritmos ligeros».

No sabéis, sílfide de la corva triunfante,
que intentáis enseñar el vals al elefante,
la alegría al búho, la risa a la cigüeña,

que ante la gracia encendida dice el valón: «¡Hala!»,
y que, si el dulce Baco borgoña le sirviera,
el bestia contestaría: «Prefiero una cerveza».[81]

XXII

A PROPÓSITO DE UN PESADO
que aseguraba ser su amigo

Al señor Eugène Fromentin

Me dijo que tenía mucho dinero
pero que al cólera tenía miedo;
—que era tacaño con su oro
y que de la ópera le gustaba todo.

—Que disfrutaba de la naturaleza
desde que al señor Corot conocía;[82]
—que aún no tenía calesa
pero que pronto se la compraría.

—Que le gustaban el mármol y el ladrillo,
las maderas oscuras, los dorados;
—que tenía en su fábrica metidos
a tres capataces condecorados.

—Que tenía, sin contar el resto,
veinte mil acciones en el *Nord*;
que había encontrado, bien baratos,
varios marcos de Oppenord;[83]

—que se gastaría (¡quizá en Luzarches!)
hasta el último céntimo en los encantes,
y que en el marché des Patriarches
había demostrado ser un buen negociante.
—Que no quería mucho a su dama
ni a su madre; —pero que creía
en la mortalidad del alma
¡y que a Niboyet leía![84]

—Que se pirraba por el amor físico,
y que en Roma, muerto de sopor,
una mujer, enferma del mal tísico,
por él se moría de amor.

Durante dos horas y media,

el charlatán (de Tournai, supongo)
me contó su vida entera
y me puso la cabeza como un bombo.

Si mi dolor os contara
el cuento nunca acabaría;
me decía, conteniendo la rabia:
«¡Por dormir qué no daría!».

Como quien no está a gusto
pero no se atreve a marcharse,
en la silla movía el culo
y deseaba que le empalasen.

Ese animal se llama Bastuña;
huía al parecer de la plaga.
Por mi parte, me iría a la Gascuña
o de cabeza al agua,

si en ese París que le disgusta,
cuando haya de volver,
me encuentro aún en mi ruta
a ese pelma, oriundo de Tournai.

XXIII

UN CABARET ALEGRE
En la carretera de Bruselas a Uccle

A vos que os encantan los esqueletos
y los emblemas detestados,
para sazonar las voluptuosidades
(¡ya fueran simples tortillas!),

¡viejo Faraón, oh Monselet!,[85]
frente a esta señal imprevista,
me acuerdo de vos: ¡cerca
del cementerio, comida!

AÑADIDOS A LA TERCERA EDICIÓN

I

EPÍGRAFE PARA UN LIBRO CONDENADO

Lector bucólico y pacífico,
sobrio e ingenuo hombre de bien,
tira este libro saturnino,
orgiástico y melancólico.

Si no estudiaste retórica
con Satán, astuto dómine,
¡tíralo! No vas a entender nada
o me creerás histérico.

Pero si, sin dejarte impresionar,
te atreves a hundirte en los abismos,
léeme y aprenderás a amarme;

alma curiosa que sufres
y vas buscando tu paraíso,
compadéceme o te maldigo.

II

A THÉODORE DE BANVILLE
(1842)

Habéis agarrado las crines de la Diosa[86]

con tal fuerza, que se os confundiría, viendo
este aire de dominio y este bello desparpajo,
con un joven rufián arrastrando a su querida.

Con el ojo claro y lleno del fuego precoz,
habéis prodigado vuestro orgullo de arquitecto
en edificios donde la pertinente audacia
deja ver cómo será vuestra madurez.

Poeta, la sangre se nos va por cada poro;
¿quizá sea que las ropas del Centauro,
que hacía de las venas fúnebre arroyo,

fue tres veces tintado en las babas sutiles
de esos vindicativos y monstruosos reptiles
que el pequeño Hércules estranguló en la cuna?

III

LA PIPA DE LA PAZ
Imitación de Longfellow

Y Guitchi Manitú, el Maestro de la Vida,[87]
el Poderoso, bajó hasta la verde pradera,
la inmensa pradera de límites montañosos;
y allá, sobre las rocas de la Roja Cantera,
dominando el espacio y bañado de luz,
se tenía en pie, vasto y majestuoso.

Convocó entonces a los pueblos numerosos,

más numerosos que la hierba y la arena.
Con su mano terrible rompió un pedazo
de roca, con el que se hizo una pipa soberbia,
luego, al borde del arroyo, de un gran matojo,
para hacer el tubo, cogió un largo junco.

Para llenarla cogió del sauce la corteza;
y él, el Omnipotente, Creador de la Fuerza,
en pie, encendió, como un divino fanal,
la Pipa de la Paz. En pie sobre la Cantera,
fumaba, envarado, soberbio y bañado de luz.
Para todas las naciones era la gran señal.

Y lentamente ascendía la humareda divina
en el aire dulce de la mañana, ondulante, embalsamada.
Primero no fue sino un surco tenebroso,
luego el vapor se hizo más dulce y espeso,
palideció luego; y subiendo, engordando sin cesar,
fue a topar con el techo duro de los cielos.

Desde las cimas más lejanas de las Montañas Rocosas,
desde los lagos del Norte con olas sonoras,
desde Tawasentha, el valle sin par,
hasta Tucaloosa, el bosque fragante,
todos vieron la señal y la inmensa humareda
ascendiendo apacible en el cielo rojizo.

Los profetas dijeron: «¿Veis esta cinta
de vapor que, igual a la mano que manda,
oscila y destaca en negro contra el sol?
Es Guitchi Manitú, el Maestro de la Vida,
que dice a los cuatro vientos de la pradera inmensa:
“¡A todos os convoco, guerreros, a mi consejo!”».

Por el camino de las aguas, por la ruta de los llanos,

por los cuatro costados donde soplan los alientos
del viento, todos los guerreros de cada tribu, todos,
habiendo entendido la señal de la nube oscilante,

marcharon dócilmente a la Cantera Roja,
donde Guitchi Manitú les dio la bienvenida.

Los guerreros se apostaron en la verde pradera,
bien ataviados y con gesto aguerrido,
apretujados como follaje de otoño;
y el odio que mueve a combatir a todos los seres,
el odio que ardía en los ojos de sus ancestros
encendía de nuevo sus ojos con un fuego fatal.

Y sus ojos estaban llenos de odio hereditario.
Y Guitchi Manitú, el Maestro de la Tierra,
los observaba a todos compasivo,
como un buen padre, enemigo del desorden,
que ve a sus pequeños pelearse y morderse.
Así Guitchi Manitú para todas las naciones.

Extendió sobre ellos su poderosa mano derecha
para subyugar su alma y su naturaleza estrecha,
para refrescar su fiebre a la sombra de la mano;
luego les dijo con su voz majestuosa,
comparable a la voz de un agua tumultuosa
que cae con un sonido monstruoso, sobrehumano:

II

«¡Oh posteridad mía, deplorable y querida!
¡Oh hijos míos! Escuchad la divina razón.
¡Es Guitchi Manitú, el Maestro de la Vida,
quien os habla! Aquel que a vuestra patria
ha traído el oso, el castor, el reno y el bisonte.

Os he facilitado la pesca y la caza;
¿por qué entonces el cazador se vuelve asesino?
Llené las marismas de criaturas aladas;
¿por qué no estáis contentos, hijos rebeldes?
¿Por qué da caza el hombre a su vecino?

Estoy muy harto de vuestras horribles guerras.
¡Vuestras plegarias, incluso vuestros votos, crímenes son!
Vuestro peligro se halla en las ganas contrarias,
y es en la unión donde está vuestra fuerza. Vivid
en hermandad, pues, y tratad de mantener la paz.

Pronto llegará de mi parte un Profeta
que vendrá a instruiros y sufrir con vosotros.
Su palabra hará de la vida una fiesta;
pero si despreciáis su sabiduría perfecta,
pobres criaturas malditas, ¡despareceréis todos!

Limpiad en las olas vuestras banderas asesinas.
Muchos son los juncos y la roca gruesa;
todos pueden hacerse pipas. ¡Basta de guerras,
basta de sangre! Vivid en adelante como hermanos,
y todos, unidos, fumad la Pipa de la Paz!»

III

Y de pronto todos, tirando las armas a tierra,
lavan en el arroyo las banderas de la guerra
que lucían en sus frentes crueles y triunfantes.
Cada uno labra una pipa y en la ribera coge
un largo junco que con pericia orna.
¡Y el Espíritu sonríe a sus pobres criaturas!

Cada uno regresó con el alma sosegada y encantada,
y Guitchi Manitú, el Maestro de la Vida,

ascendió por la puerta entreabierta de los cielos.
—A través del vapor espléndido de las nubes
el Todopoderoso subía, feliz de su obra,
¡inmenso, fragante, sublime y radiante!

IV

LA ORACIÓN DE UN PAGANO

¡Ah! No atenúes tus llamas;
recalienta mi alma dormida,
¡pasión, tortura de las almas!
¡Diva! *Suplicem exaudi!* [88]

¡Diosa por el aire difusa,
llama subterránea!
Atiende a un alma hundida,
que te eleva un canto de bronce.

¡Pasión, reina siempre sobre mí!
Ponte la máscara de una sirena
hecha de carne y terciopelo,

o viérteme tus sueños graves
en el vino informe y místico,
¡pasión, fantasma elástico!

V

LA CUBIERTA

Allá a donde vaya, por tierra o por mar,

en un clima de llama o bajo un cielo blanco,
servidor de Jesús, cortesano de Citerea,
mendigo tenebroso o Creso rutilante,[89]

ciudadano, campesino, vagabundo, sedentario,
ya sea activo o lento su pequeño cerebro,
por todas partes siente el hombre el terror del misterio,
y solo mira el cielo con ojos temblorosos.

¡Arriba, el Cielo! Esa pared de fosa que le ahoga,
techo iluminado para una ópera bufa
donde cada histrión pisa un suelo ensangrentado;

terror del libertino, esperanza del ermitaño loco;
¡el Cielo! cubierta negra de la gran marmita
donde bulle la imperceptible y vasta Humanidad.

VI

EXAMEN DE MEDIANOCHE

El péndulo, a medianoche,
con ironía nos invita
a acordarnos del uso
que hicimos del día huido:
—hoy, fecha fatídica,
viernes y trece, hemos llevado,
a pesar de toda nuestra sabiduría,
el tren de vida de un herético.

Hemos blasfemado a Jesús,
¡entre los dioses el incontestable!
Como un parásito en la mesa
de un monstruoso Creso,

para complacer a la bestia,
vasallo digno de los Demonios,
hemos insultado lo que amamos
y honrado lo que nos desprecia;

hemos combatido, verdugo servil,
lo débil que se desprecia;
saludado la enorme Estupidez,
la Estupidez en la frente del Toro,
hemos besado la estúpida Materia
con gran devoción
y de la putrefacción
hemos bendecido la luz pálida.

En fin, para sofocar
el vértigo en el delirio,
nosotros, clérigos altivos de la lira,
cuya gloria despliega
la embriaguez de las cosas fúnebres,
¡hemos bebido sin sed y comido sin hambre...!
—Soplad rápido la lámpara, así
¡nos hundiremos en las tinieblas!

VII

MADRIGAL TRISTE

¿Qué más me da que seas sabia?
¡Sé bella y sé triste! El llanto
otorga encanto a la cara,
como el río al paisaje;
la tormenta rejuvenece las flores.

Te amo sobre todo cuando la alegría

huye de tu frente vencida;
cuando tu alma en el horror se anega;
cuando en tu presente se despliegan
las nubes horribles del pasado.

Te amo cuando tus grandes ojos vierten
un agua caliente como la sangre;
cuando, a pesar de mi mano que te mece,
tu angustia, tan grave, taladra
como el estertor de un moribundo.

¡Aspiro, pasión divina!
¡Himno profundo, delicioso!
Los sollozos de tu pecho
y creo que tu alma se ilumina
¡con perlas que caen de tus ojos!

II

Sé que tu alma, que desborda
de viejos amores desarraigados,
arde aún como una forja
y que incubas en tu garganta
un poco del orgullo de los condenados.

Pero, querida, mientras tus sueños
no hayan reflejado el Infierno
y, en una pesadilla sin tregua,
no hayas soñado venenos y dagas,
enamorada de la pólvora y el hierro,

abriendo la puerta con temor,
viendo en todas partes el horror,
estremeciéndote cuando suena la hora,
no habrás sentido el abrazo

del Asco irresistible.

Tú no podrás, esclava reina,
que sólo me amas con temor,
en el horror de la noche malsana,
decirme, con el alma llena de gritos:
«Yo soy tu igual, oh Rey mío».

VIII

EL AVISADOR

Todo hombre digno de este nombre
lleva en el alma una serpiente amarilla,
dispuesta como en un trono;
si él dice: «Quiero», responde: «¡No!».

Clava tus ojos en los ojos fijos
de satiresas o de Nixes;
el Diente dice: «¡Piensa en tu deber!».

Ten criaturas, planta árboles,
pule versos, esculpe mármoles,
el Diente dice: «¿Vivirás esta tarde?».

Haga lo que haga o espere lo que espere,
el hombre no vive ni un solo momento
sin sufrir el aviso
de la insoportable Víbora.

IX

EL REBELDE

Un ángel furioso baja del cielo como un águila,
agarra al descreído con fuerza por los cabellos,
y dice, sacudiéndolo: «¡Aceptarás la regla!
(pues soy tu ángel bueno, ¿me entiendes?) ¡Lo quiero!

Debes saber que hay que amar sin manías,
al pobre, al pérfido, al loco, al tullido,
para que puedas hacer a Jesús cuando pase
con tu caridad una alfombra triunfal.

¡Así es el Amor! Antes de que el corazón blasfeme,
a la gloria de Dios enciende tu éxtasis;
¡Es la voluntad de verdad con gracias perdurables!».

Y el ángel, que a fe castiga tanto como ama,
con sus brazos de gigante tortura el anatema;
pero el condenado contesta siempre: «¡No quiero!».

X

MUY LEJOS DE AQUÍ

Esta es la caja sagrada
donde esta joven muy vestida,
tranquila y siempre preparada,

abanicándose con la mano los pechos,

con el codo en los cojines,
escucha cómo llora el estanque:

es la estancia de Dorotea.
—La brisa y el agua cantan a lo lejos
su canción de sollozos entrecortados

para mecer a esta criatura mimada.

De arriba abajo, con gran cuidado,
su piel delicada ha sido frotada
con aceite aromático y benjuí.
—Las flores se pasman en un rincón.

XI

EL ABISMO

Pascal tenía su abismo, que siempre con él iba.[90]
—¡Ay! ¡Todo es abismo, acción, deseo, sueño,
palabra! Y en mis pelos que se erizan
siento pasar la brisa del Miedo.

Arriba, abajo, por todo, lo profundo, la playa,
el silencio, el espacio terrible y seductor...
Al fondo de mis noches con su dedo sabio
Dios dibuja una pesadilla multiforme y sin tregua.

Tengo miedo del sueño como de un gran hoyo
lleno de vago horror, llevando no se sabe dónde;
no veo más que infinito por todas las ventanas,

y mi espíritu, siempre hechizado de vértigo,
envidia de la nada la insensibilidad.
—¡Ah, no salir nunca de los Nombres y los Seres!

XII

LOS LAMENTOS DE UN ÍCARO

Los amantes de las prostitutas
son felices, están saciados y tranquilos;
en cuanto a mí, tengo los brazos rotos
por haber abrazado las nubes.

Es gracias a los astros simpares
que, al fondo del cielo ardiente,
mis ojos consumidos sólo ven
nada más que recuerdos de soles.

En vano he querido del espacio
encontrar el fin y el centro;
bajo no sé qué ojo de fuego
siento las alas que se me rompen;

y quemado por el amor de lo bello,
nunca tendré el honor sublime
de dar mi nombre al abismo
que me servirá de tumba.

XIII

RECOGIMIENTO

Sé prudente, mi dolor, y estate tranquilo.
Reclamaste la noche; ya baja, hela aquí:
una atmósfera oscura envuelve la ciudad,
a unos trae la paz, a otros la angustia.

Mientras de los mortales la multitud ruin,
bajo la fusta del Placer, ese verdugo sin piedad,
recoge remordimientos en la fiesta servil,
mi dolor, dame la mano y ven por aquí.

Lejos de ellos. Mira cómo se inclinan los Años muertos,
en los balcones del cielo, con ropas anticuadas,
cómo surge del fondo de las aguas el Pesar sonriente;

el Sol moribundo duerme bajo una arcada
y, como un largo sudario arrastrándose hacia Oriente,
escucha, amor, escucha la dulce Noche que pasa.

XIV

LA LUNA OFENDIDA

Oh luna que adoraron discretamente nuestros padres,
de lo alto de los países azules donde, radiante serrallo,
los astros quieren seguirte con elegante atuendo,
mi vieja Cintia, lámpara de nuestras guaridas,[91]

¿ves a los enamorados, en sus camastros prósperos,
mostrando al dormirse en su boca el fresco esmalte?
¿Ves la frente del poeta trabajando duro?
¿O acoplarse a las víboras bajo el pasto seco?

Bajo tu dominó amarillo, y con paso clandestino,
¿vas, como solías, de la noche a la mañana,
besando de Endimión las gracias marchitas?[92]

—«Veo a tu madre, hijo de este siglo empobrecido,
que sobre su espejo inclina una masa espesa de años,
y escayola con arte el pecho que te ha nutrido!

XV

ESBOZO DE UN EPÍLOGO PARA LA SEGUNDA EDICIÓN DE *LAS FLORES DEL MAL*

Tranquilo como un sabio, dulce como un maldito,
..... he dicho:
Yo te amo, mi más bella, ¡oh mi encantadora!...
Cuantas veces...
tus libertinajes sin sed y tus amores sin alma,
tu afán del infinito
que, por todas partes, aun en el mal mismo se proclama.

Tus bombas, tus puñales, tus victorias, tus fiestas,
tus barrios melancólicos,
tus hoteles amueblados,
tus jardines llenos de suspiros y de intrigas,
tus templos que vomitan la plegaria hecha música,
tus desesperaciones de niña, tus ojos de vieja loca,
tus desalientos.
Y tus fuegos de artificio, erupciones de alegría
que hacen reír al Cielo, callado y tenebroso.

Tú vicio venerable, instalado entre sedas,
y tu virtud risible, de mirar desdichado,
dulce extasiándose en el lujo que él deplora...

Tus principios salvados, tus leyes conculcadas,
tus monumentos altivos donde se acogen las brumas,
tus cúpulas de metal por el sol inflamadas,
tus reinas de teatro de voz encantadora,
tus toques a rebato, tus cañones, orquestas ensordecedoras,
tus mágicos adoquines transformados en fortalezas,
tus pequeños oradores, con énfasis barrocos,
predicando el amor, y también tus cloacas anegadas en sangre,
afluyendo al Infierno lo mismo que Orinocos,

tus ángeles, tus bufones nuevos con viejos renegados.

Ángeles vestidos de oro, de púrpura y jacinto,
vosotros sois testigos de que cumplí el deber
como un perfecto químico y como un alma santa.

Porque de cada cosa saqué la quintaesencia,

tú me diste tu barro y con él hice oro.

(1860)

XVI

PROYECTOS DE PREFACIOS PARA LA SEGUNDA Y TERCERA EDICIÓN DE *LAS FLORES DEL MAL*

1
PREFACTO

Francia atraviesa una fase de vulgaridad. París, centro y foco de irradiación de la estupidez universal. A pesar de Molière y Béranger jamás se habrá podido creer que Francia pudiera avanzar tanto por la vía del *progreso*.[93]

—Cuestiones de arte, *terrae ignotae*.

El gran hombre es estúpido.

Mi libro ha podido hacer el bien. No me aflijo. Ha podido hacer el mal. No me alegra. El fin de la poesía. Este libro no se ha hecho para mis mujeres, mis hijas o mis hermanas.

Se me han atribuido todos los crímenes que relataba.

Diversión causada por el desprecio y el odio. Los elegíacos son unos canallas. *Et verbum caro factum est*: Fuera de esto, el poeta no es de ningún partido. De otro modo, sería un simple mortal.[94]

El Diablo. El pecado original. Hombre bueno. Si lo deseáis, podéis ser el favorito del tirano; es más difícil amar a Dios que creer en Él. Por el

contrario, es más difícil para las gentes de este siglo creer en el Diablo que amarlo. Todo el mundo lo siente y nadie cree en él. Sublime sutileza del Diablo.

Un alma de mi elección. El decorado. También la novedad. — El epígrafe. — D'Aurevilly. — El Renacimiento. — Gerard de Nerval. — Todos estamos colgados, o ahorcables.[95]

Yo había incluido algunas suciedades para agradar a los señores periodistas. Pero se mostraron ingratos.

2

PREFACIO DE *LAS FLORES DEL MAL*

No es para mis mujeres, mis hijas o mis hermanas. que se ha escrito este libro; así como tampoco para las mujeres, las hijas o las hermanas del vecino. Dejo esta tarea para aquellos que tienen interés en confundir las buenas acciones con el buen lenguaje.

Yo sé que el amante apasionado del buen estilo se expone al odio de las multitudes; pero ningún respeto humano, ningún falso pudor, ninguna coacción, ningún sufragio universal serían capaces de obligarme a utilizar la jerga incomparable de este siglo, ni a confundir la tinta con virtud.

Poetas ilustres se habían repartido ya desde hace tiempo las provincias más florecidas del dominio poético. Me pareció divertido, y tanto más agradable cuanto más difícil parecía la empresa, extraer la *belleza* del *Mal*. Este libro, esencialmente inútil y absolutamente inocente, no ha sido hecho con otro objeto que el de divertirme y el de ejercer mi apasionada afición al obstáculo.

Algunos me dicen que estas poesías pueden hacer el mal; no me alegro por ello. Otros, buenas almas, que ellas pueden hacer el bien; ello no me aflige. El temor de los unos y la esperanza de los otros me han sorprendido por igual, y no han tenido otro valor que convencerme, una vez más, de cómo este siglo había olvidado todas las nociones clásicas relativas a la literatura.

Pese al socorro que algunos pedantes célebres han aportado a la estupidez natural del hombre, yo no hubiera creído jamás que nuestra patria pudiera ir con tanta velocidad por el camino del *progreso*. Este mundo ha adquirido una costra de vulgaridad tal, que el desprecio que suscita en el hombre de espíritu adquiere la violencia de una pasión. Pero

este mundo tiene caparazones dichosos que el mismo veneno sería incapaz de perforar.

Tenía en principio la intención de responder a una serie de críticas y, al mismo tiempo, de explicar algunas cuestiones muy simples que se encuentran totalmente oscurecidas por las luces modernas: ¿qué es la poesía?, ¿cuál es su objeto? Hablar también de la distinción entre el Bien y la Belleza, y de la Belleza en el Mal; diría asimismo que el ritmo y la rima responden en el hombre a las necesidades inmortales de la monotonía, de la simetría y la sorpresa; de la adaptación del estilo al tema; de la vanidad y de la peligrosidad de la inspiración, etc., etc.; pero esta mañana he cometido la imprudencia de leer algunos periódicos, y repentinamente una indolencia de veinte atmósferas de peso se desplomó sobre mí y me obligó a detenerme ante la espantosa inutilidad de explicar sea lo que fuere a quienquiera que sea.

Los que saben me adivinan ya sin decirles más; los que no quieren, o no pueden comprender, sería infructuoso todo intento de explicación.

C. B.

NOTAS

Cómo, por una determinada serie de esfuerzos, el artista puede elevarse a una originalidad proporcional;

Cómo la poesía roza la música por una prosodia cuyas raíces se hunden mucho más en el alma humana de lo que indica ninguna teoría clásica;

Que la poesía francesa posee una prosodia misteriosa y desconocida, como las lenguas latina e inglesa;

Por qué todo poeta, que no sabe exactamente cuántas rimas comporta cada palabra, es incapaz de expresar una idea cualquiera;

Que la frase poética puede imitar (y por eso confina con el arte musical y la ciencia matemática) la línea horizontal, la línea recta ascendente y la línea recta descendente; que puede subir a pico hacia el cielo, sin perder el aliento, o descender perpendicularmente hacia el infierno con toda la velocidad de cuerpo pesado; que puede seguir una espiral, describir una parábola o un zigzag, figurando una serie de ángulos superpuestos;

Que la poesía se asemeja a las artes de la pintura, la cocina y la cosmética por la posibilidad de expresar toda sensación de suavidad o de amargura, de beatitud o de horror, mediante el acoplamiento de tal sustantivo con tal adjetivo, análogo o contrario.

Cómo, apoyado en mis principios y disponiendo de la ciencia que yo me encargo de enseñarle en veinte lecciones, todo hombre se vuelve capaz de componer una tragedia que no será más silbada que cualquier otra, o de alinear un poema de longitud necesaria para ser tan fastidioso como cualquier otro poema épico conocido.

¡Tarea difícil la de elevarse hacia esta insensibilidad divina! Pero yo mismo, a pesar de mis loables esfuerzos, no he sabido resistir al deseo de gustar a mis contemporáneos, como lo atestiguan en algunos lugares, aplicadas como maquillaje, ciertas adulaciones dirigidas a la democracia y hasta algunas suciedades destinadas a hacerme perdonar la tristeza de mi tema. Pero como los señores periodistas se han mostrado ingratos ante halagos de este género, he suprimido en la medida de lo posible, en esta edición, todos los vestigios de tal debilidad.

Me propongo, para verificar nuevamente la excelencia de mi método, aplicarlo próximamente a la celebración de las alegrías de la devoción y de las embriagueces de la gloria militar, aun cuando jamás las he conocido.

Nota sobre los plagios. — Thomas Gray. Edgar Poe (dos pasajes). Longfellow (dos pasajes). Estacio. Virgillo (todo el fragmento de Andrómaca). Esquilo. Victor Hugo.[96]

3

PROYECTO DE PREFACTO PARA *LAS FLORES DEL MAL*

(para refundir, quizá, con antiguas notas)

Si hay alguna gloria en no ser comprendido, o en serlo muy poco, puedo decir sin jactancia que, gracias a este pequeño libro, la he adquirido y merecido de un solo golpe. Ofrecido muchas veces seguidas a varios editores que lo rechazaron con horror, procesado y mutilado en 1857, como consecuencia de un malentendido bastante singular, aumentando y fortalecido durante varios años de silencio, desaparecido nuevamente por negligencia mía, este producto discordante de la *Musa de los últimos días*,

avivado además por algunos retoques violentos, se atreve a afrontar hoy, por tercera vez, el sol de la estupidez.

La culpa no es mía; pertenece exclusivamente a un editor que se cree lo bastante fuerte para afrontar el disgusto público. «Este libro quedará como una mancha sobre su vida», me predecía, desde el comienzo, uno de mis amigos, que es un gran poeta. Efectivamente, todas mis desventuras hasta el presente parecen haberle dado la razón. Pero poseo uno de esos felices temperamentos que encuentran un placer en el odio y que se glorifican en el desprecio. Mi afición diabólicamente apasionada por la estupidez me hace encontrar placeres particulares en los disfraces de la calumnia. Casto como el papel, sobrio como el agua, inclinado a la devoción como un penitente, inofensivo como una víctima, me disgustaría sin embargo pasar por un libertino, un borracho, un impío y un asesino.

Mi editor pretende que podría haber alguna utilidad para mí, así como también para él, en que explicara yo por qué y cómo he hecho este libro, cuáles han sido mis fines y mis medios, mis propósitos y mi método. Semejante trabajo de crítica tendría sin duda la posibilidad de deleitar a los espíritus apasionados por la retórica profunda. Para ellos, quizá, lo escribiré más adelante haciendo imprimir de este trabajo una docena de ejemplares. Pero, examinándolo mejor, ¿no resulta evidente que semejante trabajo sería un esfuerzo totalmente superfluo, tanto para unos como para otros, puesto que los primeros saben o adivinan y los otros no me habrán de comprender jamás? Para insuflar al pueblo la inteligencia de un objeto de arte, me sobra el temor al ridículo y mucho me temo que quieren hacer ricos a todos los franceses y virtuosos de repente mediante la promulgación de un decreto. Y, además, mi mejor razón, la suprema, es que esto me aburre y me disgusta. ¿Se invita acaso al público al taller de la modista o del decorador o al camerino de la artista? ¿Se revela al público, hoy apasionado, mañana indiferente, el mecanismo de los trucos escénicos? ¿Se le explican los retoques y variantes improvisadas en los ensayos, enseñándoles en qué dosis el instinto y la sinceridad se mezclan con el charlatanismo y las tretas indispensables en la amalgama de una obra de arte? ¿Se le revelan todos los afeites, los disfraces, las maquinarias, las roldanas, las correcciones, las pruebas fracasadas, en una

palabra, todos los horrores que componen el santuario del arte?

Además, no estoy hoy de humor para semejante cosa. No tengo deseo ni de demostrar ni de asombrar ni de divertir ni de persuadir. Yo también tengo mis nervios, mis humores. Aspiro a un reposo absoluto y a una noche continua. Cantor de las locas voluptuosidades del vino y del opio, no tengo sed más que de un licor desconocido sobre la tierra, que la misma farmacopea celeste sería incapaz de proporcionarme; un licor que no está hecho ni de vitalidad, ni de muerte, ni de excitación, ni de nada. No saber nada, no enseñar nada, no querer nada, no sentir nada, dormir y siempre dormir, tal es actualmente mi única aspiración. Aspiración infame y desalentadora, pero sincera.

A veces, cuando un gusto superior nos hace no temer contradecirnos un poco a nosotros mismos, he podido reunir, al fin de este libro abominable, el testimonio de simpatía de algunos hombres a quienes estimo demasiado para que el lector imparcial pueda juzgar cómo no soy absolutamente digno de excomunión, y que, habiéndome sabido hacerme amar por algunos, mi corazón, aun cuando lo haya dicho no sé qué papelucho impreso, no puede poseer «la espantosa fealdad de mi rostro».

Por último, y en virtud de una generosidad poco común, de la cual los señores críticos...

Como la ignorancia va creciendo...

Yo denuncio por mí mismo las imitaciones...

El spleen de París
Pequeños poemas en prosa

A Arsène Houssaye

Mi querido amigo: le envío esta pequeña obra, de la que nadie podría decir, sin injusticia, que no tiene ni pies ni cabeza, puesto que todo, por el contrario, es al mismo tiempo pies y cabeza, alternativa y recíprocamente. Le ruego que considere la admirable comodidad que esta combinación nos ofrece a todos, a usted, a mí y al lector. Podemos cortar por donde queramos, yo mi ensueño, usted el manuscrito, el lector su lectura; pues yo no dejo colgada del hilo interminable de una intriga superflua la reacia voluntad de este. Quite una vértebra, y los dos trozos de esta tortuosa fantasía se volverán a unir sin trabajo. Despedácela en numerosos fragmentos, y usted verá como todos pueden existir por sí solos. Con la esperanza de que algunos de estos fragmentos tendrán suficiente vida para agradarle y divertirle, me atrevo a dedicarle la serpiente entera.[97]

Tengo que hacerle una pequeña confesión. Al hojear por vigésima vez, por lo menos, el famoso *Gaspard de la nuit*, de Aloysius Bertrand (un libro que usted, yo y algunos de nuestros amigos conocemos, ¿no tiene derecho a llamarse *famoso*?) me vino la idea de intentar algo análogo, y de aplicar a la descripción de la vida moderna, o mejor de *una* vida moderna y más abstracta, el procedimiento que él habla aplicado a la pintura de la vida antigua tan extrañamente pintoresca.[98]

¿Quién de nosotros, en sus días de ambición, no ha soñado el milagro de una prosa poética, musical, sin ritmo y sin rima, lo bastante flexible y martilleante como para adaptarse a los movimientos líricos del alma, a las ondulaciones del ensueño, a los sobresaltos de la conciencia?

De la frecuentación de las ciudades enormes, del encuentro de sus innumerables relaciones, es de donde nace este ideal obsesionante. Usted mismo, mi querido amigo, ¿no ha intentado traducir en una *canción* el grito estridente del *vidriero*, y de expresar en una prosa lírica las

desoladoras sugestiones que ese grito envía hasta las buhardillas a través de las más altas brumas de la calle?

Pero, a decir verdad, temo que mi celo no me haya traído suerte. Tan pronto como comencé mi trabajo, me di cuenta de que no sólo me quedaba muy lejos de mi misterioso y brillante modelo, sino, más aún, que estaba haciendo algo (si a esto se le puede llamar *algo*) totalmente distinto, accidente que, a cualquiera que no fuese yo, enorgullecería, sin duda, pero que no puede sino humillar profundamente a un espíritu que cree que el más alto honor de un poeta es el de realizar con *exactitud* lo que proyectó llevar a cabo.

Vuestro afectísimo,

C. B.

I

EL EXTRANJERO

—A quién quieres más, hombre enigmático, di, ¿a tu padre, a tu madre, a tu hermana, a tu hermano?

—Yo no tengo padre, ni madre, ni hermana, ni hermano.

—¿A tus amigos?

—Empleas una palabra cuyo sentido desconozco hasta hoy.

—¿A tu patria?

—Ignoro en qué latitud está situada.

—¿La belleza?

—Yo la amaría gustoso, diosa e inmortal.

—¿El oro?

—Lo odio igual que vosotros odiáis a Dios...

—Entonces, ¿qué amas, extraordinario extranjero?

—¡Amo las nubes..., las nubes que pasan..., allá, allá lejos..., las maravillosas nubes!

(1862)

II

LA DESESPERACIÓN DE LA VIEJA

La viejecilla arrugada estaba muy contenta viendo a aquel precioso niño a quien todos hacían fiestas, a quien todos querían agradar; a aquel precioso ser, tan frágil como ella, la viejecilla, y, también como ella, sin dientes y sin cabellos.

Y se acercó a él queriendo sonreírle y hacerle muecas agradables.

Pero el niño, asustado, se debatía bajo las caricias de la pobre mujer decrépita, llenando la casa de chillidos.

Entonces, la viejecilla se refugió en su eterna soledad, y en un rincón

lloraba diciendo: «¡Ay! ¡Para nosotras, desdichadas hembras viejas, ya ha pasado la edad de agradar incluso a los inocentes, y damos miedo a los pequeños a quienes queremos amar!».

(1862)

III

EL *CONFITEOR* DEL ARTISTA

¡Qué penetrantes son los atardeceres de otoño! ¡Ay! ¡Penetrantes hasta el dolor! Pues hay algunas sensaciones deliciosas en las que lo vago no excluye la intensidad; y ¡no hay punta más acerada que la del Infinito![99]

¡Gran felicidad es la de ahogar la mirada en el la inmensidad del cielo y del mar! Soledad, silencio, incomparable castidad del azul, una pequeña vela estremeciéndose en el horizonte que, por su pequeñez y su aislamiento, imita mi irremediable existencia, melodía monótona de la marejada; todas esas cosas piensan por mí o yo pienso por ellas (pues en la grandeza del ensueño el *yo* se pierde rápidamente); piensan, digo, pero musical y pintorescamente, sin argucias, sin silogismos, sin deducciones.

Sin embargo, estos pensamientos, aunque salgan de mí o surjan de las cosas, llegan a tomar pronto demasiada intensidad. La energía en la voluptuosidad crea un malestar y un sufrimiento positivo. Mis nervios, demasiado tensos ya, no dan más que vibraciones chillonas y dolorosas.

Y ahora la profundidad del cielo me consterna; su pureza me exaspera. La insensibilidad del mar, la inmutabilidad del espectáculo me irritan... ¡Ay! ¿Es preciso eternamente sufrir, o huir eternamente de lo bello? Naturaleza, hechicera sin piedad, rival siempre victoriosa, ¡déjame! Cesa de tentar mis deseos y mi orgullo. El estudio de lo bello es un duelo en que el artista grita de espanto antes de ser vencido.

(1862)

IV

UN GRACIOSO

Era la explosión del año nuevo: caos de barro y de nieve, atravesado por mil coches, resplandeciente de juguetes y de bombones, hirviente de codicia y desesperación, delirio oficial de una gran ciudad hecho para perturbar el cerebro del solitario más fuerte.

En medio de aquel barullo y aquel jolgorio, un asno trotaba vivamente, hostigado por un patán que empuñaba el látigo.

Cuando el asno iba a doblar la esquina de una acera, un señorito enguantado, charolado, severamente encorbatado y aprisionado en un traje nuevo, se inclinó ceremoniosamente ante el humilde animal y le dijo, quitándose el sombrero: «Que tenga un feliz año». Después, se volvió con aire fatuo hacia no sé qué camaradas suyos, como pidiéndoles que le acompañaran con su aprobación.

El asno, sin percibir al gracioso, siguió corriendo con celo hacia donde le llamaba el deber.

De mí se apoderó súbitamente una rabia inconmensurable contra aquel magnífico imbécil que me pareció concentrar en sí todo el ingenio de Francia.

(1862)

V

LA HABITACIÓN DOBLE

Una habitación parecida a un ensueño, una habitación verdaderamente *espiritual*, donde la atmósfera aletargada está ligeramente teñida de rosa y azul.

El alma toma en ella un baño de pereza aromatizado de pesar y de deseo. Hay algo de crepuscular, de azulado, de rosáceo; un sueño de voluptuosidad durante un eclipse.

Los muebles tienen formas alargadas, postradas, decentes. Los muebles tienen aire de soñar, se les creería dotados de una vida sonambulesca,

como el vegetal y el mineral. Las telas hablan una lengua muda, como las flores, como los cielos, como los atardeceres.

En las paredes, ninguna abominación artística. En relación con el sueño puro, con la impresión no analizada, el arte definido, el arte positivo es una blasfemia. Aquí todo tiene la suficiente claridad y la deliciosa oscuridad de la armonía.

Un olor infinitesimal, exquisitamente escogido, al que se mezcla una ligerísima humedad, nada en la atmósfera, donde el espíritu adormilado es mecido por sensaciones de invernadero.

La muselina llueve abundantemente delante de las ventanas y del lecho; se desparrama en cascadas de nieve. En el lecho está acostado el Ídolo, la soberana de los sueños. Pero ¿cómo está aquí? ¿Quién la ha traído? ¿Qué poder mágico la ha instalado en ese trono de ensueño y de voluptuosidad? ¿Qué importa? ¡Hela aquí! La reconozco.

Ahí están esos ojos cuya llama atraviesa el crepúsculo; ¡esos ojos, sutiles y terribles que reconozco en su espantosa malicia! Atraen, subyugan, devoran la mirada del imprudente que los contempla. A menudo los he estudiado, he estudiado esas estrellas negras que imponen la curiosidad y la admiración.

¿A qué demonio benévolo debo el estar así rodeado de misterio, de silencio, de paz y de perfumes? ¡Oh, beatitud! ¡Lo que llamamos generalmente la vida, incluso en su más dichosa expansión, nada tiene en común con esta vida suprema que ahora conozco y que saboreo minuto a minuto, segundo a segundo!

¡No! ¡Ya no hay minutos, ya no hay segundos! ¡El Tiempo ha desaparecido; es la Eternidad quien reina, una eternidad de delicias!

Pero un golpe terrible, pesado, ha resonado en la puerta, y, como en los sueños infernales, me ha parecido recibir un golpe de azadón en el estómago.

Y después ha entrado un espectro. Es un alguacil que viene a torturarme en nombre de la ley; una infame concubina que viene a gritar miseria y a añadir las trivialidades de su vida a los dolores de la mía; o bien el ordenanza de su director de periódico que reclama la continuación del original.

La habitación paradisíaca, el ídolo, la soberana de los sueños, la *sílfide*,

como decía el gran Renato, toda esa magia, ha desaparecido al golpe brutal del espectro.

¡Horror! ¡Ya recuerdo! ¡Ya recuerdo! Este cuchitril, esta morada del eterno hastío es la mía. ¡Aquí están los muebles necios, polvorientos, desmochados; la chimenea sin llama y sin ascua, sucia de escupitajos; las tristes ventanas donde la lluvia ha trazado surcos en el polvo; los manuscritos, tachados o incompletos; el almanaque donde el lápiz ha marcado las fechas siniestras!

Y este perfume de otro mundo del que me embriagaba con una sensibilidad perfeccionada, ¡ay!, está reemplazado por un fétido olor a tabaco mezclado con yo no sé qué nauseabundo moho. Aquí se respira ahora lo rancio de la desolación.

En este mundo estrecho pero tan repleto de repugnancia, solamente un objeto conocido me sonríe; la ampolla de láudano, vieja y terrible amiga; como todas las amigas, ¡ay!, fecunda en caricias y traiciones.

¡Ah! ¡Sí! El tiempo ha reaparecido; el Tiempo reina de nuevo como soberano; y con el repugnante viejo ha vuelto todo su cortejo demoníaco de Recuerdos, de Lamentos, de Espasmos, de Miedos, de Angustias, de Pesadillas, de Cóleras y de Neurosis.

Yo os aseguro que los Segundos están ahora acentuados fuerte y solemnemente, y cada uno al saltar del reloj, dice: «¡Soy la Vida, la insoportable, la implacable Vida!».

No hay más que un segundo en la vida humana que tenga la misión de anunciar una buena noticia, la *buena nueva* que a todos causa un miedo inexplicable.

¡Sí! El Tiempo reina; él ha recobrado su brutal dictadura. Y me hostiga como si fuera un buey, con su doble aguijón: «¡Arre, borrico! ¡Suda, esclavo! ¡Vive, condenado!».

(1862)

VI

CADA CUAL CON SU QUIMERA

Bajo un inmenso cielo gris, en una gran llanura polvorienta, sin caminos, sin césped, sin un cardo, sin una ortiga, me encontré a varios hombres que caminaban encorvados.

Cada uno llevaba sobre sus espaldas una enorme Quimera, tan pesada como un saco de harina o de carbón, o la mochila de un soldado romano. [100]

Pero el monstruoso animal no era un peso inerte, al contrario, envolvía y oprimía al hombre con sus músculos elásticos y poderosos; se agarraba con sus dos grandes garras al pecho de su montura; y su cabeza fabulosa coronaba la frente del hombre como uno de esos cascos horribles con que los antiguos guerreros confiaban aumentar el terror del enemigo.

Interpelé a uno de aquellos hombres preguntándole dónde iban así. Me respondió que ni él ni los demás sabían nada, pero que desde luego iban a alguna parte puesto que se sentían impulsados por una invencible necesidad de andar.

Observación curiosa: ninguno de aquellos viajeros tenía el aspecto irritado contra la bestia feroz suspendida de su cuello y pegada a su espalda, se hubiera dicho que la consideraban como una parte de sí mismos. Todos aquellos rostros fatigados y serios no mostraban ningún desespero; bajo la cúpula esplinética del cielo caminaban con los pies hundidos en el polvo de un suelo tan desolado como el cielo y con la fisonomía resignada de los condenados a esperar siempre.

Y el cortejo pasó por mi lado y se hundió en la atmósfera del horizonte, allí donde la superficie redondeada del planeta se esconde a la curiosidad de la mirada humana.

Y durante algunos instantes me obstiné en querer comprender aquel misterio; pero pronto la irresistible Indiferencia cayó sobre mí, y me quedé más profundamente agobiado que ellos mismos con sus aplastantes Quimeras.

(1862)

VII

EL LOCO Y LA VENUS

¡Qué maravilloso día! El gran parque se desmaya bajo la ardiente mirada del sol, como la juventud bajo el dominio del Amor.

Ningún ruido expresa el éxtasis universal de las cosas. Las mismas aguas están como adormecidas. A diferencia de las fiestas humanas, esta es una orgía silenciosa.

Podría decirse que una luz siempre en aumento hace que los objetos resplandezcan cada vez más; que las flores excitadas ardan en deseos de rivalizar con el azul del cielo por la energía de sus colores, y que el calor, volviendo visibles los perfumes, los eleve hacia el astro como humaredas.

Sin embargo, en este goce universal he descubierto a un ser afligido.

A los pies de una Venus colosal, uno de esos locos artificiales, uno de esos bufones voluntarios encargados de hacer reír a los reyes cuando el Remordimiento o el Hastío les obsesiona, vestido con un traje llamativo y ridículo, con un tocado de cuernos y de cascabeles, agazapado junto al pedestal, eleva sus ojos llenos de lágrimas a la diosa inmortal.

Y sus ojos dicen: «Soy el último y el más solitario de los humanos, privado de amor y de amistad, mucho más inferior en eso que el más imperfecto de los animales, y sin embargo yo también estoy hecho para comprender y sentir la inmortal Belleza. ¡Ay, Diosa! ¡Ten piedad de mi tristeza y de mi delirio!».

Pero la implacable Venus mira a lo lejos no sé qué con sus ojos de mármol.

(1862)

VIII

EL PERRO Y EL FRASCO

«Mi perro bonito, mi buen perro, mi querido perrito, acércate y ven a respirar un excelente perfume comprado en la mejor perfumería de la

ciudad.»

Y el perro, agitando la cola, lo que es, según creo, en estos pobres seres el signo que corresponde a la risa o a la sonrisa, se acerca y pone con curiosidad la húmeda nariz en el frasco destapado; después, retrocediendo súbitamente con espanto, ladra contra mí como reprochándome.

«¡Ah, miserable perro!, si te hubiera ofrecido un montón de excrementos los habrías olfateado con delicia y hasta tal vez devorado. Así, tú, indigno compañero de mi triste vida, te pareces al público a quien nunca se le debe ofrecer perfumes delicados que le exasperen, sino basura cuidadosamente escogida.»

(1862)

IX

EL MAL VIDRIERO

Hay naturalezas puramente contemplativas y totalmente ineptas para la acción, que, sin embargo, bajo un impulso misterioso y desconocido, obran alguna vez con una rapidez de la que ellas mismas se hubieran creído incapaces.

Quien, temiendo encontrar en la portería de su casa una noticia desagradable, ronda cobardemente una hora delante de la puerta sin atreverse a entrar, quien guarda quince días una carta sin abrirla, o se resigna hasta al cabo de seis meses a dar un paso que le es necesario desde hace un año, se siente alguna vez lanzado bruscamente a la acción por una fuerza invisible, como la flecha de arco. El moralista y el médico que pretenden saberlo todo no pueden explicar de dónde le viene, súbitamente, esa loca energía a esas almas perezosas y voluptuosas, y cómo, incapaces de realizar las cosas más sencillas y más necesarias, encuentran en un determinado minuto un valor suficiente para ejecutar los actos más absurdos y, a menudo, incluso los más peligrosos.

Uno de mis amigos, el más inofensivo soñador que haya existido nunca, prendió una vez fuego a un bosque para ver, decía él, si el fuego se extendía con la misma facilidad como generalmente afirman. Diez veces

seguidas le falló el experimento; pero a la undécima salió demasiado bien.

Otro encenderá un cigarro al lado de un tonel de pólvora, *para ver, para saber, para tentar al destino*, para constreñirse a sí mismo a una prueba de energía, para hacerse el jugador, para conocer los placeres de la ansiedad, por nada, por capricho, por ociosidad.

Es una especie de energía que nace del hastío y del ensueño; y aquellos en los que se manifiesta tan inopinadamente son, en general, como ya he dicho, los más indolentes, y los más soñadores de los seres.

Otro, tímido hasta el punto de bajar los ojos incluso ante las miradas de los hombres, hasta el punto de tener que recurrir a toda su pobre voluntad para entrar en un café o para pasar por delante de la taquilla de un teatro, donde los acomodadores le parecen investidos de la majestad de Minos, de Eaco, y de Radamanto, se echará bruscamente al cuello de un anciano que pase por su lado y le besará con entusiasmo ante la asombrada muchedumbre.[101]

¿Por qué? Porque... ¿Porque aquella fisonomía le era irresistiblemente simpática? Tal vez; pero es más legítimo suponer que ni él mismo sabe por qué.

Yo he sido más de una vez víctima de esas crisis y de esos impulsos que nos hacen creer en demonios maliciosas que se infiltran en nosotros y nos hacen realizar, sin que lo sepamos, sus más absurdas voluntades.

Una mañana me levanté desapacible, triste, cansado de ocio e impulsado, según me parecía, a hacer algo grande, un hecho brillante; y abrí la ventana. ¡Ay de mí!

(Observad, os lo ruego, que el espíritu de mixtificación que en ciertas personas no es el resultado de un trabajo o de una combinación, sino de una inspiración fortuita, participa mucho, aunque no sea más que por el ardor del deseo, del humor, histérico según los médicos, satánico según aquellos que piensan un poco mejor que los médicos, que nos empuja sin resistencia a una multitud de actos peligrosos e inconvenientes.)

La primera persona que divisé en la calle fue un vidriero, cuyo grito agudo, discordante, me llegó a través de la pesada y sucia atmósfera parisina. Me sería imposible decir por qué fui presa de un odio tan repentino como despótico contra aquel pobre hombre.

«¡Eh, eh!», le grité que subiera. Mientras tanto yo pensaba, no sin cierta

alegría, que, como la habitación estaba en el sexto piso y la escalera era muy estrecha, el hombre tendría alguna dificultad en subirla y las puntas de su frágil mercancía sufrirían más de un golpe.

Al fin apareció: examiné con curiosidad todos sus cristales y le dije: «¿Cómo, no tiene usted cristales de colores? ¿Cristales rosa, rojos, azules, cristales mágicos, cristales del paraíso? ¡Qué poca vergüenza tiene usted! ¿Cómo se atreve a pasearse por los barrios pobres sin llevar siquiera cristales que hagan ver la vida bella?». Y le empujé vivamente a la escalera, donde tropezó gruñendo.

Me acerqué al balcón y cogí una pequeña maceta y cuando el hombre apareció en el portal dejé caer perpendicularmente mi máquina de guerra sobre su mercancía, y, derribado por el golpe, acabó de romper bajo su espalda toda su pobre fortuna ambulante con el estallido de un palacio de cristal partido por el rayo.

Y, borracho de mi locura, le grité furiosamente: «¡La bella vida! ¡La bella vida!».

Estas bromas nerviosas no carecen de peligros y a menudo pueden pagarse caras. Pero ¿qué le importa la eternidad de la condena a quien ha encontrado en un segundo lo infinito del goce?

(1862)

X

A LA UNA DE LA MADRUGADA

¡Al fin, solo! Tan sólo se oye el rodar de algunos coches rezagados y derrengados. Durante algunas horas poseeremos el silencio, si no el reposo. Al fin, la tiranía de la raza humana ha desaparecido y ya sólo sufriré por mí mismo.

¡Al fin!, ¡ya se me permite reposar en un baño de tinieblas! Primero, doble vuelta a la llave. Me parece que esta doble vuelta aumentará mi soledad y fortificará las barricadas que me separan actualmente del mundo.

¡Horrible vida! ¡Horrible ciudad! Resumamos el día: haber visto a varios hombre de letras, uno de los cuales me ha preguntado si se podía ir a Rusia por vía terrestre (sin duda creía que Rusia era una isla); haber discutido generosamente con el director de una revista que, a cada objeción, respondía: «Este es el partido de las personas decentes», lo que indica que los otros periódicos están redactados por granujas; haber saludado a una veintena de personas, quince de las cuales me son desconocidas; haber distribuido apretones de mano en la misma proporción, y eso sin haber tomado la precaución de comprarme unos guantes; haber subido, para matar el tiempo durante un chaparrón, a casa de una bailarina que me ha pedido que le dibujase un vestido de *Vénustre*; haber hecho la corte a un director de teatro que me ha dicho al despedirme: «Quizás haría usted bien en dirigirse a Z..., es el más pesado, el más tonto y el más célebre de todos mis autores, con él tal vez podría usted llegar a algún acuerdo. Véale, y luego ya veremos»; haberme vanagloriado (¿por qué?) de ciertas acciones feas que nunca he cometido, y haber negado cobardemente una fechoría que he realizado con alegría, delito de fanfarronada, crimen de respeto humano; haber rehusado a un amigo un servicio fácil, y recomendado por escrito a un perfecto tunante. ¡Uf! ¿He acabado ya?

Descontento de todos y descontento de mí, querría redimirme y enorgullecerme un poco en el silencio y en la soledad de la noche. Almas de aquellos que he amado, almas de aquellos que he cantado, fortificadme, sostenedme, alejad de mí la mentira y los vapores corruptores del mundo, y tú, ¡Señor, Dios mío!, concédeme la gracia de producir algunos versos hermosos que me muestren a mí mismo que no soy el último de los hombres, que no soy inferior a aquellos que desprecio.

(1862)

XI

LA MUJER SALVAJE Y LA QUERIDITA

Verdaderamente, querida mía, me fatigas sin medida y sin piedad; se diría,

al oírte suspirar, que sufres más que las espigadoras sexagenarias y que las viejas mendigas que recogen pedazos de pan en las puertas de las tabernas.

Si al menos esos suspiros expresaran remordimiento, te harían algún honor; pero sólo traducen la saciedad del bienestar y el agobio del reposo. Y además, no cesas de deshacerte en palabras inútiles: «¡Quiéreme mucho! ¡Lo necesito tanto! ¡Consuélame por aquí, acaríciame por allá!» Mira, voy a intentar curarte; quizás encontremos la forma, por dos cuartos, en medio de una fiesta y sin ir muy lejos.

Contemplemos bien, os lo ruego, esta sólida jaula de hierro en la que se agita chillando como un condenado, sacudiendo los barrotes como un orangután exasperado por el exilio, imitando hasta la perfección tanto los saltos circulares del tigre como los bamboleos estúpidos del oso blanco, ese monstruo peludo cuya forma imita bastante vagamente la tuya.

Ese monstruo es uno de esos animales a los que generalmente se les llama *mi ángel*, es decir una mujer. El otro monstruo, el que chilla a voz en grito, con un bastón en la mano, es su marido. Tiene encadenada a su mujer legítima como a un animal, y la enseña por los suburbios los días de feria, con permiso de los magistrados, naturalmente.

¡Fíjate bien! Mira con qué voracidad (tal vez no simulada) destroza conejos vivos y aves chillonas que le echa su domador. «Vamos —dice él —, no hay que comérselo todo en un día.» Y tras estas prudentes palabras le arranca cruelmente la presa cuyos intestinos vacíos se quedan enganchados un instante en los dientes de la bestia feroz, de la mujer, quiero decir.

¡Vamos! Un buen bastonazo para calmarla porque dirige una mirada de codicia terrible al alimento arrebatado. ¡Dios eterno! El bastón no es un bastón de comedia. ¿Has oído resonar la carne a pesar del pelo postizo? Los ojos se le salen ahora de la cara y grita *más natural*. En su rabia toda ella brilla como el hierro en el yunque.

Estas son las costumbres conyugales de estos dos descendientes de Adán y Eva, obras de tus manos, ¡oh Dios mío! Esta mujer es incontestablemente desgraciada, aunque después de todo, tal vez, los goces titilantes de la gloria no le sean desconocidos. Hay desgracias más irremediables y sin compensación. Pero, en el mundo donde ha sido arrojada, nunca ha podido pensar ella que la mujer mereciese otro destino.

Ahora, ¡entre nosotros dos, preciosa!, al ver los infiernos que pueblan el mundo, ¿qué quieres que piense de tu bonito infierno, tú que sólo reposas sobre telas tan suaves como tu piel, que solamente comes carne cocida cuyos trozos trincha cuidadosamente un doméstico hábil?

¿Y qué pueden significar para mí esos suspiros que hinchan tu perfumado pecho, robusta coqueta? ¿Y todos esos fingimientos aprendidos en los libros y esa infatigable melancolía, hecha para inspirar un sentimiento distinto completamente de la compasión? Verdaderamente, algunas veces me dan ganas de enseñarte lo que es la verdadera desgracia.

Al verte así, mi hermosa delicada, los pies en el fango y los ojos vueltos vaporosamente al cielo como para pedirle un rey, se te tomaría con verosimilitud por una ranita invocando al ideal. Si tú desprecias la pequeña viga (lo que yo soy ahora como bien sabes), ¡ten cuidado con la grúa *que te cascará, te zampará y te matará a su gusto*!

Por muy poeta que yo sea, no soy tan incauto como quisieras creer, y si me fatigas demasiado a menudo con tus *preciosos* lloriqueos, te trataré como a *mujer salvaj*e o te echaré por la ventana como a una botella vacía.

(1862)

XII

LAS MUCHEDUMBRES

No a todo el mundo le es dado darse un baño de multitud: gozar de la muchedumbre es un arte; y el único que puede darse un atracón de vitalidad a costa del género humano es aquel a quien un hada insufló en su cuna el gusto del disfraz y de la máscara, el odio del domicilio y la pasión del viaje.

Multitud, soledad: términos iguales y convertibles para el poeta activo y fecundo. Quien no sabe probar su soledad no sabe tampoco estar solo en medio de una muchedumbre atareada.

El poeta goza de este incomparable privilegio de poder ser a su albedrío él mismo y los demás. Como esas almas errantes que buscan un cuerpo, él está, cuando quiere, en cada persona. Sólo para él está todo vacante y si

algunos lugares parece que le están cerrados es porque a sus ojos no merecen la pena ser visitados.

El paseante solitario y pensativo saca una embriaguez muy particular de esa comunión universal. Aquel que se desposa fácilmente con la muchedumbre conoce unos goces febriles de los que estarán eternamente privados el egoísta, cerrado por un cofre, y el perezoso, escondido como un molusco. Adopta como suyas todas las profesiones, todas las alegrías y todas las miserias que las circunstancias le presentan.

Lo que los hombres llaman amor es muy poco, muy restringido y muy débil, comparado con esta inefable orgía, con esta santa prostitución del alma que se da toda entera, poesía y caridad, a lo imprevisto que llega, a lo desconocido que pasa.

Es bueno enseñar algunas veces a los dichosos de este mundo, aunque no sea más que para humillar un instante su estúpido orgullo, que hay felicidades superiores a las suyas, más amplias y más refinadas. Los fundadores de colonias, los pastores de pueblos, los sacerdotes misioneros exiliados al otro extremo del mundo, conocen, sin duda, algo de esta misteriosa embriaguez; y, en el seno de la numerosa familia en que se ha formado su genio, se reirán algunas veces de aquellos que les compadecen por su fortuna tan agitada y por su vida tan casta.

(1861)

XIII

LAS VIUDAS

Vauvenargues dice que en los jardines públicos hay paseos frecuentados por la ambición decepcionada, por los inventores desgraciados, por las glorias abortadas, por los corazones rotos, por todas aquellas almas, tumultuosas y cerradas, en las que riñen todavía los últimos suspiros de una tormenta y que se esconden lejos de la mirada insolente de los alegres y de los ociosos. Estos retiros sombríos presencian las citas de los cojos de la vida.[102]

Al poeta y al filósofo les gusta dirigir sus ávidas conjeturas sobre todo hacia estos lugares. Allí hay pasto seguro. Porque si hay un lugar que desdeñen visitar, como he insinuado hace un momento, es principalmente la alegría de los ricos. Esta turbulencia en el vacío no tiene nada que les atraiga. Al entrarlo, se sienten arrastrados irresistiblemente hacia todo lo que es débil, ruinoso, contristado, huérfano.

Una mirada experta nunca se equivoca. En esas facciones rígidas o abatidas, en esos ojos hundidos y empañados, o brillando por los últimos destellos de la lucha, en esas arrugas profundas y numerosas, en esos andares tan lentos o tan espasmódicos, descifra enseguida las innumerables leyendas del amor equivocado, del sacrificio desconocido, de los esfuerzos no recompensados, del hambre y del frío soportados humildemente, silenciosamente.

¿Habéis visto, alguna vez, viudas en esos bancos, viudas pobres? Enlutadas o no, es fácil reconocerlas. Además, hay siempre algo que falta en el luto del pobre, una ausencia de armonía que lo hace más doloroso. Se ve obligado a escatimar su dolor. El rico lleva el suyo con todo lujo.

¿Cuál es la viuda más triste y más entristecedora, la que arrastra de su mano a un niño con quien no puede compartir su sueño, o aquella que está completamente sola? No sé... Una vez llegué a seguir durante varias horas a una vieja afligida de esta especie; rígida, derecha, con un pequeño chal usado, tenía todo su ser una altivez estoica.

Estaba condenada, sin duda, a una absoluta soledad, a las costumbres de solterón, y el carácter masculino de estas costumbres sazonaba misteriosamente su austeridad. No sé en qué miserable café y de qué forma comió. La seguí a la sala de lectura, y la espié mucho tiempo mientras ella buscaba en las gacetas con ojos activos, en otro tiempo quemados por las lágrimas, noticias de un interés poderoso y personal.

Al fin, por la tarde, bajo un cielo de otoño encantador, uno de esos cielos de los que descienden en tropel las añoranzas y los recuerdos, se sentó a distancia en un jardín, para oír, lejos de la multitud, uno de esos conciertos con que la música de los regimientos gratifica al pueblo parisino.

¡Este era sin duda el pequeño libertinaje de aquella vieja inocente (o purificada), el consuelo bien ganado de uno de esos pesados días sin

amigo, sin charla, sin alegría, sin confidente, que Dios dejaba caer sobre ella desde hacía tal vez algunos años, trescientas sesenta y cinco veces por año!

Otra más:

No puedo evitar el echar una mirada, si no completamente simpática, al menos curiosa, a la multitud de parias que se apiñan alrededor de un concierto público. La orquesta lanza a través de la noche cantos de fiesta, de victoria o de voluptuosidad. Los vestidos de las mujeres se arrastran brillando; las miradas se cruzan; los ociosos, fatigados de no haber hecho nada, dan vueltas fingiendo saborear indolentemente la música. Aquí, nada más que ricos, dichosos; nada, excepto el aspecto de la turba que se apoya allá lejos, en la valla exterior, cogiendo gratis, a merced del viento, un jirón de música y mirando la resplandeciente brasa interior.

Siempre es interesante ese reflejo de la alegría del rico en el fondo de la mirada del pobre. Pero ese día, a través de aquel pueblo vestido de blusas y de indianas, vi un ser cuya nobleza contrastaba llamativamente con toda la trivialidad que la rodeaba.

Era una mujer alta, majestuosa, y tan noble en todo su aspecto que no recuerdo haber visto ninguna semejante a ella entre las aristocráticas bellezas del pasado. Un perfume de altiva virtud emanaba de toda su persona. Su rostro, triste y enflaquecido, estaba en perfecta armonía con el luto riguroso que llevaba. También ella, como la plebe con la que se mezclaba y que no veía, miraba el mundo luminoso con mirada profunda y escuchaba inclinando suavemente la cabeza.

«¡Singular visión! Seguramente —me dije—, esa pobreza, si es pobreza, no debe admitir la economía sórdida; de ello me informa un rostro tan noble. ¿Por qué, pues, permanece voluntariamente en un medio donde es una mancha tan llamativa?»

Pero, al pasar curiosamente junto a ella, creí adivinar la razón. La viuda llevaba de la mano a un niño vestido, también de negro; por módico que fuese el precio de la entrada, tal vez fuera suficiente para pagar alguna de las necesidades del pequeño, o mejor aún, una cosa superflua, un juguete.

Y a su casa volverá a pie, meditando y soñando, sola, siempre sola; porque el niño es turbulento, egoísta, sin dulzura y sin paciencia; y ni siquiera puede, como el puro animal, como el perro y el gato, servir de

confidente a los dolores solitarios.

(1861)

XIV

EL VIEJO SALTIMBANQUI

Por todas partes se derramaba, se esparcía, se alegraba el pueblo en fiestas. Era una de esas solemnidades que, durante mucho tiempo, están esperando los saltimbanquis, los prestidigitadores, los domadores de animales y los vendedores ambulantes, para compensar las malas épocas del año.

En esos días me parece que el pueblo se olvida de todo, del dolor y del trabajo; se vuelve como los niños. Para los pequeños es un día de descanso, es el horror de la escuela aplazado veinticuatro horas. Para los mayores es un armisticio concertado con las potencias maléficas de la vida, un alto en la contienda y en la lucha universal.

Hasta el hombre de mundo y el hombre ocupado en trabajos del espíritu escapan difícilmente a la influencia de este jubileo popular. Absorben, sin querer, su parte de esta atmósfera de despreocupación. Con respecto a mí, no dejo nunca, como buen parisino, de pasar revista a todas las barracas que se pavonean en esas fechas solemnes.

Verdaderamente se hacían una competencia formidable; chillaban, berreaban, aullaban. Era una mezcolanza de gritos, de detonaciones de cobre y de explosiones de cohetes. Los titiriteros y los payasos contraían las caras curtidas y endurecidas por el viento, la lluvia y el sol; con el aplomo de los comediantes, seguros de sus efectos, lanzaban buenas palabras y bromas de una comicidad sólida, pesada como la de Molière. Los Hércules, orgullosos de la enormidad de sus miembros, sin frente y sin cráneo, como los orangutanes, se regodeaban majestuosamente dentro de sus mallas, lavadas la víspera para la circunstancia. Las bailarinas, bellas como unas hadas o unas princesas, saltaban y hacían cabriolas bajo las luces de los faroles que llenaban sus faldas de chispas.

Todo era luz, polvo, alegría, tumulto; unos gastaban, otros ganaban,

todos igualmente alegres. Los niños se colgaban de las faldas de sus madres para conseguir algún bastón de azúcar o se subían en hombros de sus padres para ver mejor a un prestidigitador deslumbrante como un dios. Y por todas partes circulaba, dominando todos los perfumes, un olor a fritura que era como el incienso de la fiesta.

Al final, en el último extremo de la fila de barracas, como si, vergonzoso, se hubiese exiliado él mismo de todos aquellos esplendores, vi a un pobre saltimbanqui encorvado, caduco, decrépito, una ruina de hombre, apoyado a un poste de su vivienda; una vivienda más miserable que la del salvaje más embrutecido, y en la que dos cabos de vela, llorosos y humeantes, iluminaban demasiado bien su desamparo.

Por todas partes la alegría, el lucro, el desenfreno; por todas partes la certidumbre del pan para el mañana; por todas partes la explosión frenética de la vitalidad. Aquí, la miseria absoluta, la miseria vestida para colmo de horror, con harapos cómicos, cuyo contraste se debía más a la necesidad que al arte. ¡Aquel miserable no se reía! No lloraba, no bailaba, no gesticulaba, no gritaba, no cantaba ninguna canción, ni alegre, ni triste, no imploraba. Estaba mudo e inmóvil. Había renunciado. Había abdicado. Su destino estaba cumplido.

¡Pero qué mirada tan profunda, inolvidable, paseaba por la multitud y por las luces, cuyas olas movedizas se detenían a algunos pasos de su repulsiva miseria! Me sentí la garganta apretada por la mano terrible de la histeria y me pareció que mis ojos estaban ofuscados por esas lágrimas rebeldes que no quieren caer.

¿Qué hacer? ¿Para qué preguntar al infortunado qué curiosidad, qué maravilla tenía que mostrar en aquellas tinieblas malolientes, tras aquella cortina desgarrada? Verdaderamente yo no me atrevía, y aunque la razón de mi timidez os dé risa, confesaré que temía humillarle. Al fin, acababa de decidirme a poner algún dinero, al pasar, en una de aquellas tablas, esperando que adivinaría mi intención, cuando un gran reflujo de gente, causado por no sé qué perturbación, me arrastró lejos de él.

Y, al marcharme, obsesionado por aquella visión, quise analizar mi repentino dolor, y me dije: «¡Acabo de ver la imagen del literato viejo, superviviente de la generación en que él fue el brillante animador; del viejo poeta sin amigos, sin familia, sin hijos, degradado por la miseria y

por la ingratitud pública, en la barraca donde la gente olvidadiza no quiere ya entrar!».

(1861)

XV

EL PASTEL

Viajaba. El paisaje en el que yo estaba situado era de una grandeza y de una nobleza irresistible. Algo de ello entró, sin duda, en mi alma en aquel momento. Mis pensamientos revoloteaban con una ligereza igual a la de la atmósfera; las pasiones vulgares, como el odio y el amor profano, se me aparecían ahora tan alejadas como las nubes que desfilaban por el fondo de los abismos, a mis pies; mi alma me parecía tan amplia y tan pura como la cúpula del cielo que estaba envolviéndome; el recuerdo de las cosas terrestres sólo llegaba a mi corazón debilitado y disminuido, como el son de la esquila de los imperceptibles rebaños que pasaban lejos, muy lejos, por la ladera de otra montaña. Sobre el lago pequeño, inmóvil, negro por su inmensa profundidad, pasaba alguna vez la sombra de una nube, como el reflejo de la capa de un gigante aéreo que volara atravesando el cielo. Y recuerdo que esta sensación solemne y rara, causada por un gran movimiento perfectamente silencioso, me llenaba de una alegría mezclada con miedo. En suma, me sentía, gracias a la arrebatadora belleza que me rodeaba, en perfecta paz conmigo mismo y con el universo; creo que, hasta en mi completa beatitud y en mi total olvido de todo el mal terrestre, había llegado a no encontrar ridículos los periódicos que pretenden que el hombre ha nacido bueno; cuando la materia incurable quiso renovar sus exigencias, pensé en reparar la fatiga y en aplacar el apetito causado por una ascensión tan larga. Saqué del bolsillo un gran trozo de pan, una taza de cuero y un frasco de cierto elixir que los farmacéuticos vendían en aquella época a los turistas para mezclarlo, llegada la ocasión, con agua de nieve.

Cortaba tranquilamente el pan cuando un ruido muy leve me hizo levantar los ojos. Ante mí había un extraño ser desparramado, sucio,

hirsuto, cuyos ojos hundidos, feroces y como suplicantes, devoraban el trozo de pan. Y le oí suspirar con una voz baja y ronca la palabra *¡pastel!* No pude contener la risa al oír el apelativo con que él quería honrar un pan casi blanco; corté una gran rebanada y se la ofrecí. Se acercó lentamente sin quitar la mirada del objeto de su codicia; luego, apretujando en su mano el pedazo, retrocedió vivamente, como si temiese que mi oferta no fuera sincera o que me arrepintiese ya.

Pero en el mismo instante fue asaltado por otro pequeño salvaje, salido no sé de dónde, y tan perfectamente parecido al primero que se lo hubiese podido tomar por su hermano gemelo. Juntos rodaron por el suelo disputándose la preciada presa, sin querer, indudablemente, ninguno de ellos sacrificar la mitad a su hermano. El primero, exasperado, agarró al otro de los cabellos; este lo cogió de la oreja con los dientes y escupió un pedacito ensangrentado con un soberbio juramento dialectal. El legítimo propietario del pastel trató de clavar sus pequeñas garras en los ojos del usurpador; a su vez, este puso todas sus fuerzas en estrangular a su adversario con una mano, mientras que, con la otra, intentaba meterse en el bolsillo el premio del combate. Pero, reanimado por el desespero, el vencido se incorporó e hizo rodar por tierra al vencedor de un cabezazo en el estómago. ¿Para qué describir una lucha repugnante que duró, en verdad, más tiempo del que sus fuerzas infantiles prometían? El pastel viajaba de mano en mano y cambiaba de bolsillo a cada instante; pero, ¡ay!, cambiaba también de volumen, y cuando al fin, extenuados, jadeantes, ensangrentados, se detuvieron, imposibilitados para seguir, no quedaba ya, a decir verdad, ningún motivo de riña; el pedazo de pan había desaparecido, y estaba desparramado en migajas semejantes a los granos de arena con que se había mezclado.

Tal espectáculo me nubló el paisaje, y la tranquila alegría en que se solazaba mi alma antes de haber visto a aquellos hombrecillos había desaparecido totalmente; me quedé triste bastante tiempo repitiéndome sin cesar: «Así pues, hay un país soberbio donde el pan se llama *pastel*, golosina tan rara que basta para desencadenar una guerra fratricida».

(1862)

XVI

EL RELOJ

Los chinos ven la hora en los ojos de los gatos.

Un día, un misionero, paseando por un arrabal de Nankín, advirtió que había olvidado su reloj y preguntó al pequeño qué hora era.

El muchacho del Celeste Imperio vaciló primero; luego, cambiando de parecer respondió: «Voy a decírselo». Poco después reapareció llevando en los brazos un grandísimo gato, y mirándole, como se dice, en el blanco de los ojos, afirmó sin vacilar: «No es todavía mediodía».

Lo que era cierto.

Si yo me inclino hacia la hermosa Felina, la bien llamada, que es a un mismo tiempo el honor de su sexo, el orgullo de mi corazón y el perfume de mi espíritu, aunque sea de día o de noche, en plena luz o en la oscuridad más completa, en el fondo de sus ojos adorables veo siempre con claridad la hora, siempre la misma, una hora amplia, solemne, grande como el espacio, sin división de minutos ni de segundos, una hora inmóvil que no está marcada en los relojes y que, sin embargo, es leve como un suspiro, rápida como una ojeada.

Y si algún inoportuno viniese a molestarme mientras mi vista reposa en tan deliciosa esfera, si algún Genio malo e intolerante, algún Demonio del contratiempo viniese a decirme: «Qué miras ahí con tanta atención? ¿Qué buscas en los ojos de ese ser? ¿Ves en ellos la hora, mortal pródigo y holgazán?», le respondería sin vacilar: «Sí, veo la hora; ¡es la Eternidad!».

¿No es cierto, Señora, que esto es un madrigal verdaderamente meritorio, y tan enfático como usted misma? Sinceramente, he tenido tanto placer en bordar esta galantería presuntuosa que no le pediré nada a cambio.

(1857)

XVII

UN HEMISFERIO EN UNA CABELLERA

Déjame respirar mucho tiempo, mucho tiempo, el olor de tus cabellos; sumergir en ellos todo mi rostro, como un hombre sediento en el agua de un manantial, y agitarlos con la mano como un pañuelo perfumado, para sacudir recuerdos en el aire.

¡Si tú pudieses saber todo lo que veo, todo lo que siento, todo lo que oigo en tus cabellos! Mi alma viaja en el perfume como el alma de otros en la música.

Tus cabellos contienen todo un sueño lleno de velámenes y de mástiles; contienen anchos mares cuyos monzones me llevan hacia climas encantadores, donde el espacio es más azul y más profundo, donde la atmósfera está perfumada por los frutos, por las hojas y por la piel humana.

En el océano de tu cabellera entreveo un puerto donde hormiguean cantos melancólicos; hombres de todas las naciones y navíos de todas las formas cuyas arquitecturas finas y complicadas se recortan sobre un cielo inmenso en el que se pavonea el eterno calor.

En las caricias de tu cabellera, vuelvo a encontrar las languideces de largas horas pasadas en un diván, en el camarote de un hermoso navío, mecidas por el vaivén imperceptible del puerto, entre macetas y botijos refrescantes.

En el ardiente hogar de tu cabellera, respiro el olor de tabaco mezclado con el opio y el azúcar; en la noche de tu cabellera, veo resplandecer lo infinito del azul tropical; en las orillas vellosas de tu cabellera, me embriago con los olores combinados del alquitrán, del almizcle y del aceite de coco.

Déjame morder mucho tiempo tus trenzas espesas y negras. Cuando mordisqueo tus cabellos elásticos y rebeldes me parece que estoy comiendo recuerdos.

XVIII

LA INVITACIÓN AL VIAJE

Hay un país soberbio, un país de Jauja —dicen— que sueño visitar con una vieja amiga, país singular, ahogado en las brumas de nuestro Norte y que se podría llamar el Oriente de Occidente, la China de Europa, de tal manera la cálida y caprichosa fantasía ha tomado allí carrera, de tal manera lo enriquecieron, pacientemente, sus sabias y delicadas vegetaciones.

Un verdadero país de Jauja, donde todo es bello, rico, tranquilo, honesto, donde el lujo se contempla con placer en el orden, donde la vida es crasa y suave de respirar, en donde el desorden, la turbulencia y lo imprevisto están excluidos; donde la felicidad está desposada con el silencio, donde la misma cocina es poética, crasa y excitante a la vez, donde todo se te parece, mi querido ángel.

¿Conoces tú esa enfermedad febril que se adueña de nosotros en las frías miserias, esa nostalgia del país que se ignora, esa angustia de la curiosidad? Es una región que se te parece, donde todo es bello, rico, tranquilo y honesto, donde la fantasía ha edificado y decorado una China occidental, donde la vida es dulce de respirar, donde la felicidad está desposada con el silencio. ¡Es allí donde hay que ir a vivir, es allí dónde hay que ir a morir!

Sí, es allí donde hay que ir a respirar, a soñar y prolongar las horas con lo infinito de las sensaciones. Un músico ha escrito la *Invitación al vals*; ¿quién compondrá *la invitación al viaje* para ofrecerla a la mujer amada, a la hermana elegida?

Sí, es en esta atmósfera donde sería bueno vivir, allá lejos donde las horas más lentas contienen más pensamientos, donde los relojes dan la dicha con una profundidad y una significación más solemne.

Sobre tableros brillantes o cueros dorados de una riqueza sombría viven discretamente pinturas plácidas, calmas y profundas, como las almas de los artistas que las crearon. Los atardeceres que colorean tan ricamente el comedor o el salón están tamizados por bellas estofas o por esas altas ventanas trabajadas que el plomo divide en numerosos compartimentos. Los muebles son amplios, curiosos, raros. Armados de cerraduras y de secretos como unas almas refinadas. Los espejos, los metales, las telas, la orfebrería y la loza juegan allí para los ojos una sinfonía muda y

misteriosa; y de todas las cosas, de todos los rincones, de las fisuras de los cajones y de los pliegues de las telas se escapa un perfume singular, un retorno de Sumatra que es como el alma de la vivienda.

Un verdadero país de Jauja, donde todo es rico, limpio y brillante, como una hermosa conciencia, como una magnífica batería de cocina, como una espléndida orfebrería, como una joyería, abigarrada. Allí afluyen los tesoros del mundo como en la casa de un hombre trabajador que es merecido bien del mundo entero. País singular, superior a los otros, como el Arte lo es a la Naturaleza, donde esta está reformada por el sueño, corregida, embellecida, refundida.

¡Que busque, que busquen todavía, que alejen sin cesar los límites de su dicha esos alquimistas de la horticultura! ¡Que propongan premios de sesenta y cien mil florines para quien resuelva sus ambiciosos problemas! ¡Yo he encontrado mi tulipán negro y mi dalia azul!

Flor incomparable, tulipán encontrado de nuevo, alegórica dalia, ¿es ahí, no es verdad, en ese país tan tranquilo y soñador donde habría que ir a vivir y a florecer? ¿No estarías tú allí encuadrada en su analogía y no podrías mirarte para hablar con los místicos en tu propia correspondencia?

¡Sueños, siempre sueños! Y cuanto más ambiciosa y delicada es el alma, más los sueños la alejan de lo posible. Cada hombre lleva en él su dosis de opio natural, incesantemente segregado y renovado, y, desde el nacimiento hasta la muerte, ¿cuántas horas podemos contar llenas de goce positivo y de acción triunfante y decidida? ¿No viviremos nunca, no pasaremos nunca en ese cuadro que ha pintado mi espíritu, ese cuadro que se te parece?

Esos tesoros, esos muebles, ese lujo, ese orden, esos perfumes, esas flores milagrosas, son tú misma. Son también tú esos grandes ríos y esos canales tranquilos. Esos enormes navíos que se arrastran cargados de riquezas, y de donde suben los cantos monótonos de la maniobra, son mis pensamientos que duermen o que ruedan sobre tu seno. Tú los conduces suavemente hacia el mar, que es lo infinito, reflejando las profundidades del cielo en la limpidez de tu hermosa alma, y cuando, fatigados por la marejada y hartos de los productos de Oriente, vuelven al puerto natal, son también mis pensamientos enriquecidos quienes vuelven de lo infinito hacia ti.[103]

XIX

EL JUGUETE DEL POBRE

Quiero hablaros de una diversión inocente. ¡Hay tan pocos entretenimientos que no sean culpables!

Cuando salgáis por la mañana con la intención decidida de vagar por las calles, llenaos los bolsillos de esos pequeños inventos de a dos cuartos —tales como el polichinela aplastado movido por un hilo, los herreros que golpean un yunque, el jinete en su caballo cuya cola es un silbato— y a lo largo de las tabernas, al pie de los árboles, regaladlos a los niños pobres desconocidos que encontréis. Veréis sus ojos agrandarse desmesuradamente. Al principio no se atreverán a cogerlos, dudarán de su dicha. Luego, cogerán vivamente el regalo y huirán como los gatos que se van a comer lo que les disteis lejos de vosotros porque han aprendido a desconfiar del hombre.

En un camino, tras la verja de un amplio jardín a cuyo extremo aparecía la blancura de un bonito castillo bañado por el sol, había un muchachito guapo y fresco vestido con uno de esos trajes de campo tan llenos de coquetería.

El lujo de la despreocupación del espectáculo habitual de la riqueza hace tan atractivos a esos pequeños que se les creería hechos de diferente pasta que los hijos de la mediocridad o de la pobreza.

A su lado, en la hierba, yacía un espléndido muñeco; tan lozano como su dueño, barnizado, dorado, vestido de púrpura y cubierto de plumajes y cuentas de vidrio. Pero el niño no se ocupaba de su juguete preferido y ved lo que miraba:

Al otro lado de la verja, en el camino, entre los cardos y las ortigas, había otro niño sucio, enclenque, negruzco, uno de esos rapazuelos cuya belleza descubriría una mirada imparcial, limpiándolo —de la misma manera que la mirada de un experto descubriría, bajo un barniz de carruaje, una pintura ideal— de la repugnante pátina de la miseria.

A través de aquellos barrotes simbólicos que separan dos mundos, el camino y el castillo, el chiquillo pobre enseñaba al niño rico su propio juguete, que este examinaba como un objeto raro y desconocido. ¡Aquel juguete que el pilluelo excitaba, agitaba y sacudía en una jaula, era una rata viva! Sus padres, sin duda por economía, habían sacado aquel juguete de la vida misma. Y los dos niños se sonreían fraternalmente mostrando unos dientes de igual blancura.

(1862)

XX

LOS DONES DE LAS HADAS

Se celebraba gran asamblea de hadas para proceder a la distribución de dones entre los recién nacidos, llegados a la vida en las últimas veinticuatro horas.

Todas aquellas antiguas y caprichosas Hermanas del Destino, todas aquellas raras Madres de la alegría y del dolor eran muy diferentes entre sí; unas tenían aspecto sombrío y delicado, otras, alocado y malicioso; unas jóvenes, que habían sido siempre jóvenes; otras viejas.

Todos los padres que tienen fe en las hadas habían acudido allí llevando al recién nacido en brazos.

Los Dones, las Facultades, los buenos Azares, las circunstancias invencibles estaban acumulados al lado del tribunal, como los premios en el estrado, para su distribución. Lo que allí había de particular era que los dones no se daban como recompensa de un esfuerzo sino todo lo contrario, era una grada concedida al que no había vivido todavía, gracia que podría determinar su destino y llegar a ser tanto la fuente de su desgracia como de su dicha.

Las pobres Hadas estaban muy atareadas; porque la cantidad de los solicitantes era numerosa y la gente intermediaria entre el hombre y Dios está sometida, como nosotros, a la terrible Ley del tiempo y de su infinita posteridad, los Días, las Horas, los Minutos, los Segundos.

En verdad estaban tan azoradas como ministros en días de audiencia, o como empleados del monte de Piedad cuando una fiesta nacional autoriza los desempeños gratuitos. Creo que hasta miraban de vez en cuando las agujas del reloj con tanta impaciencia como unos jueces humanos que, en sesión desde por la mañana, no pueden evitar soñar con la comida, con la familia y con las queridas zapatillas. Si, en la justicia sobrenatural, hay un poco de precipitación y de azar, no nos extrañemos que los haya también algunas veces en la justicia humana, en tal caso, nosotros mismos seríamos unos jueces injustos.

También fueron cometidas aquel día algunas ligerezas que podrían considerarse como extrañas, si la prudencia, más que el capricho, fuese la característica distintiva y eterna de las Hadas.

Así, el poder de atraer magnéticamente la fortuna fue adjudicado al único heredero de una familia muy rica que, no teniendo ningún sentido de caridad, ni tampoco de codicia, por los bienes más visibles de la tierra, tenía que encontrarse más tarde prodigiosamente embarazado de millones.

Así fueron dados el amor a lo bello y la fuerza poética al hijo de un patán, carretero de oficio, que no podía de ninguna manera ayudar a sus facultades ni sufragar las necesidades de su deplorable progenie.

He olvidado deciros que la distribución de estos casos es sin apelación y que ningún don puede rehusarse.

Todas las Hadas se levantaban creyendo que su tarea estaba cumplida, porque ya no quedaba ningún regalo, ninguna largueza que echar a toda aquella escoria humana, cuando un buen hombre, un pobre comerciante, creo que se levantó y cogiendo del vestido de vapores multicolores al Hada que tenía más cerca, gritó: «¡Eh! ¡Señora, usted nos olvida! ¡Queda todavía mi pequeño! ¡No quiero haber venido en balde!».

El Hada podía verse en un aprieto porque ya nada quedaba, sin embargo, recordó a tiempo una ley muy conocida, aunque raramente aplicada en el mundo sobrenatural habitado por aquellas deidades impalpables, amigas del hombre y a menudo obligadas a adaptarse a sus pasiones tales como las Hadas, los Gnomos, las Salamandras, las Sílfides, los Silfos, las Nixas, los Ondinos y las Ondinas; quiero hablar de la ley que concede a las Hadas, en un caso parecido a este, es decir el caso de haberse agotado los lotes, la facultad de dar todavía uno, suplementario y

excepcional, siempre que tenga imaginación suficiente para crearlo inmediatamente.

Así pues, la buena Hada, respondió con un aplomo digno de su rango: «Yo doy a tu hijo... le doy... el de agradar!».

«Pero, agradar ¿cómo? ¿Agradar? ¿Agradar por qué?», preguntó obstinadamente el tenderillo que era, sin duda, uno de esos razonadores tan comunes, incapaz de elevarse hasta la lógica de lo Absurdo.

«¡Porque sí! ¡Porque sí!», replicó el Hada irritada volviéndole la espalda. Y reuniéndose al cortejo de sus compañeras las decía: «¿Cómo encontráis a ese francesillo vanidoso que quiere comprenderlo todo y que habiendo conseguido para su hijo el mejor de los lotes se atreve todavía a interrogar y a discutir lo indiscutible?».

(1862)

XXI

LAS TENTACIONES, O EROS, PLUTÓN Y LA GLORIA

Dos soberbios Satanes y una Diablesa, no menos extraordinaria, subieron la pasada noche la escalera misteriosa por donde el Infierno asalta la flaqueza del hombre que duerme y se comunica en secreto con él. Y vinieron a colocarse gloriosamente ante mí, de pie como en un estrado. Un esplendor fulguroso emanaba de aquellos tres personajes, destacándose así en fondo opaco de la noche. Tenían un aspecto tan altivo y tan lleno de dominio que al principio los tomé a los tres por verdaderos Dioses.

El rostro del primer Satán era de sexo ambiguo y tenía también en las líneas de su cuerpo la morbidez dio los antiguos Bacos. Sus bellos ojos lánguidos, de calor tenebroso e indeciso, parecían violetas cargadas todavía de los densos llantos de la tormenta, y sus labios entreabiertos, pebeteros cálidos que exhalaban el buen olor de una perfumería; y cada vez que suspiraba, unos insectos almizclados se iluminaban revoloteando a los ardores de su soplo. Alrededor de su túnica de púrpura tenía a modo de cinturón una serpiente tornasolada que, con la cabeza levantada, volvía hacia él sus ojos de brasa. De este cinturón viviente colgaban, alternando

con ampollas llenas de licores siniestros, brillantes cuchillos e instrumentos de cirugía. En la mano derecha tenía otra ampolla cuyo contenido era de un rojo luminoso y que llevaba por etiqueta estas extrañas palabras: «Bebed, esta es mi sangre, un perfecto cordial»; en la izquierda, un violín que le servía indudablemente para cantar sus goces y sus dolores para derramar el contagio de su locura en las noches de aquelarre.

De sus delicados tobillos arrastraban algunos eslabones de una cadena de oro rota, y cuando la molestia que le producía le forzaba a bajar los ojos al suelo, contemplaba vanidosamente las uñas de sus pies brillantes y pulidas como piedras bien trabajadas.

Me miró con unos ojos inconsolablemente afligidos que vertían una insidiosa embriaguez y me dijo con una voz acariciante: «Si quieres, si quieres te haré señor de las almas, y tú serás el dueño de la materia viviente, más todavía que el escultor puede serlo de la arcilla; y conocerás el placer, sin cesar renaciente, de salir de ti mismo para olvidarte en los demás y de atraer las almas hasta confundirlas con la tuya».

Y yo le respondí: «¡Muchas gracias! no tengo nada que hacer con esa pacotilla de seres que, sin duda, no valen más que yo mismo: bien está que yo tenga alguna vergüenza al recordarme, nada quiero olvidar y aunque no te conociese, viejo monstruo, tu misteriosa cuchillería, tus ampollas equívocas, las cadenas que te ataban los pies, son símbolos que explican bien claramente los inconvenientes de tu amistad. Guárdate tus presentes».

El segundo Satán no tenía aquel aire a la vez trágico y sonriente, ni aquellas buenas maneras Insinuantes, aquella belleza delicada y perfumada. Era un hombre basto, de grueso rostro sin ojos, cuya pesada barriga se desplomaba sobre sus muslos y cuya piel estaba dorada e ilustrada como un tatuaje con una multitud de figurillas movedizas representando las numerosas formas de la miseria universal. Había pequeños hombrecillos enflaquecidos que se suspendían voluntariamente de un clavo; había pequeños gnomos deformes, delgados, cuyos ojos suplicantes pedían limosna mejor que sus temblorosas manos; y también madres viejas con abortos aterrados a las manos extenuadas. Había también otros muchos más.

El grueso Satán se golpeaba con el puño el inmenso vientre del que salía

una larga y retumbante crepitación de metal que terminaba en un vago gemido hecho de numerosas voces humanas y se reía, enseñando impúdicamente los dientes carcomidos con una enorme risa imbécil, como ciertos hombres de todos los países cuando han comido demasiado bien.

Y este me dijo: «¡Yo puedo darte lo que todo lo obtiene, lo que lo vale todo, lo que reemplaza a todo!». Y se golpeó el vientre monstruoso cuyo eco sonoro hizo el comentario de su grosera voz. Me volví con asco y respondí: «No necesito para mi goce la miseria de nadie; y no quiero una riqueza entristecida, como un papel de habitaciones, por todas las desgracias representadas en tu piel».

En cuanto a la Diablesa, mentiría si no confesase que a primera vista le encontré un extraño encanto. Para definir dicho encanto no sabría compararlo a nada mejor que al de las bellísimas mujeres maduras que, sin embargo, ya no envejecen y cuya belleza guarda la magia penetrante de las ruinas. Tenía un aspecto a la vez misterioso y desmadejado, y sus ojos, aunque derrotados, tenían todavía una fuerza fascinadora. Lo que más me llamó la atención fue el misterio de su voz, en la que encontraba el recuerdo de las contraltos más deliciosas y también un poco de enronquecimiento de las gargantas constantemente lavadas por el aguardiente.

«¿Quieres conocer mi poder? —dijo la falsa diosa con su voz encantadora y paradójica— ¡Escucha!»

Y se puso a tocar una trompeta gigantesca adornada con cintas como un mirlitón con los títulos de todos los periódicos del universo, y a través de ella gritó mi nombre que de esta forma rodó por el espacio con el ruido de mil truenos y me volvió repercutido por el eco del más lejano planeta.

«¡Diablo —dije subyugado—, he aquí algo maravilloso!» Pero examinando más despacio a la seductora virago me pareció vagamente que la reconocía de haberla visto brincando con algunos pícaros conocidos míos; y el sonido ronco del cobre trajo a mis oídos no sé qué recuerdo de una trompeta prostituida.

También le respondí con todo mi desdén: «¡Vete, no he nacido para casarme con la querida de algunos que no quiero nombrar!».

Verdaderamente, con una abnegación tan valerosa yo tenía derecho a

estar orgulloso. Pero, por desgracia, me desperté y todas mis fuerzas me abandonaron. «En verdad —me dije—, era preciso que estuviese muy aletargado para mostrarme con tantos escrúpulos. ¡Ay! ¡Si pudiesen volver mientras estoy despierto, no me haría tanto el delicado!»

Y les invoqué en voz alta suplicándoles que me perdonasen, ofreciéndoles que a menudo me deshonraría tanto como fuese necesario para merecer sus favores; pero, seguramente les había ofendido mucho, porque nunca más han vuelto.

(1863)

XXII

EL CREPÚSCULO VESPERTINO

Cae la tarde. Las pobres mentes fatigadas del trabajo diario se llenan de una gran paz, y sus pensamientos toman ahora los colores tiernos e indecisos del crepúsculo.

Sin embargo, desde lo alto de la montaña llega hasta mi balcón, a través de las nubes transparentes del atardecer, un gran alarido, mezcla de multitud de gritos discordantes que el espacio transforma en lúgubre armonía como la de la marea que sube o la de una tempestad que se despierta.

¿Quiénes son los infortunados a quienes no calma el anochecer y que, al igual que los búhos, toman la noche como señal de aquelarre? Este siniestro ulular nos llega del negro hospicio encaramado en la montaña; y al anochecer, fumando y contemplando el reposo del inmenso valle erizado de casas en las que cada ventana dice: «Aquí está la paz ahora; aquí está la alegría de la familia», puedo, cuando el viento sopla de allí arriba, mecer mi pensamiento, asombrado con esa imitación de las armonías infernales.

El crepúsculo excita a los locos. Recuerdo que tuve dos amigos a quienes el crepúsculo les ponía enfermos. Uno de ellos, desconociendo entonces toda relación de amistad y cortesía, maltrataba, como un salvaje, al primero que se le presentaba. Le he visto tirar a la cabeza de un camarero

un pollo excelente en el que creía ver no sé qué jeroglífico insultante. El anochecer, precursor de las profundas voluptuosidades, le estropea las cosas más suculentas.

El otro, ambicioso, a medida que caía la tarde, se volvía más agrio, más sombrío, más impaciente. Indulgente y sociable durante el día, era despiadado por la noche; y no era solo con los otros, sino también consigo mismo ejercía rabiosamente su manía crepuscular.

El primero murió loco, incapaz de reconocer a su mujer y a su hijo; el segundo lleva en él la inquietud de un malestar perpetuo, y aunque fuese gratificado con todos los honores que pueden conferir las repúblicas y los príncipes, creo que el crepúsculo seguiría encendiendo en él su abrasadora manía de distinciones imaginarias. La noche que transmitía sus tinieblas a su mente iluminaba la mía; y aunque no sea raro ver a una misma causa engendrar efectos contrarios, ello me intriga siempre y me alarma.

¡Oh, noche! ¡Oh, refrescantes tinieblas! ¡Sois para mí una señal de una fiesta interior, sois la liberación de una angustia! ¡En la soledad de las llanuras, en los laberintos pétreos de una capital, centelleo de estrellas, explosión de linternas, sois el fuego de artificio de la diosa Libertad!

¡Crepúsculo, cuán dulce y tierno eres! Los reflejos rosados que se arrastran todavía por el horizonte, como la agonía del día bajo la opresión victoriosa de su noche, las luces de los candelabros que ponen manchas de un rojo opaco en las últimas glorias del Poniente, los pesados cortinajes que una mano invisible saca de las profundidades del Oriente, imitan todos los sentimientos complicados que luchan en el corazón del hombre en las horas solemnes de la vida.

Se diría también uno de esos extraños vestidos de bailarina en que la gasa transparente y sombría deja entrever los resplandores amortiguados de una falda brillante, como bajo el negro presente se transparenta el delicioso pasado, y las vacilantes estrellas de oro y de plata de que está sembrada representan esos fuegos de la fantasía que solamente se encienden bien bajo el luto profundo de la Noche.

(1855)

XXIII

LA SOLEDAD

Un gacetillero filántropo me dice que la soledad es mala para el hombre, y para afianzar su tesis cita, como todos los incrédulos, palabras de la Iglesia.

Sé que el Demonio frecuenta gustoso los lugares áridos y que el instinto criminal y lúbrico se inflama maravillosamente en las soledades. Pero sería posible que esta soledad sólo fuese peligrosa para el alma ociosa y divagadora que la puebla con sus pasiones y sus quimeras.

Claro está que un charlatán cuyo placer supremo consiste en hablar desde una cátedra o una tribuna correría el riesgo de volverse loco furioso en la isla de Robinson. No exijo al gacetillero las valerosas virtudes de Crusoe, pero le pido que no acuse de esa forma a los enamorados de la soledad y del misterio.

En nuestras razas charlatanas, existen individuos que aceptarían con menos repugnancia el suplicio supremo si se les permitiera lanzar desde el patíbulo una copiosa arenga sin temor a que los tambores de Santerre les cortasen intempestivamente la palabra.

No les compadezco, porque me figuro que sus efusiones oratorias les deben producir voluptuosidades iguales a las que otros sacan del silencio y del recogimiento; pero les desprecio.

Sobre todo, deseo que el maldito gacetillero me deje disfrutar, a mi gusto. «¿No siente usted nunca —me dice en un tono nasal muy apostólico — la necesidad de compartir sus goces?» ¡Miren el sutil envidioso! ¡Él sabe que desdeño a los suyos y viene a infiltrarse en los míos, el más horrible aguafiestas!

«¡Qué gran desgracia no poder estar solo...!», dice en alguna parte La Bruyère, como para avergonzar a todos aquellos que corren a olvidarse en la muchedumbre, temiendo no poder soportarse a sí mismos.[104]

«Casi todas nuestras desgracias nos vienen de no haber sabido quedarnos en nuestro cuarto», dice otro sabio, creo que Pascal, llamando así a la celda del recogimiento, a todos esos alocados que buscan la dicha en la agitación y en una prostitución que yo llamaría fraternal si quisiera hablar la hermosa lengua de mi siglo.

XXIV

LOS PROYECTOS

Él se decía, paseándose por un gran parque solitario: «¡Qué hermosa estaría con un traje de corte, complicado y fastuoso, bajando, en el marco de una bella tarde, los escalones de mármol de un palacio, frente a grandes cuadros de césped y frente a los estanques! ¡Porque tiene naturalmente el aire de una princesa!».

Al pasar, más tarde, por una calle, se detuvo ante una tienda de grabados, y viendo en una carpeta una estampa que representaba un paisaje tropical, se dijo: «No, no es un palacio donde yo quisiera poseer su amada vida. No nos encontraríamos en nuestra casa. Además, en esas paredes cargadas de oro no habría sitio para colgar su imagen; en esas solemnes galerías no hay un solo rincón para la intimidad. Decididamente es ahí donde tendría que irme a vivir para cultivar el sueño de mi vida».

Y analizando con los ojos los detalles del grabado, continuó mentalmente: «A la orilla del mar, una hermosa casa de madera, rodeada de todos esos árboles extraños y brillantes cuyos nombres he olvidado..., en el ambiente, un aroma embriagador, indefinible..., en la casa, un penetrante perfume de rosas y de almizcle..., más lejos, detrás de nuestra pequeña posesión, puntas de mástiles balanceados por las olas, alrededor de nosotros, más allá de la habitación iluminada por una luz rosácea tamizada por las cortinas, decorada con frescas esteras y embriagadoras flores, y con raros asientos de un rococó portugués, de madera pesada y tenebrosa (¡donde ella reposaría quieta, tan bien abanicada, fumando un tabaco ligeramente opiado!). Más allá de la varenga, el alboroto de los pájaros borrachos de luz y el parloteo de las negritas... Y por la noche, para acompañar mis sueños, el canto quejumbroso y musical de los árboles, de los melancólicos filaos. Sí, verdaderamente, es este el decorado que buscaba. ¿Qué tengo que hacer yo con un palacio?».

Y más adelante, al seguir caminando por una gran avenida, vio dos

cabezas rientes que se asomaban a una ventana de un albergue aseadito, o de una ventana avivada por una cortina de indiana multicolor. Y enseguida se dijo: «Es preciso que mi pensamiento sea un gran vagabundo para ir a buscar tan lejos lo que está tan cerca de mí. El placer y la dicha se encuentran en el primer albergue que el azar nos muestra, tan fecundo en voluptuosidades. Un fuego, lozas vistosas, una cena aceptable, un vino recio y una cama muy ancha con sábanas un poco ásperas, pero frescas. ¿Hay algo mejor?».

Y al volver solo a su casa, a esa hora en que los consejos de la sensatez no están ya ahogados por el zumbido de la vida exterior, se dijo: «Hoy he tenido un sueño, tres domicilios en los que he encontrado el mismo placer. ¿Para qué obligar a mi cuerpo a cambiar de lugar, puesto que mi alma viaja con tanta ligereza? ¿Y para qué realizar proyectos, si el proyecto es ya en sí un goce suficiente?».

(1857)

XXV

LA BELLA DOROTEA

El sol agobia la ciudad con su luz recta y terrible; la arena deslumbra y el mar espejea. El mundo estupefacto se hunde cobardemente y duerme la siesta, una siesta que es una especie de muerte sabrosa en la que el durmiente, amodorrado, saborea las voluptuosidades de su anonadamiento.

Sin embargo, Dorotea, fuerte y altiva como el sol, camina por la calle desierta, único ser viviente a esta hora bajo el inmenso azul, y forma en la luz una mancha brillante y negra.

Avanza balanceando muellemente su fino torso sobre sus caderas tan anchas. Su ceñido traje de seda, de un tono claramente rosado, contrasta vivamente con las tinieblas de sus pies y moldea con exactitud su largo talle, su espalda hueca y su pecho erecto.

Su sombrilla roja, tamizando la luz, proyecta en su rostro sombrío el

afeite ensangrentado de sus reflejos.

El peso de la abundante cabellera casi azul echa hacia atrás su delicada cabeza y le da un aire triunfante y perezoso. Pesados pendientes gorjean secretamente en sus bonitas orejas.

De vez en cuando, la brisa del mar levanta un extremo de su falda flotante y descubre la reluciente y soberbia pierna; y su pie, semejante a los pies de las diosas de mármol que Europa encierra en sus museos, imprime fielmente su forma en la fina arena. Pues Dorotea es tan prodigiosamente coqueta que el placer de sentirse admirada vence en ella al orgullo de la emancipada, y, aunque sea libre, anda sin zapatos.

Y así camina, armoniosamente, dichosa de vivir, sonriendo con blanca sonrisa como si percibiese a lo lejos, en el espacio, un espejo que reflejase su andar y su belleza.

A la hora en que hasta los perros gimen de dolor bajo el sol que les muerde, ¿qué poderoso motivo hace caminar así a la perezosa Dorotea, hermosa y fría como el bronce?

¿Por qué ha abandonado su casita tan coquetamente puesta, a la que las flores y las estrellas, cosas de tan poco valor, dan una perfecta intimidad en la que tanto le agrada peinarse, fumar, hacerse abanicar o mirarse en el espejo con sus grandes abanicos de plumas mientras que el mar, azotando la playa a cien pasos de allí, da a sus ensueños un acompañamiento poderoso y monótono, y la marinita de hierro donde cuece un guisado de langostinos con arroz y azafrán, le envía, desde el fondo del patio, sus perfumes excitantes?

Acaso tenga cita con algún joven oficial que en las playas lejanas ha oído hablar a sus compañeros de la célebre Dorotea. Infaliblemente la sencilla muchacha le rogará que le describa el baile de la Ópera y le preguntará si se puede ir con los pies descalzos como a los bailes del domingo en que las viejas Cafrinas llegan a emborracharse y a ponerse furiosas de alegría, y también le preguntará si las hermosas damas de París son más guapas que ella.

Dorotea es admirada y mimada por todos y sería perfectamente feliz si no estuviese obligada a amontonar piastra sobre piastra para rescatar a su hermanita, que, a los once años, ya está madura, ¡y es tan hermosa! Lo conseguirá sin duda la buena Dorotea, ¡el amo de la pequeña es tan avaro!

Demasiado avaro para comprender otra belleza que la de los escudos.

(1863)

XXVI

LOS OJOS DE LOS POBRES

¡Ah!, ¿quieres saber por qué hoy te odio? Sin duda te será menos fácil comprenderlo que a mí explicártelo, pues eres el más bello ejemplo de impermeabilidad femenina que se pueda encontrar.

Habíamos pasado juntos un largo día que me pareció corto. Nos habíamos prometido que todos nuestros pensamientos serían comunes y que nuestras dos almas no formarían más que una sola en lo sucesivo; un sueño que no tiene nada de original después de todo, a no ser que habiéndolo soñado todos los hombres, ninguno lo ha realizado.

Por la noche, un poco fatigada, quisiste sentarte en un café que había en la esquina de un nuevo bulevar lleno todavía de escombros, pero mostrando ya gloriosamente sus inacabados esplendores. El café resplandecía. Incluso el gas desplegaba todo el ardor de un estreno e iluminaba con todas sus fuerzas las paredes cegadoras de blancura, los manteles deslumbradores de los espejos, los oros de las varillas y de las cornisas, los pajes de rollizas mejillas arrastrados por los perros en traílla, las damas risueñas con el halcón posado en el puño, las ninfas y las diosas llevando en sus cabezas frutas, pasteles y caza, las Hebes y los Ganímedes ofreciendo con el brazo tendido el anforilla de jarabe o el obelisco bicolor de los sorbetes; toda la historia y toda la mitología puestas al servicio de la glotonería.

Erguido en la calzada, delante de nosotros, se había parado un buen hombre de unos cuarenta años, de rostro cansado y barba encanecida, llevaba de la mano a un pequeño muchacho y en el otro brazo a un pequeño ser demasiado débil para andar. Hacía de niñera sacando a sus hijos para que tomasen el aire de la noche. Todos andrajosos. Aquellos tres rostros tenían una extraordinaria gravedad, y aquellos seis ojos contemplaban fijamente el nuevo café con la misma admiración, pero

matizada de una forma diferente por la edad.

Los ojos del padre decían: «¡Qué hermoso es, qué hermoso! Se diría que todo el oro de este pobre mundo lo han puesto en estas paredes». Los ojos del niño: «¡Qué hermoso es, qué hermoso!, pero es una casa donde sólo puede entrar la gente que no es como nosotros». En cuanto a los ojos del más pequeño estaban demasiado fascinados para expresar otra cosa que no fuese una alegría estúpida y profunda.

Los cancioneros dicen que el placer vuelve el alma buena y ablanda el corazón. La canción tenía razón aquella noche, por lo menos para mí. No solamente estaba enternecido por aquella familia de ojos, sino que me sentía un poco avergonzado de nuestros vasos y nuestras botellas más grandes que nuestra sed. Volví mis ojos hacia los tuyos, mi querido amor, para leer en ellos *mi* pensamiento; me sumergí en tus ojos tan bellos y tan extrañamente dulces, en tus ojos verdes, habitados por el Capricho e inspirados por la Luna, cuando me dijiste: «¡Esa gente me es insoportable, con sus ojos abiertos como puertas cocheras! ¿No podrías pedirle al camarero que los alejase de aquí?».

¡Qué difícil es entenderse, querido ángel mío, y qué incomunicable es el pensamiento incluso entre los que se aman!

(1864)

XXVII

UNA MUERTE HEROICA

Fanciullo era un bufón y casi uno de los amigos del Príncipe. Pero para las personas dedicadas a lo cómico por profesión, las cosas serias tienen atractivos fatales y aunque pueda parecer raro que las ideas de patria y libertad dominen despóticamente el cerebro de un histrión, un día Fanciullo tomó parte en una conspiración tramada por algunos señores descontentos.

En todas partes hay hombres de bien que denuncian al poder a estos individuos de humor atrabiliario que quieren destronar a los príncipes y operar, sin consultarla, el cambio de una sociedad. Los señores en cuestión

fueron detenidos, así como Fanciullo, y sentenciados a una muerte segura.

Yo creería gustoso que el Príncipe casi se enfadó el encontrar a su cómico favorito entre los rebeldes. El Príncipe no era ni mejor ni peor que los demás, pero una sensibilidad excesiva le hacía, en muchos casos, más cruel y más déspota que todos sus semejantes. Enamorado apasionado de las bellas artes, y además muy entendido en ellas, era verdaderamente un insaciable de los placeres. Bastante indiferente con relación a los hombres y a la moral, verdadero artista él mismo, sólo conocía como enemigo peligroso el Hastío, y los esfuerzos extraordinarios que hacía para huir de este tirano o para vencerle, le hubieran valido seguramente por parte de un historiador severo el epíteto de «monstruo», si hubiese estado permitido en sus dominios escribir sobre cualquier cosa que no estuviese relacionada únicamente con placer o con el asombro, que es una de las formas más delicadas del placer. La gran desdicha de este Príncipe era no tener un teatro suficientemente vasto para su genio. Hay jóvenes Nerones que se ahogan en límites demasiado estrechos y de quienes los siglos venideros ignorarán siempre el nombre y la buena voluntad. La Providencia, imprevisora, había dado a éste facultades más grandes que sus estados.

De repente corrió el rumor de que el soberano quería otorgar gracia a todos los conjurados, y el origen de este rumor fue el anuncio de un espectáculo en que Fanciullo tenía que interpretar uno de los principales y mejores papeles, y al que asistirían también, según se decía, los caballeros condenados; signo evidente, añadían los espíritus superficiales, de las tendencias generosas del Príncipe ofendido.

Por parte de un hombre tan natural y voluntariamente excéntrico, todo era posible, incluso la virtud, incluso la clemencia, sobre todo si confiaba encontrar en ella placeres inesperados. Pero, para los que, como yo, habían podido penetrar más adentro en las profundidades de esta alma curiosa y enferma, era mucho más probable que el Príncipe quisiera juzgar el valor del talento escénico de un hombre condenado a muerte. Quería aprovechar la ocasión de hacer una experiencia psicológica de un interés *capital* y verificar hasta qué punto las habituales facultades de un artista podían alterarse o modificarse ante la situación extraordinaria en que se encontraba; aparte de eso, ¿existía en su alma una intención más o menos decidida de clemencia? Esto es un punto que nunca se ha podido aclarar.

Por fin, llegado el gran día, la pequeña corte desplegó todas sus pompas, y sería difícil concebir, a menos que se haya visto, todos los esplendores que la clase privilegiada de un pequeño estado con recursos restringidos puede ostentar en una verdadera solemnidad. Aquella era doblemente verdadera, primero por la magia de lujo desarrollado, y después por el interés moral y misterioso que llevaba consigo.

Maese Fanciullo sobresalía, sobre todo, en los papeles mudos o de pocas palabras que son a menudo los principales en estos dramas mágicos cuyo objeto es representar simbólicamente el misterio de la vida. Entró en escena con ligereza y con perfecta soltura, lo que contribuyó a fortalecer en el noble público la idea de benignidad y de perdón.

Cuando se dice de un comediante: «Ese es un buen comediante», se emplea una fórmula que implica que tras el personaje se deja adivinar el cómico, es decir, el arte, el esfuerzo, la voluntad. Pues si un actor llegase a ser, con relación al personaje que está encargado de expresar, lo que las mejores estatuas de la antigüedad, milagrosamente animadas, vivas, andantes, videntes, podrían ser a la idea general y confusa de la belleza; ese sería, sin ninguna duda, un caso singular y totalmente imprevisto. Fanciullo fue, aquella noche, una perfecta idealización que era imposible no suponer viva, posible, real. El bufón iba, venía, reía, lloraba, se convulsionaba, con una indestructible aureola alrededor de la cabeza, aureola invisible para todos, pero no para mí, en la que se mezclaban, en una extraña amalgama, los rayos del Arte con la gloria del martirio. Fanciullo introducía, por no sé qué gracia especial, lo divino y lo sobrenatural hasta en las bufonadas más extravagantes. Mi pluma tiembla, y unas lágrimas de emoción siempre presente me suben a los ojos cuando intento describiros aquella inolvidable noche. Fanciullo me demostraba de forma perentoria, irrefutable, que la embriaguez del Arte es más apta que cualquier otra para velar los terrores del abismo; que el genio puede representar la comedia al borde de la tumba con una alegría que le impide verla, perdido como está en un paraíso donde se excluye toda idea de muerte y de destrucción. Todo el público, por extraño y frívolo que fuese, sintió pronto el poderoso dominio del artista. Nadie soñó ya en muerte, duelo, ni suplicio. Todos se abandonaron sin inquietud a las múltiples voluptuosidades que produce ver una obra maestra de arte vivo. Las

explosiones de gozo y admiración estremecieron varias veces las bóvedas del edificio con la fuerza de un trueno continuo. Hasta el Príncipe, embriagado, unió sus aplausos a los de su corte.

Sin embargo, para unos ojos clarividentes, su embriaguez no carecía de mezcla. ¿Se sentía vencido en su poder de déspota, humillado en su arte de aterrorizar los corazones y de embotar los espíritus, frustrado en sus esperanzas y burlado en sus previsiones? Tales suposiciones, no exactamente justificadas, pero no absolutamente injustificables, pasaron por mi mente mientras contemplaba el rostro del Príncipe, en el que una nueva palidez se añadía sin cesar a su palidez habitual, como la nieve cae sobre la nieve. Sus labios se apretaban cada vez con más fuerza y sus ojos se iluminaban con un fuego amigo, el extraño bufón que bufoneaba tan bien con la muerte. En un determinado momento vi a su Alteza inclinarse hacia un pajecillo colocado detrás de él y hablarle al oído. La cara traviesa del bonito muchacho se iluminó con una sonrisa, y enseguida salió rápidamente del palco principesco como si fuese a cumplir una misión urgente.

Pocos minutos después, un agudo y prolongado silbido interrumpió a Fanciullo en uno de sus mejores momentos y desgarró al mismo tiempo los oídos y los corazones. Del sitio de la sala de donde provenía aquella desaprobación inesperada, un muchacho se precipitaba al pasillo ahogando la risa.

Fanciullo, sacudido, despertado de su sueño, cerró primero los ojos, luego los volvió a abrir casi enseguida, desmesuradamente agrandados; después, abrió la boca como para respirar convulsivamente, se tambaleó hacia delante y hacia atrás, y cayó muerto, rígido en las tablas.

¿El silbido, rápido como una espada, había frustrado al verdugón? ¿Había adivinado el Príncipe mismo toda la eficacia homicida de su astucia? Podríamos dudar. ¿Compadeció a su querido e inimitable Fanciullo? Es dulce y legítimo creerlo.

Los gentileshombres culpables habían gozado por última vez del espectáculo de la comedia. La misma noche fueron borrados de la vida.

Desde entonces, varios mimos, justamente apreciados en otros países, han venido a representar a la corte de ***, pero ninguno de ellos ha podido igualar el maravilloso talento de Fanciullo ni elevarse hasta el

mismo *favor*.

(1863)

XXVIII

LA MONEDA FALSA

Cuando nos íbamos alejando del estanco, mi amigo hizo una cuidadosa separación de las monedas; en el bolsillo izquierdo del chaleco deslizó una moneditas de oro; en el derecho, de plata; en el bolsillo izquierdo del pantalón, un puñado de calderilla; y por último, en el derecho, una moneda de plata de dos francos que había examinado de una forma particular.

«Singular y minucioso reparto», dije para mí.

Nos encontramos con un pobre que nos tendió la gorra temblorosamente. Nada conozco más inquietante que la elocuencia muda de unos ojos suplicantes que contienen a la vez, para el hombre sensible que sabe leer en ellos, tanta humildad y tantos reproches. Hay algo parecido a esta profundidad de sentimiento complicado en los ojos lacrimosos de los perros maltratados.

La limosna de mi amigo fue más considerable que la mía, y le dije: «Tiene usted razón, tras el placer de asombrarse no hay otro mayor que el de causar una sorpresa». «Era la moneda falsa», me respondió tranquilamente como para justificarse de su prodigalidad.

Pero en mi cerebro miserable, siempre ocupado en buscar tres pies al gato (¡qué regalo me ha hecho la naturaleza con esta abrumadora facultad!) entró de pronto la idea de que una tal conducta, por parte de mi amigo, no tenía otra excusa que el deseo de crear un acontecimiento en la vida de aquel pobre diablo, y hasta quizá el de conocer las diversas consecuencias, funestas o no, que una moneda falsa puede producir en manos de un mendigo. ¿No podría multiplicarse en monedas buenas? ¿No podría también llevarle a la cárcel? Un tabernero, un panadero, por ejemplo, tal vez le hiciera detener por monedero falso o como propagador de moneda falsa. Acaso también podría suceder que la moneda falsa fuese

el germen de una riqueza de algunos días en manos de un pobre y pequeño especulador. Y así, mi fantasía seguía su curso pretendiendo ennoblecer el acto de mi amigo y sacando todas las deducciones posibles de todas las hipótesis posibles.

Pero él rompió bruscamente mi fantasía tomando mis propias palabras: «Sí, tiene usted razón; no hay placer más dulce que el de sorprender a un hombre dándole más de lo que él espera».

Le miré a los ojos y me quedé espantado al ver que su mirada brillaba con indiscutible candor. Entonces vi claramente que al mismo tiempo quería hacer la caridad y un buen negocio; ganar cuatro cuartos y el corazón de Dios; ocupar económicamente el paraíso; en fin, adquirir gratis un diploma de hombre caritativo. Casi le hubiera perdonado el deseo de aquel goce criminal del que le supuse capaz hacía un momento; hubiese encontrado curioso, singular, que se divirtiese, comprometiendo a los pobres; pero nunca le perdonaré la necesidad de su cálculo. Nunca se puede excusar la maldad, pero existe algún mérito en saber que se es malo; el más irreparable de los vicios es hacer el mal estúpidamente.

(1864)

XXIX

EL JUGADOR GENEROSO

Ayer, entre la muchedumbre del bulevar, me sentí rozado por un Ser misterioso que siempre había deseado conocer y que reconocí enseguida, aunque nunca lo había visto. Tenía sin duda, con relación a mí, el mismo deseo, pues al pasar me hizo un guiño significativo al que yo me apresuré a obedecer. Le seguí atentamente y pronto bajé detrás de él a una estancia subterránea, deslumbradora, donde resplandecía un lujo con el que no podía competir el de ninguna de las habitaciones superiores de París. Me parecía extraño que yo hubiese pasado tan a menudo cerca de aquella prestigiosa guarida sin advertir su entrada. Allí reinaba una atmósfera exquisita, aunque mareante, que hacía olvidar casi al momento todos los fastidiosos horrores de la vida; se respiraba una beatitud sombría

semejante a la que debieron experimentar los comedores de loto cuando, al desembarcar en una isla encantada, iluminada por los fulgores de un eterno mediodía, sintieron nacer en ellos, a los sones adormecedores de las melodiosas cascadas, el deseo de no volver a ver nunca más sus hogares, sus mujeres, sus hijos, y de no volver nunca más a mecerse en las altas olas del mar.

Había allí rostros extraños de hombres y mujeres marcados con una belleza fatal, que me parecía haber ya visto en otras épocas y en otros países de los que me era imposible acordarme exactamente, y que me inspiraban más bien una simpatía fraternal que ese temor que nace ordinariamente a la vista de lo desconocido. Si quisiese intentar definir de cualquier forma la expresión singular de sus miradas diría que nunca vi ojos en que brillase con más fuerza el horror al hastío y el deseo inmortal de sentirse vivir.

Al sentarnos, mi huésped y yo éramos ya viejos y perfectos amigos. Comimos, bebimos sin restricción toda clase de vinos extraordinarios, y, cosa no menos extraordinaria, después de varias horas me parecía que yo no estaba más borracho que él. Sin embargo, el juego, ese placer sobrehumano, había cortado con diversos intervalos nuestras frecuentes libaciones, y tengo que decir que había jugado y perdido mi alma, mano a mano, con una indiferencia y una ligereza heroica. El alma es una cosa tan impalpable, tan a menudo inútil y algunas veces tan molesta, que, al perderla, sentí un poco menos de emoción que si hubiese extraviado, paseándome, una tarjeta de visita.

Fumamos lentamente algunos cigarros cuyo sabor y perfume incomparables daban al alma la nostalgia de países y de dichas desconocidas, y embriagado de todas aquellas delicias me atreví, en un acceso de familiaridad que no pareció desagradarle, a gritarle, amparándome en una copa llena hasta el borde: «¡A su salud, viejo Chivo!».

Hablamos también del universo, de su creación y de su futura destrucción; de la gran idea del siglo, es decir, del progreso y del perfeccionamiento, y en general, de todas las formas de la infatuación humana. Sobre este sujeto, Su Alteza no agotaba las bromas ligeras e irrefutables, y se explicaba con una suavidad de dicción y una tranquilidad

tal en las cosas grotescas que yo nunca he encontrado en ninguno de los grandes conversadores de la humanidad. Me explicó lo absurdo de las diferentes filosofías que hasta entonces habían tomado posesión del cerebro humano, y hasta se dignó hacerme confidente de algunos principios fundamentales cuyos beneficios y propiedad no me conviene compartir con quien quiera. No se lamentó de ninguna forma de la mala reputación que gozaba en todas las partes del mundo; me aseguró que él mismo era la persona más interesada en la destrucción de la superstición, y me confesó que solamente una vez había temido por su propio poder, fue el día que escuchó a un predicador, más sutil que sus cofrades, gritar desde el púlpito: «Queridos hermanos, no olvidéis nunca cuando oigáis alabar los progresos de las luces, que la más bella astucia del diablo es la de persuadiros de que él no existe».

El recuerdo de aquel célebre orador nos condujo naturalmente hacia el tema de las academias y mi extraño huésped me afirmó que no desdeñaba en muchos casos inspirar la pluma, la palabra y la conciencia de los pedagogos, y que asistía casi siempre en persona aunque invisible, a todas las sesiones académicas.

Alentado por tantas bondades, le pedí noticias de Dios y le pregunté si le había visto recientemente. Me respondió con una indiferencia matizada de cierta tristeza: «Nos saludamos cuando nos encontramos, pero como dos viejos caballeros en los que la cortesía innata no ha sabido apagar del todo el recuerdo de antiguos rencores».

Es dudoso que Su Alteza haya dado alguna vez una audiencia tan larga a un simple mortal, y yo temía abusar. Al fin, cuando la aurora estremecida blanqueaba los cristales, aquel célebre personaje, cantado por tantos poetas y servido por tantos filósofos que trabajan por su gloria sin saberlo, me dijo: «Quiero que guardes de mí un buen recuerdo y probarte que yo, de quien tanto malo se dice, soy alguna vez *buen diablo*, para servirme de una de vuestras locuciones vulgares. A fin de recompensarte por la pérdida irremediable de tu alma, te concedo la apuesta que hubieses ganado si la suerte hubiera estado de tu parte; es decir, la posibilidad de aliviar y de vencer durante toda tu vida esa extraña afección del Hastío que es la fuente de todas vuestras enfermedades y de todos vuestros miserables progresos. Todos los deseos que formules te ayudaré a realizarlos; reinarás

sobre tus vulgares semejantes; estarás lleno de agasajos y hasta de adoraciones; la plata, el oro, los diamantes, los palacios feéricos, vendrán a buscarte y te rogarán que los aceptes sin que tengas que hacer ningún esfuerzo para ganarlos; cambiarás de patria y de lugar tan a menudo como tu fantasía te lo ordene; te embriagarás de voluptuosidades, sin cansancio, en países encantadores donde siempre hace calor y donde las mujeres huelen tan bien como las flores, y etc., etc.», añadió levantándose y despidiéndose con una amable sonrisa.

Si no hubiese sido por el temor de humillarme ante tan gran asamblea, gustoso hubiera caído a los pies de aquel jugador generoso para agradecerle su largueza inaudita. Pero, poco a poco, después que le hube dejado, volvió a mí la incurable desconfianza; ya no me atrevía a creer en una dicha tan prodigiosa, y al acostarme, rezando mi plegaria como siempre por una costumbre estúpida, repetía medio dormido: «¡Dios mío, Señor, Dios mío, haz que el diablo cumpla su palabra!».

(1864)

XXX

LA CUERDA

A Édouard Manet

«Las ilusiones —me decía mi amigo— son acaso tan innumerables como las relaciones de los hombres entre sí o de los hombres con las cosas. Y cuando la ilusión desaparece, es decir, cuando vemos el ser o el hecho tal como son realmente, fuera de nosotros, experimentamos un extraño y complicado sentimiento, la mitad de pesar por el fantasma desaparecido y la otra mitad de agradable sorpresa ante la novedad, ante el hecho real. Si existe un fenómeno evidente, trivial, siempre parecido y de una naturaleza ante la cual sea imposible equivocarse, es el amor maternal. Es tan difícil suponer una madre sin amor maternal como una luz sin color. ¿Acaso no es perfectamente legítimo atribuir al amor maternal todas las acciones y palabras de una madre relativas a su hijo? Y, sin embargo, escuche esta

pequeña historia con la que he sido engañado singularmente por la ilusión más natural.

»Mi profesión de pintor me obliga a mirar con atención los rostros, las fisonomías que se aparecen en mi camino, y ya sabe usted qué gozo sacamos de esta facultad que a nuestros ojos nos parece la vida más viva y más significativa que para los otros hombres. En el apartado barrio en que vivo, donde vastos espacios de césped separan todavía los edificios, observé a menudo la fisonomía ardiente y traviesa de un niño que, más que la de otros, me sedujo desde el primer momento. Ha posado más de una vez para mí y lo he transformado en pequeño bohemio, en ángel, en Amor mitológico. Le he hecho llevar el violín del vagabundo, la Corona de espinas y los Clavos de la Pasión, y la Antorcha de Eros. Acabé sintiendo un placer tan vivo ante la gracia de aquel chiquillo que, un día, pedí a sus padres que me lo cedieran prometiéndoles vestirle, darle algún dinero y no imponerle más trabajo que el de limpiar los pinceles y hacer mis recados. Este pequeño, una vez lavado, estuvo encantador, y la vida que llevaba en mi casa le parecía un paraíso en comparación con la que hubiera soportado en el tugurio paterno. Tengo que añadir solamente que el hombrecito me asombró algunas veces con singulares crisis de tristeza precoz, y que muy pronto manifestó una afición inmoderada por el azúcar y los licores; tanto que al comprobar un día, a pesar de mis numerosas advertencias, un nuevo robo de ese género que había vuelto a cometer, le amenacé con devolverlo a sus padres. Después salí y mis asuntos me retuvieron bastante tiempo fuera de casa.

»¡Cuáles no serían mi horror y mi asombro, cuando al volver a casa, lo primero que impresionó mi vista fue mi hombrecito, el travieso compañero de mi vida, colgado de la puerta de ese armario! Sus pies casi tocaban el suelo; una silla que había derribado sin duda de una patada, estaba caída a su lado; la cabeza se inclinaba convulsa sobre el hombro; su rostro hinchado y sus ojos desmesuradamente abiertos con una fijeza espantosa me produjeron al principio la ilusión de vida. Descolgarle no era tarea fácil, como puede imaginar. Estaba ya tieso, y yo sentía una repugnancia inexplicable en hacerle caer al suelo bruscamente. Era necesario sostener todo el peso de su cuerpo con un brazo y con la mano del otro cortar la cuerda. Pero con esto no estaba todo hecho; el pequeño monstruo había

utilizado un cordel muy delgado que había penetrado profundamente en las carnes, y era preciso buscar la cuerda con unas delgadas tijeras entre los bordes de la hinchazón para liberar el cuello.

»He olvidado decirle que había pedido socorro de viva voz, pero todos mis vecinos habían rehusado venir en mi ayuda, fieles en eso a las costumbres del hombre civilizado que nunca quiere, no sé por qué, mezclarse en los asuntos de un ahorcado. Al fin vino un médico y declaró que el niño estaba muerto desde hacía varias horas. Cuando, más tarde, tuvimos que desnudarle para el entierro, la rigidez cadavérica era tal que, desesperando de doblar los miembros, fue necesario rasgar y cortar el traje para quitárselo.

»El comisario, a quien naturalmente tuve que declararle el accidente, me miró de soslayo y me dijo: “Esto es un asunto turbio”, movido sin duda por un inveterado deseo y una costumbre profesional de atemorizar sin más ni más, tanto a los inocentes como a los culpables.

»Quedaba una tarea suprema por realizar, cuyo sólo pensamiento me causaba una angustia terrible: había que avisar a los padres. Mis pies se negaban a llevarme. Por fin tuve valor. Pero con gran asombro mío, la madre se quedó impasible, ni una lágrima salió de sus ojos. Atribuí esa extrañeza al mismo horror que debía sentir y recordé la conocida máxima: “Los dolores más terribles son los dolores mudos”. En cuanto al padre, se contentó con decir, entre embrutecido y ensimismado: “¡Después de todo, tal vez sea mejor así, siempre hubiese acabado mal!”.

»Mientras tanto el cuerpo estaba tendido en un sofá, y con la ayuda de una criada me ocupaba en los últimos preparativos, cuando la madre llegó a mi estudio. Quería, según dijo, ver el cadáver de su hijo. En realidad no podía impedirle que se embriagase de su desgracia negándole aquel supremo y sombrío consuelo. Después me pidió que le enseñase el lugar donde su pequeño se había ahorcado. “¡Ah, no, señora —le respondí—; le haría daño!” Y como involuntariamente mis ojos se volvieron hacia el fúnebre armario, vi con repugnancia, mezcla de horror y de cólera, que el clavo se había quedado en el tablero con un trozo de cuerda colgando todavía. Me lancé vivamente para arrancar aquellos últimos vestigios de la desgracia y, cuando iba a echarlos por la ventana, la pobre mujer se agarró a mi brazo y me dijo con una voz irresistible: “¡Señor, déjemelo! ¡Se lo

ruego! ¡Se lo suplico!”. Entonces pensé que su desesperación, sin duda, la había enloquecido de tal manera que se prendaba con ternura de lo que sirvió de instrumento de muerte a su hijo y que quería guardarlo como una horrible y querida reliquia. Y se apoderó del clavo y del cordel.

»¡Al fin, todo se acabó! Solamente me quedaba ponerme a trabajar de nuevo con mayor ímpetu que de costumbre para alejar poco a poco aquel pequeño cadáver que se alojaba en los repliegues de mi cerebro y cuyo fantasma me fatigaba con sus grandes ojos fijos. Pero al día siguiente recibí un montón de cartas; unas de los inquilinos de la casa; otras, de casas vecinas; una del primer piso, otra del segundo, otra del tercero; y así sucesivamente; unas de estilo semicómico, como queriendo ocultar tras la broma aparente la sinceridad de la petición; otras de una pesadez desvergonzada y sin ortografía, pero todas tendían a un mismo fin, es decir, a obtener de mí un pedazo de la funesta y beatífica cuerda. Entre los firmantes había, debo decirlo, más mujeres que hombres, pero todas, créalo, no pertenecían a la clase ínfima y vulgar. He conservado las cartas.

»Y entonces, de pronto, se hizo una luz en mi cerebro y comprendí por qué la madre tenía tanto interés por arrancarme aquel cordel y con qué comercio se proponía consolarse.»[105]

(1864)

XXXI

LAS VOCACIONES

En un bello jardín, donde los rayos de un sol otoñal parecían rezagarse a placer, bajo un cielo ya verdoso donde unas nubes de oro flotaban como continentes viajeros, cuatro hermosos niños, cuatro muchachos, hablaban entre ellos.

Uno decía: «Ayer me llevaron al teatro. En unos palacios grandes y tristes, al fondo de los cuales se ve el mar y el cielo, unos hombres y unas mujeres también serios y tristes, pero mucho más bellos y mejor vestidos que los que vemos por todas partes, hablaban con voz cantarina. Se amenazan, se suplican, se agobian y apoyan la mano en el puñal que

llevan en el cinto. Ah, ¡qué bello es! Las mujeres son mucho más bellas y más altas que las que vienen a vernos a casa, y aunque tengan un aire terrible con sus ojos hundidos y sus mejillas inflamadas, nadie puede evitar amarlas. Dan miedo, dan ganas de llorar y sin embargo se está contento... Y además, lo más curioso es que dan ganas de vestirse de la misma forma, de decir y de hacer las mismas cosas y de hablar con la misma voz...».

Uno de aquellos cuatro niños que desde hacía algunos segundos no escuchaba el discurso de su compañero y observaba con una fijeza asombrosa no sé qué punto del cielo, dijo de golpe: «¡Mirad, mirad allí...! ¿Lo veis? Está sentado en aquella pequeña nube aislada, en aquella pequeña nube de color de fuego que anda lentamente. Él también parece que nos mira».

«Pero ¿quién?», preguntaron los otros.

«¡Dios! —respondió con un acento de perfecta convicción—. ¡Ya está muy lejos, ya no podréis verle! Sin duda viaja para visitar todos los países. Mirad, va a pasar por detrás de aquella ringlera de árboles que está casi en el horizonte..., y ahora desciende por detrás del campanario... ¡Ya no se le ve!» Y el pequeño se quedó mucho tiempo vuelto hacia el mismo lado, con los ojos fijos en la línea que separa la tierra del cielo y en los que brillaba una inexplicable expresión de éxtasis y de nostalgia.

«¡Este está idiota con ese Dios que sólo él puede ver! —dijo el tercero, cuya personilla se distinguía toda ella por una vivacidad y una vitalidad singulares—. Voy a contaros cómo me ha ocurrido algo que nunca os ha sucedido a vosotros y que es más interesante que tu teatro y tus nubes. Hace algunos días mis padres me llevaron de viaje con ellos, y como en el albergue donde nos detuvimos no había bastantes camas para todos, decidieron que yo dormiría con la criada. —Acercó a sus compañeros hacia sí y habló con voz más baja.— Es curioso el efecto que produce no estar acostado solo y en cambio encontrarse junto a la criada en la misma cama y en tinieblas. Como yo no dormía, me divertí, mientras ella dormía, pasándole la mano por los brazos, por el cuello y por los hombros. Tiene los brazos y el cuello mucho más gruesos que las otras mujeres, y su piel es tan suave, tan suave que parece de papel de carta o de papel de seda. Yo gozaba tanto que hubiese continuado mucho tiempo si no hubiera tenido

miedo, miedo de despertarla, primero, y después miedo de no sé qué. En seguida escondí la cara entre sus cabellos, que llegaban hasta la espalda, espesos como una crin, y os aseguro que olían tan bien como las flores del jardín a estas horas. ¡Probad, cuando podáis, a hacer lo mismo que yo, y veréis!»

El joven autor de tan prodigiosa revelación tenía, al contar el relato, los ojos desorbitados de estupor por lo que aún sentía, y los rayos del sol poniente resbalando por los bucles rojizos de su enmarañada cabellera encendía a su alrededor como una aureola sulfúrea de pasión. Se adivinaba fácilmente que aquel muchacho no perdería su vida buscando la Divinidad en las nubes y que con frecuencia la encontraría en otras partes.

Por último, el cuarto dijo: «Ya sabéis que yo no me divierto nada en mi casa; nunca me llevan a ningún espectáculo, mi tutor es demasiado avaro; Dios no se ocupa de mí ni de mi hastío, y no tengo ninguna hermosa criada con quien dormitar. A menudo he creído que mi placer sería caminar siempre derecho, siempre adelante, sin saber adónde, sin que nadie se preocupe por ello, y en ver siempre nuevos países. Nunca estoy bien en ninguna parte y siempre creo que estaría mejor en otro lugar que allí donde me encuentro. Pues bien, en la última feria del pueblo vecino vi a tres hombres que viven como yo querría vivir. Vosotros no os habéis fijado en ellos. Eran altos, casi negros y muy orgullosos, aunque iban harapientos, con el aspecto de no necesitar de nadie. Sus grandes ojos sombríos se volvieron completamente brillantes mientras tocaban la música, una música tan sorprendente que daba ganas tan pronto de bailar como de llorar, o de las dos cosas a la vez; y se volvería uno como loco si los escuchase mucho tiempo. Uno, arrastrando el arco sobre el violín, parecía contar una pena, otro, haciendo saltar un martillito sobre las cuerdas de un pequeño piano colgado de su cuello de una correa tenía el aspecto de burlarse del llanto de su vecino, mientras que el tercero tocaba de vez en cuando los platillos con una violencia extraordinaria. Estaban tan contentos de sí mismos que siguieron tocando aquella música de salvajes aún después de que la muchedumbre se dispersó. Por fin, recogieron sus cuartos, se cargaron a la espalda el equipaje y se fueron. Yo, como quería saber dónde vivían, les seguí de lejos hasta la orilla del bosque, y solamente allí comprendí que no vivían en ninguna parte.

»Entonces uno de ellos dijo: "¿Hay que desplegar la tienda?".

»¡Claro que no! —respondió otro—. ¡Hace una noche tan buena!

»El tercero decía, mientras contaba lo recaudado: "Estas gentes no sienten la música y sus mujeres bailan como unos osos. Por suerte antes de un mes estaremos en Austria y allí encontraremos un público más amable".

»"Tal vez sería mejor que fuésemos a España porque la estación avanza; huyamos antes de que vengan las lluvias y no nos mojemos más el gaznate", dijo uno de los otros dos.

»Como veis todo lo recuerdo. Después bebieron cada uno una taza de aguardiente y se adormecieron de cara a las estrellas. Al principio me entraron ganas de pedirles que me llevasen con ellos y que enseñasen a tocar sus instrumentos; pero no me atreví, tal vez porque siempre es muy difícil decidirse a cualquier cosa y también porque tenía miedo de que me detuvieran antes de haber salido de Francia».

El aspecto poco interesado de los otros tres me hizo pensar que este pequeño era ya un *incomprendido*. Le miré atentamente; había en sus ojos y en su frente ese no sé qué precozmente fatal que aleja generalmente la simpatía que, no sé por qué, excitaba la mía de tal forma que un instante tuve la extraña idea de que yo podía tener un hermano que yo mismo no conocía.

El sol se estaba ocultando. La noche solemne había ocupado su lugar. Los muchachos se separaron, yéndose cada uno a su gusto, según las circunstancias y los azares, a madurar su destino, a escandalizar a su prójimo y a gravitar hacia la gloria o hacia el deshonor.

(1864)

XXXII

EL TIRSO

A Franz Liszt

¿Qué es un tirso? Según el sentido moral y poético, es un emblema sacerdotal en la mano de los sacerdotes o de las sacerdotisas que celebran

la divinidad de la que son intérpretes y servidores. Pero físicamente no es más que una vara, una simple vara, pértiga de lúpulo, estaca de vis, seca, dura y recta. Alrededor de esa vara, en meandros caprichosos, juegan bromeando flores y tallos, estos sinuosos y huidizos, aquellas inclinadas como campanas o copas vueltas del revés. Y un asombroso esplendor se desprende de esta complejidad de líneas y de colores delicados y resplandecientes. ¿No podría decirse que la línea curva y la espiral hacen la corte a la línea recta y danzan a su alrededor con muda adoración? ¿No podría decirse que todas esas corolas delicadas, todos esos cálices, explosiones de aroma y de colores ejecutan una mística danza alrededor de la hierática vara? ¿Y, sin embargo, qué mortal imprudente se atrevería a decidir si las flores y los pámpanos se hicieron para la vara o si esta sólo es el pretexto para mostrar la belleza de los pámpanos de las flores? El tirso es la representación de vuestra asombrosa dualidad, maestro poderoso y venerado, querida Bacante, de la Belleza misteriosa y apasionada. Nunca la ninfa exasperada por el invencible Baco sacudió el tirso sobre las cabezas de sus compañeras enloquecidas con tanta fuerza y capricho como vosotros agitáis vuestro genio sobre los corazones de vuestros hermanos. La vara es vuestra voluntad recta, sólida, inquebrantable; las flores son el paseo de vuestra fantasía en torno de vuestra voluntad, el elemento femenino que ejecuta alrededor del macho su prestigiosas piruetas. Rectas y arabescos, intención y expresión, rigidez de la voluntad, sinuosidad del verbo, unidad de propósito, variedad de medios, amalgama todopoderosa e indivisible del genio, qué analista tendrá el detestable valor de dividiros y de separaros?

Querido Liszt: a través de las brumas, más allá de los ríos, por encima de las ciudades donde los pianos cantan tu gloria, donde la imprenta traduce tu sabiduría, en el lugar que tú estés, en los esplendores de la Ciudad Eterna o en las brumas de los países soñadores a los que Gambrinus consuela improvisando cantos de delectación o de inefable dolor, o confiando al papel tus abstrusas meditaciones, diantre de la Voluptuosidad y de la Angustia eterna, filósofo, poeta y artista, ¡yo te saludo en la inmortalidad![106]

(1863)

XXXIII

EMBRIAGAOS

Hay que estar siempre embriagado. Ese es el secreto; esa es la única cuestión. Para no sentir la horrible carga del Tiempo que rompe vuestros hombros y os inclina hacia la tierra, tenéis que embriagaros sin tregua.

¿Pero de qué? De vino, de poesía o de virtud, a vuestro gusto. Pero embriagaos.

Y si alguna vez, en las escalinatas de un palacio, sobre la yerba verde de un foso, en la lúgubre soledad de vuestro cuarto, os despertáis con la embriaguez ya disminuida o desaparecida, preguntad al viento, a la ola, a la estrella, al pájaro, al reloj, a todo lo que huye, a todo lo que gime, a todo lo que rueda, a todo lo que canta, a todo lo que habla, preguntad qué hora es; y el viento, la ola, la estrella, el pájaro, el reloj, os responderán: «¡Es la hora de emborracharse! ¡Para no ser los martirizados esclavos del Tiempo, embriagaos, embriagaos sin cesar! De vino, de poesía o de virtud, a vuestro gusto».

(1865)

XXXIV

¡YA!

Cien veces ya había salido el sol, radiante o entristecido, de aquella cuba inmensa del mar cuyas orillas apenas se vislumbraban, cien veces se había vuelto a hundir, resplandeciente o melancólico, en su inmenso baño del atardecer. Desde hacía muchos días podíamos contemplar el otro lado del firmamento y descifrar el alfabeto celeste de las antípodas. Y todos los pájaros gemían y gruñían. Se hubiera dicho que la proximidad de la tierra les exasperaba el sufrimiento. «¿Cuándo cesaremos de una vez —decían— de dormir sacudidos por el oleaje, turbados por un viento, que ronca más fuerte que nosotros? ¿Cuándo podremos comer en un sillón inmóvil?»

Había quienes penaban en su hogar, quienes añoraban a sus infieles y desagradables mujeres y a su chillona progenitura. Todos estaban tan enloquecidos por la imagen de la tierra ausente que, según creo, hubieran comido la yerba con más entusiasmo que los animales.

Por fin se divisó la costa; y al aproximarnos vimos que era una tierra magnífica, deslumbrante. Parecía que las músicas de la vida se desprendían de ella en un vago murmullo, y que aquellas costas, ricas en todas las gamas de verdes, exhalaban, hasta varias leguas, un delicioso olor de flores y de frutos.

Pronto fueron todos felices, todos abandonaron su mal humor. Todas las querellas fueron olvidadas y todas las ofensas recíprocas perdonadas; los duelos concertados fueron borrados de las memorias y los rencores se esfumaron como el humo.

Sólo yo estaba triste, inconcebiblemente triste. Como un sacerdote a quien arrancaran su divinidad, no podía separarme, sin una amargura desconsoladora, de aquel mar tan infinitamente variado en su espantosa sencillez, que parece contener y representar en sus juegos, en su porte, en sus cóleras y en sus sonrisas los hombres, las agonías y los éxtasis de todas las almas que han vivido, que viven y que vivirán.

Al decir adiós a aquella incomparable belleza me sentía abatido hasta la muerte; por eso cuando mis compañeros dijeron: «¡Por fin!», yo sólo pude gritar: «¡Ya!».

Sin embargo, era la tierra, la tierra con sus ruidos, sus pasiones, sus comodidades, sus fiestas; era una tierra rica y magnífica, llena de promesas, que nos enviaba un misterioso perfume de rosas y de almizcle, y de donde las músicas de la vida nos llegaban con un amoroso murmullo.

(1863)

XXXV

LAS VENTANAS

El que mira desde fuera a través de una ventana abierta nunca ve tantas cosas como el que mira una ventana cerrada. No hay nada más profundo,

más misterioso, más fecundo, más tenebroso, más deslumbrador que una ventana iluminada por una vela. Lo que se puede ver al sol es siempre menos interesante que lo que pasa tras un cristal. En ese agujero negro o luminoso vive la vida, sueña la vida, sufre la vida.

Más allá del oleaje de tejados, diviso a una mujer madura, arrugada ya, pobre, siempre inclinada sobre algo, sin salir nunca. Con su rostro, con su vestido, con su gesto, con casi nada, he rehecho la historia de esa mujer, o mejor dicho, su leyenda, y a veces me la cuento a mí mismo llorando.

Si hubiera sido un pobre viejo habría rehecho la suya con la misma facilidad. Y me acuesto orgulloso de haber vivido y sufrido en otros seres distintos de mí.

Tal vez me digáis: «¿Estás seguro de que esta leyenda sea la verdadera?». Qué importa lo que pueda ser la realidad externa si me ayudó a vivir, a sentir quién soy y lo que soy.

(1863)

XXXVI

EL DESEO DE PINTAR

¡Desdichado, tal vez, el hombre, pero dichoso el artista destrozado por el deseo!

Estoy ardiendo por pintar aquella que se me apareció tan extrañamente como había de huir, tan rápida como una cosa bella que se ha de añorar y que se fue como el viajero arrebatado en la noche. ¡Cuánto tiempo hace ya que desapareció!

Es hermosa y más que hermosa, sorprendente. En ella abunda lo sombrío; y lo que inspira es nocturno y profundo. Sus ojos son dos astros en los que vagamente centella el misterio, y su mirada ilumina como el relámpago: es una explosión en las tinieblas.

Yo la compararía a un sol negro si se pudiera concebir un astro negro que derramara la luz y la felicidad. Pero hace pensar mucho más en la luna que sin duda la ha señalado con su terrible influencia; no en la luna blanca de los idilios que se parece a una fría desposada, sino en la luna

blanca y embriagadora, suspendida en el fondo de una noche tormentosa y empujada por las nubes que corren; no en la luna apacible y discreta que visita el sueño de los hombres puros, sino en la luna arrancada del cielo, vencida y rebelde, a quien las Brujas tesalianas obligan duramente a danzar sobre la yerba aterrorizada.

En su pequeña frente viven la voluntad tenaz y el amor a la presa. Sin embargo, en la parte baja de este inquietante rostro, donde las temblorosas aletas de la nariz aspiran lo desconocido y lo imposible, estalla, con su gracia inefable, la risa de una boca grande, roja y blanca y deliciosa, que haca soñar con el milagro de una soberbia flor abierta en un terreno volcánico.

Hay mujeres que inspiran el deseo de vencerlas y gozarlas; pero esta hace sentir el deseo de morir lentamente bajo su mirada.

(1863)

XXXVII

LOS BENEFICIOS DE LA LUNA

La luna, que es el capricho mismo, miró por la ventana mientras tú dormías en la cuna y se dijo: «Esta niña me gusta».

Y descendió blandamente por su escalera de nubes, y atravesó sin ruido los cristales. Después se tendió sobre ti con la suave ternura de una madre y puso sus colores en tu rostro. Tus pupilas se quedaron verdes y tus mejillas extraordinariamente pálidas. Al contemplar a esta visitante se agrandaron tus ojos de una manera extraña, y te oprimió tan tiernamente la garganta que te dejó para siempre ganas de llorar.

Mientras tanto, en la expansión de su alegría, la luna llenaba toda la habitación como una atmósfera fosfórea, como un veneno luminoso; y toda aquella luz tan viva pensaba y decía: «¡Sentirás eternamente el influjo de mi beso; serás hermosa a mi manera; amarás lo que amo y lo que me ama: el agua, las nubes, el silencio y la noche; el mar inmenso y verde; el agua informe y multiforme; el lugar donde tú no estés; al amante que no conocerás; las flores monstruosas; los perfumes que hacen delirar; los gatos

que se pasman sobre los pianos y que gimen como las mujeres con una voz ronca y suave!

»Y serás amada por mis amantes, cortejada por mis cortesanos. Serás la reina de los hombres de ojos verdes a quien también he oprimido la garganta con mis caricias nocturnas; de aquellos que aman el mar, el mar inmenso, tumultuoso y verde, el agua informe y multiforme, el lugar donde ellos no están, a la mujer que no conocen, las flores siniestradas, los perfumes que turban la voluntad y los animales salvajes y voluptuosos que son los emblemas de su locura».

Y por eso, maldita y querida niña mimada, estoy ahora tendido a tus pies, buscando en toda tu persona el reflejo de la temible Divinidad, de la fatídica madrina, de la nodriza envenenadora de todos los *lunáticos*.

(1863)

XXXVIII

¿CUÁL ES LA VERDADERA?

Conocí a una tal Benedicta que llenaba la atmósfera de ideal, y cuyos ojos esparcían el deseo de grandeza, de belleza, de gloria y de todo lo que hace creer en la inmortalidad.

Pero esta muchacha milagrosa era demasiado bella para vivir mucho tiempo, y murió algunos días después de haberla conocido. Yo mismo la enterré un día en que la primavera agitaba su incensario hasta en los cementerios. Fui yo quien la enterró, bien encerrada en un ataúd de madera perfumada e incorruptible como los cofres de la India.

Y como mis ojos se quedaron fijos en el lugar donde estaba escondido mi tesoro, vi, de pronto, a una personilla que se parecía singularmente a la difunta y que, pataleando sobre la tierra fresca con una violencia histérica y extraña, decía estallando de risa: «¡Yo soy la verdadera Benedicta! ¡Yo soy una famosa canalla! ¡Y para castigo de tu locura y de tu ceguera me querrás tal como yo soy!».

Pero yo, furioso, respondí: «¡No! ¡No! ¡No!». Y para dar más fuerza a mi negativa golpeé tan violentamente la tierra con el pie que mi pierna se

hundió hasta la rodilla en la reciente sepultura, y como un lobo cogido en la trampa, quedé preso, tal vez para siempre, en la fosa del ideal.

(1863)

XXXIX

UN CABALLO DE RAZA

Es muy fea. ¡Y, no obstante, es deliciosa!

El Tiempo y el Amor la han marcado con sus garras y le han enseñado cruelmente lo que cada minuto y cada beso se llevan de juventud y de frescura.

Es verdaderamente fea; es hormiga, araña, si queréis hasta un esqueleto; ¡pero también es brebaje, magisterio, brujería! En suma, es exquisita.

El Tiempo no ha podido romper la armonía chispeante de su andar, ni la elegancia indestructible de su cuerpo. El Amor no ha alterado la suavidad de su hálito infantil y los años no le han arrancado nada de su abundante melena que exhala en fieros perfumes toda la vitalidad endiablada del Mediodía francés: Nimes, Aix, Aviñón, Narbona, Toulouse, ¡ciudades bendecidas por el sol, enamoradas y encantadoras!

El Tiempo y el Amor la han mordido en vano con buenos dientes; no han disminuido en nada el encanto vago pero eterno de su pecho de doncel.

Tal vez desgastada, pero no fatigada, y siempre heroica, hace pensar en esos caballos de pura sangre que la mirada del verdadero aficionado reconoce aunque estén enganchados a un coche de alquiler o a un pesado carromato.

Y además, ¡es tan dulce y ferviente! Ama como se ama en otoño; se diría que la proximidad del invierno enciende de un fuego nuevo en su corazón, y el servilismo de su ternura no es jamás fatigoso.

(1864)

XL

EL ESPEJO

Un hombre espantoso entra y se mira en el espejo.

«¿Por qué se contempla usted en el espejo si sólo puede verse en él con desagrado?»

El hombre espantoso me responde: «Señor, según los principios inmortales del 89, todos los hombres son iguales en derechos; así pues, tengo el derecho de mirarme con agrado o con desagrado, eso no le importa a nadie más que a mi conciencia».

En nombre del buen sentido, yo tenía razón sin ninguna duda; pero desde el punto de vista de la ley, él estaba en lo cierto.

(1863)

XLI

EL PUERTO

Un puerto es una morada encantadora para un alma fatigada de las luchas de la vida. La amplitud del cielo, la móvil arquitectura de las nubes, la cambiante coloración del mar, el centelleo de los faros son un prisma maravillosamente apropiado para distraer los ojos sin cansarlos nunca. Las formas esbeltas de los navíos de aparejo complicado, a los que el oleaje comunica unas armoniosas oscilaciones, sirven para mantener en el alma el gusto del ritmo y de la belleza. Y además, hay, sobre todo, una especie de placer misterioso y aristocrático, para quien ya no tiene ni curiosidad ni ambición, en el hecho de contemplar, recostado en el mirador o acodado en la escollera, todos los movimientos de los que se marchan y de los que vuelven, de los que tienen todavía la fuerza de querer, el deseo de viajar o de enriquecerse.

(1864)

XLII

RETRATOS DE AMANTES

En un gabinete de hombres solos, es decir, en una sala de fumar de un elegante garito, cuatro hombres fumaban y bebían. No eran precisamente ni jóvenes ni viejos, ni guapos ni feos; pero, viejos o jóvenes, todos tenían esa distinción no desconocida de los veteranos del placer, ese indescriptible no sé qué, esa tristeza fría y burlona que dice claramente: «Hemos vivido intensamente y buscamos aquello que pudiéramos amar y estimar».

Uno de ellos sacó a la conversación el tema de las mujeres. Hubiera sido más filosófico no hablar de nada de eso; pero hay gente de ingenio que, después de beber, no desprecia las conversaciones banales. Entonces se oye al que habla como se oiría música de baile.

—Todos los hombres —decía— han tenido la edad de Querubín: es la época en que, a falta de dríadas, se besa sin asco el tronco de una encina. Es el primer grado del amor. Al segundo se comienza a elegir. Poder deliberar es ya una decadencia. Es entonces cuando se busca decididamente la belleza. Yo, señores, hace ya mucho tiempo que tengo la gloria de haber llegado a la época climatérica del tercer grado en que la belleza por sí misma no basta si no está sazonada con perfume, con adornos, etc. Incluso confesaré que aspiro algunas veces, como a una dicha desconocida, a un cierto cuarto grado que debe marcar la tranquilidad absoluta. Pero, durante toda mi vida, exceptuando la edad de Querubín, he sido más sensible que cualquier otro a la enervante necesidad, a la irritante mediocridad de las mujeres. Lo que me gusta sobre todo en los animales es el candor. Así pues, juzgad cuánto sufriría con mi última querida.

»Era bastarda de un príncipe. Hermosa, no hace falta decirlo, ¿de lo contrario la hubiera yo aceptado? Pero ella estropeaba esta gran cualidad con una ambición indecorosa y deforme. Era una mujer que quería siempre hacerse el hombre. “¡Tú no eres un hombre! ¡Ah, si yo fuera hombre! ¡De nosotros dos, yo soy el hombre!” Estos eran los estribillos

insoportables que salían de aquella boca de donde yo sólo hubiese querido ver volar canciones. A propósito de un libro, de un poema, de una ópera, cuando dejaba escapar mi admiración, me decía en seguida: "¿Acaso crees que eso es muy bueno? ¿Qué sabes tú lo que es bueno?". Y comenzaba a argumentar.

»Un buen día se puso a estudiar química, hasta que de pronto encontré entre mi boca y la suya una máscara de vidrio. Con eso, mojigata, si a veces yo la empujaba con un gesto demasiado amoroso se estremecía como una sensual violada...

—¿Cómo terminó eso? —dijo uno de los otros tres—. No le creía con tanta paciencia.

—Dios —continuó— puso remedio en el mal. Un día encontré a esta Minerva, hambrienta de fuerza ideal, con mi criado en una situación tal que me vi obligado a retirarme discretamente para no hacerles sonrojar. Por la noche les despedí a los dos pagándoles los atrasos de sus salarios.

—En lo que a mí respecta —dijo el que había interrumpido—, sólo puedo quejarme de mí mismo. La dicha vino a vivir a mi casa y no la reconocí. En estos últimos tiempos el destino me había otorgado el goce de una mujer que era la más dulce, la más sumisa y la más abnegada de las criaturas. ¡Siempre a punto! ¡Y sin entusiasmo! «¡Quiero, puesto que te es agradable!», era generalmente su respuesta. Si apaleaseis esa pared o ese sofá sacaríais de ellos más suspiros que sacaban del seno de mi querida los impulsos del más arrebatado amor. Después de un año de vida común me confesó que nunca había conocido el placer. Sentí repugnancia de aquel duelo desigual, y aquella muchacha incomparable se casó. Más tarde tuve el capricho de volver a verla y me dijo, enseñándome seis hermosos niños: «Pues bueno, mi querido amigo, la esposa es todavía tan *virgen* como lo era tu amante». Nada había cambiado en aquella persona. Algunas veces la añoro; debería de haberme casado con ella.

Los otros se pusieron a reír, y un tercero dijo a su vez:

—Señores, yo he conocido goces que tal vez ustedes han desdeñado. Quiero hablar de lo cómico en el amor, y de un aspecto cómico que no excluye la admiración. He admirado a mi última querida más de lo que ustedes hayan podido, me parece, odiar o amar a las suyas. Y todo el mundo la admiraba tanto como yo. Cuando entrábamos en un restaurante,

al cabo de unos minutos todos se olvidaban de comer para contemplarla. Incluso los camareros y la señora del mostrador sentían aquel éxtasis contagioso hasta el extremo de olvidar sus deberes. En suma, he vivido algún tiempo íntimamente con un *fenómeno* viviente. Comía, masticaba, trituraba, devoraba, tragaba, pero con el aire más ligero y más despreocupado del mundo. Así me ha tenido mucho tiempo en éxtasis. Tenía una manera dulce, soñadora, inglesa y novelesca de decir: «¡Tengo hambre!» Y estas palabras las repetía día y noche enseñando los dientes más bonitos del mundo que enternecían y regocijaban al mismo tiempo. Hubiera podido hacer fortuna enseñándola por las ferias como *monstruo polífago*. La alimentaba bien y, sin embargo, me dejó.

—¿Por un abastecedor de víveres, sin duda?

—Algo parecido, una especie de empleado de intendencia que, con una varita mágica que sólo él conocía, suministraba a esta muchacha la ración de varios soldados. Por lo menos es lo que yo he supuesto.

—Yo —dijo el cuarto— he soportado sufrimientos atroces por lo contrario de lo que se le reprocha en general a la hembra egoísta. ¡Encuentro tantos mortales, demasiado afortunados, que se quejan de las imperfecciones de sus queridas!

Aquello fue dicho en un tono muy serio por un hombre de un aspecto dulce y reposado, de una fisonomía casi clerical, desgraciadamente iluminada por unos ojos de un gris claro cuya mirada dice: «¡Quiero!», o «¡Es necesario!», o bien «¡Nunca perdono!».

—Si, con lo nervioso que es usted, G..., y ustedes dos, K... y J..., flojos y ligeros como son, si se hubiesen juntado con cierta mujer que yo conozco, o habrían huido o se hubieran muerto. Yo he sobrevivido, como ven ustedes. Imagínense a una persona incapaz de cometer un error de sentimiento o de cálculo; imagínese una serenidad desoladora de carácter; una abnegación sin comedia y sin énfasis; una dulzura sin debilidad; una energía sin violencia. La historia de mi amor se parece a un interminable viaje sobre una superficie pura y pulida como un espejo, vertiginosamente monótono que reflejase mis sentimientos y mis gestos con la exactitud irónica de mi propia conciencia, de forma que yo pudiera permitirme un gesto o un sentimiento que no fuese razonable sin apercibir inmediatamente el mudo reproche de mi inseparable espectro. El amor se

me aparecía como una tutela. ¡Cuántas tonterías me evitó cometer, que yo siento no haber cometido! ¡Cuántas deudas pagadas a pesar mío! Me privaba de todos los beneficios que yo hubiese podido sacar de mi locura personal. Con una fría e infranqueable regla, ella barría todos mis caprichos. Para colmo de horror, una vez que el peligro había pasado, no exigía agradecimiento. Cuántas veces me he contenido para no apretarle la garganta gritándole: «¡Sé imperfecta, miserable, para que pueda amarte sin malestar y sin cólera...!» Durante varios años la he admirado con el corazón lleno de odio. ¡Al fin, no soy yo quien está muerto!

—¡Ah! —dijeron los otros—; ¿entonces ha muerto?

—Sí, así no podía continuar. El amor había llegado a ser para mí una pesadilla angustiosa. Vencer o morir, como dice la Política, ¡así era la alternativa que me imponía el destino! Una noche, en un bosque..., a la orilla de una charca, después de un melancólico paseo en que sus ojos reflejaban la dulzura del cielo y mi corazón estaba crispado como el Infierno...

—¿Qué?

—¿Cómo?

—¿Qué quiere usted decir?

—Era inevitable. Tengo muy acusado el sentimiento de la equidad para pegar, ultrajar o despedir a un servidor irreprochable. Pero tenía que ligar este sentimiento con el horror que aquel ser me inspiraba; desembarazarme de él sin perderle el respeto. ¿Qué quieren ustedes que hiciese de ella, *puesto que era perfecta*?

Los otros tres compañeros le miraron con una mirada vaga y ligeramente idiotizada, como fingiendo no comprender y como confesando implícitamente que ellos no se sentían capaces de una acción tan rigurosa aunque suficientemente explicada.

Hicieron traer nuevas botellas, para matar el Tiempo que tiene la vida tan dura y así acelerar la vida que transcurre tan lentamente.

(1867)

XLIII

EL TIRADOR GALANTE

Cuando el coche atravesaba el bosque, lo hizo parar cerca de un campo de tiro diciendo que le gustaría tirar unas balas para *matar* el Tiempo. Matar a ese monstruo, ¿no es la ocupación más vulgar y más legítima de cada uno? Y ofreció galantemente la mano a su querida, deliciosa y execrable mujer, a aquella misteriosa mujer a quien debe tantos placeres, tantos dolores y acaso también una gran parte de su genio.

Algunas balas dieron lejos del blanco; una de ellas hasta se clavó en el techo; y como la encantadora criatura reía locamente burlándose de la torpeza de su esposo, este se volvió bruscamente hacia ella y le dijo: «Mira aquella muñeca, allí, a la derecha, aquella de la nariz respingona que tiene el rostro tan altivo. Pues bien, ángel mío, *me figuro que eres tú*». Cerró los ojos y disparó. La muñeca fue decapitada en seco.

Entonces, inclinándose hacia su querida, su deliciosa, su execrable mujer, su inevitable y despiadada musa, y besándole respetuosamente la mano, añadió: «¡Ay, mi querido ángel, cuánto te agradezco mi destreza!».

(1863)

XLIV

LA SOPA Y LAS NUBES

Mi querida locuela me invitaba a comer, y por la ventana abierta del comedor, yo contemplaba las movientes arquitecturas que Dios hace con los vapores, las maravillosas construcciones de lo impalpable. Y me decía a través de mi contemplación: «¡Todas esas fantasmagorías son casi tan hermosas como los ojos de mi bella amada, la monstruosa locuela de los ojos verdes!».

De pronto, sentí un violento puñetazo en la espalda y oí una voz ronca y encantadora, una voz histérica y como enronquecida por el aguardiente, la voz de mi pequeña amada que decía: «¿Vas a comerte pronto la sopa, c...

de comerciante de nubes?».

(1865)

XLV

EL TIRO AL BLANCO Y EL CEMENTERIO

A LA VISTA DEL CEMENTERIO, BEBIDAS. «¡Singular muestra —se dijo el paseante— pero bien puesta para excitar la sed! Seguramente el dueño de esta taberna sabe apreciar a Horacio y a los poetas discípulos de Epicuro. Tal vez hasta conoce el profundo refinamiento de los antiguos egipcios, para quienes no había buen festín sin esqueleto o sin un emblema cualquiera de la brevedad de la vida.»

Y entró, se bebió un vaso de cerveza frente a las tumbas y se fumó lentamente un cigarrillo. Luego tuvo el capricho de bajar a aquel cementerio cuya yerba era tan alta y tan invitadora y en el que reinaba un sol tan rico.

En efecto, la luz y el calor eran rabiosos, y se hubiera dicho que el sol, ebrio, se revolcaba tan largo como era sobre una alfombra de magníficas flores fertilizadas por la putrefacción. Un inmenso rumor de vida llenaba el aire —la vida de los infinitamente pequeños—, cortada a regulares intervalos por la trepidación de los disparos de un campo de tiro cercano que estallaban como la explosión de los tapones del champán con el zumbido de una sinfonía en sordina.

Entonces, bajo el sol que le calentaba la cabeza, y en la atmósfera de los ardientes perfumes de la Muerte, oyó una voz que cuchicheaba en la tumba en que él estaba sentado. Y esta voz decía: «¡Malditos sean vuestros blancos y vuestras escopetas, turbulentos vivos que tan poco os preocupáis de los difuntos y de su divino reposo! ¡Malditas sean vuestras ambiciones, malditos sean vuestros cálculos, mortales impacientes que venís a estudiar el arte de matar cerca del santuario de la Muerte! ¡Si supieseis qué fácil es ganar el premio, qué fácil es tocar la meta, y cómo todo es nada, excepto la Muerte, no os fatigaríais tanto, laboriosos vivos, y turbaríais con menos frecuencia el sueño de los que desde hace ya mucho tiempo han dado en el

blanco, en el único blanco verdadero de la detestable vida!».

[Publicado póstumamente, 1867]

XLVI

PÉRDIDA DE AUREOLA

—Pero ¿cómo, usted por aquí, mi querido amigo? ¿Usted en un mal lugar? ¿Usted, el bebedor de quintaesencias, el comedor de ambrosía? Verdaderamente hay para sorprenderse.

—Querido, usted ya conoce mi terror a los caballos y a los coches. Hace poco, cuando atravesaba el bulevar, apresuradamente, brincando por el barro, a través de ese caos movedizo al que la muerte llega al galope por todos lados al mismo tiempo, en un movimiento brusco, la aureola se ha deslizado desde mi cabeza hasta el fango del empedrado. No he tenido el valor de recogerla. He considerado menos desagradable perder mis insignias que romperme los huesos. Y además, me he dicho, no hay mal que por bien no venga. Ahora puedo pasearme de incógnito, cometer bajas acciones, y entregarme a la crápula como los simples mortales. ¡Y aquí me tiene, como puede ver, semejante en todo a usted!

—Usted debería, al menos, denunciar la pérdida o reclamarla en la comisaría.

—¡Oh, no! Me encuentro bien aquí. Solamente usted me ha reconocido. Además, la dignidad me hastía. Y también pienso con alegría que algún mal poeta la recogerá y se la ceñirá impúdicamente. ¡Qué alegría hacer feliz a alguien! ¡Y sobre todo, un alguien que me haga reír! ¡Piense en X..., o en Z...! ¡Sí que será gracioso!

(1865)

XLVII

LA SEÑORITA BISTURÍ

Cuando llegaba al final del arrabal, bajo los destellos del gas, sentí un brazo que se escurría suavemente en el mío y oí una voz que me decía al oído: «¿Es usted médico, señor?».

Miré; era una muchacha alta, robusta, con los ojos muy abiertos, ligeramente pintada; sus cabellos flotaban al viento como las cintas de su gorro.

—No, no soy médico. Déjeme pasar.

—¡Oh, sí! Usted es médico. Se lo conozco. Venga a mi casa. Quedará contento conmigo. ¡Venga!

—Sí, ya iré a verla, *después del médico*, ¡qué diablo!

—¡Ah, ah! —exclamó colgada todavía de mi brazo y estallando de risa —. Es usted un médico bromista. He conocido a varios de ese estilo. Venga.

Me gusta apasionadamente el misterio porque siempre tengo la esperanza de aclararlo. Así pues, me dejé arrastrar por aquella compañera, o mejor dicho, por aquel enigma inesperado.

Omito la descripción del tugurio; la pueden encontrar en algunos viejos poetas franceses muy conocidos. Solamente, detalle no advertido por Regnier, dos o tres retratos de doctores célebres estaban colgados en las paredes.

¡Cuánto me cuidó! Buen fuego, vino caliente, tabaco; y mientras me ofrecía aquellas cosas tan buenas y me encendía ella misma un cigarrillo, la bromista criatura me decía: «Haga como en su casa, amigo mío, póngase cómodo. Así recordará el hospital y los buenos tiempos de la juventud. ¿De dónde ha sacado usted esas canas? Usted no era así, no hace todavía mucho tiempo, cuando era interno en L... Recuerdo que en las operaciones graves era usted quien le asistía. ¡Aquel era un hombre al que le gustaba cortar, tajar y raspar! Usted le daba los instrumentos, las hilas y las

esponjas. Y cuando la operación terminaba decía con orgullo mirando su reloj: "¡Cinco minutos, señores". ¡Oh!, voy por todas partes, conozco bien a estos señores».

Algunos instantes después, tuteándome, volvía a su estribillo y me decía: «¿Eres médico, verdad, mi gatito?».

Aquella muletilla ininteligible me hizo dar un salto.

—¡No! —grité furioso.

—¿Cirujano, entonces?

—¡No! ¡No! ¡Como no sea para cortarte la cabeza!

¡Perra sucia! ¡Golfa!

—Espera —continuó—, vas a ver.

Y sacó del armario un legajo de papeles que no era sino la colección de retratos de los médicos ilustres de aquel tiempo, litografiados por Maurin, que durante varios años estuvo expuesta en el muelle Voltaire.

—Mira, ¿reconoces a este?

—Sí, es X... El nombre está debajo, pero además le conozco personalmente.

—¡Ya sabía yo! Mira, aquí tienes a Z..., el que decía en clase hablando de X...: «¡Ese monstruo que lleva en su rostro la negrura de su alma!». Y todo porque el otro no era de su misma opinión en oferto asunto. ¡Cuánto nos reíamos de todo aquello en la escuela en aquel tiempo! ¿Te acuerdas? Mira, aquí tienes a K..., el que denunciaba al Gobierno a los insurrectos que curaba en el Hospital. Era la época de los motines. ¿Cómo es posible que un hombre tan bello tenga tan poco corazón? Aquí tienes ahora a W..., un médico inglés famoso; le pesqué durante su estancia en París. Tiene el aspecto de una señorita, ¿no es cierto?

Y como yo tocase un paquete atado con un cordel que había sobre el velador, me dijo: «Espera un poco, esos son los internos, y en este paquete están los externos.»

Y desplegó en abanico un montón de fotografías que representaban caras mucho más jóvenes.

—Cuando nos volvamos a ver me darás tu retrato, ¿verdad, querido?

—Pero —le dije siguiendo a mi vez también yo con mi idea fija—, ¿por qué me crees médico?

—¡Eres tan amable y tan bueno con las mujeres!

«¡Lógica singular!», me dije a mí mismo.

—Oh, ¡yo no me engaño! He conocido muchos. Me gustan tanto estos señores que aunque no esté enferma voy alguna vez a verles, nada más que por verles. Los hay que me dicen fríamente: «¡Usted no está enferma!». Pero hay otros que me comprenden porque les hago carantoñas.

—¿Y cuando no te comprenden...?

—¡Hombre!, como les he molestado *inútilmente* les dejo diez francos en la chimenea. ¡Son tan buenos y tan cariñosos esos hombres! ¡He descubierto en la Pitie un joven interno, bonito como un ángel, y tan educado! ¡Lo que trabaja el pobre muchacho! Sus compañeros me han dicho que no tiene ni un céntimo porque sus padres son pobres y no pueden enviarle nada. Eso me ha dado confianza. Después de todo, yo soy bastante guapa aunque no demasiado joven. Le he dicho: «Ven a verme, ven a verme a menudo. Y por mí no te molestes, no necesito dinero». Pero ya comprenderás que eso es lo he dado a entender de muchas maneras; no se lo he dicho crudamente; ¡tenía tanto miedo de humillarle! ¿Creerás que tengo un extraño deseo que no me atrevo a decírselo? Querría que viniese a verme con sus instrumentos y su delantal, ¡hasta un poco manchado de sangre!

Dijo eso con un aire muy cándido, como un hombre sensible diría a una cómica a quien amase: «Quiero verla vestida con el traje que saca en ese famoso papel que usted ha creado».

Siguiendo mi obstinación, continué: «¿Puedes recordar la época y el momento que nació en ti esa pasión tan particular?».

Difícilmente pude hacer que me comprendiera, pero al fin lo conseguí. Y entonces me respondió muy triste y, si no recuerdo mal, hasta desviando la mirada: «No sé... No recuerdo».

¿Qué rarezas no se encuentran en una gran ciudad cuando uno sabe pasearse y mirar? En la vida pululan monstruos inocentes. ¡Señor, Dios mío! Tú, el Creador, tú, el Maestro; tú que has hecho la Ley y la Libertad; tú, el soberano que deja hacer; tú, el juez que perdona; tú que estás lleno de motivos y de causas, y que acaso para convertir mi corazón, has puesto en mí el amor al horror, como la curación en el filo de una cuchilla; ¡Señor, ten piedad, ten piedad de los locos! ¡Oh, Creador! ¿Pueden existir monstruos ante los ojos de Aquel, el único que sabe por qué existen, cómo

se han hecho y cómo hubieran podido *no hacerse*?

(1865)

XLVIII

ANYWHERE OUT OF THE WORLD

Esta vida es un hospital donde cada enfermo está poseído del deseo de cambiar de cama. Este querría sufrir frente a la estufa, y aquel cree que se curaría al lado de la ventana.[107]

Me parece que yo estaría bien allá donde no estoy, y esta cuestión de mudanza es algo que discuto constantemente con mi alma.

«Dime, alma mía, pobre y helada alma, ¿qué te parecería si viviésemos en Lisboa? Allí debe de hacer calor y tú te fortalecerías como un lagarto. Esta ciudad está a la orilla del agua; dicen que está edificada en mármol y que el pueblo tiene tal odio por lo vegetal que arranca todos los árboles. ¡Allí tienes un paisaje de tu gusto, un paisaje hecho con la luz y el mineral, y el líquido para reflejarlos!»

Mi alma no me responde.

«Puesto que tanto te gusta el reposo, como el espectáculo del movimiento, ¿quieres ir a vivir a Holanda, la tierra beatífica? Quizá te divertirías en esa región cuya imagen has admirado con frecuencia en los museos. ¿Qué te parecería Rotterdam a ti que te gustan los bosques de mástiles y los navíos amarrados a los pies de las casas?»

Mi alma continúa muda.

«¿Tal vez te agradaría más Batavia? Allí encontraríamos por descontado el espíritu de Europa unido a la belleza tropical.»

Ni una palabra. ¿Estará muerta mi alma?

«¿A tal punto de embotamiento has llegado que sólo te complaces en tu mal? Si es así, huyamos hacia los países que son las analogías de la Muerte. ¡Ya sé lo que nos conviene, pobre alma! Prepararemos nuestros baúles para Borneo. Vámonos más lejos todavía, si es posible; instalémonos en el polo. Allí el sol roza siempre oblicuamente la tierra y

las lentas alternativas de la luz y de la sombra suprimen la variedad y aumentan la monotonía, esta mitad de la nada. Allí podremos tomar largos baños de tinieblas, mientras que, para divertirnos, las auroras boreales nos enviarán de vez en cuando sus haces sonrosados como reflejos de unos fuegos artificiales del Infierno.»

Por fin, mi alma estalla y sabiamente me grita: «¡A cualquier parte! ¡No importa dónde! ¡Siempre que sea fuera de este mundo!».

[Publicado póstumamente, 1867]

XVIX

¡PEGUEMOS A LOS POBRES!

Durante quince días estuve encerrado en mi cuarto, entre los libros que estaban de moda en aquel tiempo (hace dieciséis o diecisiete años); quiero decir de los libros que trataban del arte de hacer felices, prudentes y ricos a los pueblos en veinticuatro horas. Así pues, digerí —mejor dicho, tragué — todas las elucubraciones de todos esos contratistas de la felicidad pública, de todos aquellos que aconsejan a todos los pobres hacerse esclavos; y de los que les persuaden de que son reyes destronados. No es de extrañar que yo me encontrase entonces en un estado de espíritu cercano al vértigo o la estupidez.

Simplemente me parecía que sentía, confinado en el fondo de mi intelecto, el germen oscuro de una idea superior a todas las fórmulas de ama de casa cuyo diccionario acababa yo de revisar. Pero no era más que la idea de una idea, algo infinitamente vago.

Y salí con una gran sed. Porque el gusto apasionado de las malas lecturas engendra una necesidad proporcional de tomar aire libre y bebidas refrescantes.

Cuando iba a entrar a una taberna, un mendigo me tendió su sombrero con una de esas miradas inolvidables que echarían por tierra los troncos si el espíritu removiera la materia y si los ojos de un magnetizador hiciesen madurar las uvas.

Al mismo tiempo oí una voz que me susurraba al oído, una voz que reconocí perfectamente; era la de un buen Ángel, o la de un buen Demonio, que me acompaña por todas partes. Puesto que Sócrates tenía su buen Demonio, ¿por qué yo no había de tener mi buen Ángel, por qué yo no había de tener, como Sócrates, el honor de conseguir mi certificado de locura firmado por el sutil Lélut y por el astuto Baillarger?[108]

La única diferencia que hay entre el Demonio de Sócrates y el mío es que el de Sócrates sólo se le manifestaba para prohibir, advertir e impedir, mientras que el mío se digna aconsejar, sugerir, persuadir. El pobre Sócrates tenía un Demonio prohibitivo, el mío es un gran afirmador, mi Demonio es activo, es un Demonio de combate. Su voz, pues, me susurraba esto: «Sólo uno es igual a otro cuando lo demuestra, y únicamente es digno de la libertad aquel que la sabe conquistar».

Inmediatamente salté sobre el mendigo. De un solo puñetazo le hinché un ojo que en un segundo se le puso grueso como una pelota. Al romperle dos dientes me partí una de mis uñas, y como no me sentía bastante fuerte, porque soy delicado de nacimiento y me he ejercitado poco en el boxeo, para acabar rápidamente con aquel viejo, le cogí con una mano por el cuello de la chaqueta, con la otra le agarré la garganta y me puse a sacudirle con fuerza la cabeza contra la pared... Debo confesar que previamente había inspeccionado los alrededores de una ojeada y comprobado que en aquel desierto arrabal me encontraría por un tiempo bastante largo fuera del alcance de cualquier agente de policía.

Luego, de un puntapié en la espalda lo bastante enérgico como para romperle los omóplatos, eché por tierra al debilitado sexagenario, cogí una gruesa rama tirada en el suelo y le golpeé con la energía obstinada de los cocineros que quieren ablandar un *beefsteak*.

De repente, ¡oh milagro! ¡Oh satisfacción del filósofo que verifica lo excelente de su teoría!, vi a aquella vieja osamenta revolverse, enderezarse con una energía que nunca habría sospechado en una máquina tan particularmente descompuesta, y, con una mirada de odio que me pareció de *buen augurio*, el decrépito malandrín se echó sobre mí, me hinchó los ojos, me partió cuatro dientes y me golpeó con la misma rama. Con mi enérgica medicación le había devuelto el orgullo y la vida.

Entonces le hice señas para hacerle comprender que consideraba

terminada la discusión, y levantándome con la satisfacción de un sofista del Pórtico, le dije: «¡Señor, es usted igual a mí! ¿Quiere hacerme el honor de compartir conmigo mi bolsa? Y tenga presente, si es usted realmente filántropo, que hay que aplicar a todos sus colegas, cuando le pidan una limosna, la teoría que he tenido el *dolor* de probar sobre sus espaldas».

Me juró que había comprendido mi teoría y que seguiría mis consejos.

(1865)

L

LOS BUENOS PERROS

A M. Joseph Stevens

Nunca me he avergonzado, ni siguiera ante los escritores jóvenes de mi siglo, de mi admiración por Buffon; pero ahora no es el alma de ese pintor de la naturaleza pomposa a la que llamaré en mi ayuda. No.[109]

Más gustoso me dirigiría a Sterne y le diría: «¡Baja del cielo o sube hasta mí desde los Campos Elíseos para inspirarme en favor de los buenos perros, de los pobres perros, un canto digno de ti, sentimental e incomparable farsante! ¡Vuelve a horcajadas en ese asno famoso que siempre te acompaña en la memoria de la posteridad; y sobre todo que ese asno no se olvide de traer, delicadamente suspendido entre los hocicos, su inmortal mostachón!».[110]

¡Atrás la Musa académica! De nada me sirve esa vieja gazmoña. ¡Yo invoco a la Musa familiar, la ciudadana viva, para que me ayude a cantar a los buenos perros, a los pobres perros, a los perros enlodados, aquellos que todos apartan de sí por pestilentes y piojosos, excepto el pobre con quien se han asociado y el poeta que los mira con mirada fraternal!

¡Maldito el perro bonito, ese vanidoso cuadrúpedo, danés, king-charles, dogo o faldero, tan encantado de sí mismo que se lanza indiscretamente a las piernas o se sube a las rodillas del visitante como si estuviera seguro de agradar, turbulento como un niño, necio como una loreta, a veces pendenciero e insolente como un criado! ¡Malditas sobre todo esas

serpientes de cuatro patas, temblorosas y desocupadas que se llaman galgos y que ni siquiera alojan en su hocico puntiagudo el olfato suficiente para seguir la pista de un amigo, ni en su cabeza aplastada la suficiente inteligencia para jugar al dominó!

¡A la perrera todos esos fatigosos parásitos!

¡Que vuelvan a su perrera sedosa y acolchada! ¡Yo canto al perro sucio, al perro pobre, al perro sin domicilio, al perro vagabundo, al perro saltimbanqui, al perro cuyo instinto, como el del pobre, el del bohemio y el del histrión, está maravillosamente aguijoneado por la necesidad, esa madre tan buena, esa verdadera patrona de las inteligencias!

Yo canto a los perros calamitosos, ya sean los que van errantes, solitarios, por los barrancos sinuosos de las inmensas ciudades o aquellos que dijeron al hombre abandonado con unos ojos pestañeantes y espirituales: «¡Llévame contigo y con nuestras dos miserias, tal vez haremos una especie de felicidad!».

«¿Adónde van los perros?», decía en otro tiempo Nestor Roqueplan en un folletón inmortal que él ha olvidado sin duda y del que yo solamente, y acaso Sainte-Beuve, nos acordamos hoy todavía.[111]

¿Adónde van los perros?, preguntáis vosotros, hombres poco atentos. Van a sus ocupaciones.

A citas de negocios, citas de amor. A través de la bruma, a través de la nieve, a través del barro, bajo la mordaz canícula, bajo la lluvia chorreante, van y vienen, trotan, pasan por debajo de los coches, excitados por las pulgas, por la pasión, por la necesidad o por el deber. Como nosotros, se levantan temprano y se buscan la vida o corren a su placeres.

Hay algunos que duermen en las ruinas de las afueras y que vienen cada día, a una hora fija, a reclamar la espórtula a la puerta del Palais-Royal; otros acuden en tropel desde más de cinco leguas para compartir la comida que les ha preparado la caridad de ciertas doncellas sexagenarias, cuyo vacío corazón lo han entregado a los animales porque los hombres imbéciles ya no lo quieren.

Hay otros que, como negros cimarrones enloquecidos de amor, abandonan su vivienda, en ciertos días, para venir a la ciudad a brincar durante una hora alrededor de una hermosa perra, algo descuidada en su tocado, pero orgullosa y agradecida.

Y sin cuadernos, sin notas y sin carteras, son todos muy puntuales.

¿Conocéis la perezosa Bélgica y habéis admirado como yo a todos aquellos perros vigorosos enganchados al carrito del carnicero, de la lechera o del panadero, y que atestiguan con sus triunfantes ladridos el orgulloso placer que sienten al rivalizar con los caballos?

¡Aquí tenéis dos que pertenecen a una clase todavía más civilizada! Permitidme que os introduzca en la habitación del saltimbanqui ausente. Una cama de madera pintada, sin cortinas, unas mantas manchadas por los chinches que arrastran, dos sillas de paja, una estufa de hierro fundido, uno o dos instrumentos musicales descompuestos. ¡Qué triste mobiliario! Pero mirad, os lo ruego, a esos dos personajes vestidos con trajes a la vez raídos y suntuosos, tocados como unos trovadores o unos militares que vigilan, con una atención de brujas, la *obra sin nombre* que cuece en la estufa encendida con una larga cuchara en el centro, erguida, plantada como uno de esos mástiles que anuncian la terminación de un edificio.

¿No es justo que tan celosos comediantes se llenen el estómago con una sopa fuerte y sólida antes de ponerse en camino? ¿Y no perdonaréis un poco la sensualidad a estos pobres diablos que han afrontado todo el día la indiferencia del público y las injusticias de un director que se hace con la mayor parte y que come más sopa que cuatro comediantes?

¡Cuántas veces he contemplado, sonriente y enternecido, a todos estos filósofos de cuatro patas, esclavos complacientes, sumisos o adictos, que el diccionario republicano podría también calificar de *oficiosos*, si la república, demasiado ocupada de la *felicidad* de los hombres, tuviese tiempo de gobernar el *honor* de los perros!

¡Y cuántas veces he pensado que quizás haya en alguna parte (quién sabe, después de todo), para recompensar tanto valor, tanta paciencia y tanto trabajo, un paraíso especial para los buenos perros, los pobres perros, los perros sucios y desolados! ¡Swedenborg[112] afirma que hay uno para los turcos y otro para los holandeses!

Los pastores de Virgilio y de Teócrito esperaban, como premio de sus alternadas canciones, un buen queso, una flauta del mejor artesano o una cabra con las ubres hinchadas. El poeta que ha cantado a los pobres perros ha recibido como recompensa un hermoso chaleco, de un color rico y marchito al mismo tiempo, que hace pensar en los soles de otoño, en la

belleza de las mujeres maduras y en los veranos de San Martín.

Ninguno de los que estaban presentes en la taberna de Villa-Hermosa olvidará la petulancia con que el pintor se despojó de su chaleco en favor del poeta, de tal modo comprendió que era bueno y honrado cantar a los pobres perros.

Así ofrecía un magnífico tirano italiano, de los buenos tiempos, al divino Aretino[113] una daga enriquecida de pedrería o un manto de corte, a cambio de un precioso soneto o de un curioso poema satírico.

Y cada vez que el poeta se pone el chaleco del pintor, se ve obligado a pensar en los buenos perros, en los perros filósofos, en los veranos de San Martín y en la belleza de las mujeres muy maduras.

(1865)

EPÍLOGO

A la montaña he subido con alegre corazón
desde donde se contempla la ciudad en su amplitud:
un purgatorio, un infierno, hospital, burdel, prisión,

donde igual como una flor, allí florece el espanto.
Tú bien sabes, ¡oh Satán!, viejo patrón de mi angustia,
que yo no subía allí para verter vano llanto;

sino, como un viejo lúbrico con una vieja querida,
sólo quiero emborracharme con esa enorme ramera
con cuyo encanto infernal rejuvenezco mi vida,

aunque todavía duerma en su lecho matutino
con pesadez de catarro, por más que se pavonee
envuelta en velos nocturnos bordados en oro fino,

yo la amo, ¡oh capital infame! Sus cortesanas
y bandidos, constituyen los placeres que me ofrece
y que no comprenderán nunca las gentes profanas.

Los paraísos artificiales

A J. G. F.[114]

Mi querida amiga:

El buen sentido nos dice que las cosas de la Tierra son casi inexistentes y que la verdadera realidad solamente está en los sueños. Para digerir la dicha natural, como la artificial, hay que tener ante todo el valor de tragarla, y los que tal vez merecerían esa dicha son justamente aquellos a quienes la felicidad, tal como la conciben los mortales, siempre les ha producido el efecto de un vomitivo.

Los espíritus simples encontrarán raro y también impertinente que un cuadro de voluptuosidades artificiales sea dedicado a una mujer, la fuente más corriente de las voluptuosidades más naturales. Sin embargo, es evidente que así como el mundo natural penetra en el espiritual, le sirve de pasto, y contribuye a formar esa amalgama indefinible que llamamos nuestra individualidad, la mujer es el ser que proyecta más sombra o más luz en nuestros sueños. La mujer es fatalmente sugestiva, vive de otra vida que la suya propia, vive espiritualmente en las imaginaciones a las que obsesiona y fecunda.

Por otra parte, importa muy poco que sea comprendida la razón de esta dedicatoria. ¿Es necesario incluso que para la satisfacción del autor un libro cualquiera sea comprendido, excepto por aquel o aquella para quien ha sido compuesto? Y por fin, para decirlo todo, ¿es indispensable que se haya escrito para «alguien»? En cuanto a mí, tengo tan poco gusto por el mundo de los vivos que, como esas mujeres sensibles y desocupadas que envían por correo, según se dice, sus confidencias a amistades imaginarias, de buena gana escribiría solamente para los muertos.

Pero no es a una muerta a quien dedico este libro, es a alguien que, aunque enferma, está siempre activa y viva en mí, y que ahora vuelve sus miradas al cielo, ese lugar de todas las transfiguraciones, pues lo mismo que de una droga, el ser humano disfruta de ese privilegio de poder sacar

nuevos y sutiles goces hasta del dolor, de la catástrofe y de la fatalidad.

Verás en este cuadro un paseante sombrío y solitario, hundido en el agua movediza de las muchedumbres, enviando su corazón y su pensamiento a una Electra lejana que, en otro tiempo, se enjugaba la frente bañada de sudor y se «refrescaba los labios apergaminados por la fiebre»; y adivinarás el agradecimiento de otro Orestes cuyas pesadillas has vigilado a menudo y de quien ahuyentabas, con una mano ligera y maternal, el sueño espantoso.

C. B.

EL POEMA DEL HACHÍS

I

EL DESEO DE LO INFINITO

Los que saben observarse a sí mismos y tienen memoria de sus impresiones, aquellos que han sabido construir, como Hoffman, su barómetro espiritual, a veces han podido ver en el observatorio de su pensamiento bellas estaciones, días felices, minutos deliciosos. Hay días en que el hombre se despierta con un genio joven y vigoroso. Apenas descargados sus párpados del sueño que los mantenía cerrados, el mundo exterior se le presenta con un relieve poderoso, una nitidez de contornos y una riqueza de colores admirables. El mundo moral abre sus vastas perspectivas, llenas de nuevos esplendores. El hombre favorecido con esa beatitud, desgraciadamente rara y pasajera, se siente a la vez más artista y más justo, más noble para decirlo con una palabra. Pero lo que hay de más singular en ese estado excepcional del espíritu y de los sentidos, que sin exageración puedo llamar paradisíaco si lo comparo con las densas tinieblas de la existencia común y diaria, es que no ha sido creado por ninguna causa visible y fácil de definir. ¿Es el resultado de una buena higiene y de un régimen sensato? Esta es la primera explicación que se presenta al espíritu, pero estamos obligados a reconocer que a menudo se produce esa maravilla, esa especie de prodigio, como si fuese el efecto de una fuerza superior e invisible, exterior al hombre, después de un periodo en el que este ha abusado de sus facultades físicas. ¿Diremos que es la recompensa de la asidua plegaria y de los ardores espirituales? Es cierto que una constante elevación del deseo, una tensión de las fuerzas espirituales hacia el cielo, sería el régimen más apropiado para crear esta salud mortal tan espléndida y tan gloriosa; ¿pero en virtud de qué ley absurda se manifiesta a veces después de culpables orgías de la imaginación, después del abuso sofisticado de la razón, que es con relación a su uso honrado y razonable lo que los juegos de dislocación son los

saludables ejercicios gimnásticos? Por eso prefiero considerar esa condición anormal del espíritu como una verdadera *gracia*, como un espejo mágico en el que el hombre está invitado a verse embellecido, es decir, tal como debiera y pudiera ser; una especie de excitación angélica, una llamada al orden bajo una forma cortés. De igual manera, cierta escuela espiritualista cuyos representantes están en Inglaterra y América, considera los fenómenos sobrenaturales, como las apariciones de fantasmas, espectros, etc., como manifestaciones de la voluntad divina, atenta a despertar en el espíritu del hombre el recuerdo de las realidades invisibles.

Por otra parte, ese estado encantador y particular, en el que todas las fuerzas se equilibran, en el que la imaginación, aunque maravillosamente poderosa, no arrastra tras ella el sentido moral en aventuras peligrosas, en el que una sensibilidad exquisita ya no está atormentada por unos nervios enfermos, esos consejos habituales del crimen o del desespero; ese estado maravilloso, digno, no tiene síntomas precursores. Es tan imprevista como el fantasma. Es una especie de obsesión, pero de obsesión intermitente, de la que, si fuésemos cuerdos, deberíamos sacar la certidumbre de una vida mejor y la esperanza de alcanzarla por el ejército diario de nuestra voluntad. Esa agudeza del pensamiento, ese entusiasmo de los sentidos y del espíritu, han debido aparecerse al hombre, en todos los tiempos, como el primero de los bienes; por eso, considerando solamente la voluptuosidad inmediata, sin preocuparse por violar las leyes de su constitución, han buscado en ciencia física, en la farmacéutica, en los licores más groseros, en los perfumes más sutiles, bajo todos climas y en todos los tiempos, los medios de huir, aunque sólo fuese por unas horas, de su residencia en el fango, y como dice el autor de *Lázaro*, «de llevarse el paraíso de una sola vez». ¡Ay!, los vicios del hombre, tan llenos de horror como se les supone, contienen la prueba (¡aunque sólo fuese por su infinita expansión!) de su deseo del infinito; únicamente es un gusto que a menudo se equivoca de camino. Podría tomarse en sentido metafórico el proverbio popular: «Todos los caminos llevan a Roma», y aplicarlo al mundo moral; todo conduce a la recompensa o al castigo, dos formas de la eternidad. El espíritu humano desborda de pasiones; tiene «para dar y tomar», por servirme de otra alocución trivial; pero este desgraciado espíritu cuya

depravación natural es tan grande como su aptitud repentina, casi paradójica, para la caridad y las virtudes más arduas, es fecundo en paradojas que le permiten emplear para el mal el exceso de esa pasión desbordante. Nunca cree venderse en bloque. En su engreimiento olvida que tiene que habérselas con alguien más agudo, más fuerte que él, y que el Espíritu del Mal, incluso cuando sólo se le da un cabello, no tarda en llevarse la cabeza. Ese señor visible de la naturaleza visible (me refiero al hombre) ha querido, pues, crear el paraíso por medio de la farmacia, con las bebidas fermentadas, semejante a un maníaco que reemplazase sólidos muebles y verdaderos jardines por decorados pintados en tela y montados sobre bastidores. En esa depravación del sentido del infinito está, según creo, la razón de todos los excesos culpables, desde la embriaguez solitaria y reconcentrada del literato que, obligado a buscar en el opio un alivio para un dolor físico y habiendo descubierto de esa manera un manantial de goces morbosos, ha hecho de él poco a poco su única higiene y como el sol de su vida espiritual, hasta la borrachera más repugnante de los arrabales que, con el cerebro lleno de luz y de gloria, se revuelve ridículamente en las basuras de la calle.

Entre las drogas más apropiadas para crear lo que llamo el *Ideal artificial*, dejando aparte los licores que llevan con rapidez al furor material y destruyen la fuerza espiritual, y los perfumes cuyo uso excesivo hace que la imaginación del hombre sea más sutil, agotando al mismo tiempo gradualmente sus fuerzas físicas, las dos substancias más enérgicas cuyo empleo es más cómodo y está más a mano son el hachís y el opio. El análisis de los efectos misteriosos y de los goces morbosos que pueden engendrar esas drogas, de los castigos inevitables que resultan de su uso prolongado, y por último, el de la inmortalidad misma implicada en esa persecución de un falso ideal, constituye el asunto de este estudio.

El trabajo sobre opio se ha hecho de una manera tan brillante, médica y poética a la vez, que no me atrevería a añadirle nada. Me contentaré, pues, en otro estudio, a analizar ese libro incomparable que nunca se ha traducido completo en Francia. Su autor, hombre ilustre, con una poderosa y exquisita imaginación, hoy día retirado y silencioso, se ha atrevido a relatar con un candor trágico los goces y los tormentos que en otro tiempo encontró en el opio, y la parte más dramática de su libro es aquella en que

habla de los esfuerzos sobrehumanos de voluntad que tuvo que hacer para escaparse de la condena a la que él mismo se había entregado imprudentemente.

Hoy solamente hablaré del hachís, siguiendo las numerosas y minuciosas observaciones sacadas de notas o de confidencias de hombres inteligentes que lo habían usado durante mucho tiempo. Únicamente refundiré esos variados documentos en una especie de monografía, escogiendo un alma fácil de explicar y definir, como tipo adecuado para las experiencias de esa naturaleza.

II

¿QUÉ ES EL HACHÍS?

Los relatos de Marco Polo, de los que se han burlado sin razón, como de algunos otros antiguos viajeros, han sido verificados por los sabios y merecen nuestro crédito. No contaré, puesto que ya lo ha hecho él, cómo el Viejo de la Montaña encerraba en un jardín de delicias, habiéndoles embriagado antes con hachís (de ahí haschichinos o «asesinos»), a aquellos de sus discípulos más jóvenes a quienes quería darles una idea del paraíso, recompensa en la que se deducía, por decirlo así, una obediencia pasiva e irreflexiva. Respecto a la sociedad secreta de los haschichianos, el lector puede consultar el libro de Hammer y la memoria de Sylvestre de Sacy, inserta en el tomo XVI de las *Memorias de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras*, y sobre la etimología de la palabra «asesino», su carta al redactor del *Monitor*, aparecido en el número 358 del año 1809. Heródoto cuenta que los escitas amontonaban simientes de cáñamo sobre las que echaban piedras enrojecidas al fuego. Para ellos era como un baño de vapor más perfumado que el de ningún baño griego, y su placer tan vivo que les arrancaba gritos de alegría.

El hachís, en efecto, viene de Oriente; las propiedades excitantes del cáñamo eran muy conocidas en el antiguo Egipto, y su uso está muy extendido, con distintos nombres, en la India, en Argelia y en Arabia Feliz. Pero entre nosotros, al alcance de nuestra mirada, contamos con curiosos

ejemplos de embriaguez causada por emanaciones vegetales. Además de los niños que, después de haber jugado y haberse revolcado en los montones de alfalfa segada, sienten a menudo extraños vértigos, se sabe que cuando se hace la siega del cáñamo, los trabajadores de ambos sexos sufren efectos análogos; se diría que de la cosecha se desprende un miasma que perturba maliciosamente su cerebro. El segador siente que la cabeza le da vueltas y está llena de delirios. En ciertos momentos los miembros se debilitan y se niegan a moverse. Hemos oído hablar de crisis sonámbulas bastante frecuentes en los campesinos rusos, cuya causa, se dice, debe atribuirse al uso del aceite de cañamones en la preparación los alimentos. ¿Quién no conoce las extravagancias de las gallinas que han comido cañamones y el fogoso entusiasmo de los caballos a quienes los campesinos, en las bodas y fiestas patronales, preparan para unas carreras de campanario con una ración de cañamones rociada algunas veces con vino? No obstante, el cáñamo francés es impropio para transformarse en hachís, o por lo menos, según las repetidas experiencias, no puede producir una droga con la misma potencia que el hachís. Este hachís, o cáñamo indio, *cannabis indica*, es una planta de la familia de las urtiláceas, semejante en todo, excepto en que no alcanza la misma altura, al cáñamo de nuestros climas. Posee propiedades embriagadoras muy extraordinarias que, desde hace algunos años, han llamado la atención en Francia a los sabios y a la gente de mundo. Es más o menos estimado según de dónde proceda; el de Bengala es el más apreciado por los aficionados, sin embargo, los de Egipto, Constantinopla, Persia y Argelia gozan de las mismas propiedades, pero en grado inferior.

El hachís (o yerba, es decir la yerba por excelencia, como si los árabes hubiesen querido definir con una palabra, la «yerba», el manantial de todas las voluptuosidades inmateriales) tiene distintos nombres, según su composición y la manera de prepararlo en el país donde se ha cosechado: *bangie* en la India; *teriaki*, en Africa; *madjound* en Argelia y en la Arabia Feliz, etc. Es relevante la época del año en que se coge; cuando está en flor es cuando tiene mayor energía; por consiguiente, las puntas florecidas son las únicas partes empleadas en las distintas preparaciones de las que tenemos que decir algunas palabras.

El *extracto graso* del hachís, tal como lo preparan los árabes, se obtiene

hirviendo las puntas frescas de la planta en mantequilla y un poco de agua. Después de evaporarse por completo, toda la humedad se tamiza y así se obtiene una preparación con la apariencia de una pomada de color amarillo verdoso y un olor desagradable de hachís y de mantequilla rancia. Se emplea en bolitas de dos a cuatro gramos, pero a causa de su olor repugnante que aumenta con el tiempo, los árabes presentan el extracto graso en forma de dulces.

El más usado de estos dulces es el *dawamesk*, mezcla de extracto graso, azúcar y diversos aromas; tales como vainilla, canela, pistacho, almendras o almizcle. Algunas veces se le añade también un poco de cantárida con un fin que nada tiene que ver con los resultados habituales del hachís. Bajo esta nueva forma no es nada desagradable y puede tomarse en dosis de quince, veinte y treinta gramos, envuelto en oblea o disuelto en una taza de café.

Las experiencias hechas por Smith, Gastinel y Decourtive han tenido como meta llegar a descubrir el principio activo del hachís. A pesar de sus esfuerzos, su combinación química es todavía poco conocida, pero se atribuyen sus propiedades a una materia resinosa que contiene en abundancia, alrededor de un diez por ciento. Para obtener esta resina se hace un polvo grueso de la planta seca y se lava varias veces en alcohol, destilándolo en seguida para retirarlo en parte; se hace evaporar hasta obtener consistencia de extracto que se trata con agua para disolver las materias gomosas extrañas, y entonces queda la resina en estado de pureza.

Este producto es blando, de color verde oscuro, y tiene en alto grado el olor característico del hachís. 5, 10, 15 centigramos bastan para producir efectos sorprendentes. Pero la haschichina que puede administrarse en forma de pastillas de chocolate o de píldoras con jengibre, tiene, como el *dawamask* y el extracto graso, efectos más o menos vigorosos y de naturaleza muy variada según el temperamento de los individuos y su nerviosa susceptibilidad. Es más, el resultado varía en un mismo individuo. Tan pronto puede producir una alegría inmoderada e irresistible como una sensación de bienestar y plenitud de vida, otras veces un sueño equívoco y atravesado de sueños. Sin embargo, hay fenómenos que se reproducen con bastante regularidad, sobre todo en personas de

temperamento y educación análogos; hay una especie de unidad en la variedad que me permitirá redactar sin mucho trabajo esta monografía de la embriaguez a que acabo de referirme.

En Constantinopla, en Argelia e incluso en Francia, algunas personas fuman hachís mezclado con tabaco, pero entonces los fenómenos en cuestión se producen solamente de una forma muy atenuada, y por decirlo así, indolente. He oído decir que recientemente, por medio de la destilación, se había sacado del hachís un aceite esencial que parece poseer una virtud mucho más activa que todas las preparaciones conocidas hasta el presente; pero no se ha estudiado bastante para que yo pueda hablar con seguridad de sus resultados. No está de más añadir que el té, el café y los licores son poderosos auxiliares que aceleran más o menos la aparición de esa embriaguez misteriosa.

III

EL TEATRO DE SERAFÍN

¿Qué se siente? ¿Qué se ve? Cosas maravillosas, ¿no es cierto? ¿Espectáculos extraordinarios? ¿Es muy hermoso?, ¿y muy terrible?, ¿y muy peligroso? Tales son les preguntas que hacen los ignorantes a los adeptos con una curiosidad llena de temor. Se diría una impaciencia infantil de saber, como las gentes que nunca han salido del rincón de su hogar cuando se encuentran frente a un hombre que vuelve de países lejanos y desconocidos. Se imaginan la embriaguez del hachís como un país prodigioso, un vasto teatro de prestidigitación y de escamoteo donde todo es milagroso e imprevisto. Eso es un prejuicio, una desconfianza completa. Y ya que para el común de los lectores y de los preguntones la palabra hachís encierra la idea de un mundo extraño y trastornado, la llegada de sueños prodigiosos (sería mejor decir alucinaciones, las cuales son menos frecuentes de lo que se supone), especificaré en seguida la importante diferencia que hay entre los efectos del hachís y los fenómenos del sueño. En el sueño, ese viaje aventurero de cada noche, hay algo positivamente milagroso, es un milagro cuya puntualidad ha embotado el

misterio. Los sueños del hombre son de dos clases. Unos, llenos de su vida cotidiana, de sus preocupaciones, de sus deseos, de sus vicios, se combinan de una forma más o menos extraña con los objetos entrevistos durante el día y que se han fijado indiscretamente en el vasto lienzo de su memoria. Este es el sueño natural; es el hombre mismo. Pero la otra especie de sueño, el sueño absurdo, imprevisto, sin relación ni conexión con el carácter, la vida y las pasiones del durmiente, ese sueño que yo llamaré jeroglífico, representa evidentemente el lado sobrenatural de la vida, y justamente porque es absurdo, los antiguos lo creyeron divino. Como no se puede explicar por causas naturales, le atribuyó una causa exterior al hombre, y todavía hoy existe, sin hablar de los que practican la quiromancia, una escuela filosófica que ve en los sueños de esta clase un reproche o un consejo, en resumen, un cuadro simbólico y moral engendrado en el espíritu mismo del hombre que dormita. Es un diccionario que hay que estudiar, una lengua cuya clave pueden obtener los sabios.

En la embriaguez del hachís no hay nada parecido. No saldremos del sueño natural. Es cierto que la embriaguez, en toda su duración, solamente será un inmenso sueño gracias a la intensidad de los colores y a la rapidez de las concepciones; pero tendrá siempre la tonalidad particular del individuo. El hombre ha querido soñar, el sueño gobernará al hombre, pero ese sueño será hijo de su padre. El ocioso se las ha ingeniado para introducir artificialmente lo sobrenatural en su vida y en su pensamiento, pero después de todo y a pesar de la energía accidental de sus sensaciones, no es más que el mismo hombre aumentado, el mismo número elevado a una potencia muy alta. Está subyugado, pero, por desgracia suya, no lo está más que por sí mismo, *ha querido hacerse el ángel y se ha convertido en una bestia*, momentáneamente muy poderosa, si es que puede llamarse poder a una sensibilidad excesiva sin gobierno para ponderarla o explotarla.

Que la gente de mundo y los ignorantes, curiosos por obtener placeres excepcionales, sepan, pues, que no encontrarán en el hachís nada milagroso, absolutamente nada más que lo natural desorbitado. El cerebro y el organismo sobre los que obra el hachís solamente manifestarán sus fenómenos habituales individuales, aumentados, es cierto, en cuanto al

número y a la energía, pero siempre fieles a su origen. El hombre no se escapará de la fatalidad de su temperamento físico y moral; para las impresiones y los pensamientos familiares del hombre, el hachís será un espejo de aumento, pero solamente un puro espejo.

Aquí está la droga ante vuestros ojos: un poco de dulce verde del tamaño de una nuez, singularmente oloroso, hasta el punto de producir una cierta repulsión y principios de náusea, como lo haría, igualmente, cualquier olor fino e incluso agradable llevado a su máximo nivel de fuerza y, por decirlo así, de densidad. Permítaseme observar de paso que esta proposición puede ser invertida y que el perfume más repugnante e irritante llegaría a ser un placer si estuviese reducido a su cantidad y expresión mínima. ¡He aquí, pues, la felicidad! ¡Llenad la capacidad de una cucharilla! ¡La felicidad con todas sus embriagueces, todas sus locuras, todas sus niñerías! Podéis tragarla sin temor; no produce la muerte, y no atacará vuestros órganos físicos. Tal vez más adelante, si se recurre con demasiada frecuencia al sortilegio, disminuirá la fuerza de vuestra voluntad, quizá seáis menos hombres que hoy, ¡pero el castigo está tan lejano y el futuro desastre de una naturaleza tan difícil de definir! ¿Qué arriesgáis?, un poco de fatiga nerviosa mañana. ¿No os arriesgáis cada día a castigos mayores por menores recompensas? Así es: incluso habéis diluido, para darle más fuerza y expansión, una dosis de extracto graso en una taza de café; habéis tomado la precaución de tener el estómago vacío, retrasando hasta las nueve o las diez de la noche la comida fuerte para dejar al veneno toda su libertad de acción; todo lo más, dentro de una hora tomáis una sopa ligera. Ya tenéis suficiente lastre para un largo y extraño viaje. El vapor ha silbado, el velamen está presto y, sobre los viajeros ordinarios, tenéis ese curioso privilegio de ignorar adónde vais. Así lo habéis querido, ¡vida la fatalidad!

Supongo que habéis sabido elegir bien el momento para esa expedición aventurera. Toda depravación perfecta necesita un ocio perfecto. Por otra parte, sabéis que el hachís crea la exageración no solamente del individuo sino también de la circunstancia y del medio; ningún deber que cumplir que exija puntualidad, exactitud; nada de penas familiares, nada de dolores amorosos. Hay que guardarse de ello. Esa pena, esa inquietud, ese recuerdo de un deber que reclama vuestra voluntad y vuestra atención en

un determinado minuto, sonarían como si tocasen a muerto a través de vuestra embriaguez y envenenarían vuestro placer. La inquietud llegaría a ser angustia; la pena, tortura. Si observadas todas estas condiciones, hace buen tiempo, si estáis situados en un medio favorable, como un paisaje pintoresco o un apartamento decorado poéticamente y si, además, hay un poco de música, entonces todo marchará lo mejor posible.

Generalmente hay tres fases bastante fáciles de distinguir en la embriaguez del hachís, y no es poco curioso observar en los novicios los primeros síntomas de la primera fase. Habéis oído hablar vagamente de los maravillosos efectos del hachís; vuestra imaginación ha preconcebido una idea particular, algo como un ideal de embriaguez; tenéis prisa por saber si la realidad estará verdaderamente a la altura de vuestra esperanza. Eso basta para que desde el principio os entreguéis a un estado de ansiedad, bastante favorable al carácter conquistador e invasor del veneno. La mayoría de los novicios se quejan, en el primer grado de iniciación, de la lentitud de los efectos; los esperan con una impaciencia pueril, y como la droga no actúa bastante deprisa para su gusto, se entregan a fanfarronadas de incredulidad que divierten mucho a los iniciados que saben cómo de verdad obra el hachís. Las primeras acometidas, como los síntomas de una tormenta que se manifiesta indecisa durante mucho tiempo, aparecen y se multiplican en el seno mismo de esa incredulidad. Al principio se apodera de uno una cierta hilaridad, absurda, irresistible. Esos accesos de alegría inmotivada de los que estáis casi avergonzados se reproducen con frecuencia y van seguidos de intervalos de estupor durante los cuales buscáis en vano meditar. Las palabras más sencillas, las ideas más triviales, toman una fisonomía extraña y nueva; incluso os sorprendéis de haberlas encontrado tan sencillas hasta ese momento. Continuamente brotan de vuestro cerebro semejanzas y comparaciones incongruentes, imposibles de prever, juegos de palabras interminables, esbozos cómicos. El demonio os ha invadido; es inútil resistirse a esta hilaridad, dolorosa, como un cosquilleo. De vez en cuando uno se ríe de sí mismo, de su simpleza, de su locura, y si se está con compañeros, estos ríen igualmente del estado de uno y del de ellos, pero como es sin malicia, no se les guarda rencor.

Esa alegría, unas veces lánguida, y otras punzante, ese malestar en el júbilo, esa inseguridad, esa indecisión de la enfermedad, no duran

generalmente más de un tiempo muy corto. Pronto las relaciones entre las ideas llegan a ser tan vagas, el hilo conductor que une vuestras concepciones tan tenue, que únicamente vuestros cómplices pueden comprenderos. Y aún así, sobre este asunto, no hay ningún medio para verificarlo, tal vez crean comprenderos y la ilusión sea recíproca. Este retozo y esas carcajadas que parecen explosiones son como una verdadera locura o, por lo menos, una simpleza de maníaco, para todo aquel que no se encuentre en el mismo estado que vosotros. De la misma manera, la cordura y el buen sentido, la regularidad de los pensamientos del testigo prudente que no se ha embriagado, os alegra y divide como una especie particular de demencia. Los papeles están invertidos. Su sangre fría os lleva a los últimos límites de la ironía. ¿No es una situación misteriosamente cómica la de un hombre que goza de una alegría incomprensible para quien no se encuentra en las mismas circunstancias que él? El loco tiene lástima del cuerdo, y desde ese momento la idea de su superioridad comienza a despuntar en el horizonte de su intelecto. Pronto crecerá, aumentará y estallará como un meteoro.

Fui testigo de una escena muy fuerte de esta clase, y cuyo aspecto grotesco solamente era inteligible para los que conocían, por lo menos por haberlo observado en otro, los efectos de la sustancia y la enorme diferencia de diapasón que crea entre dos inteligencias que se suponen iguales. Un músico célebre que ignoraba las propiedades del hachís, de las que tal vez nunca había oído hablar, cae en medio de una reunión en la que varias personas lo habían tomado. Tratan de hacerle comprender los maravillosos efectos. Al escuchar esos relatos prodigiosos, sonríe con agrado, por complacencia, como un hombre que quiere *posar* durante algunos minutos. Esos espíritus agudizados por el veneno adivinan pronto su desprecio, y las risas le hieren. Estos estallidos de alegría, esos juegos de palabras, esas fisonomías alteradas, toda esa atmósfera malsana, le irritan y le llevan a declarar, quizá más pronto de lo que hubiese querido, «que esa broma de artista es pesada, y que, además, debe ser muy fatigosa para quienes la han emprendido». Lo cómico de la situación iluminó todas las mentes como un relámpago y la alegría redobló. «Esta broma puede ser buena para ustedes —dijo—, pero no para mí.» «Basta que sea buena para nosotros», replica egoísta uno de los enfermos. No sabiendo si se las tiene

que haber con locos verdaderos o con gentes que simulan la locura, nuestro hombre cree que lo más cuerdo es retirarse; pero alguien cierra la puerta y esconde la llave. Otro, arrodillándose ante él, le pide perdón en nombre de la reunión y le declara insolentemente, pero con lágrimas, que a pesar de su inferioridad espiritual, que tal vez inspira un poco de lástima, todos sienten por él una profunda amistad. Se resigna a quedarse y hasta condesciende a tocar un poco de música en vista de las reiteradas súplicas. Pero los sonidos del violín, difundiéndose por el apartamento como un nuevo contagio, *agarraban* (la palabra no es demasiado fuerte) tanto a un enfermo como a otro. Había suspiros roncos y profundos, sollozos repentinos, torrentes de lágrimas silenciosas. El músico, espantado, se para y, aproximándose a aquel cuya beatitud era más escandalosa, le pregunta si sufre mucho y qué se necesita para aliviarle. Uno de los asistentes, *un hombre práctico*, propone limonada y ácidos. Pero el enfermo, con los ojos extasiados, les mira a los dos con un indecible desprecio. ¡Querer curar a un hombre enfermo de exceso de vida, enfermo de alegría!

Como se ve por esta anécdota, la benevolencia ocupa un lugar bastante grande en las sensaciones causadas por el hachís; una benevolencia blanda, perezosa, muda, y derivada del enternecimiento de los nervios. En apoyo de esta observación, una persona me ha contado una aventura que le ocurrió en ese estado de embriaguez, y cómo había conservado un recuerdo muy exacto de sus sensaciones. Comprendí perfectamente en qué apuro grotesco, inextricable, le había sumido esa diferencia de diapasón y de nivel de que hablaba hace un momento. No recuerdo si el hombre en cuestión estaba en su primera o en su segunda experiencia. ¿Había tomado una dosis demasiado fuerte, o el hachís había producido, sin ayuda de ninguna otra causa aparente (lo que ocurre con frecuencia) efectos mucho más vigorosos? Me contó que, a través de su goce, ese goce supremo de sentirse lleno de vida y de creerse lleno de genio, había encontrado de pronto un motivo de terror. Deslumbrado al principio por la belleza de sus sensaciones, súbitamente le habían espantado. Se había preguntado a sí mismo lo que llegaría a ser de su inteligencia y de sus órganos si ese estado, que tenía por sobrenatural, iba agravándose, si sus nervios eran cada vez más delicados. Por la facultad de amplificación que posee el ojo

espiritual del pariente, ese miedo debe ser un suplicio inefable. «Estaba —decía—, como un caballo desbocado que corría hacia el abismo, queriendo pararse, pero sin poder hacerlo. En efecto, era un galope espantoso, y mi pensamiento, esclavo de las circunstancias, del medio, del accidente y de todo lo que puede implicarse en la palabra "azar", había tomado un giro pura y absolutamente rapsódico. "¡Es demasiado tarde!", me repetía sin cesar con desesperación. Cuando cesó esa forma de sentir que me pareció durar un tiempo infinito y que tal vez solamente fue de algunos minutos, por fin, creí poder sumirme en la beatitud, tan querida de los orientales, que sigue a esta fase furiosa, una nueva *desgracia* me agobió. Una nueva inquietud, trivial y pueril cayó sobre mí. De pronto recordé que estaba invitado a una cena, a una reunión de hombres serios. Me vi de antemano en medio de una muchedumbre cuerda y discreta, donde cada uno es dueño de sí mismo, obligado a ocultar cuidadosamente el estado de mi espíritu bajo el brillo de las numerosas lámparas. Creí que lo conseguiría, pero también me sentía desfallecer pensando en los esfuerzos de voluntad que necesitaría desplegar. Por no sé qué accidente surgieron en mi memoria las palabras del Evangelio: "¡Ay de aquel por quien el escándalo llega!", y queriendo olvidarlas, aplicándome en olvidarlas, las repetía mentalmente sin cesar. Mi desgracia (pues era una verdadera desgracia) tomó entonces enormes proporciones. A pesar de mi debilidad decidí hacer un esfuerzo de energía y consultar a un farmacéutico; pues ignoraba los reactivos y quería ir con la inteligencia libre y despejada a ese mundo donde me llamaba mi deber. Pero en la puerta de la botica, de pronto me vino un pensamiento que me hizo parar unos instantes y me dio que pensar. Acababa de verme, al pasar, en el cristal de un escaparate y mi cara me había sorprendido. ¡Esa palidez, esos labios contraídos, esos ojos abultados! "Voy a inquietar a ese pobre hombre —me dije—, y por una tontería." Hay que añadir el sentimiento del ridículo que quería evitar, el temor de encontrarme con gente en la botica. Pero mi benevolencia repentina por ese boticario desconocido dominaba mis otros sentimientos. Me imaginaba a ese hombre tan sensible como yo mismo lo estaba en ese instante funesto, y como también pensaba que su oído y su alma debían, como los míos, vibrar al menor ruido, decidí entrar de puntillas en su comercio. Me decía para mí que toda discreción sería poca ante un hombre

cuya caridad iba a alarmar. Y me prometía apagar el sonido de mi voz como el de mis pasos; ¿conocéis esa voz del hachís?, grave, profunda, gutural, muy parecida a la de los viejos tomadores de opio. El resultado fue lo contrario de lo que quería conseguir. Decidido a tranquilizar al farmacéutico, le atemoricé. No conocía nada sobre esa *enfermedad*, nunca había oído hablar de ella. Sin embargo, me miraba con una curiosidad muy mezclada de desconfianza. ¿Me tomaba por un loco, un malhechor o un mendigo? Ni por una cosa ni por otra, sin duda, pero todas estas ideas absurdas cruzaron por mi cabeza. Me vi obligado a explicarle detalladamente (¡qué fatiga!) lo que era el dulce de cáñamo y para qué servía, repitiéndole sin cesar que no había peligro, que no había *para él* ningún motivo para alarmarse y que solamente le pedía aúpo para aliviarme, insistiendo mucho en la pena sincera que sentía por la molestia que le causaba. Al fin —hay que comprender toda la humillación encerrada para mí en estas palabras—, me rogó sencillamente que *me retirase*. Esta fue la recompensa por mi caridad y mi benevolencia exageradas. Fui a mi reunión y no escandalicé a nadie. Ninguno adivinó los esfuerzos sobrehumanos que tuve que hacer para parecerme a todo el mundo. ¡Pero nunca olvidaré las torturas de una embriaguez ultrapoética, contenida por el decoro y contrariada por un deber!»

Aunque naturalmente propenso a simpatizar con todos los dolores que nacen de la imaginación, no pude evitar reírme con este relato. El hombre que me lo contó no se ha corregido. Ha continuado pidiéndole al dulce maldito la excitación que hay que encontrar en sí mismo, pero como es un hombre prudente, ordenado, *un hombre de mundo*, ha disminuido la dosis, lo que le ha permitido aumentar la frecuencia de ellas. Más tarde apreciará los frutos podridos de su higiene.

Vuelvo al desarrollo regular de la embriaguez. Después de esta primera fase de alegría infantil, hay como un apaciguamiento momentáneo. Pero pronto se anuncian nuevos acontecimientos por una sensación de frescura en las extremidades (que incluso puede llegar a ser un frío muy intenso en algunos individuos) y una gran debilidad en todos los miembros; entonces tenéis las manos de mantequilla, y en la cabeza, en todo vuestro ser, sentís un estupor y una estupefacción molestos. Los ojos se agrandan, como si un éxtasis implacable tirase de ellos en todas direcciones. El rostro palidece.

Los labios se contraen y van hundiéndose en la boca con un movimiento de anhelo que caracteriza la ambición de un hombre víctima de grandes proyectos, oprimido por vastas ideas, o que contiene su respiración para tomar arranque. La garganta se cierra, por decirlo así. El paladar está seco por una sed que sería fácil satisfacer si las delicias de la pereza no fuesen más agradables y no se opusieran al menor movimiento del cuerpo. Suspiros roncos y profundos se escapan del pecho, como si vuestro *antiguo* cuerpo no pudiese soportar les deseos y la actividad de vuestra *nueva* alma. De vez en cuando, una sacudida os atraviesa y os obliga a hacer un movimiento involuntario, como esos sobresaltos que al final de un día de trabajo o en una noche tormentosa preceden al sueño definitivo.

Antes de seguir adelante y a propósito de esa sensación de frescura de que he hablado, quiero contar otra anécdota que servirá para mostrar hasta qué punto los efectos, incluso puramente físicos, pueden variar según los individuos. Esta vez es un literato el que habla y en algunos pasajes de su relato, me parece, se podrán encontrar los indicios de un temperamento literario.

«Había tomado una dosis moderada de extracto graso —me dijo—, y todo iba perfectamente. La crisis de alegría enfermiza había durado poco tiempo, y me encontraba en un estado de languidez y de asombro que era casi feliz. Me prometía, pues, una velada tranquila y sin preocupaciones. Desgraciadamente, la casualidad hizo que tuviese que acompañar a alguien a un espectáculo. Me lo tomé a bien, decidido a disfrazar mi inmenso deseo de pereza e inmovilidad. Como todos los coches de mi barrio estaban ocupados, tuve que resignarme a hacer un largo trayecto a pie a través de los discordantes ruidos de los coches, las conversaciones estúpidas de los transeúntes, océano de trivialidades. Ya se me había manifestado una ligera frescura en la punta de los dedos; pronto se transformó en un frío vivísimo, como si tuviese las dos manos metidas en un cubo de agua helada. Pero no me hacía sufrir, más bien esa sensación casi aguda me producía una especie de voluptuosidad. Sin embargo, me parecía que ese frío me invadía cada vez más a medida que avanzaba en ese viaje interminable. Pregunté dos o tres veces a la persona a quien acompañaba si realmente hacía mucho frío; me respondió que, al contrario, la temperatura era más que tibia. Instalado por fin en la sala,

encerrado en el palco que me habían destinado, con dos o tres horas de reposo ante mí, creí que había llegado a la tierra prometida. Los sentimientos que había reprimido en el camino, con toda la escasa energía de que podía disponer, me invadieron, y me abandoné libremente a mi mudo frenesí. El frío seguía en aumento, y, sin embargo, veía personas vestidas con ropas ligeras o, incluso, enjugándose la frente con aspecto de fatiga. Me poseyó la agradable idea de que yo era un hombre privilegiado, el único a quien se le había concedido el derecho de tener frío en verano en una sala de espectáculos. Ese frío aumentaba hasta el punto de llegar a ser alarmante, pero ante todo me dominaba la curiosidad de saber hasta qué grado podría descender. Al fin llegó a tal punto, fue tan completo, tan general, que todas mis ideas se congelaron, por decirlo así; era un trozo de hielo que pensaba; me consideraba como una estatua tallada en un solo bloque de hielo; y esa loca alucinación me causaba un orgullo, producía en mí un bienestar moral que no sabría definir. La certeza de que todos los asistentes ignoraban mi naturaleza y la superioridad que tenía sobre ellos aumentaba mi abominable goce y, además, la dicha de pensar que mi compañero no había sospechado un solo instante las extrañas sensaciones que me poseían. Tenía la recompensa de mi disimulo, y mi excepcional voluptuosidad era un verdadero secreto.

»Apenas entré en el palco, mis ojos tuvieron una impresión de tinieblas emparentada de algún modo con la idea de frío. Puede que esas dos ideas se hayan prestado fuerzas recíprocamente. Usted sabe que el hachís invoca siempre magnificencias de luz, esplendores gloriosos, cascadas de oro líquido: cualquier luz es buena para él, la que fluye a chorros y la que se pega como lentejuelas en las puntas y en las asperezas, los candelabros de los salones, los cirios del mes de María, las avalanchas de rosa en las puestas de sol. Parece que aquella miserable araña difundía una luz muy insuficiente para esa red insaciable de claridad, creí entrar, como le he dicho a usted, en un mundo de tinieblas que, gradualmente, se hicieron más espesas mientras que yo soñaba con una noche polar y un invierno perpetuo. En cuanto al escenario (consagrado al género cómico), era lo único luminoso, infinitamente pequeño y situado lejos, muy lejos, como en el extremo de un inmenso estereoscopio. No le diré que escuchaba a los cómicos, usted sabe que eso es imposible; de vez en cuando mi mente

cogía al vuelo un fragmento de frase, y semejante a una bailarina hábil se servía de él como de un trampolín para saltar a ensueños muy lejanos. Podría suponerse que un drama, oído de esa forma, carece de lógica y de encadenamiento; no lo crea usted, yo descubría un sentido muy sutil en el drama creado por mi distracción. Nada me chocaba, y me parecía un poco a ese poeta que al ver por primera vez representar *Esther* encontraba muy natural que Amán hiciese una declaración de amor a la reina. Era, como puede adivinarse, el instante en que este se echa a los pies de Esther para implorar el perdón de sus crímenes. Si todos los dramas se escuchasen según este método, ganarían grandes bellezas, incluso los de Racine.

»Los actores me parecían excesivamente pequeños y rodeados de un contorno preciso y cuidado, como las figuras de Meissonnier.[115] Veía con claridad, no solamente los detalles más minuciosos de sus vestidos, como los dibujos de las telas, costuras, botones, etc., sino también la línea que separa la falsa frente de la verdadera, el blanco, el azul y el rojo, y todos los medios de mímica. Y esos liliputienses estaban revestidos de una claridad fría y mágica, como la que un cristal muy puro da a una pintura al óleo. Cuando por fin puede salir de aquel panteón de tinieblas heladas, disipándose la fantasmagoría interior, volví en mí, sentí un cansancio mayor que el que nunca me ha producido un trabajo duro y forzado.»

En efecto, en ese momento de la embriaguez es cuando se manifiesta una sutileza nueva, una agudeza superior en todos los sentidos. El olfato, la vista, el oído, el tacto participan igualmente en ese proceso. Los ojos apuran hasta al infinito. El oído percibe sonidos casi imperceptibles en medio del mayor tumulto. Entonces comienzan las alucinaciones. Los objetos exteriores toman lentamente, sucesivamente, apariencias singulares; se deforman y se transforman. Después llegan los equívocos, los errores y las transposiciones de ideas. Los sonidos se revisten de colores, y los colores están llenos de música. Se dirá que esto es muy natural y que todo cerebro poético concibe esas analogías en su estado sano y normal. Pero ya he advertido al lector que en la embriaguez del hachís no había nada de positivamente sobrenatural; sólo que esas analogías revisten entonces una vivacidad insólita; penetran, invaden, agobian el espíritu con su carácter despótico. Las notas musicales se vuelven números y si vuestra mente está dotada de alguna aptitud matemática, la melancolía, la

armonía escuchada, conservando su carácter voluptuoso y sensual, se transforma en una vasta operación matemática, en la que los números engendran números, y cuyas fases y generación podéis seguir con una facilidad inexplicable y una agilidad igual a la del ejecutante.

Algunas veces ocurre que la personalidad desaparece y la objetividad, propia de los poetas panteístas, se desarrolla tan anormalmente que la contemplación de los objetos exteriores os hace olvidar vuestra propia existencia y pronto os confundís con ellos. Vuestro ojo se fija en un árbol armonioso doblado por el viento; a los pocos segundos lo que en el cerebro de un poeta solamente sería una comparación muy natural, llegará a ser en el vuestro una realidad. Al principio, atribuís al árbol vuestras pasiones o vuestra melancolía; sus gemidos y sus oscilaciones llegan a ser los vuestros, y pronto sois el árbol. De la misma forma el ave que se cierne en el fondo del espacio *representa* primero el inmortal deseo de volar por encima de las cosas humanas, pero enseguida sois el ave misma. Os imagino sentados y fumando. Vuestra atención se fijará durante mucho tiempo en las nubes azuladas que salen de vuestras pipas. La idea de usa evaporación lenta, continua, eterna, se apoderará de vuestro espíritu, y en seguida aplicaréis esa idea a vuestros propios pensamientos, a vuestra materia pensadora. Por un extraño equívoco, por una especie de transposición o de *quid pro quo* intelectual os sentiréis evaporándoos, y atribuiréis a vuestra pipa (en la que os imagináis acurrucados y recogidos como el tabaco) la extraña facultad de *fumaros*.

Por suerte, esa interminable imaginación no ha durado más que un minuto, ya que un intervalo de lucidez, con un gran esfuerzo, os ha permitido mirar el reloj. Pero otra corriente de ideas os arrastra, os envolverá también un minuto en su torbellino viviente, y ese minuto será otra eternidad, porque las proporciones del tiempo y del ser están completamente trastocadas por la multitud y la intensidad de las sensaciones y de las ideas. Se diría que en el espacio de una hora se viven varias vidas humanas. ¿No sois entonces semejantes a una novela fantástica que fuese viva en lugar de ser escrita? Ya no hay ecuación entre los órganos y los goces, y de esta consideración, sobre todo, nace la represión aplicable a ese peligroso ejercicio en el que la libertad desaparece.

Cuando hablo de alucinaciones, no hay que tomar la palabra en su sentido más estricto. Un matiz muy importante distingue la alucinación pura, tal como los médicos tienen a menudo ocasión de estudiarla, de la alucinación o mejor, del error de los sentidos en el estado mental ocasionado por el hachís. En el primer caso, la alucinación es repentina, perfecta y fatal; además no encuentra pretexto ni excusa en el mundo de los objetos exteriores. El enfermo ve una forma, oye sonidos donde no hay. En el segundo caso, la alucinación es progresiva, casi voluntaria, y no llega a ser perfecta, no madura, más que por la acción de la imaginación. Así pues, tiene un pretexto. El sonido hablará, dirá cosas distintas, pero había un sonido. El ojo ebrio del hombre que ha tomado hachís verá formas extrañas; pero antes de ser extrañas o monstruosas, esas formas serán sencillas y naturales. La energía, la vivacidad verdaderamente habladora de la alucinación en la embriaguez no destruye en nada esa diferencia original. Aquella tiene una raíz en el medio ambiente y en el tiempo presente, esta no la tiene.

Para hacer comprender mejor esa efervescencia de imaginación, esa madurez del sueño y ese alumbramiento poético al que está condenado un cerebro intoxicado por el hachís, contaré otra anécdota. Esta vez no es un hombre joven el que habla, no es tampoco un literato; es una mujer, una mujer madura, curiosa, de un espíritu excitable, y que, habiendo cedido al deseo de conocer el veneno, describe así, para otra dama, la principal de su visiones. Transcribo literalmente:

Por extrañas y nuevas que sean las sensaciones que he sacado de mi locura de doce horas (¿doce o veinte?, en realidad no sé nada) no volveré más a buscarlas. La excitación espiritual es demasiado viva, la fatiga que resulta de ella demasiado grande; y por decirlo todo, encuentro en esa niñería algo de criminal. Por fin, cedí a la curiosidad; y después de todo era una locura en común, en casa de viejos amigos, donde no me parecía muy grave perder la dignidad. Ante todo, le diré que su maldito hachís es una sustancia muy pérfida; algunas veces una se cree libre de la embriaguez, pero no es más que una calma engañosa. Hay descansos y luego continuaciones. Así, hacia las diez de la noche, me encontraba en uno de esos estados momentáneos; me creía liberada de esa superabundancia de vida que me había causado tantos goces, es cierto, pero no era sin inquietud y sin miedo. Me puse a cenar con gusto,

como abrumada de fatiga por un largo viaje, pues hasta entonces, por prudencia, me había abstenido de comer. Pero incluso antes de levantarme de la mesa, el delirio me había vuelto a atrapar, como un gato a una rata, y el veneno se puso de nuevo a jugar con mi pobre cerebro. Aunque mi casa esté a poca distancia del palacio de nuestros amigos y aunque tenía un coche a mi disposición, me sentí de tal forma abrumada por la necesidad de soñar y de abandonarme a esa irresistible locura que acepté con alegría el ofrecimiento que me hicieron para quedarme hasta el día siguiente. Usted conoce el palacio, ya sabe que han arreglado, vestido y *confortado* a la moderna la parte habitada por los dueños, pero que la parte generalmente inhabitada la han dejado tal como estaba, con su estilo antiguo y sus viejas decoraciones. Se resolvió que se improvisaría para mí un dormitorio en esta parte del castillo, y se eligió la habitación más pequeña, una especie de gabinete un poco marchito y decrépito que no por ello deja de ser encantador. Tengo que describírselo mejor o peor para que usted comprenda la singular visión de que fui víctima, visión que me ocupó una noche entera sin que tuviese el tiempo de apercibirme del paso de las horas.

Ese gabinete es muy pequeño, muy estrecho. A la altura de la cornisa el techo forma una especie de bóveda; las paredes están recubiertas de espejos estrechos y alargados, separados por lienzos en los que hay pintados paisajes al libre estilo propio de las decoraciones. A dicha altura, en las cuatro paredes están representadas diversas figuras alegóricas, unas en actitudes reposadas, otras corriendo o revoloteando. Encima de ellas, algunos pájaros vistosos y flores. Detrás de las figuras se levanta un enrejado imitado, siguiendo naturalmente la curva del techo. Ese techo es dorado. Todos los intersticios entre las varillas y las figuras están, pues, recubiertos de oro, y en el centro sólo se interrumpe el oro por la red geométrica del enrejado simulado. Ya ve usted que se parece a una *jaula* muy distinguida, a una jaula muy bella para un pájaro muy grande. Debo añadir que la noche era muy hermosa, muy transparente, la luna muy clara, hasta el punto de que después de haber apagado la vela, toda aquella decoración permaneció visible, no iluminada por el ojo de mi espíritu, como podría usted suponer, sino alumbrada por aquella hermosa noche cuyos resplandores se adherían a todo aquel bordado de oro, de espejos y de colores mezclados.

Al principio me extrañó mucho ver grandes espacios extenderse ante mí, a mi lado, por todas partes; eran ríos cristalinos y paisajes verdosos mirándose en las tranquilas aguas. Adivina usted ahí el efecto de los lienzos reflejados en

los espejos. Al levantar los ojos vi un sol poniente parecido a metal fundido que se enfría. Era el oro del techo; pero el enrejado me hizo pensar que estaba en una especie de jaula o de casa abierta por todas partes al espacio, y que solamente estaba separada de todas esas maravillas por los barrotes de mi magnífica cárcel. Primero me reí de mi ilusión; pero cuanto más miraba, más aumentaba la magia, más tomaba vida, transparencia y despótica realidad. Desde entonces la idea de estar encerrada me dominó el espíritu, sin excesivo menoscabo, debo decirlo, de los variados placeres que sacaba del espectáculo extendido alrededor y por encima de mí. Me consideraba como encerrada para mucho tiempo, para miles de años tal vez, en aquella jaula suntuosa, en medio de aquellos paisajes mágicos, entre aquellos horizontes maravillosos. Soñé con *La bella durmiente del bosque*, en una expiación que sufrir, en una futura liberación. Por encima de mi cabeza revoloteaban pájaros vistosos de los trópicos, y como mi oído percibía el sonido de unas campanillas colgadas del cuello de los caballos que caminaban a lo lejos por la gran carretera, fundiendo los dos sentidos sus impresiones en una idea única, atribuía a las aves ese canto misterioso del cobre, y creía que cantaban con una garganta de metal. Evidentemente hablaban de mí y celebraban mi cautiverio. Monos saltarines, sátiros bufones parecían divertirse con aquella prisionera tendida, condenada a la inmovilidad. Pero todas las divinidades mitológicas me miraban con una encantadora sonrisa, como para animarme a soportar con paciencia el sortilegio, y todas las pupilas resbalaban hacia el rincón de los párpados como para atarse a mi mirada. De ello deduje que si antiguas faltas, si algunos pecados desconocidos para mí misma, habían necesitado ese castigo temporal, podía contar, no obstante, con una bondad superior que, condenándome a la prudencia, me ofrecería placeres más serios que aquellos de muñeca que llenan nuestra juventud. Usted ve que las consideraciones morales no estaban ausentes en mi sueño; pero debo confesar que el placer de contemplar aquellas formas y aquellos colores brillantes y de creerme el centro de un drama fantástico, absorbía con frecuencia mis otros pensamientos. Ese estado duró mucho tiempo, muchísimo tiempo... ¿Duró hasta la mañana? Lo ignoro. De pronto vi el sol matinal instalado en mi habitación; sentí un vivo asombro, y a pesar de todos los esfuerzos de memoria que he podido hacer, me ha sido imposible saber si había dormido o si había sufrido con paciencia un insomnio delicioso. ¡Poco antes era de noche, y ahora de día! Y, sin embargo, había vivido mucho, muchísimo tiempo... Estando abolida la noción del tiempo o más bien la medida del tiempo, la noche entera no era mensurable

para mí más que por la multitud de mis pensamientos. Por larga que hubiera de creerla desde este punto de vista, me parecía, no obstante, que sólo había durado algunos segundos y hasta que no había ocupado espacio ninguno en la eternidad.

No le hablo a usted de mi fatiga..., fue inmensa. Dicen que el entusiasmo de los poetas y de los creadores se parece a lo que he sentido, aunque siempre me imaginé que las gentes encargadas de emocionarnos debían de estar dotadas de un temperamento muy tranquilo; pero si el delirio poético se parece al que me ha producido una pequeña cucharada de dulce, pienso que los placeres del público cuestan bastante caros a los poetas, y no sin cierto bienestar, sin una satisfacción prosaica, me sentí por fin *en mi casa, en mi domicilio* intelectual, quiero decir en la vida real.

Evidentemente, esta es una mujer razonable; pero solamente nos valdremos de su relato para sacar algunas notas útiles que completarán esta somera descripción de las principales sensaciones engendradas por el hachís.

Ha hablado de la cena como de un placer que llegaba muy a propósito en el momento en que un claro momentáneo, pero que parecía definitivo, le permitía volver a la vida real. En efecto, como ya he dicho, hay intermitencias y calmas engañosas, y a menudo el hachís provoca un hambre voraz, casi siempre una sed excesiva. Sólo que la comida o la cena, en lugar de dar un reposo definitivo, crea ese nuevo aumento, esa crisis vertiginosa de que se quejaba esa señora, y que fue seguida de una serie de visiones encantadoras, ligeramente teñidas de pavor a las que se había resignado positivamente y de buena voluntad. El hambre y la sed tiránicas de que se trata no pueden saciarse sin cierto trabajo. Ya que el hombre se siente de tal forma por encima de las cosas materiales, o más bien se encuentra tan abrumado por su embriaguez, que necesita desarrollar un gran esfuerzo para mover una botella o un tenedor.

La crisis definitiva provocada por la digestión de los alimentos es, en efecto, muy violenta: es imposible de resistir; y un estado semejante no sería soportable si durase demasiado tiempo y si enseguida no dejase paso a otra fase de la embriaguez que en el caso antes citado se traduce por visiones espléndidas, suavemente aterradoras y al mismo tiempo llenas de consolaciones. Ese nuevo estado es el que los orientales llaman *kief*. Ya no

es algo vertiginoso y tumultuoso; es una beatitud tranquila e inmóvil, una resignación gloriosa. Durante mucho tiempo ya no se es dueño de sí mismo, pero eso no le aflige a uno. El dolor y la idea del tiempo han desaparecido, o si alguna vez se atreven a presentarse, es solamente transfigurados por la sensación dominante, y entonces es con relación a su forma habitual lo que la melancolía poética es al dolor positivo.

Pero ante todo, advirtamos que en el relato de esa dama (con ese fin lo he transcrito) la alucinación es de un género bastardo y saca su razón de ser del espectáculo exterior; el espíritu no es más que un espejo donde se refleja el medio circundante transformado de una manera exagerada. También vemos intervenir lo que yo llamaría gustosa alucinación moral: el sujeto se cree sometido a una expiación; pero el temperamento femenino, que es poco apto para el análisis, no le ha permitido notar el singular carácter optimista de dicha alucinación. La mirada benévola de las divinidades del Olimpo está poetizada por un barniz esencialmente *haschichiano*. No diré que esa señora bordease el remordimiento; pero sus ideas, momentáneamente vueltas a la melancolía y a la pena, se colorearon de esperanza con rapidez. Es una observación que todavía tendremos ocasión de verificar.

Ha hablado de la fatiga del día siguiente; en efecto, esa fatiga es grande, pero no se manifiesta inmediatamente, y cuando se está obligado a reconocerla no deja de asombrarnos. Pues al principio, cuando habéis constatado que un nuevo día se ha levantado en el horizonte de vuestra vida, sentís un bienestar sorprendente; creéis gozar de una ligereza de espíritu maravillosa. Pero apenas estáis de pie, que un antiguo resto de embriaguez os sigue y os retarda, como la cadena de vuestra reciente esclavitud. Las piernas débiles os conducen con timidez, y teméis romperos a cada momento como un objeto frágil. Una gran languidez (hay gentes que pretenden que no carece de encanto) se apodera de vuestro espíritu y se esparce como una niebla por un paisaje. Durante algunas horas más sois incapaces de trabajar, de acción y de energía. Es el castigo de la impía prodigalidad con que habéis gastado el fluido nervioso. Habéis diseminado vuestra personalidad a los cuatro vientos, y ahora ¡cuánta fatiga para recogerla y concentrarla!

IV

EL HOMBRE-DIOS

Ya es tiempo de dejar a un lado este juego de manos y estas marionetas nacidas del humo de cerebros infantiles. ¿No tenemos que hablar de cosas más serias: de las modificaciones de los sentimientos humanos, y, en una palabra, de la *moral* del hachís?

Hasta ahora no he hecho más que una monografía abreviada de la embriaguez; me he limitado a acentuar los principales rasgos, sobre todo, los rasgos materiales. Pero creo que lo más importante para el hombre espiritual es conocer la acción del veneno sobre la parte espiritual del hombre, es decir, el aumento, la deformación y la exageración de sus sentimientos habituales y de sus percepciones morales que presentan entonces, en una atmósfera excepcional, un verdadero fenómeno de refracción.

El hombre que, habiéndose dado durante mucho tiempo al opio o al hachís, debilitado como estaba por el hábito de su esclavitud, ha podido encontrar la energía necesaria para liberarse, me parece como un prisionero que se evade. Me inspira más admiración que el hombre prudente que nunca ha caído, porque siempre ha tenido cuidado de evitar la tentación. A propósito de los tomadores de opio, los ingleses se sirven con frecuencia de unos términos que solamente parecen excesivos a los inocentes que desconocen los horrores de esa decadencia: *enchained, fettered, enslaved*[116]. ¡Cadenas, en efecto, junto a las que todas las demás, cadenas del deber, cadenas del amor ilegítimo, no son más que trozos de gasa y telas de araña! ¡Espantoso casamiento del hombre consigo mismo! «Llegué a ser un esclavo del opio; me tenía en sus redes, y todos mis trabajos y mis planes habían tomado el color de mis sueños», dice el esposo de Ligela; pero ¡en cuántos pasajes maravillosos no describe los sombríos y los atractivos esplendores del opio Edgar Poe, ese poeta incomparable, ese filósofo no refutado al que siempre hay que citar a propósito de las enfermedades misteriosas del espíritu! El amante de la luminosa Berenice, Egoeus el metafísico, habla de una alteración de sus facultades que le obliga a dar un valor anormal, monstruoso, a los fenómenos más sencillos: «Reflexionar infatigablemente largas horas, la

atención fija en alguna cita en el margen o en el texto de un libro —quedarse absorto la mayor parte de un día de verano en una sombra extraña que se alarga oblicuamente sobre los tapices o en el suelo—, perderse una noche entera vigilando la llama derecha de una lámpara o las brasas del hogar —soñar días enteros con el aroma de una flor—, repetir de una manera monótona alguna palabra vulgar hasta que el sonido, a fuerza de repetirlo, dejase de presentar al espíritu una idea cualquiera, tales eran algunas de las comunes y menos perniciosas aberraciones de mis facultades mentales, aberraciones que, sin duda, no carecen de precedentes, pero desafían con seguridad a toda explicación y a todo análisis.» Y el nervioso Auguste Bedloe, que cada mañana traga su dosis de opio antes de su paseo, nos confiesa que el principal beneficio que saca de ese envenenamiento cotidiano es el de tomar un interés exagerado en cada cosa, aun por la más trivial: «Sin embargo, el opio había producido su efecto habitual, que consiste en revestir todo el mundo exterior de un interés intenso. En el temblor de una hoja —en el color de una brizna de hierba; en la forma de un trébol; en el zumbido de una abeja; en el brillo de una gota de rocío; en el suspiro del viento; en los vagos olores que emanan del bosque— se producía todo un mundo de inspiraciones, una procesión magnífica y abigarrada de pensamientos desordenados y rapsódicos».

Así se expresa, por boca de sus personajes, el maestro de lo horrible, el príncipe del misterio.[117] Esas dos características del opio son perfectamente aplicables al hachís; en uno y otro caso, la inteligencia, antes libre, llega a ser esclava, pero la palabra *rapsódico* que define tan bien una serie de pensamientos sugerida y ordenada por el mundo exterior y el azar de las circunstancias, es de una realidad más verdadera y terrible en el caso del hachís. Aquí, el razonamiento no es más que un resto de un naufragio a merced de todas las corrientes, y la serie de pensamientos es «infinitamente más acelerada y más rapsódica». Creo que esto es decir de una manera suficientemente clara que el hachís es, en su efecto inmediato, mucho más vehemente que el opio, mucho más enemigo de la vida regular, en una palabra, mucho más perturbador. Ignoro si diez años de intoxicación por hachís genera desastres comparables a los causados por diez años de opio, pero digo que de inmediato y el día de mañana tiene

resultados más funestos; el uno es un seductor aplicable, el otro un demonio desordenado.

En esta última parte quiero definir y analizar el estrago moral causado por esa peligrosa y deliciosa gimnasia, estrago tan grande, peligro tan profundo, que aquellos que solamente vuelven del combate ligeramente averiados me parecen como huidos de un Proteo multiforme, como Orfeos vencedores del Infierno. Puede tomarse, si se quiere, esta forma de lenguaje por una metáfora excesiva; confesaré que los venenos excitantes me parecen no solamente uno de los más terribles y de los más seguros medios de que dispone el Espíritu de las Tinieblas para alistar y esclavizar a la deplorable humanidad, sino también una de sus más perfectas encarnaciones.

Esta vez, para abreviar mi tarea y hacer que mi análisis sea más claro, en lugar de reunir anécdotas dispersas, acumularé en un solo personaje ficticio un montón de observaciones. Necesito suponer, pues, un alma a mi gusto. En sus *Confesiones*, De Quincey afirma con razón que el opio excita al hombre en vez de adormecerlo, pero que lo excita solamente en su camino natural, por lo que para juzgar las maravillas del opio sería absurdo referirse a un tratante en ganado vacuno, porque no soñará más que con bueyes y pastos.[118] Así que no voy a describir las pesadas fantasías de un ganadero embriagado de hachís; ¿quién las leería con placer? ¿Quién aceptaría leerlas? Para idealizar mi asunto, debo concentrar en él todos los rayos en un círculo único, debo polarizarlos, y el círculo trágico en el que voy a reunirlos será, como he dicho, un alma de mi elección, lo que en el siglo XVIII se llamaba *el hombre sensible* y lo que la escuela romántica denominaba *el hombre incomprendido*, y a lo que las familias y la masa burguesa difaman generalmente con el epíteto de *original*.

Un temperamento medio nervioso, medio bilioso es el más favorable para las evoluciones de una embriaguez semejante; añadamos un espíritu culto, ejercitado en los estudios de la forma y el color; un corazón tierno, cansado por la desdicha, pero todavía dispuesto al rejuvenecimiento; si queréis, hasta llegaremos a admitir culpas antiguas, y lo que debe resultar de ello en un carácter fácilmente excitable, si no remordimientos positivos, por lo menos la pena del tiempo profano y mal empleado. El gusto de la

metafísica, el conocimiento de las diferentes hipótesis de la filosofía sobre el destino humano, no son con certeza complementos inútiles, como tampoco ese amor a la virtud, a la virtud abstracta, estoica o mística, que hay en todos los libros de que la infancia moderna se alimenta, como la cima más alta a la que un alma escogida puede subir. Si a esto se añade una gran agudeza de sentidos que he omitido como condición supererogatoria, creo que he reunido los elementos generales más comunes del hombre sensible moderno, de lo que podría llamarse *la forma banal de la originalidad*. Veamos ahora lo que llegará a ser esa individualidad exagerada hasta el máximo por el hachís. Sigamos esa procesión de la imaginación hasta su última y más espléndida estación, hasta la creencia del individuo en su propia divinidad.

Si sois una de estas almas, vuestro amor innato por la forma y el color encontrará en seguida un inmenso pasto en los primeros momentos de vuestra embriaguez. Los colores tomarán una vivacidad inhabitual y penetrarán en el cerebro con una intensidad victoriosa. Delicadas, mediocres e incluso malas, las pinturas del techo revestirán una vida pasmosa, los papeles pintados más groseros que recubren las paredes de los albergues se ahondarán como espléndidos dioramas. Las ninfas de brillantes carnes os mirarán con ojos muy abiertos, más profundos y más limpios que el cielo y el agua; los personajes de la antigüedad con sus ropajes sacerdotales o militares intercambian con vosotros solemnes confidencias por la simple mirada. La sinuosidad de las líneas es un lenguaje definitivamente claro donde leéis la agitación y el deseo de las almas. Mientras tanto se desarrolla ese estado misterioso y temporal del espíritu, donde la profundidad de la vida, erizada con sus múltiples problemas, se revela toda entera en el espectáculo que se tiene ante los ojos, por natural y trivial que sea, donde cualquier objeto llega a ser un símbolo parlante. Fourier y Swedenborg, uno con sus *analogías* y el otro con sus *correspondencias*, se han encarnado en el vegetal y el animal que tenéis ante vuestra vista, y en vez de enseñaros con la voz, os adoctrinan con la forma y el color.[119] La inteligencia de la alegoría toma en vosotros proporciones desconocidas para vosotros mismos; observaremos el paso que la alegoría, ese género tan *espiritual*, que los malos pintores nos han acostumbrado a despreciar, pero que es verdaderamente una de las formas

primitivas y más naturales de la poesía, recobra su legítimo dominio en la inteligencia iluminada por la embriaguez. El hachís se extiende entonces sobre toda la vida como un barniz mágico; la colorea de solemnidad e ilumina toda su profundidad. Paisajes dentellados, horizontes hundidos, perspectivas de ciudades blanqueadas por la lividez cadavérica de la tormenta o iluminadas por los ardores concentrados de las puestas de sol —profundidad del espacio, alegoría de la profundidad del tiempo; la danza, el gesto o la declamación de los cómicos si habéis ido a un teatro; la primera frase que leéis si estáis mirando un libro—, todo, la universalidad de los seres se alza ante vosotros con una gloria nueva insospechada hasta entonces. La gramática, la árida gramática misma llega a ser algo como una hechicería evocadora; las palabras aparecen revestidas de carne y hueso, el sustantivo, con su majestad sustancial; el adjetivo, con vestido transparente que le viste y colorea como una cascada, y el verbo, ángel del movimiento, que da el dinamismo a la frase. La música, otra lengua apreciada por los perezosos o por los espíritus profundos que buscan el descanso en la variedad del trabajo, os habla de vosotros mismos, y os cuenta el poema de vuestra vida; se incorpora a vosotros y os fundís con ella. Habla vuestra pasión, no de una manera vaga e indefinida como lo hace en vuestras veladas indolentes un día de ópera, sino de una manera circunstanciada, positiva, marcando cada movimiento del ritmo un movimiento conocido de vuestra alma, transformándose en palabra cada nota y penetrando el poema entero en vuestro cerebro como un diccionario dotado de vida.

No hay que creer que todos esos fenómenos se producen revueltos en vuestro espíritu con el acento chillón de la realidad y el desorden de la vida exterior. El ojo interior lo transforma todo y da a cada cosa el complemento de belleza que le falta para que sea verdaderamente digna de gustar. También a esta fase esencialmente voluptuosa y sensual hay que reportar el amor a las aguas límpidas, corrientes o estancadas, que se desarrolla tan asombrosamente en la embriaguez cerebral de algunos artistas. Los espejos llegan a ser un pretexto para este ensueño que se parece a una sed espiritual, unida a la sed física que seca la garganta y de la que he hablado hace un momento. Las aguas huidizas, los surtidores, las cascadas armoniosas, la inmensidad azul del mar, ruedan, cantan,

duermen con un encanto indecible. El agua se extiende como una auténtica hechicera, y aunque no creo mucho en las locuras furiosas causadas por el hachís, no afirmaría que la contemplación de un abismo límpido estuviese por completo sin peligro para un espíritu enamorado del espacio y del cristal y que la vieja fábula de la ondina no pudiese llegar a ser una trágica realidad para el entusiasta.

Creo que he hablado suficientemente del crecimiento monstruoso del tiempo y del espacio, dos ideas siempre conexas, pero que el espíritu afronta entonces sin tristeza y sin miedo. Mira con una cierta delicia melancólica a través de la profundidad los años y se hunde audazmente en infinitas perspectivas. Supongo que se habrá adivinado que este crecimiento anormal y tiránico se aplica igualmente a todos los sentimientos y a todas las ideas, lo mismo a la benevolencia, de la que creo haber dado un bello ejemplo, como al amor. La idea de la belleza debe ocupar naturalmente un vasto lugar en un temperamento espiritual, tal como lo he supuesto. La armonía, el balanceo de las líneas, la euritmia en los movimientos, se aparecen al soñador como necesidades, como *deberes*, no solamente para todos los seres de la creación, sino para él mismo, el que se encuentra en este periodo de la crisis dotado de una maravillosa aptitud para comprender el ritmo inmortal y universal. Y si nuestro fanático carece de belleza personal, no creáis que sufre mucho tiempo con esta confesión a la que está obligado, ni que mira como una nota discordante en el mundo de armonía y de belleza improvisado por su imaginación. Los sofismas del hachís son numerosos y admirables, tienden generalmente al optimismo, y uno de los principales, el más eficaz, es el que transforma el deseo en realidad. Sin duda, ocurre lo mismo en muchos casos de la vida ordinaria, ¡pero aquí con cuánto más ardor y más sutileza! Por otra parte, ¿cómo un ser tan bien dotado para comprender la armonía, una especie de sacerdote de lo bello, podía ser una excepción y una mancha en su propia teoría? La belleza moral y su potencia, la gracia y sus seducciones, la elocuencia y sus proezas, todas estas ideas se presentan pronto como correctivos de una fealdad indiscreta, algo así como consolaciones, y, por último, como perfectos aduladores de un cetro imaginario.

Con respecto al amor, he oído a muchas personas animadas por una

curiosidad de colegial tratando de informarse por aquellas que ya estaban familiarizadas con el hachís. ¿Qué puede ser esta embriaguez del amor, tan poderosa ya en su estado natural, cuando está encerrada en la otra embriaguez como un sol en otro sol? Tal es la pregunta que se hará una multitud de espíritus que llamaré los papanatas del mundo intelectual. Para responder a una deshonestidad sobrentendida, a esta parte de la pregunta que no se atreve a manifestarse, enviaré al lector a Plinio, quien ha hablado en alguna parte de las propiedades del cáñamo de forma que desvanece muchas ilusiones acerca de este asunto.[120] Se sabe, además, que la atonía es el resultado más corriente del abuso que los hombres hacen de sus nervios y de las sustancias propias para excitarlos. Pero como aquí no se trata de potencia afectiva, sino de emoción o de susceptibilidad, rogaré sencillamente al lector que considere que la imaginación de un hombre nervioso, embriagado de hachís, se encuentra impulsada hasta un grado prodigioso, tan poco determinable como la fuerza máxima del viento en un huracán, y sus sentidos sutilizados hasta un punto casi igualmente difícil de definir. Así pues, se puede creer que una ligera caricia, la más inocente de todas, un apretón de manos, por ejemplo, puede tener un valor centuplicado por el estado actual del alma y de los sentidos, y conducirlos tal vez, y muy rápidamente, hasta ese síncope que los vulgares mortales consideran como el *summum* de la felicidad. Pero es indudable que en una imaginación a menudo ocupada con las cosas del amor, el hachís despierta tiernos recuerdos a los que el dolor y la desdicha dan un nuevo lustre. No es menos cierto que una fuerte dosis de sensualidad se mezcla con esas agitaciones del espíritu, y por otra parte, no es inútil observar, para aquellos que quisieran, llegados a este punto, advertir la inmoralidad del hachís, que una secta de ismailitas (de los ismailitas han salido los Asesinos) desviaba sus adoraciones mucho más allá del imperial Lingam, es decir, hasta el culto absoluto y exclusivo de la mitad femenina del símbolo. Siendo cada hombre la representación de la historia, no habría nada más natural que ver una herejía obscena en el hecho de que una religión monstruosa surja en un espíritu que se ha dado cobardemente a una droga infernal, y que se sonríe de la dilapidación de sus propias facultades.

Puesto que hemos visto manifestarse en la embriaguez del hachís una

benevolencia particular, aplicada incluso a los desconocidos, una especie de filantropía hecha más bien de piedad que de amor (aquí aparece el primer germen del espíritu satánico que se desarrollará de una forma extraordinaria), pero que llega hasta el temor de afligir a cualquiera, se adivina lo que puede llegar a ser la sentimentalidad localizada, dirigida a una persona querida que tenga o haya tenido un papel importante en la vida moral del enfermo. El culto, la adoración, la plegaria, los sueños de felicidad se proyectan y lanzan con la energía ambiciosa y el brillo de los fuegos artificiales; deslumbran y se extinguen en las tinieblas como la pólvora y las materias colorantes de los fuegos. No hay ninguna clase de combinación sentimental a la que no pueda prestarse el flexible amor de un esclavo del hachís. El gusto de la protección, un sentimiento de paternidad ardiente y sacrificada puede mezclarse con una sensualidad culpable que el hachís sabrá siempre excusar y absolver. Todavía se va más lejos. Imagino faltas cometidas que hayan dejado en el alma huellas amargas, un marido o un amante que contempla con tristeza (en su estado normal) un pasado algo tempestuoso; esas amarguras pueden transformarse entonces en dulzuras; la necesidad de perdón hace a la imaginación más hábil y más suplicante, y el remordimiento mismo, en ese drama diabólico que solamente se expresa por medio de un largo monólogo, puede obrar como excitante y volver a encender poderosamente el entusiasmo del corazón. ¡Sí, el remordimiento! ¿Estaba equivocado al decir que el hachís es para un espíritu verdaderamente filosófico como un perfecto instrumento satánico? El remordimiento, singular ingrediente del placer, se ve pronto ahogado en la deliciosa contemplación del remordimiento, en una especie de análisis voluptuoso; y mi análisis es tan rápido que el hombre, ese diablo natural, para hablar como los swedenborgistas, no se da cuenta de lo involuntario que es y cómo a cada segundo se aproxima más a la perfección diabólica. *Admira* su remordimiento y se glorifica en tanto va perdiendo su libertad.

Aquí tenemos, pues, a mi hombre supuesto, al espíritu de mi elección, en ese grado de alegría y de serenidad en que está *obligado* a admirarse a sí mismo. Toda contradicción se borra, todos los problemas filosóficos llegan a ser límpidos, o por lo menos así parece. Todo es materia para gozar. La plenitud de su vida actual le inspira un orgullo desmedido. Una voz habla

en su interior (¡ay!, es la suya) y le dice: «Ahora tienes derecho a considerarte como superior a todos los hombres; nadie conoce y no podría comprender todo lo que piensas y todo lo que sientes; incluso serían incapaces de apreciar la benevolencia que te inspiran. Eres un rey al que desconocen los transeúntes y que vive en la soledad de su convicción; pero ¿qué te importa? ¿No posees ese desprecio soberano que hace tan buena al alma?».

Sin embargo, supongamos que de vez en cuando un recuerdo punzante atraviese y corrompa esa dicha. Una sugestión provocada por el exterior puede reanimar un pasado que no es agradable de contemplar. ¿De cuántas acciones necias o viles no está lleno el pasado, que son verdaderamente indignas de ese rey del pensamiento y que manchan la dignidad ideal? Creed que el hombre ebrio de hachís afrontará verdaderamente esos fantasmas llenos de reproches, e incluso sabrá sacar de esos recuerdos horrorosos nuevos elementos de placer y de orgullo. Así será la evolución de su razonamiento: pasada la primera sensación de dolor, analizará con curiosidad esa acción o ese sentimiento cuyo recuerdo ha turbado su glorificación actual, los motivos que entonces le hacían obrar, las circunstancias que le rodeaban, y si en esas circunstancias no encuentra razones suficientes, si no para absolver, al menos para atenuar su pecado, no creáis que va a darse por vencido. Veo su razonamiento como el juego de un mecanismo visto a través de un cristal transparente: «Esa acción ridícula cobarde o vil, cuyo recuerdo me ha agitado un momento, está en completa contradicción con mi verdadera naturaleza, mi naturaleza actual, y la misma energía con que la condeno, el cuidado inquisitorial con que la analizo y la juzgo, prueban mis altas y divinas aptitudes para la virtud. ¿Cuántos hombres encontraríamos en el mundo tan hábiles para juzgarse, tan severos para condenarse a sí mismos?». Y no solamente se condena, sino que se glorifica. Absorbido así el horrible recuerdo en la contemplación de una virtud ideal, de una caridad ideal, de un genio ideal, se entrega cándidamente a su triunfante orgía espiritual. Hemos visto que falsificando de una manera sacrílega el sacramento de la penitencia, a la vez penitente y confesor, se había dado una absolución fácil, o todavía peor, había sacado de su condena nuevo pasto para su orgullo. Ahora, de la contemplación de sus sueños y de sus proyectos de

virtud llega a su aptitud práctica para la virtud: la energía amorosa con la que abraza a ese fantasma de virtud le parece una prueba suficientemente perentoria de la energía viril necesaria para la relación de su ideal. Confunde completamente el sueño con la acción, y animándose cada vez más su imaginación ante el espectáculo encantador de su propia naturaleza corregida e idealizada, tan pobre en voluntad, tan rico en vanidad, termina por decretar su apoteosis en estos términos claros y sencillos, que para él contienen todo un mundo de abominables goces: «¡Yo soy el más virtuoso de todos los hombres!».

¿No os recuerda esto a Jean-Jacques, quien, también él, después de haberse confesado ante el universo, no sin cierta voluptuosidad, se atrevió a dar el mismo grito de triunfo (o por lo menos la diferencia es muy pequeña) con la misma sinceridad y la misma convicción?[121] El entusiasmo con que admiraba la virtud, el enternecimiento nervioso que llenaba sus ojos de lágrimas al ver una buena acción o al pensar en todas las buenas acciones que hubiese querido realizar, bastaban para darle una idea superlativa de su valor moral. Jean-Jacques se había embriagado sin hachís.

¿Llevaré más lejos el análisis de esta victoriosa monomanía? ¿Explicaré cómo, bajo el imperio del veneno, mi hombre se hace bien pronto centro del universo, cómo llega a ser la expresión viva y extremada del proverbio que dice que la pasión lo lleva todo a ella misma? Cree en su virtud y en su genio; ¿no se adivina el final? Todos los objetos que le rodean son otras tantas sugestiones que agitan en él un mundo de ideas, todas ellas más coloreadas, más vivas, más sutiles que nunca, y revestidas de un barniz mágico, «esas ciudades magníficas —se dice, donde los soberbios edificios están escalonados como en las decoraciones—, esos hermosos buques mecidos por las aguas de la rada en una ociosidad nostálgica, dan la impresión de traducir nuestro pensamiento: ¿cuándo zarpamos para la felicidad?; esos museos repletos de bellas formas y de colores embriagadores; esas bibliotecas donde están acumulados los trabajos de la Ciencia y los sueños de la Musa; esos instrumentos reunidos que hablan con una sola voz; esas mujeres encantadoras, con más encanto todavía por la ciencia del adorno y la economía de la mirada, ¡todas estas cosas han sido creadas *para mí, para mí, para mí*! ¡Para mí ha trabajado la

humanidad, ha sido martirizada, inmolada, para servir de pasto, de *pabulum*, a mi implacable apetito de emoción, de conocimientos y de belleza». Salto y abrevio. A nadie le sorprenderá que un pensamiento final, supremo, surja del cerebro del soñador: «¡Ya he llegado a ser Dios!», y que un grito salvaje, ardiente, salga de su pecho con una energía tal, una tal fuerza de proyección, que si las voluntades y las creencias de un hombre ebrio tuviesen una virtud eficaz, ese grito derribaría a los ángeles diseminados en los caminos del ciclo: «¡Soy un Dios!». Pero pronto ese huracán de orgullo se transforma en una beatitud calma, muda, reposada, y la universalidad de los seres se presenta coloreada y como iluminada por una aurora sulfurosa. Si por casualidad un vago recuerdo se desliza en el alma de ese deplorable bienaventurado: ¿No habrá otro Dios?, creed que se levantará ante *aquel*, que discutirá sus voluntades y le afrontará sin terror. ¿Qué filósofo francés, para ridiculizar las doctrinas alemanas modernas, decía: «Yo soy un Dios que ha comido mal»? Esta ironía no picaría a un espíritu raptado por el hachís; respondería tranquilamente: «Es posible que haya comido mal, pero soy un Dios».

V

MORAL

Pero ¡al día siguiente!, ¡ese terrible día siguiente!, todos los órganos relajados, fatigados, los nervios aflojados, las titilantes ganas de llorar, la imposibilidad de aplicarse a un trabajo continuo os demuestran cruelmente que habéis jugado a un juego prohibido. La horrible naturaleza, despojada de su iluminación de la víspera, se parece a los restos melancólicos de una fiesta. Sobre todo la voluntad, la más preciada de todas las facultades, está atacada. Se dice y es casi verdad, que esa sustancia no causa ningún daño físico, ningún mal grave por lo menos. ¿Pero se puede afirmar que un hombre incapaz de acción y apto sólo para los sueños se encontraría verdaderamente bien aunque todos sus miembros estuviesen en buen estado? Pues bien, conocemos bastante la naturaleza humana para saber que un hombre que con una cucharada de mermelada

puede procurarse instantáneamente todos los bienes del cielo y de la tierra nunca ganará la milésima parte de ellos con el trabajo. ¿Puede imaginarse un Estado en que todos los ciudadanos se embriagasen con hachís? ¡Qué ciudadanos!, ¡qué guerreros!, ¡qué legisladores! Incluso en Oriente, donde su uso está tan extendido, hay gobiernos que han comprendido la necesidad de proscribirlo. En efecto, le está prohibido al hombre, bajo pena de decadencia y de muerte intelectual, alterar las condiciones primordiales de su existencia y de romper el equilibrio de sus facultades con los medios en que están destinadas a desenvolverse en una palabra, de perturbar su destino para sustituirlo por una fatalidad de una nueva especie. Acordémonos de Melmoth, ese emblema admirable. Su espantoso sufrimiento estriba en la desproporción entre sus maravillosas facultades adquiridas instantáneamente por un pacto satánico y el medio en el que, como criatura de Dios, está condenado a vivir.[122] Y ninguno de aquellos a quienes quiere seducir consiente en comprarle, en las mismas condiciones, su terrible privilegio. En efecto, el hombre que no acepta las condiciones de la vida vende su alma. Es fácil comprender la relación que existe entre las creaciones satánicas de los poetas y las criaturas vivientes que se han dado a los excitantes. El hombre ha querido ser Dios y pronto, en virtud de una ley moral que no se puede controlar, ahí está, caído más bajo que su naturaleza real. Es un alma que se vende al por menor.

Balzac pensaba sin duda que no hay para el hombre vergüenza mayor ni sufrimiento más vivo que la abdicación de su voluntad. Le vi una vez en una reunión donde se hablaba de los prodigiosos efectos del hachís. Escuchaba y preguntaba con una atención y una vivacidad divertidas. Las personas que le habían conocido adivinaban que debía estar interesado. Pero la idea de pensar a través de otros le incomodaba. Le mostraron *dawamesk*. Lo examinó, lo olió y lo devolvió sin tocarlo. La tensión entre su curiosidad casi infantil y su repugnancia por la abdicación se traslucía en su rostro expresivo de una manera sorprendente. Venció el amor a la dignidad. En efecto, es difícil imaginarse al teórico de la *voluntad*, a ese gemelo espiritual de Louis Lambert, consintiendo en perder una partícula de esa preciosa *sustancia*.[123]

A pesar de los admirables servicios que han prestado el éter y el cloroformo, me parece que desde el punto de vista de la filosofía

espiritualista, la misma desaprobación moral se aplica a todas las invenciones modernas que tienden a disminuir la libertad humana y el indispensable dolor. No sin cierta admiración oí una vez la paradoja de un oficial que me contaba la cruel operación hecha a un general francés en El-Aghouat, y de la que murió a pesar del cloroformo. Ese general era un hombre muy valiente, e incluso algo más que eso, una de eses almas a las que se aplica con toda naturalidad el adjetivo caballeresco. «No era cloroformo lo que necesitaba —me decía—, sino las miradas de todo el ejército y la música de los regimientos. ¡Tal vez así se hubiera salvado!» El cirujano no era de la misma opinión que el oficial pero el capellán hubiera admirado sin duda esos sentimientos.

Después de todas estas consideraciones es verdaderamente superfluo insistir sobre el carácter inmoral del hachís. Si lo comparo al suicidio, a un lento suicidio, a un arma siempre ensangrentada y afilada, ninguna persona razonable encontrará nada que oponer. Ningún espíritu filosófico reprobará la comparación si lo asimilo a la brujería, a la magia que, obrando sobra la materia por medio de arcanos cuya falsedad y eficacia no se prueba con nada, quieren conquistar un dominio prohibido al hombre o permitido solamente a aquel a quien se le juzga digno de ello. Si la Iglesia condena la magia y la brujería es porque van contra las intenciones de Dios, porque suprimen el trabajo del tiempo y quieren hacer superfluas las condiciones de pureza y moralidad; y la Iglesia considera solamente como legítimos, como verdaderos, los tesoros ganados por la buena intención asidua. Llamamos estafador al jugador que ha encontrado el medio de jugar ganando siempre; ¿cómo llamaremos al hombre que quiere comprar con poco dinero la felicidad y el genio? La infalibilidad misma del medio es lo que constituye la inmoralidad, como la infalibilidad supuesta de la magia le impone el estigma infernal. ¿Añadiré que el hachís, como todas las alegrías solitarias, vuelve al individuo inútil para los hombres y la sociedad superflua para el individuo, llevándole a admirarse sin cesar a sí mismo y precipitándole cada día hacia el abismo luminoso donde admira su rostro de Narciso?

¿Y si, aun a costa de su dignidad, de su honradez y de su libre albedrío, el hombre pudiese sacar del hachís grandes beneficios espirituales, hacer de él una especie de máquina para pensar, un instrumento fecundo? Es

una pregunta que he oído con frecuencia, y contesto a ella. Primero, como ya he explicado ampliamente, el hachís no revela al individuo nada más que el individuo mismo. Es verdad que ese individuo está, por decirlo así, elevado al cubo e impulsado a su máximo extremo, y como también es cierto que la memoria de las impresiones sobrevive a la orgía, la esperanza de esos *utilitarios* no parece a primera vista desnuda de razón. Pero les rogaré que observen que los pensamientos de los que esperan sacar tan gran partido no son realmente tan hermosos como parecen con su momentáneo disfraz y cubiertos de oropeles mágicos. Son más bien de la tierra que del cielo, y deben gran parte de su belleza a la agitación nerviosa, a la avidez con que el espíritu se echa sobre ellos. Además, esa esperanza es un círculo vicioso, admitamos por un instante que el hachís hace disminuir la voluntad y que de esta forma lo que da por un lado lo quita por el otro, es decir la imaginación sin la facultad para aprovecharse de ella. Por último hay que pensar, suponiendo a un hombre bastante hábil y vigoroso para librarse de esta alternativa, en otro peligro, fatal, terrible, que es el de todos los hábitos. Todos se transforman pronto en necesidades. El que haya recurrido a un veneno *para* pensar, pronto no podrá ya pensar, pronto no podrá ya pensar *sin* veneno. ¿Se puede comprender la suerte horrible de un hombre cuya imaginación paralizada ya no pudiera funcionar sin el auxilio del hachís o del opio?

En los estudios filosóficos, el espíritu humano, imitando la marcha de los astros, debe seguir una curva que le devuelva a su punto de partida. Concluir es cerrar un círculo. Al principio hablé de ese estado maravilloso en que el espíritu del hombre se encontraba algunas veces arrojado como por una gracia especial; dije que, aspirando sin cesar a enardecer sus esperanzas y elevarse al infinito, mostraba, en todos los países y en todos los tiempos, un gusto frenético por todas las sustancias, incluso peligrosas, que, exaltando su personalidad, podrían suscitar un instante a sus ojos ese paraíso de ocasión, objeto de todos sus deseos, y por último que ese espíritu temerario, caminando sin saberlo hasta el infierno, testimoniaba así su grandeza original. Pero el hombre no está tan abandonado, tan privado de medios honrados para ganar el cielo como para verse obligado a invocar la ayuda de la farmacia y de la brujería; no necesita vender su alma para pagar las caricias embriagadoras y la amistad de las huríes.

¿Qué es un paraíso comprado a costa de la salvación eterna? Me imagino a un hombre (¿diré un brahmán, un poeta, o un filósofo cristiano?) situado en el Olimpo difícil de la espiritualidad; a su alrededor las Musas de Rafael o de Mantegna para consolarle de sus largos ayunos y de sus asiduas plegarias combinan las danzas más nobles, le miran con sus ojos más duces y sus sonrisas más brillantes; el divino Apolo, ese maestro de todo saber (el de Francavilla, de Alberto Durero, de Goltzius o de cualquier otro, ¿qué importa? ¿No hay un Paolo para cada hombre que lo merece?), acaricia con su arco las cuerdas más vibrantes.[124] Bajo él, al pie de la montaña, en las zarzas y en el barro, la turba de los humanos, la banda de los ilotas, simula las muecas del goce y lanza alaridos que le arranca el mordisco del veneno; y el poeta entristecido se dice: «Esos desgraciados que no han ayunado ni rezado, y que han rehusado la redención por el trabajo, piden a la magia negra los medios para elevarse de golpe a la existencia sobrenatural. La magia les engaña y enciende para ellos una falsa dicha y una falsa luz; mientras que nosotros, poetas y filósofos, hemos regenerado nuestra alma con el trabajo sucesivo y la contemplación; hemos creado para nuestro recreo un jardín de verdadera belleza por el ejercicio asiduo de la voluntad y la nobleza permanente de la intención. Confiados en la palabra que dice que la fe transporta las montañas, ¡hemos realizado el único milagro para el que Dios nos ha otorgado la licencia!».

UN COMEDOR DE OPIO

I

PRECAUCIONES ORATORIAS

«¡Oh justo, sutil y poderoso opio! Tú que aportas un bálsamo calmante tanto al corazón del pobre como del rico, para las heridas que nunca cicatrizarán y para las angustias que inducen a rebelión; ¡elocuente opio!, tú que con tu potente retórica desarmas las resoluciones de la rabia y que por una noche devuelves al hombre culpable las esperanzas de su juventud y sus antiguas manos puras de sangre; que das al hombre orgulloso un olvido pasajero; que «de los errores no enderezados y de los insultos no vengados» citas a los falsos testigos ante el tribunal de los sueños para que triunfe la inocencia inmolada; que confundes al perjuro y anulas las sentencias de jueces inicuos; tú edificas en el seno de las tinieblas, con los materiales imaginarios del cerebro, con un arte más profundo que el de Fidias y Praxíteles, ciudades y templos que superan en esplendor a Babilonia y Hekatompilos, y del caos de un sueño, lleno de ensueños, evocas a la luz del sol los rostros de bellezas desde hace mucho tiempo amortajadas y las fisonomías familiares y benditas, limpias de los ultrajes de la tumba. Sólo tú das al hombre esos tesoros y posees la llave del paraíso, ¡oh justo, sutil y poderoso opio!»

Pero antes de que el autor haya tenido la audacia de dar, en honor de su querido opio, ese grito violento como el agradecimiento del amor, ¡cuántas astucias, cuántas precauciones oratorias! Primero, el eterno alegato de los que tienen que hacer confesiones comprometedoras, casi decididos sin embargo a complacerse en ello:

«Gracias a la aplicación que he puesto, tengo la confianza de que estas memorias no serán sólo interesantes, sino también útiles e instructivas en un grado considerable. Positivamente es con esta esperanza por lo que las he redactado, y tal será mi excusa por haber roto esta delicada y honorable reserva que impide a la mayor parte de nosotros hacer una exhibición

pública de nuestros propios errores y enfermedades. Es cierto que no hay nada más apropiado para sublevar el sentido inglés como el espectáculo de un ser humano que presenta a nuestra atención sus cicatrices y sus úlceras morales arrancando el púdico ropaje con que el tiempo o la indulgencia por la fragilidad humana había consentido revestirlas.»

En efecto —añade—, generalmente el crimen y la miseria se esconden lejos de las miradas humanas, e incluso en el cementerio se separan de la población común, como si humildemente abdicasen todos los derechos a la confraternidad con la gran familia humana. Pero en el caso del *Comedor de opio* no hay crimen, no hay más que debilidad, ¡y aún así una debilidad tan fácil de excusar!, como lo demostrará en una biografía preliminar; además, el beneficio que resulta para otro de las notas de una experiencia comprada a un precio tan alto, puede compensar ampliamente la violencia hecha al pudor moral y crear una excepción legítima.

En esta invocación al lector encontramos algunas informaciones sobre el misterioso pueblo de los tomadores de opio, esa nación contemplativa perdida en el seno de la nación activa. Son numerosos, y más de lo que se cree. Son profesores, filósofos, un lord que tiene una gran situación, un subsecretario de Estado; si casos tan numerosos de la alta clase de la sociedad han llegado al conocimiento de un solo individuo sin haberlos buscado, ¡qué terrible estadística se podría establecer en la población total de Inglaterra! Tres farmacéuticos de Londres situados en barrios alejados afirman (en 1821) que el número de *aficionados* al opio es inmenso, y que la dificultad de distinguir las personas que han hecho de esto una especie de higiene de aquellas que quieren procurársela con un fin culpable es para ellos un manantial de dificultades cotidianas. Pero el opio ha bajado a visitar los limbos de la sociedad, y en Manchester, el sábado por la tarde, los mostradores de las droguerías están llenos de píldoras preparadas en previsión de las pedidos de la noche. Para los obreros de las manufacturas el opio es una voluptuosidad económica, porque la baja de las salarlos puede hacer que el *ale* y los espirituosos sean una orgía costosa. Pero no creáis que cuando el sueldo vuelva a subir, el obrero inglés abandone el opio para volver a las groseras alegrías del alcohol. La fascinación se ha efectuado, la voluntad está dominada; el recuerdo del goce ejercerá su eterna tiranía.

Si naturalezas groseras y embrutecidas por un trabajo diario y sin encanto pueden encontrar en el opio enormes consuelos, ¿cuál no será el efecto en un espíritu sutil y letrado, en una imaginación ardiente y cultivada, sobre todo si prematuramente ha sido trabajada por el dolor que fertiliza, en una mente marcada por el ensueño fatal, *touched with pensiveness*, para servirme de la sorprendente expresión de mi autor? Este es el tema del maravilloso libro que desplegaré como un tapiz fantástico ante los ojos del lector. Sin duda abreviaré bastante; De Quincey es esencialmente digresivo, el calificativo de *humourist* se le puede aplicar mejor que a cualquier otro; en un pasaje compara su pensamiento con un tirso, simple palo que saca toda su fisonomía y todo su encanto del complicado follaje que lo envuelve. Como el espacio de que dispongo es reducido y para que el lector no pierda nada de los emocionantes cuadros que componen la sustancia de su libro, me veré obligado, sintiéndolo mucho, a suprimir bastantes fragmentos muy divertidos, bastantes disertaciones exquisitas que no tratan directamente del opio, sino que tienen simplemente como fin ilustrar el carácter del tomador de opio. Sin embargo, el libro es bastante vigoroso para dejarse adivinar, incluso en este sucinto envoltorio, en estado de simple extracto.

La obra *(Confessions of an English Opium-Eater, Being an Extract from the Life of a Scholar)* está dividida en dos partes, «Confessions»; la otra, «Suspiria de profundis». Cada una tiene diferentes subdivisiones de las que quitaré algunas que son como corolarios o apéndices. La división de la primera parte es perfectamente sencilla y lógica, nace del tema mismo. «Confesiones preliminares», «Voluptuosidades del opio», «Torturas del opio». Las «Confesiones preliminares», sobre las que me extenderé especialmente, están hechas con un fin fácil de adivinar. Es necesario que el personaje sea conocido, que se haga querer, apreciar por el lector. El autor que ha comenzado a interesar fuertemente con un asunto tan monótono en apariencia como la descripción de una embriaguez, quiere vivamente mostrar hasta qué punto es excusable; quiere crear para su persona una simpatía de la que toda la obra se aprovechará. Finalmente, y esto es muy importante, el relato de ciertos accidentes, vulgares tal vez en sí mismos, pero graves y serios en cuanto a la sensibilidad del que los ha soportado, llega a ser, por decirlo así, la clave de las sensaciones y de las

visiones extraordinarias que sitiarán más tarde su cerebro. Muchos viejos apoyados sobre la mesa de un cabaret vuelven a verse a sí mismos viviendo en un círculo desaparecido; la embriaguez está hecha por la juventud desvanecida. De igual manera los acontecimientos contados en las *Confesiones* usurparán una parte importante en las visiones posteriores. Resucitarán como esos sueños que no son más que los recuerdos deformados o transfigurados de las obsesiones de una jornada laboriosa.

II

CONFESIONES PRELIMINARES

No, no fue en busca de una voluptuosidad culpable y perezosa por lo que comenzó a tomar opio, sino sencillamente para calmar las torturas del estómago originadas por una cruel costumbre del hambre. Estas angustias del hambre datan de su primera juventud, y a los veintiocho años, el mal y el remedio hacen su primera aparición en su vida tras un periodo bastante largo de dicha, de seguridad y de bienestar. Vamos a ver las circunstancias en que se produjeron esas angustias fatales.

El futuro *comedor de opio* tenía siete años cuando murió su padre, dejándole al cuidado de tutores, que hicieron que su primera educación la adquiriese en varias escuelas. Muy pronto se distinguió por sus aptitudes literarias, particularmente por un conocimiento prematuro de la lengua griega. A los trece años escribía en griego; a los quince podría no solamente componer versos griegos en metros líricos, sino que también podía conversar en griego sin dificultades, facultad que debía a una costumbre diaria de improvisar en esta lengua una traducción de los periódicos ingleses. La necesidad de encontrar en su memoria y en su imaginación una gran cantidad de perífrasis para expresar en una lengua muerta ideas e imágenes completamente modernas, había creado en él un diccionario siempre a punto, más complejo y extenso que el que se obtiene en la vulgar paciencia de los temas puramente literarios. «Ese muchacho —decía uno de sus maestros mostrándolo a un extranjero— podría arengar a una multitud ateniense mucho mejor que usted o yo a una muchedumbre

inglesa.» Desgraciadamente retiraron a nuestro precoz helenista de este excelente maestro; y después de haber pasado por las manos de un vulgar pedagogo siempre temeroso de que el muchacho llegase a ser el corrector de su ignorancia, lo pusieron al cuidado de un sólido y buen profesor que también pecaba de elegancia y que en nada recordaba la ardiente y brillante erudición del primero. Malo es que un joven pueda juzgar a sus maestros y encontrarse por encima de ellos. Traducían a Sófocles, y antes de comenzar la clase, el celoso profesor, el *archididascalus*, se preparaba con una gramática y un léxico a la lectura de los coros, purgando de antemano su lección de todas las vacilaciones y dificultades. No obstante, el joven (con casi diecisiete años) ardía en deseos de ir a la Universidad, y en vano les insistía a sus tutores sobre este punto. Uno de ellos, hombre bueno y razonable, vivía lejos. De los otros tres, dos habían puesto toda su autoridad en manos del cuarto, y a este nos lo describen como el mentor más terco del mundo, dispuesto siempre a hacer su voluntad. Nuestro joven aventurero toma una gran decisión; huirá de la escuela. Escribe a una encantadora y excelente mujer, una amiga de la familia sin duda, que lo tuvo en sus rodillas cuando era niño, para pedirle cinco guineas. Pronto le llega una respuesta llena de gracia material con el doble de la suma pedida. En su bolsa de escolar le quedaban todavía dos guineas, y dos guineas representan una gran fortuna para un muchacho que no conoce las necesidades diarias de la vida. Solamente se trata de efectuar la huida. El fragmento siguiente es uno de esos que no me resigno a abreviar. Por otra parte es interesante que el lector pueda gustar por sí mismo la manera penetrante y *femenina* del autor.

El doctor Johnson hace una observación muy exacta (y llena de sentimiento, lo que, desgraciadamente, no puede decirse de todas sus observaciones), y es que nunca hacemos sin tristeza en el corazón, al saber que es por última vez, lo que desde hace tiempo tenemos costumbre de hacer. Sentí profundamente esta verdad cuando llegué a dejar un lugar, que no me gustaba y donde no había sido feliz.[125] La tarde anterior al día en que iba a huir para siempre de allí, oí con tristeza la oración de la tarde en la vieja y elevada aula de la clase, puesto que la oía por última vez, y por la noche, cuando pasaron lista, leído mi nombre el primero como de costumbre, me adelanté y al pasar por delante del director, que estaba presente, le saludé; le miré el rostro con curiosidad y

pensé: «Está viejo y enfermo, ¡ya no le veré más en este mundo!». Tenía razón, pues no lo he vuelto a ver y nunca lo volveré ver. Me miró con complacencia, con una bondadosa sonrisa me devolvió el saludo, o más bien, mi adiós, y sin que él lo sospechase nos separamos para siempre. No podía sentir un profundo respeto por su inteligencia, pero siempre se había mostrado bondadoso conmigo, me había concedido muchos favores, y me apenaba pensar en el disgusto que iba a causarle.

Llegó la mañana en que debía lanzarme al mar del mundo, mañana de la que toda mi vida subsiguiente ha tomado en gran parte su color. Vivía en casa del director, y desde mi llegada me hicieron el favor de darme una habitación independiente que me servía de dormitorio y de gabinete de trabajo. A las tres y media me levanté, contemplé con una profunda emoción las antiguas torres de ... adornadas con los primeros resplandores y empezando a teñirse de púrpura con el radiante esplendor de una aurora de junio sin nubes. Mi resolución era firme e inquebrantable, aunque sin embargo estaba turbado par un vago temor de dificultades y de peligros inciertos; y si hubiese podido prever la tempestad, la verdadera granizada de aflicciones que pronto había de caer sobre mí, hubiera estado, con toda seguridad, mucho más agitado. La profunda paz de la mañana creaba un contraste enternecedor con esta turbación y me servía casi de medicina. El silencio era más penetrante que a medianoche; y para mí el silencio de un amanecer de verano es más conmovedor que cualquier otro silencio, porque la luz, aunque amplia y fuerte como la del mediodía en las otras estaciones del año, parece diferir del día perfecto, sobre todo, en que el hombre no ha salido todavía afuera, y de esta forma la paz de la naturaleza y de las inocentes criaturas de Dios parece profunda y asegurada en tanto que la presencia no venga a perturbar la santidad con su espíritu inquieto e inestable. Me vestí, cogí el sombrero y los guantes, y me quedé un momento más en mi cuarto. Desde hacía un año y medio aquella habitación había sido la ciudadela de mi pensamiento; allí había leído y estudiado durante las largas horas de la noches y para decir la verdad, durante la última parte de aquel periodo, yo, que estaba hecho para el amor y los afectos dulces, hubiese perdido mi alegría y mi dicha en la lucha febril que sostuve contra mi tutor; por otro lado, sin embargo, un muchacho como yo, enamorado de los libros, entregado a las investigaciones del espíritu, no podía haber disfrutado de algunas horas agradables incluso en medio del desaliento. Lloraba mirando a mi alrededor el sillón, la chimenea, la mesa de escribir y otros objetos familiares que estaba en verdad seguro de no volver a

ver. Desde entonces hasta el momento en que trazo estas líneas, han pasado dieciocho años, y sin embargo, en este mismo momento veo claramente como si hubiese sido ayer el contorno y la expresión del objeto en que fijé una mirada de despedida, era un retrato de la seductora ...[*] que estaba colgado encima de la chimenea y cuyos ojos y boca eran tan bellos, y toda la fisonomía tan radiante de bondad y de serenidad divina, que mil veces dejé caer la pluma o el libro para pedir consuelo a su imagen, como un devoto a su santo patrono. Mientras me olvidaba de todo contemplándola, la voz profunda del reloj proclamó las cuatro. Me alcé hasta el retrato, lo besé, salí despedido y ¡cerré la puerta para siempre!

Las ocasiones de reír y de llorar se entrelazan y se mezclan de tal forma en esta vida que no puedo acordarme sin sonreír de un incidente que ocurrió entonces y que casi fue un obstáculo para la ejecución inmediata de mi plan. Tenía una maleta que pesaba mucho, pues además de mi ropa contenía casi toda mi biblioteca. La dificultad estribaba en transportarla a casa de un cochero. Mi habitación estaba situada a una altura elevada, y lo peor era que la escalera que conducía a este ángulo del edificio daba a un pasillo que pasaba por delante de la puerta de la habitación del director. Todos los domésticos me adoraban, y como sabía que cualquiera de ellos se apresuraría a servirme en secreto, confié mis apuros a un ayuda de cámara del director. Me juró que haría todo lo que yo quisiese; y cuando llegó el momento, subió la escalera para coger la maleta. Temí bastante que fuese demasiado pesada para las fuerzas de un solo hombre; pero aquel *groom* era un gallardo mozo dotado

> De hombros hercúleos, hechos para soportar
> el peso de las monarquías más poderosas,

y tenía una espalda tan ancha como las llanuras de Salisbury. Se empeñó en llevar él solo la maleta mientras yo le esperaba al pie de la escalera lleno de ansiedad. Durante algunos momentos oí que bajaba con paso firme, lento; pero, desgraciadamente, a causa de su inquietud al acercarse al sitio peligroso, se le resbaló el pie a pocos pasos del pasillo y la enorme carga, cayéndosele de los hombros, tomó tal velocidad de caída a cada escalón que al llegar abajo rodó, o más bien saltó directamente con un ruido de mil demonios contra la puerta del *archididascalus*. Mi primera reacción fue pensar que todo estaba perdido y que mi única solución para efectuar la retirada era sacrificar mi equipaje. No obstante, un momento de reflexión me decidió a esperar el fin de

la aventura. El *groom* estaba lleno de terror por su propia cuenta y por la mía, pero a pesar de ello, en ese desdichado contratiempo, el sentimiento de lo cómico se apoderó tan irresistiblemente de su espíritu que se echó a reír, pero con una risa prolongada, ensordecedora, a todo vuelo, que hubiese despertado a los *Siete durmientes*. A los sones de esa música de alegría que resonaba en los mismos oídos de la autoridad insultada, no pude evitar unirle los de la mía propia, no sólo a causa del desgraciado *aturdimiento* de la maleta, sino por el efecto nervioso producido en el *groom*. Naturalmente esperábamos los dos ver al doctor lanzarse fuera de su habitación, pues, por lo general, como oyera moverse a un ratón, saltaba como un mastín fuera de su perrera. Cosa sorprendente, en aquella ocasión, cuando nuestras carcajadas cesaron, ningún ruido, ni siquiera un ligero roce se oyó en la habitación. El doctor padecía una enfermedad dolorosa que le tenía despierto algunas veces, pero que quizás, cuando llegaba a amodorrarse, le hacía dormir más profundamente. Animado por ese silencio, el *groom* volvió a cargarse el fardo en los hombros y terminó de bajar la escalera sin más problema. Esperé hasta que vi la maleta en la carretilla y de camino hacia el coche. Entonces, sin otro guía que la Providencia, me fui a pie llevando bajo el brazo un pequeño paquete con algunos objetos de tocador, en un bolsillo, un poeta inglés favorito, y en el otro un tomo en doceavo con unas nueve obras de Eurípides.

Nuestro escolar había acariciado la idea de ir hacia Westmoreland; pero un accidente que no nos explica cambió su itinerario y le llevó a Gales del Norte. Después de andar errante algún tiempo por el Derbighshire, el Merionethshire y el Caernavonshire, se instaló en una pequeña casa muy limpia en B...; pero pronto se vio fuera de ella por un incidente que hirió su orgullo juvenil de manera más cómica. Su patrona había servido en casa de un obispo como ama de llaves o como niñera. La enorme soberbia del clero inglés se infiltra no solamente en los hijos de sus dignatarios sino hasta en sus domésticos. En una pequeña ciudad como B... el haber vivido con la familia de un obispo bastaba evidentemente para conferir una especie de distinción; de manera que la buena señora tenía sin cesar en los labios frases como: «Milord hacía esto, milord hacía aquello, milord era un hombre indispensable en el Parlamento, indispensable en Oxford...». Tal vez encontró que el joven no escuchaba sus discursos con bastante reverencia. Un día fue a presentar sus respetos al obispo y a su familia, y

este le había preguntado por sus asuntos. Al saber que había alquilado su apartamento, el digno prelado cuidó de recomendarle que fuese muy exigente en la elección de sus inquilinos: «Betty —le dijo—, recuerde bien que este lugar está situado en la gran carretera que lleva a la capital, de forma que sin duda debe servir de etapa a una multitud de estafadores irlandeses que huyen de sus acreedores ingleses, y de estafadores ingleses que han dejado deudas en la isla de Man». Y la buena señora, al contar orgullosa su entrevista con el obispo, no dejó de añadir su respuesta: «¡Oh!, milord, no creo verdaderamente que ese *gentleman* sea un estafador, porque...». «¡Usted no cree que yo sea un estafador! —responde el joven, exasperado—. En adelante le evitaré la molestia de pensar en tales cosas.» Y se dispuso a marcharse. La pobre patrona tenía ganas de que todo se arreglase, pero como la cólera había inspirado al joven algunos términos poco respetuosos sobre el obispo, fue imposible toda reconciliación. «Estaba —dice él— verdaderamente indignado de la facilidad del obispo para calumniar a una persona a la que nunca había visto, y me dieron ganas de decirle lo que pensaba en griego, lo que hablando en favor de mi honestidad, al mismo tiempo (por lo menos así lo esperaba) hubiese obligado al obispo a responderme en la misma lengua, en tal caso no dudaba de que quedaría claro que si no era tan rico como Su Ilustrísima, era mucho mejor helenista. Pensamientos más cuerdos desecharon este proyecto infantil...»

Su vida errante vuelve a empezar; pero de albergue en albergue pronto se encuentra sin dinero. Durante quince días debe contentarse con un plato por día. El ejercicio y el aire de las montañas que obran con vigor sobre un estómago joven hacen que ese régimen tan moderado le sea muy doloroso; pues esa comida consistía únicamente en café o té. Por fin el café y el té llegan a ser un lujo imposible, y durante toda su estancia en el país de Gales, vive exclusivamente de moras y de bayas de escaramujo. De vez en cuando, una bondadosa hospitalidad suspende, como una fiesta, ese régimen de anacoreta y, por lo general, paga esa hospitalidad con pequeños servicios de escribano público. Desempeña el oficio de secretario de los campesinos que tienen parientes en Londres o en Liverpool. Lo habitual son cartas de amor que las muchachas que han estado sirviendo en Shrewsburry o en cualquier otra ciudad de la costa de Inglaterra le

encargan redactar para los enamorados que han dejado allí. Incluso hay un episodio de este género que tiene un carácter conmovedor. En un lugar apartado de Merionthshire, en Llan-y-Stindwr, se hospeda durante poco más de tres días en casa de unos jóvenes que le tratan con una cordialidad encantadora; cuatro hermanas y tres hermanos, hablando todos inglés y de una elegancia y una belleza naturales muy singulares. Redacta una carta para uno de los hermanos, quien habiendo servido en un buque de guerra quiere reclamar la parte que le toca en las presas, y más en secreto, dos cartas amorosas de dos hermanas. Estas ingenuas criaturas, por su candor, su distinción natural y sus púdicos rubores cuando dictan sus instrucciones, hacen pensar en las gracias límpidas y delicadas de las *keepsakes*. Desempeña tan bien su deber que las blancas muchachas están maravilladas de que supiese conciliar las exigencias de su orgulloso pudor con su deseo secreto de decir las cosas amables. Pero una mañana observa una incomodidad peculiar, casi una aflicción; es que regresan los ancianos padres, gente gruñona y austera que se habían ausentado para asistir a un mítin anual de metodistas en Caernarvon. A todas las frases que el joven les dirige sólo obtiene como respuesta: «Dym Sassenach» (*no English*). «A pesar de lo que pudiesen decir los jóvenes en mi favor, comprendí fácilmente que mi talento para escribir cartas de amor era, para esos graves metodistas sexagenarios, una recomendación tan pobre como mis versos sáficos o alcaicos.» Y por temor de que la graciosa hospitalidad ofrecida por la juventud no se transformase en una cruel caridad en manos de aquellos toscos ancianos, continúa su singular peregrinación.

El autor no nos dice por qué medios ingeniosos consiguió, a pesar de su miseria, llegar a Londres. Pero aquí la miseria, de áspera que era, llega a ser positivamente terrible, casi una agonía diaria. Imagínese dieciséis semanas de torturas causadas por un hambre permanente, apenas aliviado por algunas migajas de pan sutilmente cogidas en la mesa de un hombre de quien hablaremos ahora mismo; dos meses pasados a cielo raso; y por último el sueño interrumpido por angustias y sobresaltos intermitentes. Su travesura de escolar le costaba cara. Cuando llegó el mal, como para aumentar sus sufrimientos que parecían no poder agravarse, tuvo la suerte de encontrar un refugio, ¡pero qué refugio! El hombre a cuyo almuerzo asistía y a quien quitaba algunos trozos de pan (este le creía enfermo e

ignoraba que estuviese absolutamente desprovisto de todo) le permitió acostarse en un caserón desocupado del que era inquilino. Como mobiliario nada más que una mesa y algunas sillas; un desierto polvoriento lleno de ratas. En medio de esta desolación vivía, sin embargo, una pobre niña, no idiota, pero algo parecido, más bien fea y de unos diez años, a menos de que el hambre que la consumía no hubiese envejecido prematuramente su rostro. ¿Era simplemente una criada o una hija natural de aquel hombre? El autor nunca lo supo. Aquella pobre abandonada se puso muy contenta al saber que en adelante tendría un compañero para las negras horas de la noche. La casa era amplia, y la falta de muebles y de cortinas la hacían más sonora; el hormigueo de las ratas llenaba de ruido las habitaciones y la escalera. A través de los dolores físicos del frío y del hambre la desgraciada niña había sabido crearse un mal imaginario: tenía miedo a los fantasmas. El joven le prometió protegerla contra ellos, y añade con bastante gracia, «era el único auxilio que podía ofrecerle». Esos dos pobres seres se acostaban en el suelo con legajos de papel de oficio por almohada, sin más manta que un viejo capote de soldado de caballería. Más adelante descubrieron en el desván una vieja funda de sofá, un trozo de alfombra, y algunos trapos que les dieron un poco más de calor. La pobre niña se apretaba contra él para calentarse y para asegurarse contra sus enemigos del otro mundo. Cuando él estaba menos malo que de costumbre, la cogía en sus brazos, y la niña, calentada por ese contacto fraternal, se dormía mientras que él no podía lograrlo. Durante esos dos meses últimos de sufrimiento dormía mucho de día o más bien caía en somnolencias repentinas; mal sueño visitado por sueños tumultuosos; se despertaba sin cesar y sin cesar se adormecía, el dolor y la angustia le interrumpían violentamente el sueño, y el agotamiento se volvía a producir irresistiblemente. ¿Quién es el hombre nervioso que no conoce ese *sueño de perro*, como dice la lengua inglesa con su elíptica energía? Pues los dolores morales producen efectos análogos a los de los sufrimientos físicos tales como el hambre. Uno se oye a sí mismo gemir, algunas veces le despierta su propia voz; el estómago va hundiéndose sin cesar y contrayéndose como una esponja comprimida por una mano fuerte, el diafragma se estrecha y sube, la respiración falta, y la angustia va siempre aumentando hasta que, encontrando un remedio en la intensidad

del dolor, la naturaleza humana explota con un gran grito y un salto de todo el cuerpo que produce al fin un violento alivio.

El dueño de la casa llegaba, algunas veces, de repente y a buena hora; otras no iba en absoluto. Estaba siempre alerta a causa de la policía, refinando el procedimiento de Cromwell y acostándose cada noche en un barrio diferente; examinando por la mirilla la fisonomía de la gente que llamaba a la puerta; comiendo solamente té y un panecillo o algunos bizcochos que había comprado de camino, y sin invitar nunca a nadie. Durante esa comida maravillosamente frugal, el joven encontraba con sutileza algún pretexto para quedarse en la habitación y entablar conversación; después, con el aire más indiferente que podía fingir, se apoderaba de los últimos residuos de pan, pero a veces ni eso quedaba para él. Todo lo había devorado. En cuanto a la niña, nunca era admitida en el gabinete del hombre, si puede llamarse así aquel *maremagnum* de papelotes y pergaminos. A las seis, ese personaje misterioso levantaba el campo y cerraba su habitación. Apenas había llegado por la mañana, la niña bajaba para dedicarse a sus ocupaciones. Cuando llegaba para aquel hombre la hora del trabajo y de los negocios, el joven vagabundo salía a pasear o a sentarse en los parques o en otra parte. Por la noche volvía a su desolada morada y al oír el aldabonazo, la muchacha acudía con paso tenebroso para abrir la puerta.

Algunos años después, un 15 de agosto, día de su cumpleaños, el autor quiso dar un vistazo, a las diez de la noche, a aquel asilo de sus pasadas miserias. A la resplandeciente luz de un bello salón, vio gentes que tomaban el té y que tenían el aspecto de ser muy felices; extraño contraste con las tinieblas, el frío, el silencio y la desolación de ese mismo edificio, cuando dieciocho años atrás se refugiaban en él un estudiante hambriento y una niña abandonada. Más tarde hizo algunos esfuerzos para encontrar las huellas de esa pobre muchacha. ¿Ha vivido? ¿Ha llegado a ser madre? Ninguna noticia. La quería como su compañera de miseria, pues no era guapa, ni agradable, ni siquiera inteligente. No tema ninguna seducción, solamente un rostro humano, la pura humanidad reducida a su más pobre expresión. Pero según dijo, creo que Robespierre, con su estilo de hielo ardiente, recocido y congelado como la abstracción: «¡El hombre nunca ve sin gusto al hombre!».

Pero ¿quién es y qué hacía ese hombre, ese inquilino de costumbres tan misteriosas? Era uno de esos hombres de negocios, como hay en todas las grandes ciudades, metidos en complicados embrollos, trampeando con las leyes, y que abandonan por algún tiempo su conciencia, en espera de que una situación más próspera les permita volver a usar ese lujo molesto: nos dice el autor que si quisiera podría divertirnos mucho a costa de ese desgraciado y contarnos escenas curiosas, episodios inapreciables; pero ha querido olvidarlo todo y recordar solamente una cosa: y es que ese hombre, tan despreciable desde otros puntos de vista, había sido siempre servicial para él, e incluso generoso, por lo menos todo lo que él podía serlo. Excepto el santuario de los papelotes, todas las habitaciones estaban a disposición de los dos niños, quienes tenían muchos aposentos a su elección y podían instalar su tienda donde mejor les pareciese.

Pero el joven tuvo otra amiga de la que ya es hora que hablemos. Para contar dignamente este episodio, quisiera robar, por así decir, una pluma del ala de un ángel, tan casto, lleno de candor, de gracia y de misericordia me parece este cuadro. «En todos los momentos —dice el autor— me gustaba mucho conversar familiarmente, *more socratico*, con todos los seres humanos, hombres, mujeres y niños que el destino ponía en mi camino, costumbre favorable para conocer la naturaleza humana, los buenos sentimientos y la franqueza en las conductas que convienen a un hombre que quiere merecer el título de filósofo. Pues el filósofo no debe ver con los ojos de esa pobre criatura limitada que se llama a sí misma *hombre de mundo*, llena de prejuicios estrechos y egoístas, sino que por el contrario debe saber mirar como un ser verdaderamente católico, en comunión, y relaciones iguales con todo lo que hay arriba y lo que hay abajo, con gentes instruidas y gentes ineducadas, con los culpables como con los inocentes.»

Más tarde, entre los goces otorgados por el generoso opio, veremos reproducirse ese espíritu de caridad y de fraternidad universales, pero activado y aumentado por el genio particular de la embriaguez. En las calles de Londres, más aún que en el país de Gales, el estudiante emancipado era pues una especie de peripatético, un filósofo de la calle, meditando sin cesar a través del torbellino de la gran ciudad. El episodio en cuestión puede parecer un poco extraño en las letras inglesas, pues se

sabe que la literatura británica lleva la castidad hasta la gazmoñería; pero lo cierto es que el mismo tema, rozado solamente por una pluma francesa, pronto se hubiera convertido en *shocking*, mientras que aquí no hay más que gracia y decencia. Para decirlo todo en dos palabras, nuestro vagabundo había contraído una amistad platónica con una *peripatética* del amor. Ann no es una de esas bellezas osadas, deslumbradoras, cuyos ojos de demonio brillan a través de la niebla y que se hacen una aureola con su descaro. Ann es una criatura muy sencilla, corriente, despejada, abandonada como tantas otras, y reducida a la abyección por la traición. Pero está revestida por esa gracia de la debilidad y de la bondad que Goethe sabía dar a todas las mujeres creadas por su cerebro y que ha hecho de su Margarita de mantos rojos una criatura inmortal. ¡Cuántas veces, a través de sus monótonas peregrinaciones por la interminable Oxford Street, en medio del hormigueo de la gran ciudad rebosante de actividad, el estudiante famélico ha exhortado a su desgraciada amiga a que implorase el auxilio de un magistrado contra el miserable que la despojó, ofreciéndole a ayudarla con su testimonio y su elocuencia! Ann era más joven que él, no tenía más que dieciséis años. ¡Cuántas veces le protegió ella de los inspectores de policía que querían expulsarle de las puertas donde se refugiaba! Una vez hizo más la pobre abandonada: estaban sentados en Soho Square, en los escalones de la puerta de una casa ante la cual confiesa que desde entonces no puede pasar nunca sin sentirse el corazón oprimido por la garra del recuerdo y sin dar gracias interiormente a la memoria de aquella deplorable y generosa joven. Ese día se había sentido más débil todavía y más enfermo que de costumbre; apenas se sentó le pareció que su mal empeoraba. Había apoyado la cabeza en el seno de su hermana de infortunio, de pronto se escurrió de sus brazos y cayó hacia atrás en los escalones. Sin un estimulante fuerte estaba perdido, o por lo menos hubiese caído en un estado de debilidad irremediable. En aquella crisis de su destino, fue la criatura perdida quien le tendió una mano salvadora, ella que no había conocido el mundo más que por el ultraje y la injusticia. Dio un grito de terror, y sin perder un segundo se fue corriendo a Oxford Street, de donde volvió casi al instante con un vaso de oporto con especias cuya acción reparadora era maravillosa en un estómago vacío, que, por otra parte, no hubiese podido

soportar ningún alimento sólido. «¡Oh, mi joven bienhechora!, ¡cuántas veces, años más tarde, echado en lugares solitarios y soñando contigo con un corazón lleno de tristeza y de verdadero amor, cuántas veces he deseado que la bendición de un corazón oprimido por el agradecimiento tuviese esa prerrogativa y esa fuerza sobrenatural que los antiguos atribuían a la maldición de un padre que persigue su objetivo con el rigor indefectible de una fatalidad! ¡Que mi gratitud pueda también recibir del cielo la facultad de perseguirte, de frecuentarte, de espiarte, de sorprenderte, de alcanzarte hasta en las espesas tinieblas de un tugurio de Londres, o también (si fuese posible) en las tinieblas de la tumba, para despertarte con un auténtico mensaje de paz, perdón y de reconciliación final!»

Para sentir de esta forma, es necesario haber sufrido mucho, hay que ser uno de esos corazones que la desgracia abre y ablanda, al contrario de aquellos que cierra y endurece. El beduino de la civilización aprende en el Sahara de las grandes ciudades muchos motivos de enternecimiento que ignora el hombre cuya sensibilidad está limitada por el *hombre* y la familia. En el *barathrum* de las capitales hay, como en el desierto, algo que fortifica y forma el corazón del hombre, que le fortifica de otra manera, cuando lo corrompe y debilita hasta la abyección y hasta el suicidio.

Un día, poco tiempo después de este incidente, se encuentra en Albemarle Street con un antiguo amigo de su padre que le reconoció por su aire de familia; respondió a todas sus preguntas con sencillez, sin ocultarle nada; pero exigió que le diese palabra de no entregarle a sus tutores; por último le dio su dirección de casa de su patrón, el extraño *attorney*. Al día siguiente recibió en una carta, que este le remitió con fidelidad, un *bank note* de diez libras.

Al lector podría extrañarle que el joven no buscase un remedio contra la miseria desde el principio, bien con un trabajo regular, o pidiendo auxilio a los amigos de su familia. Respecto a este último recurso, el peligro que entrañaba era evidente. Los tutores podrían ser advertidos y la ley les daba todos los poderes para volverlo a llevar por fuerza al colegio de donde había huido. Así pues, una energía que a menudo se encuentra en los caracteres más femeninos y más sensibles le daba valor para soportar todas les privaciones y todos los peligros antes que arriesgarse a una

eventualidad tan humillante. Por otra parte, ¿dónde encontrar a esos amigos de su padre, muerto hacía ya diez años, amigos cuyos nombres había olvidado, por lo menos de la mayor parte? En cuanto al trabajo, es cierto que hubiese podido encontrar una remuneración pasable corrigiendo pruebas de griego, y que se sentía muy capaz de llenar estas funciones de manera ejemplar; pero ¿cómo ingeniárselas para que le presentasen a un editor respetable? Por último, confiesa que nunca se le ocurrió que el trabajo literario pudiese llegar a ser para él una fuente de ganancias. Para salir de su deplorable situación sólo había acariciado el proyecto de pedir dinero prestado con cargo a la fortuna a la que tenía derecho. Finalmente había llegado a conocer a algunos judíos a los que el *attorney* en cuestión servía en sus negocios turbios. No era difícil probarles que sus esperanzas tenían fundamento, ya que sus afirmaciones podían verificarse con el testamento de su padre ante los *Doctors' commons*. Quedaba una cuestión absolutamente imprevista por él, la de la identidad personal. Exhibió entonces algunas cartas que le habían escrito jóvenes amigos, entre otros, el conde de ..., e incluso su padre el marqués de ..., cuando residía en el país de Gales y que siempre llevaba en el bolsillo. Los judíos se dignaron al fin prometerle doscientas o trescientas libras, a condición de que el joven conde de ... (que, entre paréntesis, no era mayor que él) consintiese en garantizar el pago de la deuda en la época de su mayoría de edad. Se comprende que el objetivo del prestamista no era solamente sacar algún provecho de un negocio muy pequeño para él, después de todo, sino ponerse en relación con el joven conde, cuya inmensa fortuna conocía. Así, cuando recibe las diez libras, nuestro joven vagabundo se prepara para marcharse a Eton. Deja tres libras, más o menos, al futuro prestamista para pagar los contratos que hay que hacer, da también algún dinero al *attorney* para indemnizarlo por su hospitalidad sin muebles; emplea quince chelines en vestirse un poco; por fin la pobre Ann también tiene su parte en aquella fortuna inesperada. En una oscura noche de invierno se dirige a Piccadilly, acompañado por la pobre muchacha, con intención de bajar hasta Salt Hill en el coche de Bristol. Como todavía tienen tiempo, entran en Golden Square y se sientan en la esquina de Sherrard Street para evitar el tumulto y las luces de Piccadilly. Le había prometido no olvidarla y acudir en su ayuda tan pronto como le

fuera posible. En verdad que era un deber, e incluso un deber imperioso, y sentía ternura por esa hermana que el destino le había dado, aumentada por la pena que le inspiraba su excesivo abatimiento. A pesar de todos los golpes que había recibido su salud, estaba considerablemente contento y hasta lleno de esperanzas, mientras que Ann estaba desesperadamente triste. En el momento de la despedida le echó los brazos al cuello y se puso a llorar sin pronunciar una sola palabra. Esperaba volver al cabo de una semana como muy tarde y convinieron que, a partir del quinto día, iría a esperarle todas las tardes a las seis a Great Titchfield Street, que era como su puerto habitual y su lugar de reposo en el gran Mediterráneo de Oxford Street. De esta manera él creía haber tomado todas las precauciones para volver a verla; solamente había olvidado una: Ann no le había dicho nunca su apellido, o si se lo había dicho, él lo había olvidado como algo de poca importancia. Las mujeres galantes de grandes pretensiones que leen muchas novelas se hacen llamar con gusto miss Douglas, miss Montague, etc., pero las más humildes de esas pobres muchachas se dan a conocer sólo por su nombre de pila. Mary, Jane, Frances, etc. Por otra parte Ann tenía un resfriado y un enronquecimiento violentos, y ocupado en ese momento supremo en reconfortarla con buenas palabras y aconsejarle que se cuidase mucho, se olvidó completamente preguntarle su apellido, que era el medio más seguro de volver a encontrar sus huellas en el caso de una cita fallida o de una larga interrupción de sus relaciones.

Abrevio mucho los detalles del viaje, que destaca tan sólo por la ternura y la caridad de un gordo bodeguero, en el pecho y entre los brazos del cual, nuestro héroe, amodorrado por la debilidad y por el movimiento del coche, se durmió como en el seno de una nodriza, y por un largo año al aire libre entre Slough y Eton; pues había tenido que volverse atrás a pie, al haberse despertado bruscamente en brazos de su vecino después de pasar, sin saberlo, seis o siete millas más allá de Salt Hill. Cuando llegó al final de su viaje le dicen que el joven lord ya no está en Eton. En momento tan desesperado, pide de almorzar a lord D..., con el que sus relaciones era mucho menos íntimas. Era la primera buena mesa a la que se sentaba desde hacía muchos meses, y sin embargo no pudo probar bocado. Ya en Londres, el día en que recibió su *bank note* había comprado dos panecillos en una panadería que llevaba devorando con los ojos desde hacía dos

meses o seis semanas con una intensidad de deseo y cuyo recuerdo era para él una humillación. Ese pan tan deseado le puso enfermo, y durante varias semanas más le fue imposible comer algo. En medio mismo del lujo y del *confort* su apetito había desaparecido. Cuando explicó a lord D... la situación lastimosa de su estómago, este pidió que trajesen vino, y le hizo un gran bien. El servicio que se proponía pedirle al conde de ..., en su defecto se lo propuso a lord D..., pero no pudo obtenerlo absolutamente, es decir, no queriendo este mortificarle con una negativa completa, consiente en dar su garantía pero en ciertos términos y con ciertas condiciones. Animado por ese medio éxito, regresa a Londres después de tres días de ausencia y vuelve a casa de sus amigos judíos. Por desgracia, los prestamistas se niegan a aceptar las condiciones de lord D..., y su espantosa existencia hubiese podido volver a empezar y con mayor peligro esta vez, si al principio de esa nueva crisis, por una casualidad que no nos explica, sus tutores no le hubiesen propuesto un arreglo, y si una plena reconciliación no hubiese cambiado su vida. Se marcha de Londres a toda prisa, y por fin, algún tiempo después, entra en la Universidad. Hasta varios meses más tarde no pudo revisar el teatro de los sufrimientos de su juventud.

Pero la pobre Ann, ¿qué ha sido de ella? Cada tarde va a buscarla, cada tarde la espera en la esquina de Titchfield Street. Pregunta por ella a todos aquellos que pudieran conocerla; las últimas horas de su estancia en Londres han puesto todos los medios de que puede disponer para encontrarla. Conocía la calle donde se alojaba, pero no la casa; por otra parte, creía recordar vagamente que antes de su despedida se había visto obligada a huir de la brutalidad de su patrón. Las personas a quienes se dirigía, unas, por el ardor de sus preguntas, juzgaban deshonestos los motivos de su búsqueda y respondían con risas; otras, creyendo que buscaba a una muchacha que le había robado cualquier bagatela, estaban naturalmente poco dispuestas a convertirse en denunciadores. Dejó su dirección a una persona que conocía de vista a Ann y, sin embargo, nunca más volvió a saber de ella. Entre las inquietudes de su vida, esta ha sido la más profunda. Adviértase que el hombre que habla de esta manera es un hombre serio, tan encomiable por la espiritualidad de sus costumbres como por la elevación de sus escritos.

Si ha seguido viviendo, a menudo hemos debido de buscarnos mutuamente en el inmenso laberinto de Londres; tal vez a pocos pasos uno de otro, ¡distancia suficiente en una calle de Londres para crear una separación eterna! Durante algunos años he creído que seguiría viva, y creo que en mis diversos viajes a Londres, he examinado miles de rostros femeninos con la esperanza de volver a encontrar el suyo. Si la viese un segundo la reconocería entre mil; pues aunque no era guapa, tenía la expresión dulce y un movimiento de cabeza particularmente gracioso. La he buscado, digo, con esperanza. Sí, ¡durante años! Pero ahora temería verla; y ese terrible resfriado que me asustaba tanto cuando nos separamos es hoy mi consuelo. Ya no deseo verla, pero sueño con ella, y no sin placer, como con una persona acostada desde hace mucho tiempo en la tumba (me gustaría creer que en la tumba de una Magdalena), raptada de este mundo antes de que el ultraje y la barbarie hayan manchado y desfigurado su carácter ingenuo, o de que la brutalidad de los sinvergüenzas haya completado la ruina de aquella a quien había dado los primeros golpes.

Así pues, Oxford Street, madrastra de corazón empedernido, tú que has escuchado los suspiros de los huérfanos y bebido las lágrimas de los niños, ¡me veía por fin liberado de ti! ¡Había llegado el momento en que ya no me vería condenado a recorrer dolorosamente tus interminables aceras, a agitarme en horribles sueños o en un insomnio hambriento! Ann y yo hemos tenido sucesores demasiado numerosos que han pisado las huellas de nuestros pasos; herederos de nuestras calamidades, otros huérfanos han suspirado; otros jóvenes han vertido lágrimas, y tú, Oxford Street, tú has repetido desde entonces el eco de los gemidos de innumerables corazones. Pero para mí, la tempestad a la que había podido sobrevivir, parecía haber sido la prenda de una bella primavera prolongada...

¿Ann desapareció completamente? ¡Oh, no! Volveremos a verla en los mundos del opio; fantasma extraño y transfigurado, surgirá lentamente en el humo del recuerdo, como el genio de *Las mil y una noches* surge en los vapores de la botella. En cuanto al *comedor de opio*, los dolores de la infancia han echado en él profundas raíces que llegarán a ser árboles, y esos árboles echarán su fúnebre sombra sobre todos los objetos de la vida. Pero esos nuevos dolores, de los que las últimas páginas de la parte biográfica nos dan el presentimiento, los soportará con valor, con la

firmeza de un espíritu maduro, y muy aliviado por la simpatía más profunda y más tierna. Esas páginas contienen la invocación más noble y las acciones de gracias más tiernas dirigidas a una compañera valerosa, siempre sentada a la cabecera del lecho donde descansa ese cerebro obsesionado por las Euménides. El Orestes del opio ha encontrado a su Electra, quien durante años ha enjugado en su frente los sudores de la angustia y refrescado sus labios apergaminados por la fiebre. «¡Pues tú fuiste mi Electra, querida compañera de mis años posteriores!, ¡y no has querido que la esposa inglesa fuese vencida por la hermana griega en nobleza de espíritu ni en paciente cariño!» En otro tiempo, en sus miserias de joven rodando por Oxford Street, en las noches llenas de luna, hundía sus miradas a menudo (y era su pobre consuelo) en las avenidas que atraviesan el corazón de Mary-le-Bone y que conducen hasta el campo; y viajando con el pensamiento por esas largas perspectivas cortadas de luz y de sombra, se decía: «Ese es el camino hacia el norte, ese es el camino hacia..., y ¡si yo tuviese alas de tórtola por allí levantaría el vuelo para ir a buscar ánimos!». ¡Hombre, como todos los hombres, ciego en sus deseos! Porque allá, al norte, en ese mismo lugar, en ese mismo valle, en esa casa tan deseada, es donde tenía que encontrar sus nuevos sufrimientos y una compañía de crueles fantasmas. Pero allí también vive Electra, la de las bondades reparadoras, e incluso ahora, cuando, hombre solitario y pensativo, recorre el inmenso Londres; con el corazón oprimido por penas indefinibles que reclaman el dulce bálsamo del afecto doméstico, al mirar las calles que se lanzan desde Oxford Street hacia el norte, y al pensar en la Electra bienamada que le espera en ese mismo valle, en esa misma casa, el hombre exclama como ya otra vez el joven: «¡Oh, si tuviese alas de tórtola, por allí volaría para ir a buscar el consuelo!».

El prólogo ha terminado, y puedo asegurar al lector, sin temor a mentir, que el telón se levantará para dar paso a la más asombrosa, la más complicada y la más espléndida visión que jamás ha encendido sobre la nieve del papel la frágil herramienta del escritor.

III

VOLUPTUOSIDADES DEL OPIO

Como he dicho al comienzo, la necesidad de aliviar los dolores de un organismo debilitado por esas deplorables aventuras de juventud fue lo que originó en el autor de estas memorias el uso del opio, frecuente al principio y después diario. No niega que el deseo irresistible de renovar las voluptuosidades misteriosas, descubiertas desde el primer momento, le indujo a repetir frecuentemente sus experiencias, y esto lo confiesa incluso con candidez; solamente invoca el beneficio de una excusa. Pero la primera vez que él y el opio se conocieron fue por una circunstancia trivial. Un día padecía de dolor de muelas y lo atribuyó una interrupción de su higiene; como desde su infancia tenía la costumbre de meter todos los días la cabeza en agua fría, recurrió imprudentemente a esta práctica, peligrosa en ese caso. Luego se recostó con los cabellos chorreando. El resultado fue un fuerte dolor de cabeza y en la cara que le duró casi veinte días. Un domingo lluvioso de otoño, en 1804, cuando vagaba por las calles de Londres para distraerse de su dolencia (era la primera vez que volvía a Londres desde su ingreso en la Universidad), encontró a un compañero que le recomendó el opio. Una hora después de absorber la tintura de opio en la cantidad prescrita por el farmacéutico, había desaparecido el dolor. Pero ese beneficio que le había parecido tan grande no era nada comparado con los nuevos placeres que le fueron revelados repentinamente. ¡Qué levantamiento del espíritu! ¡Qué mundos interiores! ¿Era aquello la panacea, el *pharmakon nepenthes* para todos los dolores humanos?[126]

«¡Había, pues, descubierto el gran secreto de la felicidad sobre el que durante tantos siglos habían disputado los filósofos! ¡Se podía comprar la dicha por un penique y llevarla en el bolsillo del chaleco; el éxtasis se dejaba encerrar en una botella, y la paz del espíritu podía enviarse por correo! Tal vez crea el lector que quiero reírme, pero en mí es ya una vieja costumbre la de bromear en medio del dolor, y puedo afirmar que no reirá mucho tiempo aquel que mantenga comercio con el opio. Sus placeres son incluso de una naturaleza seria y solemne, y en su estado más feliz, el tomador de opio no puede presentarse con el carácter del *allegro*; incluso entonces habla y piensa como corresponde al *penseroso*.»

El autor quiere ante todo vengar al opio de ciertas calumnias: el opio no amodorra, por lo manos la inteligencia, no embriaga; si el láudano, tomado en gran cantidad, puede embriagar, no es por el opio, sino por el alcohol que contiene. Establece en seguida una comparación entre los efectos del alcohol y los del opio, y define con mucha claridad sus diferencias; así, el placer causado por el vino sigue una marcha ascendente, al fin de la cual va decreciendo, mientras que el efecto del opio, una vez creado, permanece igual a sí mismo durante ocho o diez horas; el uno, placer agudo; el otro, placer crónico; allí, una llamarada, aquí, un ardor igual y sostenido. Pero la gran diferencia está sobre todo en esto, el vino perturba las facultades mentales, mientras que el opio introduce en ellas el orden supremo y la armonía. El vino priva al hombre del gobierno de sí mismo, y el opio hace ese gobierno más flexible y más tranquilo. Todo el mundo sabe que el vino da una energía extraordinaria, pero momentánea, al desprecio y a la admiración, al amor y al odio. Pero el opio comunica a las facultades el sentimiento profundo de la disciplina y una especie de salud divina. Los hombres ebrios de vino se juran amistad eterna, se estrechan las manos y derraman lágrimas sin que nadie pueda comprender por qué; la parte sensual del hombre ha llegado evidentemente a su apogeo. Pero la expansión de los sentimientos benévolos causados por el opio no es un acceso de fiebre; es más bien el hombre primitivamente bueno y justo, restaurado y reintegrado en su estado natural, liberado de todas las amarguras que habían corrompido ocasionalmente su noble temperamento. En fin, por grandes que sean los beneficios del vino, puede decirse que a menudo roza la locura, o por lo menos, la extravagancia, y que más allá de un cierto límite volatiza, por así decir, y dispersa la energía intelectual; mientras que el opio parece siempre tranquilizar lo que ha sido agitado, y concentrar lo que ha sido diseminado. En una palabra, es la parte puramente humana, muy a menudo incluso la parte brutal del hombre, la que, con el auxilio del vino, usurpa la soberanía, mientras que el tomador de opio siente plenamente que la parte depurada de su ser y sus efectos morales gozan de su máxima flexibilidad, y, ante todo, que su inteligencia adquiere una lucidez consoladora y sin nubes.

El autor niega igualmente que la exaltación producida por el opio vaya

seguida necesariamente de un abatimiento proporcional, y que el uso de esta droga engendre, como consecuencia natural e inmediata, una paralización y un entorpecimiento de las facultades. Afirma que durante un periodo de diez años ha gozado siempre, al día siguiente de su relajación, de una salud intelectual notable. Respecto a ese entorpecimiento de que tantos escritores han hablado, y en el que sobre todo ha hecho creer el embrutecimiento de los turcos, afirma no haberlo conocido nunca. Es posible que el opio, conforme a la calificación en que está fichado, obre al fin como narcótico, pero sus primeros efectos son siempre estimular y exaltar al hombre, esa elevación del espíritu no dura menos de ocho horas; de suerte que el tomador de opio tiene la culpa si no regula su medicación de modo que caiga sobre su sueño natural todo el peso de la influencia narcótica. Para que el lector pueda juzgar si el opio es apto para atontar las facultades de un cerebro inglés, presentará, dice, dos muestras de sus goces, tratando el asunto con *ilustraciones* más bien que con argumentos, y contará de qué manera empleaba a menudo sus *veladas de opio* en Londres, en el periodo comprendido entre 1804 y 1812. Entonces era un gran trabajador y todo su tiempo estaba ocupado en estudios serios, creía tener derecho a buscar de vez en cuando, como todos los hombres, el alivio y el recreo que mejor le convenían.

«El viernes próximo, si Dios quiere, me propongo emborracharme», decía el difunto duque de ..., y nuestro autor fijaba también de antemano cuándo y cuántas veces en un tiempo dado se entregaría a su relajación favorita. Era una vez cada tres semanas, casi nunca más, generalmente el martes o el sábado por la noche, días de ópera. Eran los buenos tiempos de la Grassini, la música entraba entonces en sus oídos, no como una simple sucesión lógica de sonidos agradables, sino como una serie de *memoranda*, como los acentos de una brujería que evocaba ante los ojos de su espíritu toda su vida pasada, la música intelectual cuya grandeza e intensidad puede concebir fácilmente cualquier espíritu un poco refinado. Mucha gente pregunta cuáles son las ideas positivas contenidas en los sonidos; olvida, o más bien ignora que la música, semejante en eso a la poesía, representa sentimientos más bien que ideas; sugiere ideas, es cierto, pero no las contiene en sí misma. Toda su vida pasada vivía en él, dice, no por un esfuerzo de la memoria, sino como presente y encarnada en la música;

ya no era doloroso contemplarla; toda la trivialidad y la crudeza inherentes a las cosas humanas estaban excluidas de esa misteriosa resurrección, o fundidas y ahogadas en una bruma ideal, y sus antiguas pasiones se encontraban exaltadas, ennoblecidas, espiritualizadas. ¡Cuántas veces tuvo que volver a ver en ese segundo teatro, encendido en su espíritu por el opio y la música, los caminos y las montañas que había recorrido, escolar emancipado, y a sus amables hospederos del país de Gales, y las tinieblas entrecortadas por fulgores de las inmensas calles de Londres, y sus melancólicas amistades, y sus largas miserias consoladas por Ann y por la esperanza de un futuro mejor! Y además, en toda la sala, en los entreactos, las conversaciones italianas y la música de una lengua extranjera hablada por mujeres, aumentaban el encanto de aquella velada, pues ya se sabe que cuando no se conoce un idioma el oído es más sensible a su armonía. Igualmente nadie puede saborear mejor un paisaje que el que lo contempla por primera vez, la naturaleza se presenta entonces con toda su extrañeza, ya que todavía no se ha embotado por haberla mirado con demasiada frecuencia.

Pero algunas veces, el sábado por la noche, otra tentación de un gusto más singular y no menos encantador triunfaba de su amor a la ópera italiana. Ese goce en cuestión, lo bastante excitante para rivalizar con la música, podría llamarse el diletantismo en la caridad. El autor, abandonado muy joven en el torbellino indiferente de una gran capital, ha sido desgraciado y singularmente probado. Aun cuando su espíritu no hubiese sido (como el lector ha podido observar) de una naturaleza buena, delicada y afectuosa, se podría suponer fácilmente que, en sus largos días de vagabundeo y en sus noches de angustia más largas todavía, aprendió a amar y a compadecer al pobre. El antiguo escolar quiere volver a ver esa vida de los humildes; quiere sumergirse en el seno de su muchedumbre de desheredados, y como el nadador abraza el mar y así entra en contacto más directo con la naturaleza, él aspira a darse, por decirlo así, un baño de multitud. Aquí el tono del libro se eleva tanto que me creo en el deber de ceder la palabra al autor mismo:

Como ya he dicho, ese placer solamente podía tenerlo el sábado por la noche. ¿En qué se diferenciaba esa noche de otra cualquiera? ¿De qué trabajos debía

descansar? ¿Qué sueldo a recibir? ¿Y de qué tenía que inquietarme el sábado por la noche, sino de ir a escuchar a la Grassini? Es cierto, lógico lector, y lo que dices es irrefutable. Pero los hombres dan un curso variado a sus sentimientos, y mientras la mayor parte de ellos testimonian su interés por los pobres simpatizando de una u otra manera con sus miserias y con sus penas, yo me inclinaba en esa época a demostrar mi interés por ellos simpatizando con su placeres. Recientemente había visto los dolores de la pobreza; los había visto demasiado bien para querer reavivar el recuerdo; pero los placeres del pobre, los consuelos de su espíritu, los descansos de su fatiga corporal, nunca pueden llegar a ser una contemplación dolorosa. Así, el sábado por la noche marca el regreso del reposo periódico para el pobre; las sectas más hostiles se unen en ese punto y reconocen ese lazo común de fraternidad, esa noche casi toda la cristiandad descansa de su trabajo. Es un descanso que sirve de introducción a otro; un día entero y dos noches le separan de la próxima fatiga. Por eso me parece siempre que el sábado por la noche yo mismo me libero del yugo de un trabajo, que yo mismo tengo un sueldo, y que voy a poder gozar del lujo del reposo. Además, para ser testigo, en una escala tan larga como sea posible, de un espectáculo con el que simpatizaba tan profundamente, tenía la costumbre, después de haber tomado el opio, de perderme a lo lejos, sin inquietarme del camino ni de distancia, hacia todos los lugares donde se reúnen los pobres para gastar su salarios. He espiado y oído a más de una familia, compuesta de un hombre, su mujer y uno o dos hijos, mientras discutían sus proyectos, sus medios, lo que tenían de presupuesto o los precios de los artículos domésticos. Gradualmente me familiarizaba con sus deseos, sus dificultades o sus opiniones. Algunas veces llegaba a oír murmullos de descontento, pero lo más a menudo sus fisonomías y sus palabras expresaban la paciencia, la esperanza y la seriedad. Y debo decir sobre esto que el pobre, en general, es más filósofo que el rico, porque demuestra una resignación más rápida y más alegre a lo que considera como un mal irremediable o una pérdida irreparable. Cada vez que tenía la ocasión o que podía hacerlo sin parecer indiscreto, me mezclaba a ellos y a propósito de lo que discutían, daba mi opinión que, si no siempre era juiciosa, siempre la recibían con benevolencia. Si los sueldos habían aumentado un poco, o si esperaban que subiesen próximamente, si el pan estaba más barato, o si corría el rumor de que las cebollas y la mantequilla iban a bajar pronto, me sentía dichoso; pero si era todo lo contrario, sacaba del opio mis medios de consuelo. Pues el opio (semejante a la abeja que saca indefinidamente sus materiales de

la rosa y del hollín de las chimeneas) posee el arte de sujetar todos los sentimientos y de regularlos a su diapasón. Algunos de esos paseos me llevaban a grandes distancias, puesto que un tomador de opio es demasiado feliz para observar la huida del tiempo. Y algunas veces, en un esfuerzo para buscar el camino de mi casa, al fijar mis ojos en la estrella polar, según los principios náuticos, buscando ambiciosamente «mi paso del noroeste», para no volver a doblar otra vez todos los cabos y promontorios que había encontrado en mi primer viaje, entraba de repente en laberintos de callejuelas, en callejones sin salida, hechos para mofar el coraje de los mozos de cuadra o confundir a los cocheros de simones. A veces hubiese podido creer que acababa de descubrir, yo el primero, algunas de esas *terrae incognitae*, y dudaba que estuviesen indicadas en los planos modernos de Londres. Pero al cabo de algunos años he pagado cruelmente todas esas fantasías, «cuando la faz humana ha venido a tiranizar mis sueños» y cuando mis perplejos vagabundeos en el seno del inmenso Londres se han reproducido en mi sueño con un sentimiento de perplejidad moral e intelectual que traía la conclusión a mi casa y la angustia y el remordimiento a mi conciencia...

Así pues, el opio no engendra, por necesidad, la inacción o el entorpecimiento, puesto que, al contrario, lanzaba a menudo a nuestro soñador a los centros más hormigueantes de la vida común. No obstante, los teatros y los mercados no son generalmente las obsesiones predilectas de un tomador de opio, sobre todo cuando está en su estado perfecto de goce. La muchedumbre es entonces para él como una opresión; la música misma tiene un carácter sensual y grosero. Busca más bien la soledad y el silencio como condiciones indispensables para sus éxtasis y sus ensueños profundos. Si al principio el autor de estas *Confesiones* se ha echado en la multitud y en la corriente humana, era para reaccionar contra una inclinación demasiado viva al ensueño y a una negra melancolía, resultados de sus sufrimientos de juventud. En las investigaciones científicas como en la sociedad de los hombres, huía de una especie de hipocondría. Más tarde cuando su naturaleza verdadera se restableció y las tinieblas de sus pasadas tormentas se dispersaron, creyó poder sacrificar sin peligro su gusto por la vida solitaria. Más de una vez le ocurrió pasar toda una bella noche de verano sentado cerca de la ventana, sin moverse, sin siquiera desear cambiar de lugar, desde el crepúsculo hasta el

amanecer llenándose los ojos con la amplia perspectiva del mar y de la gran ciudad, y su espíritu con largas y deliciosas meditaciones sugeridas por ese espectáculo. Una gran alegoría natural se extendía ante él:

La ciudad, velada por la bruma y los suaves resplandores de la noche, representaba la tierra con sus penas y sus tumbas, situadas lejos y detrás, pero no totalmente olvidadas, ni fuera del alcance de mi vista. El Océano, con su respiración eterna, incubado por una vasta calma, personificaba mi espíritu y la influencia que entonces lo gobernaba. Me parecía que por vez primera me mantenía a distancia y fuera de la vida, que el ruido, la fiebre y la lucha estaban suspendidos, que a las secretas opresiones de mi corazón se les había concedido una tregua, un repaso festivo, una liberación de todo trabajo humano. La esperanza que florece en los caminos de la vida no contradecía ya la que vive en las tumbas; las evoluciones de mi inteligencia me parecían tan infatigables como los cielos, y, sin embargo, todas las inquietudes estaban aplacadas por una calma alciónica; era una tranquilidad que parecía el resultado, no de la inercia, sino del antagonismo majestuoso de fuerzas iguales y poderosas; ¡actividades infinitas, infinito reposo!

¡Oh justo, sutil y poderoso opio...!, ¡tú posees las llaves del paraíso...!

Aquí se erigen esas extrañas acciones de gracias, arrebatos del agradecimiento, que he copiado textualmente al principio de este trabajo y que podrían servirle de epígrafe. Es como los fuegos artificiales que terminan la fiesta. Pues pronto va a ensombrecerse la decoración, y las tempestades se amontonarán en la noche.

IV

TORTURAS DEL OPIO

El primer conocimiento que tuvo del opio fue en 1804. Han pasado ocho años, felices y ennoblecidos por el estudio. Ahora estamos en 1812. Lejos, muy lejos de Oxford, retirado entre montañas, a una distancia de doscientas cincuenta millas, ¿qué hace nuestro héroe? (Verdaderamente merece este título.) Toma opio. ¿Y qué más? Estudia metafísica alemana:

lee a Kant, Fichte, Schelling. Enterrado en una casita de campo, con una sola criada, ve pasar las horas serias y tranquilas. ¿Y no está casado? Todavía no. ¿Sigue tomando opio? Todos los sábados por la noche. ¿Y ese régimen ha durado desvergonzadamente desde el famoso domingo lluvioso del 1804? ¡Ay, sí! Pero ¿y la salud al cabo de esta larga y periódica relajación? Dice que nunca ha estado mejor que en la primavera del 1812. Observemos que hasta el presidente no ha sido más que un *dilettante* y que el opio no ha llegado a ser todavía para él una higiene cotidiana. Las dosis han sido siempre moderadas y separadas profundamente por un intervalo de algunos días. Tal vez esa prudencia y esta moderación han retardado la aparición de terrores vengativos. En 1813 comienza una nueva era. Durante el verano anterior, un acontecimiento doloroso que no nos explica había impresionado bastante su espíritu hasta el extremo de influir sobre su salud física; desde entonces, una espantosa irritación de estómago le atacó, extrañamente parecida a la que había sufrido tanto en sus noches de angustia, en la casa del procurador, y que iba acompañada de todos sus antiguos sueños morbosos, ¡Ahí está la gran justificación! ¿Para qué extenderse sobre esta crisis y detener todos los incidentes? La lucha fue larga, los dolores fatigosos e insoportables, y la liberación estaba siempre allí, al alcance de la mano. De buena gana diría a todos los que han deseado un bálsamo, una nepenta para los dolores cotidianos que turban el ejercicio regular del espíritu, enfermos del cuerpo, diría: ¡el que de vosotros esté sin pecado, ya de acto o de intención, que arroje a nuestro enfermo la primera piedra! Esto está comprendido; por otra parte os suplica que le creáis que cuando empezó a tomar opio diariamente, tenía urgencia de él, necesidad, fatalidad, no era posible vivir de otra manera. Y además, ¿son numerosos esos valientes que saben afrontar con paciencia, con una energía renovada cada minuto, el dolor, la tortura, siempre presente, nunca fatigado, con miras a un beneficio vago y lejano? El que parece tan valeroso y tan paciente no ha tenido gran mérito en vencer, y el que ha resistido poco tiempo ha desplegado en ese poco tiempo una enorme energía desconocida. ¿Los temperamentos humanos no son tan infinitamente variados como las dosis químicas? «¡En el estado nervioso en que me encuentro me es tan insoportable *un moralista inhumano como el opio que no han hecho hervir*!» He aquí una bella sentencia, una irrefutable

sentencia. Ya no se trata de circunstancias atenuantes, sino de circunstancias absolventes.

Finalmente, esa crisis de 1813 tuvo un final que puede adivinarse. Preguntar desde este momento si tal día ha tomado o no ha tomado opio, sería lo mismo que informarse *si sus pulmones respiraron ese día o si su corazón cumplió sus funciones.* ¡No más cuaresma de opio, no más ramadán, no más abstinencia! ¡El opio forma parte de la vida! Poco tiempo antes de 1816, el año más bello y más límpido de su existencia, nos dice, había bajado rápidamente y casi sin esfuerzo de trescientos veinte granos de opio, es decir, ocho mil gotas de láudano, por día, a cuarenta gramos, disminuyendo así su extraño alimento de siete octavos. La nube de profunda melancolía que se había metido en su cerebro se disipó en un día como por magia, la agilidad espiritual reapareció, y pudo volver a creer en la dicha. Ya solamente tomaba mil gotas de láudano por día (¡qué templanza!). Era como un veranillo de San Martín espiritual. Y releyó a Kant, y lo comprendió o creyó comprenderlo. De nuevo abundaba en él esa ligereza, esa alegría de espíritu —tristes palabras para traducir lo intraducible— igualmente favorable para el trabajo y para el ejercicio de la fraternidad. Ese espíritu de benevolencia y de complacencia por el prójimo, digamos más, de caridad, que se parece un poco (dicho sea sin intención de faltar al respeto a un autor tan serio) a la caridad de los borrachos, se ejercitó un buen día de la manera más extraña y más espontánea en beneficio de un malayo. Observad bien a ese malayo; volveremos a verlo más adelante; reaparecerá multiplicado de una manera terrible. Pues ¿quién puede calcular la fuerza de reflejo y de repercusión de un incidente cualquiera en la vida de un soñador? ¿Quién puede pensar sin estremecerse en el infinito ensanchamiento de los círculos en las ondas espirituales agitadas por una piedra caída al azar? Así pues, un día un malayo llama a la puerta de aquel silencioso retiro. ¿Qué hacía un malayo en las montañas de Inglaterra? Tal vez se dirigía hacia un puerto situado a cuarenta millas de allí. La criada, nacida en la montaña, que no sabía mejor la lengua malaya que la inglesa, y que nunca en su vida había visto un turbante, se quedó extrañamente espantada. Pero al recordar que su amo era un sabio, y creyendo que debía hablar todas las lenguas de la tierra, quizá también la de la luna, corrió a buscarle para pedirle que

exorcizase al demonio que se había instalado en la cocina. Era un contraste curioso y divertido el de aquellos dos rostros mirándose uno al otro; uno, marcado por la arrogancia sajona, el otro, por el servilismo asiático; el uno, rosa y fresco; el otro, amarillo y bilioso, iluminado por unos ojillos móviles e inquietos. El sabio, para salvar su honor a los ojos de la sirvienta y de los vecinos, le habló en griego; el malayo le contestó sin duda en su lengua; no se entendieron y todo quedó bien. Este descansó durante una hora en el suelo de la cocina y después hizo ademán de seguir su camino. Si el pobre asiático venía a pie desde Londres, no había podido, desde hacía tres semanas, intercambiar ningún pensamiento con un ser humano. Para consolarse de las molestias probables de aquella vida solitaria, nuestro autor, suponiendo que un hombre de aquellos países debía conocer el opio, le regaló, antes de marcharse, un buen trozo de la preciada sustancia. ¿Se puede concebir una manera más noble de entender la hospitalidad? En la expresión de su fisonomía se vio claramente que el malayo conocía el opio, y de un bocado se tragó un trozo que hubiese podido matar a varias personas. Es cierto que había para inquietar a un alma caritativa, pero en la región no se oyó hablar de ningún cadáver malayo encontrado en la carretera; ese extraño viajero estaba bastante familiarizado con el veneno, y el resultado que la caridad deseaba obtener se había conseguido.

Ya he dicho que el comedor de opio era feliz entonces, verdadera dicha de sabio y de solitario enamorado del *confort*: una casa de campo encantadora, una hermosa biblioteca paciente y delicadamente reunida y el invierno haciendo atrocidades en la montaña. Una bonita habitación ¿no hace más poético al invierno, y el invierno no aumenta la poesía de la habitación? La blanca casa estaba situada en el fondo de un valle rodeado de montañas bastante altas. Estaba como envuelta en arbustos que esparcían una tapicería de flores por las paredes y formaban un marco oloroso en las ventanas durante la primavera, el verano y el otoño; comenzaba por el espino blanco y terminaba por el jazmín. Pero el buen tiempo, el tiempo de la dicha para un hombre soñador y de meditación como él, es el invierno, y el invierno en su forma más cruda. Hay gentes que se felicitan de obtener del cielo un invierno benigno y que son dichosos al verlo desaparecer. Pero él pide anualmente al cielo tanta nieve,

tanto granizo y tantas heladas como puede dar. Necesita un invierno canadiense, un invierno ruso; lo necesita porque lo paga bien. De esta manera, su nido será más caliente, más amable, más amado; las velas encendidas a las cuatro, una buena chimenea, buenas alfombras, pesadas cortinas que caen ondulando hasta el suelo, una hermosa tetera, y el té desde las ocho de la noche hasta las cuatro de la madrugada. Ninguno de estos placeres es posible sin el invierno; todo *confort* exige una temperatura rigurosa; todo esto cuesta caro; nuestro soñador tiene, pues, derecho a exigir que el invierno pague honestamente su deuda como él paga la suya. El salón es pequeño y sirve para dos fines. Podría llamársele con más propiedad la biblioteca; allí ha podido reunir cinco mil volúmenes, comprados uno a uno, verdadera conquista de la paciencia. Un gran fuego arde en la chimenea; en una bandeja hay dos tazas y dos platillos, pues la caritativa Electra que ya nos ha hecho presentir embellece la casa con todo el hechizo de sus angélicas sonrisas. ¿Para qué describir su belleza? El lector podría creer que esa potencia de luz es puramente física y que pertenece al dominio del pincel terrestre. Y además, no olvidemos el frasco de láudano, una gran garrafa en realidad, pues estamos muy lejos de los farmacéuticos de Londres para renovar con frecuencia nuestra provisión; hay en la mesa un libro de metafísica alemana, testimonio de las eternas ambiciones intelectuales del propietario. Paisaje de montañas, retiro silencioso, lujo o más bien un sólido bienestar, mucho tiempo para la meditación, invierno riguroso, propio para concentrar las facultades del espíritu, sí, era la dicha, o más bien los últimos resplandores de la dicha, una intermitencia en la fatalidad, un jubileo en la desgracia; pues ya estamos acercándonos a la época funesta en que «hay que decir adiós a esa dulce beatitud, ¡adiós al invierno y al verano, adiós a las sonrisas y a las risas, adiós a la paz del espíritu, adiós a los consuelos benditos del sueño!». Durante más de tres años, nuestro soñador estará como un exiliado, expulsado del territorio de la dicha común, ha llegado ahora a *una Ilíada de calamidades, ha llegado a las torturas del opio*. Época sombría, vasta res de tinieblas, desgarrada a intervalos por bellas y agobiantes visiones:

Era como si un gran pintor hubiese mojado

su pincel en la negrura del terremoto y del eclipse.

Estos versos de Shelley, de un carácter tan solemne y tan verdaderamente miltoniano, muestran bien el color de un paisaje opiado, si está permitido hablar así; en verdad así son el cielo taciturno y el horizonte impermeable que envuelven el cerebro dominado por el opio. Lo infinito en el horror y en la melancolía, y lo más melancólico de todo, ¡la impotencia de liberarse por sí mismo del suplicio!

Antes de continuar, nuestro penitente (de vez en cuando podríamos llamarle así aunque pertenezca, según todas las apariencias, a una clase de penitentes siempre dispuestos a volver a caer en su pecado) nos advierte que no hay que buscar un orden muy riguroso en esta parte del libro, un orden cronológico por lo menos. Cuando lo escribió estaba solo en Londres, incapaz de construir un relato regular con los montones de recuerdos pesados y repugnantes, y se encontraba lejos de las manos amigas que sabían clasificar sus papeles y tenían la costumbre de prestarle todos los servicios de un secretario. Desde este momento escribe sin precaución, casi da pudor, suponiéndose ante un lector indulgente, a quince o veinte años más allá de la época presente, y queriendo simplemente, ante todo, establecer una memoria de un periodo desastroso, lo hace con todo el esfuerzo de que todavía es capaz, no sabiendo demasiado si más tarde encontrará las fuerzas o la ocasión para ello.

Pero ¿por qué —le dirán— no se ha liberado de los horrores del opio abandonándolo o disminuyendo las dosis? Hizo grandes y dolorosos esfuerzos para reducir la cantidad; pero los testigos de esas batallas lamentables, de esas agonías sucesivas, fueron los primeros en suplicarle que renunciase a ello. ¿Por qué no haber disminuido la dosis una gota por día o no haber atenuado su poder añadiéndole agua? Ha calculado que hubiese necesitado varios años para obtener con ese medio una victoria incierta. Por otra parte, todos los aficionados al opio saben que antes de llegar a cierto grado puede reducirse la dosis sin dificultad y hasta con placer, pero que una vez sobrepasada esa dosis, toda disminución causa intensos dolores. ¿Y por qué no consentir un abatimiento momentáneo de algunos días? No hay abatimiento; no es en eso en lo que consiste el dolor. La disminución del opio aumenta, por el contrario, la vitalidad; el pulso es

mejor, la salud se refuerza; pero de ello resulta una terrible irritación del estómago, acompañada de sudores abundantes y de una sensación de malestar general que nace del desequilibrio entre la energía física y la salud del espíritu. En efecto, es fácil comprender que el cuerpo, la parte terrestre del hombre que el opio había pacificado victoriosamente y reducido a una sumisión perfecta, quiera recobrar sus derechos, mientras que el imperio del espíritu que hasta entonces había sido únicamente favorecido se encuentra disminuido. Es un equilibrio roto que quiere restablecerse, y ya no puede hacerlo sin crisis. Incluso no teniendo en cuenta la irritación del estómago ni las transpiraciones excesivas, es fácil imaginarse la angustia de un hombre nervioso, cuya vitalidad estuviese despierta regularmente y el espíritu inquieto e inactivo. En esa terrible situación, el enfermo considera, por lo general, el mal preferible a la curación y se inclina ante su destino.

El comedor de opio había interrumpido sus estudios desde hacía mucho tiempo. Algunas veces, a instancia de su mujer y de otra dama que iba a tomar el té con ellos, consentía en leer en voz alta los poemas de Wordsworth. A ratos aún releía a los grandes poetas, pero su verdadera vocación, la filosofía, había quedado completamente abandonada. La filosofía y las matemáticas reclaman una ampliación constante y sostenida, y su espíritu retrocedía ante ese deber diario con una íntima y triste conciencia de su debilidad. Una gran obra, a la que había jurado entregarse con todas sus fuerzas y cuyo título se lo había sugerido las *reliquiae* de Spinoza, *De emendatione humani intellectus*, yacía casi en sus principios con el desolado aspecto de esas grandes edificaciones emprendidas por gobiernos pródigos o por arquitectos imprudentes. Lo que en la posterioridad debería ser la prueba de su fuerza y de su sacrificio por la causa de la humanidad, sólo serviría como testimonio de su debilidad y de su presunción. Por suerte le quedaba todavía como diversión la economía política. Aunque deba considerarse como una ciencia, es decir, como un todo orgánico, algunas de sus partes integrantes pueden separarse, sin embargo, y estudiarse aisladamente. Su mujer le leía de vez en cuando los debates del parlamento o los nuevos libros aparecidos sobre economía política, pero era muy poco alimento para un literato profundo y erudito; para quien haya manejado la lógica, eso son

las sobras del espíritu humano. Un amigo de Edimburgo le envió no obstante, en 1819, un libro de Ricardo, y antes de haber acabado el primer capítulo, recordando que él mismo había profetizado la venida de un legislador de esa ciencia, exclamó: «¡Este es el hombre!»[127]. El asombro y la curiosidad habían resucitado. Pero su mayor, su más deliciosa sorpresa era que todavía podía interesarse por cualquier lectura. Su admiración por Ricardo fue naturalmente en aumento. ¿Una obra tan profunda había podido nacer en Inglaterra en el siglo xx? Pues suponía que el pensamiento estaba muerto en Inglaterra. De una sola vez, Ricardo había encontrado la ley, creado la base; había proyectado un rayo de luz sobre todo ese tenebroso caos de materiales en que se habían perdido sus precursores. Nuestro soñador, animado, rejuvenecido, reconciliado con el pensamiento y con el trabajo, se pone a escribir, o más bien dictar a su compañera. Le parecía que el ojo escrutador de Ricardo había dejado algunas verdades importantes, cuyo análisis, reducido por los procedimientos algebraicos, podían ser la materia para un interesante libro. De ese esfuerzo de enfermo salieron los *Prolegómenos para todos los sistemas futuros de economía política*. Se había puesto en contacto con un impresor de provincia que vivía dieciocho millas de su casa; incluso habían tomado un cajista suplementario con el fin de componer la obra más rápidamente; el libro se anunció dos veces; pero ¡ay! faltaba por escribir el prólogo (¡la fatiga de un prólogo!) y una magnífica dedicatoria a M. Ricardo; ¡qué enorme trabajo para un cerebro debilitado por las delicias de una orgía permanente! ¡Oh, humillación de un autor nervioso tiranizado por la atmósfera interior! La impotencia se irguió, terrible, infranqueable; todo lo convenido fue deshecho, el cajista despedido, y los *Prolegómenos*, avergonzados, se acostaron durante mucho tiempo al lado de su hermano mayor, el famoso libro sugerido por Spinoza.

¡Horrible situación! ¡Tener en el espíritu el hormigueo de ideas y ya no poder pasar por el puente que separa los campos imaginarios del ensueño de las cosechas positivas de la acción! Si el que me está leyendo ahora ha conocido las necesidades de la producción, no necesito describirle la desesperación de un espíritu noble, sagaz, hábil, luchando contra esa maldición de un género tan particular. ¡Abominable encantamiento! Todo lo que he dicho acerca de la disminución de la voluntad, en mi estudio

sobre el hachís, es aplicable al opio. ¿Contestar cartas?, trabajo gigantesco diferido de hora en hora, de día en día, de mes en mes. ¿Asuntos de dinero?, fastidiosa puerilidad. La economía doméstica está más abandonada entonces que la economía política. Si un cerebro debilitado por el opio estuviese por completo debilitado, si, para emplear una innoble locución, estuviese totalmente embrutecido, el mal sería menor, o, por lo menos, más tolerable. Pero un comedor de opio no pierde ninguna de sus aspiraciones morales; ve el deber y lo ama; quiere cumplir todas las condiciones en lo posible; pero su poder de ejecución ya no está a la altura de su concepción. ¡Ejecutar!, ¿qué digo? ¿Puede intentarlo siquiera? Es el peso de una pesadilla aplastando la voluntad. Nuestro desgraciado se convierte entonces en una especie de Tántalo, enardecido para amar su deber, impotente para correr a él; un espíritu, un *puro espíritu*, ¡ay! condenado a desear lo que no puede obtener; un bravo guerrero, insultado en lo que más ama, y fascinado por una fatalidad que le ordena guardar cama, ¡donde se consume con una rabia impotente!

Así había llegado el castigo, lento pero terrible. ¡Ah! No era solamente por esa potencia espiritual que había de manifestarse, sino también por horrores de una naturaleza más cruel y más positiva. El primer síntoma que se vio en la economía del comedor de opio es curioso de notar. Es el punto de partida, el germen de toda una serie de dolores. En general, los niños están dotados de la facultad de percibir, o más bien de crear, en el fecundo lienzo de las tinieblas, todo un mundo de extrañas visiones. En unos, esta facultad obra a veces sin que intervenga su voluntad. Pero otros tienen el poder de evocarlas o de reusarlas a su gusto. Por un caso semejante, nuestro narrador advirtió que volvía a ser niño. A mediados de 1817, esa peligrosa facultad le atormentaba cruelmente. Acostado, pero despierto, veía desfilar ante sus ojos procesiones fúnebres y magníficas; interminables edificios de un carácter antiguo y solemne se elevaban ante él. Pero los ensueños, y todo lo que su vista evocaba en las tinieblas, se reproducían en su sueño con un esplendor inquietante, insoportable. Midas convertía en oro todo lo que tocaba y se sentía martirizado por ese irónico privilegio. De la misma forma, el comedor de opio transformaba en realidades inevitables todos los objetos de sus ensueños. Toda esa fantasmagoría tan hermosa y poética como era en apariencia, iba

acompañada de una angustia profunda y de una negra melancolía. Todas las noches le parecía que descendía indefinidamente al interior de abismos sin luz, más allá de toda profundidad conocida, sin esperanzas de poder volver a subir. Incluso después de despertarse, seguía sintiendo una tristeza, una desesperación próxima al anonadamiento. Fenómeno análogo a algunos que se producen en la embriaguez del hachís, el sentimiento del espacio, y más tarde, el del tiempo, fueron afectados singularmente. Monumentos y paisajes tomaron formas demasiado vastas para no producir dolor en los ojos humanos. El espacio se hinchó, por decirlo así, hasta el infinito. Pero la expansión del tiempo llegó a ser todavía una angustia más vívida; los sentimientos y las ideas que llenaban la duración de una noche representaban para él el valor de un siglo. Además los acontecimientos más vulgares de la infancia se reprodujeron en su cerebro, con una nueva vida, escenas olvidadas desde hacía mucho tiempo. Despierto, tal vez no se hubiese acordado de ellas, pero en sueños las reconocía inmediatamente. Lo mismo que el hombre que se ahoga vuelve a ver, en el minuto supremo de la agonía, toda su vida como en un espejo; lo mismo que el condenado lee, en un segundo, el terrible balance de todos sus pensamientos terrenales; lo mismo que las estrellas veladas por la luz del día reaparecen con la noche, así también todas las inscripciones grabadas en la memoria inconsciente reaparecieron como por efecto de una tinta simpática.

El autor *ilustra* las principales características de sus sueños con algunas muestras de una naturaleza extraña y temible; hay una, entre otras, en que por la *lógica* particular que gobierna los acontecimientos del sueño, dos elementos históricos muy distantes se yuxtaponen en su cerebro de forma más rara. Así en el espíritu infantil de un campesino, una tragedia llega a ser a veces el desenlace de la comedia que ha abierto el espectáculo:

En mi juventud, e incluso después, he sido un gran lector de Tito Livio; siempre fue una de mis distracciones más queridas; confieso que lo prefiero, por la temática y por el estilo, a cualquier otro historiador romano, y he sentido toda la aterradora y solemne sonoridad, toda la enérgica representación de la majestad del pueblo romano en esas dos palabras que se repiten tan a menudo a lo largo de todos sus relatos: «Consul romanus», particularmente cuando el cónsul se presenta con su carácter militar. Quiero

decir que las palabras: rey, sultán, regente o cualquier otro título perteneciente a los hombres que personifican la majestad de un gran pueblo, no tenían el poder de inspirarme el mismo respeto. Aunque no sea gran lector de cosas históricas, me había familiarizado también de una manera minuciosa y crítica con cierto periodo de la historia de Inglaterra, el periodo de la guerra del Parlamento, que me había atraído por la grandeza moral de los que figuraron en él y por las numerosas memorias interesantes que han sobrevivido a esas épocas perturbadoras. Esas dos partes de mis lecturas de recreo que me habían dado a menudo materia para mis reflexiones venían a ser ahora el pasto para mis sueños. Me ocurrió ver con frecuencia, mientras estaba despierto, una especie de ensayo de teatro que luego se perfilaba sobre las tinieblas complacientes —una multitud de damas—, tal vez una fiesta y bailes. Y oía que decían, o me decía a mí mismo: «Son las mujeres y las hijas de los que se reunían en la paz, de los que se sentaban a las mismas mesas y estaban aliados por el matrimonio o por la sangre, y, sin embargo, desde un cierto día de agosto de 1848, nunca más se han sonreído y solamente se han vuelto a encontrar en los campos de batalla; y en Marston-Moor, en Newbury o en Naseby, cortaron todos los lazos del amor con el sable cruel, y borraron con la sangre el recuerdo de las amistades antiguas». Las damas bailaban y parecían tan seductoras como en la corte de Jorge IV. No obstante sabía, incluso en mis sueños, que estaban en la tumba desde hacía casi dos siglos. Pero toda esa pompa debía desaparecer rápidamente; al sonar un palmoteo de manos se oían estas palabras cuyo sonido me removía el corazón: «Consul romanus!», e inmediatamente llegaba, arrasándolo todo a su paso, magnífico con su manto de campaña, un Paulo Emilio o un Mario, rodeado de una compañía de centuriones, haciendo izar en la punta de una lanza la túnica roja y seguido del aterrador hurra de las legiones romanas.

Asombrosas y monstruosas arquitecturas se erguían en su cerebro, semejantes a esas movedizas construcciones que el ojo del poeta percibe en las nubes coloreadas por el sol poniente. Pero pronto a esos sueños de terrazas, de torres, de murallas, que llegaban a alturas desconocidas y se hundían en inmensas profundidades, sucedieron lagos y vastas extensiones de agua. El agua llegó a ser el elemento obsesionante. Ya hemos observado en nuestro trabajo sobre el hachís esa sorprendente predilección del cerebro por el elemento líquido y por sus misteriosas seducciones. ¿No podría decirse que hay un singular parentesco entre esos dos excitantes, al

menos en sus efectos sobre la imaginación, o si se prefiere esta explicación, que el cerebro humano, bajo el imperio de un excitante, se apasiona con más gusto por ciertas imágenes? Las aguas cambiaron pronto de carácter, y los lagos transparentes, brillantes como espejos, se transformaron en mares y en océanos. Y una nueva metamorfosis hizo que esas aguas magníficas, inquietantes solamente por su frecuencia y por su extensión, se convirtieran en un espantoso tormento. A nuestro autor le había gustado demasiado la muchedumbre, se había sumergido con gran delicia en los mares de la multitud como para que el rostro humano no tomase una parte despótica en sus sueños. Y entonces se manifestó lo que ya ha llamado, me parece, «la tiranía de la faz humana». «Entonces comenzó a mostrarse el rostro del hombre sobre las aguas movedizas del Océano; el mar se me apareció cubierto de innumerables cabezas mirando al cielo; rostros furiosos, suplicantes, desesperados, se pusieron a bailar en la superficie, por millares, por miríadas, por generaciones, por siglos; mi agitación llegó a ser infinita, y mi espíritu saltó y rodó como las olas del Océano.»

El lector ha podido observar que desde hace mucho tiempo el hombre ya no evoca las imágenes, son ellas las que se ofrecen a él espontánea y despóticamente. No puede apartarlas de sí, la voluntad ya no tiene fuerza y ya no domina las facultades. La memoria poética, en otro tiempo manantial infinito de goces, se ha transformado en un arsenal inagotable de instrumentos de suplicio.

En 1818, el malayo de quien hemos hablado le atormentaba cruelmente; era un visitante insoportable. Se había multiplicado como el espacio, como el tiempo. El malayo había llegado a ser el Asia misma, el Asia antigua, solemne, monstruosa y complicada como sus templos y sus religiones; donde todo, desde los aspectos más corrientes de la vida hasta los recuerdos clásicos y grandiosos que comporta, está hecho para confundir y dejar estupefacto el espíritu de un europeo. Y no era solamente la China extraña y artificial, prodigiosa y envejecida como un cuento de hadas lo que oprimía su cerebro. Esta imagen traía naturalmente consigo la imagen vecina de la India, tan misteriosa e inquietante para un espíritu de Occidente; y pronto la China y la India formaban con Egipto una tríada amenazadora, una pesadilla compleja con angustias variadas. En resumen, el malayo había evocado todo el inmenso y fabuloso Oriente. Las páginas

siguientes son demasiado bellas para que las abrevie:

Ese hombre me transportaba cada noche al centro de ambientes asiáticos. No sé si otras personas comparten mis sentimientos sobre este punto; pero he pensado a menudo que si tuviese que dejar Inglaterra y vivir en China, entre las modas, las maneras y los decorados de la vida china, me volvería loco. Las causas de mi horror son profundas y algunas deben ser comunes a otros hombres. El Asia meridional es, en general, un lugar de imágenes terribles y de temibles asociaciones de ideas; solamente como cuna del género humano, debe exhalar no sé qué vaga sensación de espanto y de respeto. Pero existen otras razones. Ningún hombre pretenderá que las extrañas, bárbaras y caprichosas supersticiones de África o de las tribus salvajes de cualquier otro país, puedan afectarle de la misma manera que las viejas, monumentales, crueles y complicadas religiones del Indostán. La ambigüedad de las casas del Asia, de sus instituciones, de sus anales, de las formas de su fe, tienen para mí algo tan dominador, que basta para anular la juventud del individuo. Un joven chino me parece como un hombre antediluviano renovado. Los mismos ingleses, aunque no se hayan nutrido del conocimiento de esas instituciones, no pueden evitar sentir un escalofrío ante la mística sublimidad de esas castas que han seguido su curso aparte cada una de ellas, y han rehusado mezclar sus aguas durante periodos de tiempos inmemoriales. Ningún hombre puede dejar de tener un respeto por los nombres del Ganges y del Éufrates. Lo que contribuye a tales sentimientos es que el Asia meridional es y ha sido desde hace miles de años la parte de la tierra más hormigueante de vida humana, la gran *officina gentium*. El hombre crece en esos lugares como la hierba. Los vastos imperios en los que siempre se ha modelado la enorme población de Asia añaden una grandeza más a los sentimientos que comportan las imágenes y los nombres orientales. En China sobre todo, dejando a un lado lo que tiene de común con el resto de Asia meridional, me aterran los modos de vivir, las costumbres, siento una repugnancia absoluta, una barrera de sentimientos que nos separan de ella y que son demasiado profundos para ser analizados. Me sería más fácil vivir con lunáticos o con bestias. Es necesario que el lector comprenda todas estas ideas y otras muchas más que no puedo decir o no tengo tiempo de expresar, para poder imaginar todo el horror que producían en mi espíritu esos sueños de imágenes orientales y de torturas mitológicas.

Bajo las dos condiciones conexas de calor tropical y luz vertical, recogía yo todas las criaturas, pájaros, animales, reptiles, árboles y plantas, costumbres y

espectáculos que se encuentran en toda la región de los trópicos y las echaba en confuso desorden a China o al Indostán. Por un sentimiento análogo me apoderaba de Egipto y de todos sus dioses y los hacía entrar bajo la misma ley. Monos, loros, cacatúas me miraban fijamente, me abucheaban, me hacían muecas o se burlaban de mí. Me escondía en las pagodas y me quedaba en su cúspide durante siglos, sin moverme, o encerrado en habitaciones secretas. Era el ídolo; era el sacerdote; me adoraban, me hacían sacrificios. Huía de la cólera de Brahma a través de todos los bosques de Asia; Vishnú me odiaba; Shiva me preparaba una emboscada. De pronto caía con Isis y Osiris; había hecho algo, decían, había cometido un crimen que hacía estremecerse al ibis y al cocodrilo. Estaba sepultado durante mil años en ataúdes de piedra, con momias y esfinges, en celdas estrechas, en el corazón de las eternas pirámides. Los cocodrilos me besaban con besos cancerosos; y confundido con una multitud de cosas indecibles y viscosas, yacía entre el fango y los cañaverales del Nilo.

Doy así al lector un ligero extracto de mis sueños orientales, en los que el monstruoso teatro me llenaba siempre de tal estupefacción que el horror mismo parecía absorbido durante algún tiempo. Pero tarde o temprano se producía un reflujo de sentimientos, en el que a su vez el asombro se encontraba sumido, y que me entregaba no tanto al terror como a una especie de odio y de abominación por todo lo que veía. Sobre cada ser, sobre cada forma, sobre cada amenaza, castigo o encarcelamiento tenebroso planeaba un sentimiento de eternidad y de infinito que me causaba la angustia y la opresión de la locura. Salvo una o dos ligeras excepciones, solamente en esos sueños intervenían las circunstancias del horror físico. Hasta entonces mis terrores no habían sido más que morales y espirituales. Pero ahora los agentes principales eran pájaros repugnantes, serpientes o cocodrilos, sobre todo estos últimos. El maldito cocodrilo llegó a ser para mí el objeto de más horror que casi todos los demás. Estaba obligado a vivir con él, ¡ay! (así era siempre en mis sueños), durante siglos. Algunas veces me escapaba, y me encontraba en casas chinas amuebladas con mesas de caña. Todos los pies de las mesas y de los sofás parecían tener vida; la abominable cabeza del cocodrilo, con sus pequeños ojos oblicuos, me miraba en todas partes, por todos lados, multiplicada innumerablemente, y yo me quedaba allí lleno de horror y fascinado. Y ese repugnante reptil obsesionaba tan a menudo mi sueño que muchas veces la misma pesadilla se interrumpía de la misma manera: oía dulces voces que me hablaban (lo oigo todo, aun cuando estoy amodorrado) e

inmediatamente me despertaba. Era ya tarde, mediodía, y mis hijos estaban de pie, cogidos de la mano, al lado de mi cama; venían a enseñarme sus zapatos de color, sus trajes nuevos, a que yo admirase su tocado antes de irse a pasear. Afirmo que la transición de mis sueños a estas inocentes criaturas, a esta sencilla infancia *humana*, era tan terrible que, con la poderosa y rápida revulsión de mi espíritu, lloraba sin poderlo evitar besando sus rostros.

El lector espera tal vez, en esta galería de viejas impresiones repercutidas en el sueño, la figura melancólica de la pobre Ann. Hela aquí, es su turno. El autor ha observado que la muerte de aquellos que amamos, y, generalmente, la contemplación de la muerte, afecta más a nuestra alma en verano que en las otras estaciones del año. El cielo parece más alto, más lejano, más infinito. Las nubes, por las que la vista aprecia la distancia de la bóveda celeste, están allí más voluminosas y acumuladas en masa, más vastas y más sólidas, la luz y los espectáculos del sol en su ocaso más de acuerdo con el carácter del infinito. Pero la razón principal es que la prodigalidad exuberante de la vida estival hace un contraste más violento con la esterilidad helada de la tumba. Por otra parte, dos ideas que se encuentran en relación de antagonismo se evocan recíprocamente y la una sugiere a la otra. Por eso el autor nos confiesa que en los interminables días de verano le es difícil no pensar en la muerte; y la idea de la muerte de una persona conocida o querida asedia su espíritu más obstinadamente en la estación espléndida. Le pareció, un día, que estaba de pie a la puerta de su casa de campo; era (en su sueño) un domingo del mes de mayo, por la mañana, un domingo de Pascua Florida, lo que en nada contradice al almanaque de los sueños. Ante él se extendía el paisaje conocido, pero agrandado y solemnizado por la magia del sueño. Las montañas eran más altas que los Alpes, y las praderas y los bosques situados en sus faldas, infinitamente más extensos; los vallados, adornados con rosas blancas. Como era muy tarde, no se veía criatura viviente, excepto el ganado que descansaba en el cementerio, en las tumbas verdeantes, y en particular alrededor de la sepultura de un niño a quien había querido tiernamente (a ese niño le habían enterrado ese verano, y el autor había visto realmente una mañana, antes de salir el sol, a aquellos animales detenerse cerca de la tumba). Entonces se dijo: «Todavía falta mucho tiempo para que salga el

sol; hoy es domingo de Pascua; es el día en que se celebran los primeros frutos de la resurrección. Iré a pasearme fuera, olvidaré mis antiguas penas; el aire es fresco y tranquilo; las montañas son altas y se extienden a lo lejos hacia el cielo; los claros del bosque están tan apacibles como el cementerio; el rocío lavará la fiebre de mi frente, y así cesaré, por fin, de ser desgraciado». Iba a abrir la puerta del jardín cuando el paisaje, a la izquierda, se transformó. Seguía siendo un domingo de Pascua, muy de mañana, pero la decoración se había vuelto oriental. Las cúpulas y los techos de una gran ciudad se recortaban vagamente en el horizonte (tal vez era el recuerdo de alguna imagen de una Biblia contemplada en la infancia). No lejos de él había una mujer sentada en una piedra a la sombra de palmeras de Judea. ¡Era Ann!

«Fijó sus ojos en mí, con una mirada intensa, y al fin le dije: "¡Por fin he vuelto a verte!". Esperé, pera no respondió una palabra. Su rostro era el mismo que cuando la vi por última vez, y por lo tanto ¡qué diferente estaba! Diecisiete años antes, cuando la luz del farol caía sobre su rostro, cuando por última vez besé sus labios (tus labios, Ann, que para mí no estaban manchados), sus ojos arrasados de lágrimas, ahora estaban secos; parecía más bella que entonces, pero, en el fondo, la misma en todo, y no había envejecido. Sus miradas eran tranquilas, pero tenían una singular solemnidad de expresión, y yo la contemplaba con una especie de temor. De pronto su fisonomía se oscureció; al volverme hacia el lado de las montañas vi masas de vapores que rodaban entre nosotros dos; en un instante todo se había desvanecido; vinieron espesas tinieblas y en un abrir y cerrar de ojos me encontré lejos, muy lejos de las montañas, paseándome con Ann a la luz de los faroles de Oxford Street como hacía diecisiete años, cuando ella y yo éramos dos muchachos.»

El autor cita otra especie de sus concepciones morbosas, y este último sueño (que data de 1820) es tan terrible como vago, de una naturaleza incomprensible, y que, aún lleno de un sentimiento punzante, se presenta en el decorado movedizo, elástico, del infinito. Desespero de darle convenientemente la magia del estilo inglés:

El sueño comenzaba por una música que oigo a menudo en mis sueños, una música preparatoria, a propósito para despertar el espíritu y mantenerlo en

suspenso; una mística semejante a la del comienzo de la coronación, y que, como esta, daba la impresión de una gran marcha, de un desfile sin fin de caballería y de ejércitos innumerables. La mañana de un día solemne había llegado, de un día de crisis y de esperanza final para la naturaleza humana, que sufría entonces algún misterioso eclipse y estaba comida por alguna angustia temible. En alguna parte, no sé dónde —de una manera o de otra, no sabía cómo, por cualquier ser, no los conocía—, se libraba una batalla, un combate —sufría una agonía— que se desarrollaba como un gran drama o un trozo de música; y la simpatía que sentía llegaba a ser un suplicio a causa de mi incertidumbre con relación al lugar, a la causa, a la naturaleza y al resultado posible del combate. Como ocurre en general en los sueños en que necesariamente hacemos de nosotros mismos, el centro de todo movimiento tenía poder, y, sin embargo, no podía decidirlo; tenía la fuerza, con tal de que pudiese elevarme hasta querer, y, no obstante, no tenía esa fuerza, a causa de sentirme completamente abrumado bajo el peso de veinte Atlánticos o por la opresión de un crimen inexplicable. *Más profundamente de lo que jamás haya descendido el plomo de la sonda*, yacía inmóvil, inerte. Entonces, como un coro, la pasión tomaba un sonido profundo. Un gran interés estaba en juego, causa más importante que cuantas haya defendido la espada o proclamado las trompetas. Después llegaron rápidas alarmas; aquí y allí pasos precipitados; medios de innumerables fugitivos. No sabía si provenían de la buena causa o de la mala; tinieblas y luces; tempestades y rostro humanos; y, al fin, con el sentimiento de que todo estaba perdido, aparecían formas de mujeres, rostros que hubiese querido reconocer a costa del mundo entero y que solamente podía entrever un instante; y luego, manos crispadas, separaciones que desgarraban el corazón, ¡y eternos adioses!, y con un suspiro como el que suspiraron las cavernas del infierno cuando la madre incestuosa profirió el nombre aborrecido de la Muerte, el sonido repercutía de eco en eco: ¡adiós para siempre!

Y yo me despertaba entre convulsiones, gritaba en voz alta: «¡No! ¡No quiero dormir más!».

V

UN FALSO DESENLACE

De Quincey ha acortado de una manera singular el final de su libro, por lo menos tal como apareció primitivamente. Recuerdo que la primera vez que lo leí, hace ya muchos años (y no conocía la segunda parte, *Suspiria de profundis*, porque no había aparecido), me decía de vez en cuando: «¿Cuál puede ser el desenlace de un libro como este? ¿La muerte? ¿La locura?». Pero el autor, hablando sin cesar en su nombre, ha surgido en un estado de salud que si no es completamente normal y excelente, le permite, no obstante, dedicarse a un trabajo literario. Lo que me parecía más probable era el *statu quo*; era que se acostumbrarse a sus dolores, que se resignase a los temibles efectos de su extraña higiene; y me decía a mí mismo: Robinson puede salir por fin de su isla; un barco puede llegar a una costa por desconocida que sea y llevarse de allí al exiliado solitario; pero ¿qué hombre puede salir del imperio del opio? Así pues, seguía pensando, este libro singular, confesión verídica o pura concepción del espíritu (esta última hipótesis era por completo improbable a causa de la atmósfera de verdad que planea sobre todo el conjunto y del acento inimitable de sinceridad que acompaña a cada detalle) es un libro sin desenlace. Evidentemente, hay libros, como también aventuras, sin desenlace. hay situaciones eternas, y todo lo que tiene relación con lo irremediable, con lo irreparable, entra en esta categoría. Sin embargo, recordaba que el *comedor de opio* había anunciado en alguna parte, al principio, que había conseguido finalmente «desenlazar, anillo por anillo, la cadena maldita que sujetaba todo su ser». Por lo tanto, el desenlace era completamente inesperado para mí, y confesaré con franqueza que cuando le conocí, a pesar de todo su aparato de minuciosa verosimilitud, desconfiaba de él instintivamente. Ignoro si el lector compartirá mi impresión sobre esto, pero diré que de la forma sutil, ingeniosa, en que el infortunado sale del laberinto encantado donde se perdió por su culpa, me pareció una invención en favor de un cierto *cant* británico, un sacrificio en que la verdad estaba inmolada en honor del pudor y de los prejuicios públicos. Recordad cuántas preocupaciones ha tomado antes de comenzar el relato de su *Ilíada de males*, y con qué cuidado ha establecido el derecho de hacer *confesiones*, incluso *provechosas*. Hay gentes que quieren desenlaces *morales*, y otras desenlaces *consoladores*. Así, por ejemplo, las mujeres no quieren que los malos sean recompensados. ¿Qué diría el público de

nuestros teatros si al final del quinto acto no encontrase la catástrofe que la justicia impone y que restablece el equilibrio normal, o más bien utópico, entre todas partes, esa catástrofe equitativa esperada con impaciencia durante cuatro largos actos? En una palabra, creo que al público no le gustan los *impenitentes*, y que los considera con gusto como *insolentes*. Tal vez De Quincey ha pensado lo mismo y se ha puesto en regla. Si estas páginas, escritas más pronto, hubiesen caído por casualidad en sus manos, me imagino que se habría dignado sonreír con complacencia de mi desconfianza precoz y motivada; en todo caso, me apoyo en su texto tan sincero, por otro lado, y tan penetrante, y ya podría anunciar aquí una cierta «tercera postración ante el negro ídolo» (lo que implica una segunda) de la que hablaremos más adelante.

Sea como sea, este es el desenlace. Desde hacía mucho tiempo, el opio ya no deseaba ejercer su imperio con encantos sino con torturas, y estas habían comenzado con los primeros esfuerzos para deshacerse de ese tirano diario (lo que es perfectamente creíble y está de acuerdo con todas las experiencias relativas a la dificultad de romper viejas costumbres, de la naturaleza que sean). Entre dos agonías, una ocasionada por el uso cotidiano y la otra por la higiene interrumpida, el autor preferirá, nos dice, la que implicaba una probabilidad de liberación. «¿Cuánto opio tomaba en esa época? No sabría decirlo, pues el que usaba lo había comprado un amigo mío que después no quiso cobrármelo, de manera que no puedo determinar la cantidad que consumí en el espacio de un año. No obstante, creo que lo tomaba de forma muy irregular, y que variaba la dosis de cincuenta o sesenta granos a ciento cincuenta por día. Mi primer cuidado fue disminuirla a cuarenta, a treinta.» Añade que entre los diferentes específicos que probó, el único del que sacó provecho fue la tintura amoniacal de valeriana. Pero ¿para qué continuar (él es quien habla) este relato de la convalecencia y de la curación? El objeto del libro era para mostrar el maravilloso poder del opio, tanto para el placer como para el dolor, así pues, el libro está terminado. La moraleja del relato se dirige solamente a los comedores de opio. ¡Que aprendan a temblar y que sepan, por este ejemplo extraordinario, que después de diecisiete años de uso y ocho de abuso del opio, se puede renunciar a esta sustancia! «¡Ojalá puedan —añade—, desarrollar más energía en sus esfuerzos y alcanzar

finalmente el mismo éxito!»

«Jeremy Taylor conjetura que puede ser tan doloroso nacer como morir. [128] Lo creo muy probable; y durante el largo periodo consagrado a la disminución del opio, sentí todos los tormento de un hombre que pasa de un modo de asistencia a otro. El resultado no fue la muerte sino una especie de renacimiento físico... Perdura todavía como un recuerdo de mi primer estado; mis sueños no son completamente tranquilos; la temible turgencia y la agitación de la tempestad no se han calmado por completo; las legiones que poblaban mis sueños se retiran, aunque no todas se han marchado; mi sueño es tumultuoso y, semejante a las puertas del *Paraíso* cuando nuestros primeros padres se volvieron para contemplarlas, está siempre, como dice el terrible verso de Milton: "lleno de rostros amenazadores y de brazos flameantes".»

El apéndice (que data de 1822) está destinado a corroborar más minuciosamente la verosimilitud de este desenlace, para darle, por decirlo así, una rigurosa fisonomía medical. Haber bajado desde una dosis de ocho mil gotas hasta una dosis moderada que variaba entre trescientas y ciento sesenta era verdaderamente un triunfo bastaste magnífico. Pero el esfuerzo que le quedaba por hacer exigía todavía más energía de lo que él pensaba, y la necesidad de ese esfuerzo se manifestó cada vez más. Advirtió en particular cierto endurecimiento, una falta de sensibilidad en el estómago que parecía presagiar alguna afección cirrosa. El médico afirmó que de continuar el uso del opio, aun en dosis reducidas, podía producir un resultado semejante. Desde entonces, hizo juramento de abjurar del opio, abjurarlo absolutamente. El relato de sus esfuerzos, de sus vacilaciones, de los dolores físicos como consecuencia de las primeras victorias de la voluntad, es verdaderamente interesante. Hay disminuciones progresivas, después vuelve a caer, recaídas en que compensa ampliamente las anteriores abstinencias. En resumen, la experiencia de las seis primeras semanas dio como resultado una espantosa irritabilidad en todo el sistema, particularmente en el estómago, que algunas veces volvía a un estado de vitalidad normal y otras sufría de una forma extraña; una agitación que no cesaba ni de día ni de noche, un sueño (¡qué sueño!) de tres horas, todo lo más cada veinticuatro, y tan ligero que oía los ruidos más pequeños alrededor suyo, la mandíbula interior continuamente hinchada, úlceras en

la boca, y entre otros síntomas, más o menos deplorables, violentos estornudos que, por otra parte, siempre acompañaron a sus tentativas de rebelión contra el opio (esta nueve especie de enfermedad duraba algunas veces dos horas y se repetía dos o tres veces por día); además, una sensación de frío, y, por último, un resfriado espantoso, lo que nunca se había producido bajo el imperio del opio. Con el uso de amargos consiguió que el estómago recobrase su estado normal, es decir, llegó a perder, como los demás hombres, la conciencia del proceso de la digestión. A los cuarenta y dos días todos esos síntomas alarmantes desaparecieron por fin para dar paso a otros; pero no sabe si estos son consecuencia del antiguo abuso o de la supresión del opio. Así, la abundante transpiración que incluso en Navidad acompañaba a toda reducción diaria de la dosis, había cesado completamente en la estación más cálida del año. Pero otros sufrimientos físicos pueden atribuirte a la temperatura lluviosa de julio en esa parte de Inglaterra donde vivía.

El autor se preocupa incluso de darnos un cuadro sinóptico (siempre para ayudar a los desgraciados que pudieran encontrarse en su mismo caso) con fechas y cantidades de las cinco primeras semanas en que comenzó su gloriosa tentativa. En él se ven terribles recaídas, como desde cero a 200, 300, 350. Pero tal vez el descenso fuese demasiado rápido, mal graduado, dando origen a sufrimientos superfluos que, a veces, le obligaban a buscar un consuelo en la misma causa del mal.

Lo que siempre me ha reafirmado en la idea de que ese desenlace era artificial, al menos en parte, es un cierto tono de broma, de burla, de perorata que reina en varios lugares de este apéndice. Por fin, para mostrar bien que no concede a su miserable cuerpo esa fanática atención de los valetudinarios que se pasan el tiempo observándose a sí mismos, el autor pide para ese cuerpo, para ese despreciable *guiñapo*, aunque sólo fuese para castigarle por haberle atormentado tanto, los tratamientos afrentosos que la ley inflige a los peores malhechores; y si los médicos de Londres creen que la ciencia puede sacar algún beneficio analizando el cuerpo de un comedor de opio tan empedernido como lo fue él, con mucho gusto les lega el suyo. Ciertas personas ricas de Roma cometían la imprudencia, después de haber hecho un legado al príncipe, de «obstinarse en vivir» (como dice bromeando Suetonio), y el César, que se había

dignado aceptar el legado, se encontraba gravemente ofendido por esas existencias prolongadas indiscretamente. Pero el *comedor de opio* no teme por parte de los médicos esas chocantes manifestaciones. Sabe que sólo puede esperar de ellos sentimientos análogos a los suyos, es decir, que responde a ese puro amor a la ciencia que a él mismo le impulsa a hacerles el donativo fúnebre de sus preciados restos. ¡Ojalá que ese legado pueda ser aplazado un tiempo infinitamente lejano! ¡Ojalá que ese penetrante escritor, ese enfermo encantador hasta en sus burlas, pueda conservarse mucho más tiempo todavía que el frágil Voltaire que, como se ha dicho, empleó ochenta y cuatro años en morir![*]

VI

EL GENIO NIÑO

Las *Confesiones* datan de 1822, y los *Suspiria*, que son como una continuación y las completan, fueron escritos en 1845. Por eso el tono, si no del todo diferente, es por lo menos más grave, más triste, más resignado. Al recorrer una y otra vez esas páginas singulares, no podía evitar pensar en las diferentes metáforas de que se sirven los poetas para pintar al hombre que regresa de las batallas de la vida; es el viejo marino con la espalda encorvada, con el rostro surcado por inextricables arrugas, que calienta en su hogar un heroico armazón salvado de mil aventuras; es el viajero que vuelve por la noche hacia los campos franqueados por la mañana y que recuerda con enternecimiento y tristeza mil fantasías que llenaban su cerebro mientras atravesaba aquellas tierras, ahora vaporizadas en horizontes. Es lo que de una manera general llamaría con gusto el tono del *espectro*; acento, no sobrenatural, sino casi extraño a la humanidad, mitad terrestre y mitad extraterrestre, que algunas veces encontramos en las *Memorias de ultratumba*, cuando acallados la cólera o el orgullo herido, el desprecio del gran René por las cosas de la tierra llega a ser desinteresado por completo.[129]

La introducción de los *Suspiria* nos hace saber que, a pesar de todo el heroísmo desarrollado en su paciente curación, el comedor de opio ha

tenido una segunda y una tercera recaída. Es lo que él llama «a third prostration before the dark idol».[130] Incluso omitidas las razones fisiológicas que alega como excusa suya, como no haber dominado con bastante prudencia su abstinencia, creo que era fácil de prever esa desgracia. Pero esta vez ya no es cuestión de lucha ni de rebelión. La lucha y la rebelión implican siempre una cierta cantidad de esperanza, mientras que la desesperación es muda. Allí donde no hay remedio, los mayores sufrimientos se resignan. Las puertas abiertas en otro tiempo para el regreso se han vuelto a cerrar, y el hombre sigue con docilidad su destino. *Suspiria de profundis*. ¡Ese libro está bien titulado!

El autor ya no insiste en persuadirnos que las *Confesiones* habían sido escritas, al menos en parte, con un fin de salud pública. Tenían por objeto, nos dice con más franqueza, mostrarnos el poder que tiene el opio para aumentar la facultad natural de soñar. Soñar magníficamente no es un don concedido a todos los hombres e incluso en aquellos que lo poseen puede verse disminuido cada vez más por la disipación moderna siempre en aumento y por la turbulencia del progreso material. La facultad de soñar es divina y misteriosa; pues por medio del sueño el hombre se comunica con el mundo tenebroso que le rodea. Pero esta facultad necesita soledad para desarrollarse libremente; cuanto más se concentra el hombre, más apto es para soñar amplia y profundamente. ¿Y qué soledad hay más grande, más tranquila, más apartada del mundo de los intereses terrenales que la creada por el opio?

Las *Confesiones* nos han contado los accidentes de juventud que habían podido legitimar el uso del opio. Pero hasta el presente existen dos lagunas importantes, una comprende los ensueños engendrados por el opio durante su estancia en la Universidad (es lo que llama *Visiones de Oxford*); la otra, el relato de sus impresiones de infancia. Así, en la segunda parte como en la primera, la biografía servirá para explicar y para *verificar*, por decirlo así, las misteriosas aventuras del cerebro. En las notas relativas a la infancia encontraremos el germen de los extraños ensueños del hombre adulto, y digamos mejor, de su genio. Todos los biógrafos han comprendido de una manera más o menos perfecta la importancia de las anécdotas relacionadas con la infancia de un escritor o de un artista. Pero creo que esa importancia nunca se ha afirmado lo suficiente. A menudo, al

contemplar obras de arte, he sentido penetrar en mí una visión de la infancia de sus autores, no en su *materialidad* fácil de comprender, en los jeroglíficos demasiado claros de sus contornos o en el sentido evidente de sus temas, sino en el alma de que están dotadas, en la impresión atmosférica que comportan, en la luz o en las tinieblas espirituales que derraman sobre nuestras almas. Una pena insignificante, un pequeño goce del niño, agrandado desmesuradamente por una exquisita sensibilidad, llegan a ser, más tarde, en el hombre adulto, incluso sin quererlo, el principio de una obra de arte. En fin, para expresarme de una forma más concisa, ¿no sería fácil demostrar por una comparación filosófica entre las obras de un artista maduro y el estado de su alma cuando era niño, que el genio no es más que la infancia claramente formulada, dotada ahora de órganos viriles y potentes para expresarse? No obstante, no tengo la pretensión de entregar esta idea a la fisiología sino como una pura conjetura.

Vamos a analizar rápidamente las primeras impresiones de la infancia del comedor de opio con el fin de hacer más inteligibles los ensueños que en Oxford eran el pasto corriente de su cerebro. El lector no debe olvidar que es un viejo el que cuenta su infancia, un viejo que al volver a ella razona no obstante con sutileza, y que, en fin, esa infancia, principio de sus ensueños posteriores, se vuelve a ver y a considerar a través del prisma mágico de este ensueño, es decir, de los transparentes espesores del opio.

VII

CONGOJAS DE LA INFANCIA

Él y sus tres hermanas eran muy jóvenes cuando murió su padre, dejando a su madre una gran fortuna, verdadera fortuna de negociante inglés. El lujo, el bienestar, la vida amplia y magnífica son condiciones muy favorables para el desarrollo de la sensibilidad natural del niño: «No he tenido más compañeros que tres inocentes hermanitas, durmiendo incluso con ellas, encerrado en un bello y silencioso jardín, lejos de toda la pobreza, de la opresión y de la injusticia, no podía —dice—, suponer la

verdadera complexión del mundo». Más de una vez ha dado gracias a la Providencia por ese privilegio incomparable, no solamente por haberse educado en el campo y en la soledad, «sino también por haber tenido modelados sus primeros sentimientos, por las hermanas más dulces, y no por horribles hermanos siempre a punto para darse puñetazos, "horrid pugilisic brothers"». En efecto, los hombres que han sido educados por mujeres y entre mujeres no se parecen del todo a los hombres, aun suponiendo la igualdad en el temperamento o en las facultades espirituales. La canción de cuna de las nodrizas, los mimos maternales, las zalamerías de las hermanas, sobre todo de las hermanas mayores, especie de madres diminutas, transforman, por decirlo así, amasándola, la pasta masculina. El hombre que desde el principio se ha bañado mucho tiempo en la blanda atmósfera de la mujer, en el olor de sus manos, de su seno, de sus rodillas, de su cabello, de sus vestidos suaves y amplios,

> Dulce balneum suavibus
> unguentatum odoribus,

toma una delicadeza de epidermis y una distinción de acento, una especie de androginismo, sin los cuales el genio más rudo y viril es, con relación la perfección en el arte, un ser incompleto.[131] En fin, quiero decir que el gusto precoz del mundo femíneo*, mundi muliebris*, de todo ese aparato ondulante, centelleante y perfumado, hace los genios superiores; y estoy convencido de que mi inteligente lectora absuelva la forma casi sensual de mis expresiones, como aprueba y comprende la pureza de mi pensamiento.

Jane murió la primera. Pero para su hermanito la muerte era todavía algo ininteligible. Jane estaba sólo ausente; volvería sin duda. Una criada encargada de cuidarla durante su enfermedad la había tratado con alguna dureza dos días antes de su muerte. El rumor se difundió en la familia y, a partir de ese momento, el muchacho no pudo mirarla a la cara. En cuanto aparecía, él bajaba la vista al suelo. No era cólera, no era el espíritu de venganza que disimula, era sencillamente espanto, como la sensitiva que huye de un contacto brutal, terror y presentimiento mezclados, así era el efecto producido por esta horrorosa verdad, revelada por primera vez de que este mundo es un mundo de desgracia, de lucha y de proscripción.

La segunda herida de su corazón de niño no fue tan fácil de cicatrizar. Después de un intervalo de algunos años felices, murió a su vez la querida, la noble Elisabeth, inteligencia tan noble y tan precoz que, cuando evoca su dulce fantasma en las tinieblas, le parece ver siempre alrededor de su ancha frente una aureola o una tiara de luz. El anuncio del próximo fin de esta criatura querida, dos años mayor que él, que ya tenía tanta autoridad sobre su espíritu, le llenaba de una desesperación indescriptible. Al día siguiente de su muerte, como la curiosidad de la ciencia no había violado todavía aquellos restos tan preciados, resolvió volver a ver a su hermana. «En los niños, la pena tiene horror de la luz y huye de las miradas humanas.» Por eso aquella visita suprema tenía que ser secreta y sin testigos. Era mediodía, y cuando entró en la habitación, sus ojos no encontraron al principio más que una gran ventana abierta de par en par por la que derramaba todos sus esplendores un ardiente sol de verano. «La temperatura era seca, el cielo sin nubes; las profundidades azuladas del cielo aparecían como una imagen perfecta del infinito, y no era posible para los ojos contemplar ni para el corazón concebir un símbolo más patético de la vida y de la gloria en la vida.»

Una gran desgracia, una desgracia irreparable que nos hiere en la estación más bella del año, se diría que tiene un carácter más funesto, más siniestro. Creo que ya hemos advertido en el análisis de las *Confesiones* que la muerte nos afecta más profundamente en el pomposo reinado del verano. «Entonces se produce una antítesis terrible entre la profusión tropical de la vida exterior y la negra esterilidad de la tumba. Nuestros ojos ven el verano y nuestro pensamiento está en la tumba; la gloriosa claridad está alrededor de nosotros y en nosotros están las tinieblas. Y al entrar en colisión estas dos imágenes se prestan recíprocamente una fuerza exagerada.» Pero para el niño que más tarde será un erudito lleno de ingenio y de imaginación, para el autor de las *Confesiones* y de los *Suspiria*, otra razón diferente de ese antagonismo había unido ya con fuerza la imagen del verano con la idea de la muerte, razón sacada de las íntimas relaciones entre los paisajes y los acontecimientos descritos en la Sagrada Escritura. «La mayor parte de los pensamientos y de los sentimientos profundos nos vienen, no directamente y en sus formas desnudas y abstractas, sino a través de las complicadas combinaciones de objetos

concretos.» Así, la Biblia, que leía una joven sirvienta en las largas y solemnes veladas de invierno, había contribuido mucho a unir esas dos ideas en su imaginación. Esa muchacha que conocía el Oriente les explicaba sus climas, así como los numerosos matices de los veranos que los componen. En un clima oriental, en uno de esos países que parecen agraciados con un verano eterno, fue donde un justo, que era más que un hombre, había sufrido su *pasión*. Evidentemente fue en verano cuando los discípulos arrancaban las espigas de trigo. El domingo de Ramos, *Palm Sunday*, ¿no alimentaba también ese ensueño? *Sunday*, ese día del reposo, imagen de un reposo más profundo, inaccesible al corazón del hombre; *palm*, palma, ¡una palabra que implica a la vez las pompas de la vida y de la naturaleza estival! El mayor acontecimiento de Jerusalén estaba próximo cuando llegó el domingo de Ramos; y el lugar de la acción que recuerda esta fiesta estaba cerca de Jerusalén. Jerusalén que, como Delfos, ha sido el ombligo o centro de la Tierra, puede pasar a ser por lo menos el centro de la mortalidad. Porque si allí es donde la Muerte fue humillada, también abrió allí su carácter más siniestro.

Así pues, en un magnífico verano que desbordaba cruelmente en la habitación mortuoria, vino a contemplar los rasgos de la querida muerta por última vez. Había oído decir en la casa que la muerte no había alterado su fisonomía. La frente era la misma, pero los párpados helados, los labios pálidos, las manos rígidas, le impresionaron de una forma horrible; y mientras la miraba inmóvil, se levantó un viento solemne y comenzó a soplar con violencia, «el viento más melancólico que jamás he oído», dice. Desde entonces, en los días de verano, en el momento en que el sol calienta más, oyó muchas veces levantarse el mismo viento, «hinchando su voz profunda, solemne, pnemónica, religiosa». Añade que es el único símbolo de la eternidad que el oído humano puede percibir. Y tres veces en su vida ha oído el mismo sonido, en iguales circunstancias, entre una ventana abierta y el cadáver de una persona muerta en un día de verano.

De pronto, sus ojos, deslumbrados por el esplendor de la vida exterior y comparando la pompa y la gloria de los cielos con el hielo que cubría el rostro de la muerta, tuvieron una extraña visión. A través del cielo azul pareció abrirse una galería, una bóveda, un camino prolongado hasta el

infinito. Y su espíritu se elevó sobre las ondas azules; y esas ondas y su espíritu se pusieron a correr hacia el trono de Dios; pero el trono huía sin cesar ante su ardiente persecución. En ese extraño éxtasis se adormeció, y cuando despertó se encontró sentado cerca del lecho de su hermana. Así, el niño solitario, agobiado por su primera amargura, voló hacia Dios, el solitario por excelencia. Así, el instinto, superior a toda filosofía, le había hecho encontrar en un sueño celeste un alivio momentáneo. Entonces creyó oír pasos en la escalera, y temiendo que si le sorprendían en aquella habitación le impidiesen volver, besó deprisa los labios de su hermana y se retiró con precaución. Al día siguiente los médicos vinieron para examinar el cerebro; ignoraba el objeto de su visita, y algunas horas después de que se marchasen, trató de volver a entrar en la habitación; pero la puerta estaba cerrada y habían quitado la llave. De esta forma se le evitó que viese, envilecidos por los estragos de la ciencia, los restos de aquella de quien pudo guardar así una imagen apacible, inmóvil y pura como el mármol o el hielo.

Y después fueron los funerales, una nueva agonía; el sufrimiento del trayecto en coche con gentes que hablaban de cosas extrañas por completo a su dolor; las terribles armonías del órgano, y toda esa solemnidad cristiana demasiado aplastante para un niño a quien las promesas de una religión que llevaba a su hermana al cielo no le consolaban de haberla perdido en la tierra. En la iglesia le recomendaron que tuviese un pañuelo ante sus ojos. ¿Era necesario afectar una compostura fúnebre y hacer de plañidero, él que apenas podía tenerse en pie? La luz inflamaba las vidrieras de colores donde los apóstoles y los santos ostentaban su gloria; y en los días siguientes, cuando le llevaban a los divinos oficios, sus ojos, fijos en la parte no coloreada de las vidrieras, veían sin cesar las nubes del cielo transformarse en copos sedosos, en cortinas y almohadas blancas sobre las que reposaban cabezas de niños dolientes, llorosos, moribundos. Esas camas se elevaban poco a poco al cielo y subían hacia el Dios que tanto amó a los niños. Más tarde, mucho tiempo después, tres pasos de entierros que había oído verdaderamente pero que tal vez no había escuchado o que habían sublevado su dolor con sus consuelos demasiado ásperos, vinieron a su memoria con su sentido misterioso y profundo hablando de liberación, de resurrección y de eternidad, y llegaron a ser

para él un tema frecuente de meditación. Pero mucho antes de esa época se enamoró de la soledad con ese gusto violento que muestran todas las pasiones profundas, sobre todo aquellas que no quieren ser consoladas. Los grandes silencios del campo, los veranos acribillados por una luz agobiante, las tardes brumosas, le llenaban de una peligrosa voluptuosidad. Su vista se perdía en el cielo y en la niebla persiguiendo algo que no se podía encontrar, y tenazmente escrutaba profundidades azules para descubrir en ellas una imagen querida a la que tal vez por un privilegio especial se le hubiese permitido manifestarse una vez más. Con mucho sentimiento abrevió la parte excesivamente larga que contiene el relato de ese dolor profundo, sinuoso, sin salida, como un laberinto. La naturaleza entera está invocada allí, y cada objeto llega a ser *representativo* de la idea única. De vez en cuando, ese dolor hace crecer flores lúgubres y coquetas, tristes y magníficas al mismo tiempo; sus acentos fúnebremente amorosos se transforman a menudo en confeti. Y no es solamente la sinceridad de ese enternecimiento que conmueve al espíritu, hay también para el crítico un goce singular y nuevo en ver abrirse ese misticismo ardiente y delicado que en general solamente florece en el jardín de la Iglesia romana. Por fin llegó una época en que esa sensibilidad morbosa que se alimentaba exclusivamente de un recuerdo y ese gusto inmoderado por la soledad podían transformarse en un peligro positivo; una de esas épocas decisivas, críticas, en las que el alma desolada se dice: «Si aquellos que amamos no pueden ya venir a nosotros, ¿quién nos impide ir hacia ellos?», en que la imaginación obsesionada, fascinada, sufre con delicia «las sublimes atracciones de la tumba». Felizmente había llegado la edad del trabajo y de las distracciones forzadas. Le era necesario abrazar la carrera y prepararse para los estudios clásicos.

En las páginas siguientes, más animadas, encontramos también el mismo espíritu de ternura femenina aplicado ahora a los animales, esos interesantes esclavos del hombre, a los gatos, a los perros, a todos los seres que pueden ser fácilmente molestados, oprimidos, encadenados. ¿Acaso el animal por su alegría indiferente no es una especie de representación de la infancia del hombre? Aquí, pues, la ternura del joven soñador, aún desviándose hacia nuevos objetivos, continúa fiel a su primitivo carácter. Amaba todavía, bajo formas más o menos perfectas, a la debilidad, a la

inocencia y al candor. Entre los signos y los principales caracteres que el destino había impreso en él, hay que anotar también una delicadeza excesiva de conciencia que unida a su morbosa sensibilidad servía para aumentar desmesuradamente los hechos más corrientes, y sacar de las faltas más ligeras, incluso imaginarias, terrores demasiado reales, desgraciadamente. Puede imaginarse a un niño de esta naturaleza, privado del objeto de su primer y mayo afecto, enamorado de la soledad y sin confidente. Al llegar a este punto, el lector comprenderá perfectamente que varios fenómenos desarrollados en el teatro de los sueños han tenido que ser la repetición de pruebas pasadas en sus primeros años. El destino había echado la semilla; el opio la hizo fructificar y la transformó en vegetaciones extrañas y abundantes. Para servirme de una metáfora del autor, las cosas de la infancia llegaron a ser el coeficiente natural del opio. Esa facultad prematura que le permitía idealizar todas las cosas y darles proporciones sobrenaturales, cultivada, ejercitada en la soledad durante mucho tiempo, activada desmesuradamente por el opio, debió producir en Oxford resultados grandiosos o insólitos incluso entre la mayoría de jóvenes de su edad.

El lector recuerda las aventuras de nuestro héroe en el país de Gales, sus sufrimientos en Londres y su reconciliación con los tutores. Vedle ahora en la Universidad, fortificándose con el estudio, más inclinado que nunca al ensueño, y sacando de la sustancia con la que, como hemos dicho, había hecho conocimiento en Londres con motiva de dolores neurálgicos, una ayuda peligrosa y enérgica para sus facultades precozmente soñadoras. Desde entonces su primera existencia entró en la segunda y se confundió con ella para formar un todo tan íntimo como anormal. Ocupó su nueva vida en revivir la primera. Cuántas veces volvió a ver en los ratos de ocio de la escuela la habitación fúnebre donde reposaba el cadáver de su hermana, la luz del verano y el hielo de la muerte; el camino abierto para el éxtasis a través de la bóveda azul del cielo; y después, sacerdote con sobrepelliz blanca al lado de una tumba abierta, el ataúd bajando a las entrañas de la tierra, y «el polvo convertido en polvo»; por último, los santos, los apóstoles y los mártires de las vidrieras, iluminados por el sol y formando un marco magnífico alrededor de esas camas blancas, de esas bonitas cunas de niños que a los graves sonidos del órgano emprendían su

ascensión hacia el cielo. Volvió a ver todo eso, pero lo volvió a ver con variaciones, florituras, con colores más intensos o más vaporosos; volvió a ver todo el universo de su infancia, pero con la riqueza poética que en ese momento añadía un espíritu cultivado, sutil y acostumbrado a sacar sus mayores goces de la soledad y del recuerdo.

VIII

VISIONES DE OXFORD

1
EL PALIMPSESTO

«¿Qué es el cerebro humano sino un palimpsesto inmenso y natural? El mío es un palimpsesto y el tuyo también, lector. Innumerables capas de ideas, de imágenes, de sentimientos han caído sucesivamente sobre el cerebro, tan suavemente como la luz. Parece como que cada una enterrase a la anterior. Pero en realidad ninguna ha perecido.» No obstante, entre el palimpsesto que lleva superpuestas, una sobre la otra, una tragedia griega, una leyenda monacal, una historia de caballería, y el palimpsesto divino creado por Dios, que es nuestra inconmensurable memoria, se ve esta diferencia, que en el primero hay como un caos fantástico, grotesco, una colisión entre elementos heterogéneos, mientras que en el segundo la fatalidad del temperamento armoniza por fuerza los elementos más dispares. Por incoherente que sea una existencia, la unidad humana no se encuentra perturbada por ello. Si se pudiesen despertar todos los ecos de la memoria simultáneamente, formarían un concierto, agradable o doloroso, pero lógico y sin disonancias.

A menudo, seres sorprendidos por accidente, sofocados bruscamente por el agua y en peligro de muerte, han visto encenderse en su cerebro todo el teatro de su vida pasada. El tiempo ha sido anulado y algunos segundos bastan para contener una cantidad de sentimientos y de imágenes equivalente a muchos años de vida. Y lo más singular en esta experiencia que la casualidad ha hecho más de una vez no es lo simultáneo de tantos

elementos que se sucedieron, sino la reaparición de todo lo que el ser mismo ya no conocía, pero que sin embargo se ve forzado a *reconocer* como suyo propio. El olvido no es más que momentáneo, y en circunstancias solemnes, tal vez en la muerte, y generalmente en las intensas excitaciones creadas por el opio, todo el inmenso y complicado palimpsesto de la memoria se desarrolla de una sola vez, con todas sus capas superpuestas de sentimientos extinguidos, misteriosamente embalsamados en lo que llamamos olvido.

Un hombre de genio, melancólico, misántropo, y que quiere vengarse de la injusticia de su siglo, echa un día al fuego sus obras manuscritas, y como le reprocharon este espantoso holocausto hecho por el odio que, por otra parte, era el sacrificio de todas sus esperanzas, respondió: «¿Qué importa? Lo importante es que estas cosas fuesen *creadas*; han sido creadas, luego existen». A cualquier cosa creada le daba un carácter indestructible. ¡Con cuánta mayor evidencia todavía se aplica esta idea a nuestros pensamientos, a nuestras acciones, buenas o malas! Y si en esta creencia hay algo de infinitamente consolador, en el caso en que nuestro espíritu se vuelve hacia esa parte de nosotros mismos que podemos considerar con complacencia, ¿no hay también algo de infinitamente terrible en el caso futuro, inevitable, en que nuestro espíritu se volverá hacia esa parte de nosotros mismos que no podemos afrontar sin horror? En lo espiritual como en lo material nada se pierde. Lo mismo que toda acción, lanzada en el torbellino de la acción universal, es en sí irrevocable e irreparable, abstracción hecha de sus posibles resultados, así todo pensamiento es imborrable. El palimpsesto de la memoria es indestructible.

«Sí, lector, innumerables son los poemas de alegría o de pena que se han grabado sucesivamente en el palimpsesto de tu cerebro, y como las hojas de las selvas vírgenes, como las nieves indisolubles del Himalaya, como la luz que cae sobre la luz, así se han acumulado sus incesantes capas y cada una a su vez se ha recubierto con el olvido. Pero a la hora de la muerte, o bien estando febril, o por influencias del opio, todos esos poemas pueden volver a tomar vida y fuerza. No están muertos, duermen. Se cree que la tragedia griega ha sido borrada y sustituida por la leyenda del monje, la leyenda del monje por el libro de caballería, pero no es así. A medida que

el hombre avanza en la vida, la novela que de joven le deslumbraba, la leyenda fabulosa que de niño le seducía, se marchitan y se oscurecen por sí solas. Pero las profundas tragedias de la infancia —brazos infantiles arrancados para siempre del cuello de sus madres, labios infantiles separados para siempre de los besos de sus hermanas—, viven siempre escondidas debajo de las otras leyendas del palimpsesto. La pasión y la enfermedad no tienen reactivos químicos bastante eficaces para quemar esas huellas inmortales.»

2
LEVANA, NUESTRA SEÑORA DE LAS TRISTEZAS

«En Oxford, he visto a menudo en sueños a Levana. La conocía por sus símbolos romanos.» Pero ¿quién es Levana? Era la diosa romana que presidía las primeras horas del niño, que le confería, por decirlo así, la dignidad humana. «En el momento de nacer, cuando el niño probaba por primera vez la enturbiada atmósfera de nuestra planeta, lo ponían en tierra. Pero casi enseguida, por miedo de que una criatura tan grande se arrastrase por el suelo más de un instante, el padre, como mandatario de la diosa Levana, o algún pariente próximo, como mandatario del padre, le levantaba en el aire, le ordenaba que mirase hacia arriba, como rey de este mundo que era, y presentaba la frente del niño a las estrellas, diciéndoles tal vez en su corazón: "¡Contemplad lo que es más grande que vosotras!". Este acto simbólico representaba la función de Levana. Y esta diosa misteriosa que nunca se ha descubierto el rostro (excepto ante mí, en mis sueños), y que siempre ha obrado por delegación, toma su nombre del verbo latino *levare*, levantar en el aire, tener en alto.»

Naturalmente muchas personas han entendido por Levana el poder tutelar que vigila y rige la educación de los niños. Pero no creáis que aquí se trata de esa pedagogía que sólo reina por los alfabetos y las gramáticas; hay que pensar sobre todo «en ese vasto sistema de fuerzas centrales que se esconde en el seno profundo de la vida humana y que obra incesantemente sobre los niños, enseñándoles alternativamente la pasión, la lucha, la tentación, la energía de la resistencia». Levana ennoblece al ser humano a quien vigila, pero por medios crueles. Esa buena nodriza es dura y severa, y entre los procedimientos que utiliza con más gusto para

perfeccionar a la criatura humana, el que estima por encima de todos es el dolor. Tres diosas están sometidas a ella, y la emplea para sus designios misteriosos. Como hay tres Gracias, tres Parcas, tres Furias, como primitivamente había tres Musas, hay tres diosas de la tristeza. Son *Nuestras Señoras de las Tristezas.*

Las he visto a menudo conversando con Levana, y alguna vez incluso hablando de mí. ¿Pero hablan? ¡Oh, no! Esos poderosos fantasmas desdeñan las insuficiencias del lenguaje. Pueden proferir palabras por los órganos del hombre cuando habitan en un corazón humano, pero entre ellas no se sirven de la voz, no emiten sonidos; un eterno silencio reina en sus dominios. La mayor de las tres hermanas se llama *Mater Lachrymarum*, o sea Nuestra Señora de las Lágrimas. Es la que divaga y gime día y noche, invocando rostros desvanecidos. Es la que estaba en Roma cuando se oyó lamentarse una voz, la de Raquel, llorando por sus hijos y sin querer ser consolada. Y también estaba en Belén la noche en que la espada de Herodes barrió a todos los inocentes fuera de sus refugios... Sus ojos son alternativamente dulces y penetrantes, asustados y adormecidos, a menudo elevándose hacia las nubes, a menudo acusando a los cielos. Lleva una diadema en la cabeza. Y por los recuerdos de mi infancia sé que puede viajar por los aires cuando oye el sollozo de las letanías o el trueno del órgano, o cuando contempla el derrumbamiento de las nubes de verano. Esa hermana mayor lleva en la cintura unas llaves más poderosas que las del Papa, y con ellas abre todas las chozas y todos los palacios. Sé que fue ella quien, durante todo el verano último, se quedó a la cabecera del mendigo ciego con quien tanto me gustaba hablar, y muy piadosa hija, de ocho años y de fisonomía radiante, resistía a la tentación de mezclarse al bullicio del caserío para errar todo el día por los caminos polvorientos con su afligido padre. Por eso Dios le ha enviado una gran recompensa. En la primavera, y cuando ella misma comenzaba a florecer, la ha llamado a su seno. Su ciego padre no cesa de llorarla, y a media noche siempre sueña que tiene todavía en su mano la manita que le guiaba, y siempre se despierta entre *tinieblas* que ahora son otras nuevas y más profundas... Con ayuda de esas llaves, Nuestra Señora de las Lágrimas se desliza, fantasma tenebroso, en las habitaciones de los hombres que no duermen, de las mujeres que no duermen, de los niños que no duermen, desde el Ganges hasta el Nilo, desde el Nilo hasta el Mississippi. Y como nació la primera y posee el imperio más vasto, la honraremos con el título de Madona.

La segunda hermana se llama *Mater Suspiriorum*, Nuestra Señora de los Suspiros. Nunca escala las nubes ni se apea por los aires. En su frente, ninguna diadema. Sus ojos, si pudiésemos verlos, no parecerían ni dulces ni penetrantes; no se podría descifrar en ellos ninguna historia; solamente se encontraría una masa confusa de sueños medio muertos y los restos de un delirio olvidado. Nunca levanta los ojos; su cabeza, tocada con un turbante andrajoso, siempre está inclinada, y siempre mira al suelo. No llora, no gime. De vez en cuando suspira de forma ininteligible. Algunas veces su hermana, la Madona, es tempestuosa y frenética, delirante contra el cielo y reclamando a sus bienamados. Pero Nuestra Señora de los Suspiros nunca grita, nunca acusa, nunca sueña en rebelarse. Es humilde hasta la abyección. Su dulzura es la de los seres sin esperanza... Si alguna vez murmura, no es más que en los lugares solitarios, desolados como ella, en ciudades arruinadas, y cuando el sol se ha marchado a reposar. Esta hermana es la visitadora del paria, del judío, del esclavo que rema en las galeras...; de la mujer sentada en las tinieblas, sin amor que abrigue su cabeza, sin esperanza que ilumine su soledad...; de todo cautivo en su prisión, de todos aquellos a quienes han traicionado y de los que son rechazados; de los proscritos por la ley de tradición y de los hijos de la desgracia hereditaria. Todos están acompañados por Nuestra Señora de los Suspiros. También lleva una llave, pero no la necesita. Porque su reino está sobre todo entre las tiendas de Sem y los vagabundos de todos los climas. Sin embargo, en las clases más altas de la humanidad encuentra algunos altares, e incluso en la gloriosa Inglaterra hay hombres que ante el mundo llevan la cabeza con tanto orgullo como un reino, y que en secreto han sido marcados en la frente.

De la tercera hermana que además es la más joven..., ¡silencio!, hablemos en voz baja. Sus domingos no son grandes, de otra forma no podría vivir ninguna carne; pero en esos dominios su poder es absoluto. A pesar del triple velo de gasa con que se cubre la cabeza, aunque la lleve alta, puede verse la luz salvaje que se escapa de sus ojos, luz de esperanza siempre flameante, mañanas y tardes, a mediodía como a medianoche, a la hora del flujo como a la del reflujo. Desafía a Dios. También es la madre de las demencias y la consejera de los suicidas... La Madona anda con paso irregular, rápido o lento, pero siempre con una gracia trágica. Nuestra Señora de los Suspiros se desliza tímidamente y con precaución. Pero la hermana más joven se mueve con movimientos imposibles de prever, salta, da saltos de tigre. No tiene llave; pues aunque visita rara vez a los hombres, cuando se le permite acercarse a

una puerta, se apodera de ella por asalto y la derriba. Y su nombre es *Mater Tenebrarum*, Nuestra Señora de las Tinieblas.

Tales son la Euménides o *Graciosas* Diosas (como decía la antigua lisonja inspirada por el miedo) que obsesionaban mis sueños en Oxford. Madona hablaba con mano misteriosa. Me tocaba la cabeza, llamaba con el dedo a Nuestra Señora de los Suspiros, y sus signos que ningún hombre puede leer, excepto en sueños, podían traducirse así: «¡Mira! Este es el que en su infancia he consagrado en mis altares. Es mi favorito. Le he desviado, le he seducido, y desde lo alto del cielo he atraído corazón hacia el mío. Por mí ha llegado a ser idólatra; lleno de deseos y de languideces por mí, ha adorado al gusano de la tierra y ha dirigido sus plegarias a la tumba. Era sagrada para él; amables sus tinieblas; santa su corrupción. ¡A este joven idólatra lo he preparado para ti, querida y dulce Hermana de los Suspiros! Tómalo ahora sobre tu corazón y prepárale para nuestra terrible Hermana. Y tú —volviéndose hacia la *Mater Tenebrarum*—, recíbelo de ella a tu vez, haz que tu cetro pase sobre su cabeza. No sufras que una mujer, con su ternura, vaya a sentarse cerca de él por la noche. Ahuyenta todas las debilidades de la esperanza, seca los bálsamos del amor, quema la fuente de las lágrimas; maldícele como tú sola sabes maldecir. Así se volverá perfecto en la hornaza, así verá las cosas que no debieran ser vistas, los espectáculos abominables y los secretos indecibles. Así leerá las antiguas verdades, las tristes verdades, las grandes, las terribles verdades. Así resucitará antes de estar muerto. Y nuestra misión quedará cumplida, porque tenemos de Dios el atormentar su corazón hasta que hayamos desarrollado las facultades de su espíritu».

3
EL ESPECTRO DEL BROCKEN

Subamos al Brocken un bello domingo de Pentecostés. ¡Deslumbrante amanecer sin nubes! Sin embargo, abril hace sus últimas incursiones en la estación renovada y lo riega con sus caprichosos chubascos. Alcancemos la cumbre de la montaña; una mañana semejante nos promete más probabilidades de ver el famoso espectro del Brocken. Ese espectro ha vivido tanto tiempo con los hechiceros paganos, ha asistido a tantas negras idolatrías, que su corazón ha sido tal vez corrompido y quebrantada su fe. Haced la señal de la cruz como prueba y mirad atentamente si consiente repetirla. En efecto, la repite; pero la cortina de agua que avanza enturbia

la forma de los objetos y le da el aspecto de un hombre que cumple su deber con repugnancia o de una manera evasiva. Volved a empezar la prueba, «coged una de esas anémonas que en otro tiempo se llamaban *flores de hechicero* y que jugaba un gran papel en esos ritos horribles del miedo. Ponedla sobre esa piedra que imita la forma de un altar pagano; arrodillaos y, levantando la mano derecha, decid: "¡Padre nuestro que estás en los cielos...!, yo, tu servidor, y este negro fantasma, del que he hecho mi servidor por una hora en este día de Pentecostés, ¡os traemos juntos nuestros homenajes a este altar, devuelto al verdadero culto!". ¡Mirad! La aparición coge una anémona y la pone en un altar; se arrodilla, levanta la mano derecha hacia Dios. Está muda, es verdad, pero los mudos pueden servir a Dios de una manera muy aceptable».

No obstante, tal vez penséis que este espectro, acostumbrado desde hecha remota a una devoción ciega, está inclinado a obedecer a todos los cultos, y que su servilismo natural hace insignificante su homenaje. Busquemos, pues, otro medio para verificar la naturaleza de me ser singular. Supongo que en vuestra infancia habréis sufrido algún dolor inefable, alguna incurable desesperación, una de esas mudas desolaciones que lloran detrás de un velo, como la Judea de las medallas romanas, sentada tristemente al pie de una palmera. Cubrid vuestra cabeza con un velo en memoria de ese gran dolor. También el fantasma del Brocken se ha cubierto ya la cabeza, como si tuviese un corazón de hombre y como si quisiese expresar con un símbolo silencioso el recuerdo de un dolor demasiado grande para expresarlo con palabras. «Esta prueba es decisiva. Ahora sabéis que la aparición no es más que vuestro propio reflejo, y que al dirigir al fantasma la expresión de vuestros secretos sentimientos, hacéis de él el espejo simbólico donde se refleja a la claridad del día lo que de otra forma estaría escondido para siempre.»

El comedor de opio tiene también a su lado un Sombrío Intérprete que está respecto a su espíritu en la misma relación que el fantasma del Brocken frente al viajero. Aquel se ve enturbiado algunas veces por tempestades, nieblas y lluvias; de igual modo el Misterioso Intérprete mezcla algunas veces elementos extraños a su naturaleza de reflejo. «Lo que dice generalmente es lo que me he dicho despierto, en meditaciones demasiado profundas para dejar impresa su huella en mi corazón. Pero

algunas veces sus palabras como su rostro se alteran, y no parecen las que yo hubiese empleado con más gusto. Ningún hombre puede dar cuenta de todo lo que ocurre en los sueños. Creo que ese fantasma es, en general, una fiel representación de mí mismo; pero también da vez en cuando está sujeto a la acción del bueno de Pantasus que reina sobre los sueños.» Podría decirse que tiene alguna relación con el coro de la tragedia griega, que a menudo expresa los pensamientos secretos del principal personaje, secretos para él mismo o imperfectamente desarrollados, y le presenta comentarios, proféticos o relativos al pasado, propios para justificar a la Providencia o para calmar la fuerza de su angustia, tales, en fin, como el mismo infortunado hubiera podido encontrarlos si su corazón le hubiese dado tiempo para meditar.

4
SAVANNAH-LA-MAR

A esta galería melancólica de pintura, vastas y movedizas alegorías de la tristeza, donde encuentro un encanto tan musical como pintoresco (ignoro si el lector que solamente las ve abreviadas puede experimentar la misma sensación), viene a unirse un fragmento que puede ser considerado como el final de una amplia sinfonía.

«Dios hirió Savannah-la-Mar, y en una noche la hizo descender, con todos sus monumentos todavía en pie y su población adormecida, desde los sólidos fundamentos de la orilla hasta el lecho de coral del Océano. Dijo Dios: “He sepultado a Pompeya, y la he tenido escondida para los hombres durante diecisiete siglos; sepultaré esta ciudad pero no la esconderé. Será para los hombres un monumento de mi misteriosa cólera, fijo en una luz azulada durante las generaciones futuras; pues la engastaré en la cúpula cristalina de mis mares tropicales”. Y a menudo, en las limpias calmas, a través del medio transparente de las aguas, los marinos que pasan divisan esa ciudad silenciosa, que se diría conservada en una campana de cristal, y pueden recorrer con la vista sus plazas, sus terrazas, contar sus puertas y los campanarios de sus iglesias: “Vasto cementerio que fascina a los ojos como una revelación mágica de la vida humana, persistente en los retiros submarinos, al abrigo de las tempestades que atormentan nuestra atmósfera”. Muchas veces, con su Negro

Intérprete, ha visitado en sueños la soledad inviolada de Savannah-la-Mar. Miraban juntos las torres, donde las inmóviles campanas esperaban en vano casamientos que proclamar; se acercaban a los órganos que ya no celebraban las alegrías del cielo ni las tristezas del hombre; juntos visitaban los silenciosos dormitorios donde todos los niños dormían desde hacía cinco generaciones.

Esperan el amanecer celeste —se dice a sí mismo en voz baja el Negro Intérprete—, y cuando apunte ese amanecer, las campanas y los órganos tocarán un canto de júbilo repetido por los ecos del Paraíso. —Y después, volviéndose hacia mí, decía—: Esto es melancólico y lamentable; pero una calamidad menor no hubiera bastado para los designios de Dios. Comprende bien esto... El tiempo presente se reduce a un punto matemático, e incluso este punto perece mil veces antes de que hayamos podido afirmar su nacimiento. En el presente, todo es infinito, e igual este infinito es infinito en la velocidad de su fuga, hacia la muerte. Pero en Dios no hay nada que tenga fin; en Dios no hay nada transitorio; en Dios no hay nada que tienda hacia la muerte. Resulta que para Dios el presente no existe. Para Dios, el presente es el futuro, y para el futuro sacrifica el presente del hombre. Por eso obra por medio del temblor de tierra. Por eso trabaja para el dolor. Oh, ¡qué profundo es el laboreo del temblor de tierra! Oh, ¡qué profunda —y su voz se hinchaba como un *sanctus* que se eleva desde el coro de una catedral—, qué profunda es la labor del dolor!, pero se necesita no menos que esto para la agricultura de Dios. Con una noche de temblor de tierra, edifica al hombre agradables viviendas para mil años. Del dolor de un niño saca gloriosas vendimias espirituales que de otra manera no hubieran podido cosecharse. Con arados menos crueles no hubiera podido remover el suelo refractario. En la tierra, nuestro planeta, en la mansión del hombre se necesita la sacudida; y el dolor (por ser la herramienta más poderosa de Dios) es a menudo muy necesario; sí —y me miraba con aire solemne—, es indispensable para los misteriosos hijos de la tierra.

IX

CONCLUSIÓN

Estos largos ensueños, estos cuadros poéticos, a pesar de su carácter

simbólico general, *ilustran* mejor para un lector inteligente el carácter moral de nuestro autor, que lo harían las anécdotas o las notas biográficas. En la última parte de *Suspiria* también retrocede, como con placer, a los años ya tan lejanos, y lo verdaderamente apreciable, allí como en otras partes, no es el hecho sino el comentario, comentario a menudo negro, amargo, desolado; pensamiento solitario que aspira a volar lejos de este suelo y lejos del teatro de las luchas humanas; grandes aletazos hacia el cielo; monólogo de un alma a la que siempre fue demasiado fácil herir. Aquí como en las partes ya analizadas, ese pensamiento es el *tirso* del que ha hablado tan agradablemente, con el candor de un vagabundo que se conoce bien. El tema no tiene más valor que el de un palo seco y desnudo, pero las cintas, los pámpanos y las flores pueden ser con sus entrelazamientos festivos, una apreciable riqueza para los ojos. El pensamiento de De Quincey no es solamente sinuoso; la palabra no es bastante fuerte: es naturalmente espiritual. Por otra parte esos comentarios y esas reflexiones serían demasiado largos de analizar, y debo recordar que el objeto de este trabajo era mostrar con un ejemplo los efectos del opio en un espíritu meditabundo e inclinado al ensueño. Creo haberlo conseguido.

Me bastará decir que el pensador solitario vuelve a venir con complacencia, sobre esta sensibilidad precoz que fue para él la fuente de tantos horrores y de tantos goces; sobre su inmenso amor por la libertad, y sobre el estremecimiento que le producía la responsabilidad. «El horror de la vida se mezclaba ya en mi primera juventud con la celestial dulzura de la vida.» En estas últimas páginas de los *Suspiria* hay algo de fúnebre, de corroído, como quien aspira a otras cosas que no son las de la tierra. A propósito de aventuras de juventud, todavía se insertan algunas veces, aquí y allí, el regocijo y el buen humor, la gracia de burlarse de sí mismo de que tan a menudo ha dado pruebas; pero lo más *vistoso* y lo que salta a la vista son las explosiones líricas de una melancolía incurable. Por ejemplo, sobre los seres que molestan a nuestra libertad, contristan nuestros sentimientos y violan los derechos más legítimos de la juventud, exclama: «¡Oh!, ¿cómo es posible que aquellos que se llaman a sí mismos los *amigos* de ese hombre o de esa mujer son justamente a los que ese hombre o esa mujer, más bien que a todos los demás, saludaron con este adiós en el momento supremo de la muerte?». O bien deja escapar

cínicamente esta confesión que tiene para mí, lo confieso con el mismo candor, un encanto casi fraternal: «Generalmente, los pocos individuos que me han dado asco en este mundo eran gentes florecientes y de buena reputación. En cuanto a los bribones que he conocido y no han sido pocos, pienso en ellos, en todos sin excepción, con placer y benevolencia». Observemos de paso que esta bella reflexión la hace a propósito del *attorney* de los negocios equívocos. O bien, en otra parte afirma que si la vida pudiera abrirse mágicamente ante nosotros, si nuestra mirada, todavía joven, pudiese recorrer los pasillos, escrutar las salas y las habitaciones de ese albergue, teatro de las futuras tragedias y de los castigos que nos esperan, nosotros y nuestros amigos, todos, ¡retrocederíamos temblando de horror! Después de haber pintado con una gracia y un lujo de colores inimitables un cuadro de bienestar, de esplendor y de pureza domésticas, la belleza y la bondad enmarcadas en la riqueza, nos muestra sucesivamente a las graciosas heroínas de la familia, a todas, de madre a hija, atravesando una tras otra espesas nubes de desgracia, y termina diciendo: «Podemos mirar a la muerte de frente, pero sabiendo, como algunos de nosotros lo saben hoy, lo que es la vida humana, ¿quién podría sin estremecerse (suponiendo que estuviese advertido) mirar de frente la hora de su nacimiento?».

Al pie de una página encuentro una nota que, relacionada con la reciente muerte de De Quincey, toma una significación lúgubre. Los *Suspiria de profundis*, según la planificación del autor, debían extenderse y agrandarse singularmente. La nota anuncia que la leyenda sobre las Hermanas de las Tristezas dará lugar a una división natural para las ediciones posteriores. Así, lo mismo que la primera parte (la muerte de Elisabeth y las penas de su hermano) se relaciona lógicamente con la Madona o Nuestra Señora de las Lágrimas, de igual forma una parte nueva, *Los Mundos de los Parias*, debía colocarse bajo la invocación de Nuestra Señora de los Suspiros; por último, Nuestra Señora de las Tinieblas debía «ser patrona del reino de las Tinieblas». Pero la Muerte, a quien no consultamos sobre nuestros proyectos y a quien no podemos pedir su aquiescencia, la Muerte que nos deja soñar con la felicidad y con la fama y que no dice ni que sí ni que no, sale bruscamente de su emboscada y con un aletazo barre nuestros planes, nuestros sueños y las arquitecturas

ideales donde abrigábamos con el pensamiento la gloria de nuestros últimos días.

Cronología

1821
El 9 de abril, en el número 13 de la calle Hautefeuille de París, nace Charles-Pierre Baudelaire. Es hijo de Joseph-François Baudelaire, funcionario de la administración pública y pintor aficionado, y de Caroline Archenbaut-Defayis. El padre tiene más de sesenta años y la madre aún no ha cumplido los treinta. Antes de casarse con Caroline, Joseph-François había enviudado de Jeanne-Justine-Rosalie-Janin, de quien había tenido a Claude-Alphonse Baudelaire, hermanastro del poeta.

1827
El 10 de febrero muere el padre de Baudelaire, dejando una pequeña renta y algunas propiedades.

1828
Caroline se casa en segundas nupcias con el militar Jacques Aupick, con quien Baudelaire mantuvo siempre una relación difícil.

1833
Jacques Aupick asciende a coronel y es destinado a Lyon, donde vivirá con su familia durante tres años. Baudelaire es alumno interno del Collège Royal.

1836
Aupick regresa a París como general del Estado Mayor. Baudelaire ingresa en el Collège Louis-le-Grand.

1837
Baudelaire obtiene el segundo premio del colegio en la categoría de versificación latina.

1839
Baudelaire es expulsado del colegio por negarse a entregar una hoja que le había pasado un compañero. En agosto, aprueba los exámenes finales de bachillerato.

Aupick es nombrado mariscal de campo.

1840 Baudelaire entra en contacto con algunos literatos, como el poeta normando Gustave La Vavasseur o Ernest Prarond. Conoce en el barrio latino a Sarah la judía —también llamada «la luchette», la bizca—, una prostituta que le inspirará el poema XXV de *Las flores del mal*.

1841 Alarmado por su vida disoluta, Aupick castiga a Baudelaire a un periplo marítimo que tenía que llevarle de Burdeos a Calcuta. Entre el 1 y el 19 de septiembre, el poeta vive en la isla Mauricio, acogido por el matrimonio Autard de Bragard. A Madame de Bragard dedicará Baudelaire el poema «A una dama criolla», incluido en *Las flores del mal*. El 14 de octubre, el capitán del barco escribe a Aupick para informarle de la extraña conducta de su hijo y de que este ha decidido no finalizar el viaje. Tras visitar la isla Borbón (hoy Reunión), Baudelaire regresa a Burdeos en otro barco.

1842 A regresar a París, comienza su tempestuosa relación con Jeanne Duval, una actriz mulata del teatro de la Porte-Saint-Antoine. A ella están dedicados muchos de los poemas eróticos y amorosos de *Las flores del mal*. El 9 de abril, Baudelaire, alcanzada la mayoría de edad, hereda 75.000 francos de su padre. Se instala en l'Île Saint-Louis, en el número 10 del Quai de Béthune. Traba amistad con Théophile Gautier y Théodore de Banville.

1843 Empieza a escribir algunos de los poemas de *Las flores del mal*. Tras una temporada en la rue Vaneau, se instala en el hotel Pimodan, en el número 17 del Quai d'Anjou. Traba amistad con Apollonie Sabatier —otra de sus musas— y con Balzac. El Pimodan era la sede del Club des Haschischins, donde Baudelaire empezó a

experimentar con las drogas, como contará en *Los paraísos artificiales*. Empieza a vivir como un dandy, rodeándose de muebles y objetos lujosos. Sus deudas escandalizan al general Aupick.

1844
Escandalizados por los dispendios de su hijo, los padres del poeta inician un procedimiento legal para proteger su herencia. Un tribunal civil nombra a Narcisse-Désiré Ancelle, notario de Neuilly, administrador del dinero. Baudelaire se siente profundamente humillado.

1845
Baudelaire intenta suicidarse después de haber legado todos sus bienes a Jeanne Duval y haber confiado sus manuscritos a Théodore Banville. Una vez recuperado, pasa una temporada con los Aupick en su piso de la place Vandôme, pero pronto huye para instalarse en la rue Laffitte. Publica el «Salon de 1845», su primera incursión en la crítica de estética. Aquel año, los lectores franceses tuvieron la primera noticia de Edgar Allan Poe gracias a la traducción de *El escarabajo de oro* de Alphonse Borghers.

1846
Publica *Consejos a los jóvenes escritores* y el «Salon de 1846», donde defiende apasionadamente a Delacroix contra los académicos. Ahí se anuncia la próxima aparición de *Les lesbiennes*, el primer título que tuvo *Las flores del mal*. Publica algunos poemas, como «Don Juan en los infiernos» o «A una malabarista».

1847
Publica *Le Fanfarlo*, novela corta influida por Balzac. Inicia una relación amorosa con la actriz Marie Daubrun. El general Aupick es nombrado comandante de la École Polytechnique.

1848 Durante la revolución de febrero, Baudelaire acude a las barricadas y pide a gritos que se fusile a su padrastro: «Mort au géneral Aupick!». En febrero y marzo, dos números de la revista *Le Salut public* se publican con los nombres de Baudelaire, Champfleury y Toubin firmando algunos artículos humanitarios. Entre abril y mayo, Baudelaire es secretario de redacción de *La Tribune nationale*, diario republicano moderado. En junio, el poeta participa entre los sublevados de las masacres. En abril, Aupick es nombrado ministro plenipotenciario de la República en Constantinopla. El 15 de julio, *La Liberté de penser* publica la primera traducción de Edgar Allan Poe hecha por Baudelaire. En noviembre, Baudelaire publica el poema «El vino del asesino».

1849 Muere en Baltimore Edgar Allan Poe. A pesar de no haber tenido ocasión de escuchar su música, Baudelaire escribe elogiando a Wagner. Traba amistad con Courbet, para quien posará en *L'homme à la pipe*, y con Auguste Poulet-Malassis, su futuro editor.

1850 Publica los poemas «El alma del vino» y «Castigo del orgullo» en *Le Magasin des Familles*, donde se anuncian como parte del libro titulado *Les limbes*, otro de los títulos provisionales que tuvo *Las flores del mal*.

1851 En marzo *Le Messager de l'Assemblée* publica un ensayo de Baudelaire titulado *Du vin et du Hachish comparés comme Moyens de Multiplication de l'Individualité*, una parte de lo que acabaría siendo *Los paraísos artificiales*. En abril, la misma revista le publica once poemas, aún con el título general de *Les limbes*. El general Aupick es nombrado embajador en Madrid, donde vivirá hasta 1853.

1852
En *La Revue de Paris*, publica *Edgar Allan Poe, sa Vie et ses Ouvrages*, esbozo de lo que será el prólogo a su traducción de las *Histoires extraordinaires*. Envía al director de la revista, Théophile Gautier, un conjunto de poemas de los que sólo se publicarán «La negación de san Pedro» y «El hombre libre y el mar». Envía anónimamente a madame Sabatier el primero de la serie de poemas que le dedicó: «A la que es demasiado alegre». Madame Sabatier era una cortesana, amiga de artistas y literatos, cuyo círculo Baudelaire había empezado a frecuentar. El poeta había roto con Jeanne Duval.

1853 Presiente de una sífilis que había contraído. Roqueplan, director de la ópera de París, le encarga un libreto que nunca se terminó. En la revista *L'Artiste* se publica la traducción de «El cuervo» de Poe. El general Aupick es nombrado senador y se retira a su finca de Honfleur. En *Le Monde littéraire* se publica la traducción de Baudelaire de *Philosophie de l'Ameublement* de Poe. En mayo envía cartas a madame Sabatier acompañadas de los poemas «Reversibilidad» y «Confesión».

1854 En febrero y marzo, envía a madame Sabatier los poemas «La antorcha viviente» y «El alba espiritual»; luego «Qué dirás esta noche...» (XLII de *Las flores del mal*) e «Himno», que no se publicará hasta que aparezcan «Los despojos» en el año 1866. En julio se inicia en *Le Pays* la publicación de las narraciones de Poe en la traducción de Baudelaire.

1855 Publica tres artículos sobre la exposición universal de 1855. La *Revue des Deux Mondes* publica dieciocho poemas de Baudelaire, por primer vez bajo el título de

Las flores del mal. Parece que la idea del título vino de Hypolite Babou. Primera edición de dos de los *Pequeños poemas en prosa*: «El crepúsculo vespertino» y «La soledad».

1856 En marzo se publican las *Histoires extraordinaires* de Edgar Allan Poe en la traducción de Baudelaire. Firma un contrato con Auguste Poulet-Malassis para la publicación de *Las flores del mal* y de *Bric-à-Brac esthétique* (primer título de *Curiosités esthétiques*, que no se publicaría hasta 1868).

1857 En marzo se publican las *Nouvelles histoires extraordinaires* de Poe, en la traducción de Baudelaire. El 28 de abril muere el general Aupick. El 25 de junio se publican *Las flores del mal*. El 5 de julio, Gustave Bourdin publica en *Le Figaro* un artículo feroz contra el libro de Baudelaire que sentó las bases del proceso judicial que se incoaría aquel mismo año. El 20 de agosto tiene lugar la vista del caso ante la sexta cámara correccional de París. Se encarga de la defensa Ernest Pinard, que ya había defendido *Madame Bovary* de Flaubert en un proceso similar. El juicio termina con una condena del autor y el editor. La sentencia obliga a la supresión de seis poemas del libro. Primera edición, en *Le Présent*, de una serie de poemas en prosa bajo el título de *Six poèmes nocturnes*. Después de haberle enviado cartas y poemas anónimos, Baudelaire se da a conocer a madame Sabatier, que se le ofreció. La relación resultó un fracaso, pero conservaron la amistad. Baudelaire recibe carta de Victor Hugo elogiando *Las flores del mal*. En otoño, publica, en *Le Présent*, sus primeros estudios sobre caricaturistas: «Sur quelques Caricatusristes français» y «Sur quelques Caricaturistes étrangers». El 18 de octubre publica un artículo sobre *Madame Bovary* de

Flaubert.

1858 En septiembre se publica «Le Hachisch», primera parte de *Los paraísos artificiales.*

1859 Entre enero y febrero compone en Honfleur el poema «El viaje», que no aparecerá hasta la segunda edición del libro. Se publica el estudio de Baudelaire sobre Théophile Gautier. Jeanne Duval sufre un ataque que la paraliza temporalmente y es ingresada en el hospicio Dubois. En abril, *La Revue français* publica el texto *La Genèse d'un Poème*, traducción del ensayo de Poe *The Philosophy of Composition*, fundamental en la poética de Baudelaire y en general en la modernidad literaria. Publica el «Salon de 1859». *La Revue internationale* de Ginebra empieza a publicar la traducción de Baudelaire de *Eureka* de Poe, que no se terminará debido a desavenencias entre el poeta y el director de la revista. En diciembre muere Thomas de Quincey.

1860 Firma un nuevo contrato con Poulet-Malassis para la segunda edición de *Las flores del mal*, *Los paraísos artificiales*, un libro que iba a titularse *Opinions littéraires* —y que se publicó póstumamente con el título de *L'Art romantique*— y *Curiosités esthétiques*. Se publica la segunda parte de *Los paraísos artificiales* titulada *Un Mangeur d'opium*. En la Sala de los Italianos se interpretan fragmentos orquestales de Wagner y Baudelaire le escribe al músico una carta de encendida admiración. A finales de mayo se publica la edición completa de *Los paraísos artificiales*.

1861 Se publica la segunda edición de *Las flores del mal*, con treinta y cinco nuevos poemas y sin los seis poemas censurados. Se publica el ensayo de Baudelaire «Richard

Wagner y Tannhäuser», que aparecerá más tarde en forma de *plaquette*. Baudelaire le cuenta a su madre la intención de escribir un diario titulado *Mon coeur mis à un* (*Mi corazón al desnudo*), cuyas notas se conservaron gracias a Poulet-Malassis. Aparecen una nueva serie de nuevos poemas en prosa. Problemas económicos. Jeanne Duval mantiene a un supuesto hermano —un amante, en realidad— a expensas de Baudelaire. Frecuentes ataques reumáticos de origen sifilítico. Intenta presentar su candidatura a la Academia, algo que resulta escandaloso en los medios literarios de la época. Sainte-Beuve le aconseja que se retire. Sólo recibe el apoyo de Alfred de Vigny.

1862
El 12 de abril muere en Fontainebleau Claude-Alphonse Baudelaire, hermano del poeta. *La Presse* publica los veinte primeros poemas de la serie *Poèmes en prose*. El 6 de septiembre se publica en *The Spectator* una reseña entusiasta de Algernon Charles Swinburne sobre *Las flores del mal*. En noviembre, Poulet-Malassis es detenido tras ser denunciado por sus acreedores y huye a Bélgica.

1863
Baudelaire cede al editor Henzel los derechos de publicación de *Las flores del mal* y de los *Pequeños poemas en prosa*. Se publican siete poemas en prosa en *La Revue nationale et étrangère*. Muere en París Eugène Delacroix y Baudelaire le dedica un extenso artículo necrológico. Entre noviembre y diciembre se publica en *Le Figaro* el ensayo de Baudelaire *Le Peintre de la vie moderne* («El pintor de la vida moderna»), en que, con la excusa de comentar la obra de Constantin Guys (M. G., en el ensayo), un pintor menor, el poeta expone sus principales teorías estéticas. El editor Michel Lévy edita la traducción completa de Baudelaire de *Eureka* de Poe.

1864 Se publican en *Le Figaro* seis poemas en prosa bajo el título de *Le Spleen de Paris*. Harto de la incomprensión y huyendo de sus acreedores, Baudelaire se marcha a Bélgica. Se instala en el Hôtel du Grand Miroir, en el número 28 de la rue de la Montagne. Dicta cinco conferencias en el Cercle Littéraire et Artistique de Bruselas sobre Delacroix, Gautier y sobre *Los paraísos artificiales*. Las conferencias son un fracaso y Baudelaire se hunde. Concibe un panfleto contra Bélgica que más tarde se titulará *Pauvre Belgique*. Se publican dos poemas en prosa en *La Revue parisienne*. Y seis más en *La Revue de Paris* con el título de *Le Spleen de Paris*.

1865 Stéphane Mallarmé, entonces con veintitrés años, publica en *L'Artiste* su *Symphonie littéraire*, en cuya segunda parte alaba a Baudelaire. La salud de este empeora. Viaja de Bruselas a París y a Honfleur, donde su madre se había retirado tras enviudar. Paul Verlaine, entonces con veintiún años, escribe un encendido elogio de Baudelaire en *L'Art*. Baudelaire expresa desconfianza hacia esos parabienes y concluye que lo que más le gusta es estar solo.

1866 A finales de febrero, Poulet-Malassis publica *Los despojos*. En marzo, Baudelaire se cae en la iglesia de Saint-Loup, en Namur, que estaba visitando en compañía de Félicien Rops, un pintor y grabador belga que estaba trabajando en un frontispicio para la nueva edición de *Las flores del mal*. Primeros síntomas de afasia y de hemiplejia. Le ingresan en una clínica religiosa, el Instituto de San Juan y Santa Elisabet, de Bruselas. Llega su madre para cuidarle. Le trasladan al Grand Miroir. Las monjas hacen exorcizar la habitación ocupada por el poeta. El 31 de marzo, *Le Parnasse contemporain* publica, bajo el título *Nouvelles Fleurs du mal*, quince poemas que

se publicarán en la tercera edición del libro, en 1868, a cargo de Théophile Gautier. En julio, Baudelaire, que conserva la razón pero ha perdido el habla (solo acierta a decir «¡Non! ¡Crenon!») es trasladado por su madre y Arthur Stevens a París e ingresado en la clínica hidroterápica del doctor Émile Duval. Recibe ahí visitas de Sainte-Beuve, Maxime du Camp, Leconte de Lisle y el fotógrafo Nadar. Las esposas de Paul Meurice, novelista y dramaturgo, y de Édouard Manet acuden a la clínica para interpretar unos fragmentos de *Tannhäuser* ante el lecho del enfermo.

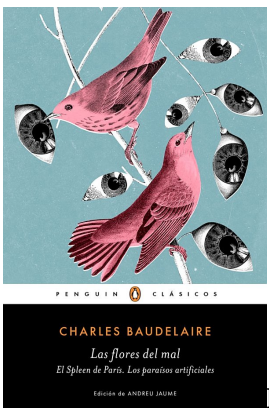
1867 El 31 de agosto muere en brazos de su madre. Ese mismo día, *La Revue nationale* empieza la publicación de la última serie de los *Poèmes en prose*. El 2 de septiembre se celebran los funerales en Saint-Honoré d'Eylau. Es enterrado en el cementerio de Montparnasse, en la tumba familiar del general Aupick. Théodore de Banville y Gustave Asselineau pronuncian el elogio fúnebre.

1868 La editorial Michel Lévy-frères publica *Curiosités esthétiques* y la tercera edición de *Las flores del mal*, con prólogo de Théophile Gautier. Al año siguiente aparecerán *L'Art romantique* y los *Pequeños poemas en prosa*. Hasta mayo de 1870 se publicarán también los tres volúmenes de las traducciones de Poe.

1870 El fotógrafo Nadar ve por última vez a Jeanne Duval arrastrándose con unas muletas por los bulevares.

1871 El 16 de agosto muere la madre de Baudelaire en su casa de Honfleur. Es enterrada en la tumba familiar de Montparnasse.

«El Poeta es igual a este rey de las nubes que se ríe de las flechas y vence el temporal; desterrado en la tierra y en medio de las gentes, sus alas de gigante le impiden caminar.»



Padre de la modernidad y poeta maldito por excelencia, Baudelaire abrió las puertas a un mundo hasta entonces vetado a la literatura con *Las flores del mal*, una «ofensa a la moral» por la que fue procesado.

A través de sus versos, la lírica dejaba atrás los paisajes bucólicos y las pasiones elevadas para hundirse en la bohemia parisina. Lejos de amedrentarse ante la incomprensión de sus contemporáneos, Baudelaire ahondó aún más si cabe en esos parajes oscuros con el florilegio de prosa poética de *El spleen de París* y el ensayo *Los paraísos artificiales*, en el que narra sus experiencias con el opio y el hachís. Tras ellos se revela la decadencia de unos ideales duramente criticados, la melancolía, el deseo de la inasible eternidad y el terrible miedo al paso del tiempo, jamás clemente.

La presente edición presenta la soberbia versión que ofreció el gran poeta valenciano Lluís Guarner, así como algunos poemas traducidos por el propio editor de este volumen, Andreu Jaume.

Charles Baudelaire (1821-1867) se cuenta entre los poetas más influyentes del siglo XIX, y probablemente también de toda la historia de la literatura universal. Su padre, el exseminarista Jean-François Baudelaire, falleció cuando contaba con apenas cinco años de edad. Tras su muerte, la madre, Caroline, hija de emigrados franceses a Londres, contrajo de nuevo matrimonio. Expulsado del Liceo Louis-le-Grand, pese a la obtención del título de Bachiller superior, en 1840 Charles se inscribe en la facultad de derecho. Comienza a frecuentar entonces el Barrio Latino, donde conoce a Gérard de Nerval, Sainte-Beuve y Balzac, adentrándose de forma irrefrenable en el mundo de humo, opio y prostitución de la bohemia parisina. Por su impía conducta, la familia lo envía a los Mares del Sur. A su regreso, no obstante, Baudelaire vertería la obra de Edgar Allan Poe al francés y llevaría a cabo sus obras más conocidas: desde el escandaloso poemario *Las flores del mal* (1857) hasta los textos de *Los paraísos artificiales* (1860) y el póstumo *El spleen de París* (1869). Duramente criticado y vilipendiado en vida por lo escandaloso de su obra y conducta, Baudelaire murió sifilítico y empobrecido, desconocedor del impagable legado que había donado a la posteridad. Adalid del simbolismo, estandarte del romanticismo y precursor del decadentismo, su cuerpo yace enterrado en el Cementerio de Montparnasse.

Andreu Jaume (Palma, 1977) es editor-at-large de Penguin Random House Grupo Editorial y crítico literario.

Lluís Guarner (1902-1986) fue un reconocido escritor, ensayista y poeta. Consagró su vida a las letras, produciendo más de un centenar de obras y obteniendo importantes premios. Como traductor, vertió a nuestra lengua la obra de líricos como Charles Baudelaire y Paul Verlaine.

Título original: *Les Fleurs du mal / Le Spleen de Paris / Les Paradis artificiels*

Edición en formato digital: mayo de 2017

PENGUIN, el logo de Penguin y la imagen comercial asociada son marcas registradas de Penguin Books Limited y se utilizan bajo licencia.

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2007, Andreu Jaume, por la introducción, la cronología y la edición
© Herederos de Lluís Guarner, por la traducción
© 2017, Andreu Jaume por la traducción de los poemas incluidos en los apartados titulados «Galanterías», «Epígrafes», «Piezas diversas» y «Añadidos a la tercera edición»
© 2007, Inés Bértolo, por la traducción del epílogo

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © Raúl Lázaro

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9105-364-4

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Introducción

[1] T. S. Eliot, «What Dante Means to Me» (1950). La cita procede de T. S. Eliot, *La aventura sin fin*, edición de Andreu Jaume y traducción de Juan Antonio Montiel, Barcelona, Lumen, 2011. Los versos que cita Eliot son los primeros de «Los siete viejos»: «¡Ciudad hormigueante, ciudad llena de sueños ¡donde el espectro en pleno día va entre la gente!»

[2] La carta es de 1855. Damos la traducción de Félix de Azúa en *Baudelaire y el artista de la vida moderna*, Barcelona, Anagrama, 1999, p. 95.

[3] Félix de Azúa, *Baudelaire y el artista de la vida moderna*, Barcelona, Anagrama, 1999, pp. 117-118. Se trata de una obra imprescindible para todo aquel que quiera profundizar en la crítica estética de Baudelaire.

[4] Roberto Calasso, *La Folie Baudelaire*, Milán, Adelphi, 2008. La cita procede de la edición española publicada por Anagrama en 2011, pp. 207-208.

[5] El ensayo se titula «Quelques caricaturistes étrangers» y se publicó por primera vez en *Le Présent* el 15 de octubre de 1857.

[6] Walter Benjamin, «Charles Baudelaire. Un lírico en la época del altocapitalismo» (1939). La cita procede de Walter Benjamin, *Baudelaire*, edición de José Manuel Cuesta Abad, Madrid, Abada, pp. 70-71.

[7] Baudelaire publicó *Le Peintre de la vie moderne* en *Le Figaro*, en tres entregas el 26 y el 29 de noviembre y el 3 de diciembre de 1863. La cita procede de Charles Baudelaire, *Écrits sur l'art*, París, Le Livre de Poche, 1992, pp. 513-514.

[8] Véase Félix de Azúa, *op. cit.*, p. 72.

[9] Charles Baudelaire, *Fusées* (1917). La cita procede de Charles Baudelaire, *Diarios íntimos. Cohetes. Mi corazón al desnudo*, traducción de Rafael Alberti, Sevilla, Renacimiento, 1992, pp. 21-22.

[10] Jaime Gil de Biedma, «Emoción y conciencia en Baudelaire», publicado por primera vez en *Revista de Filología Moderna*, núm.. 4 (1961) y recogido luego en *El pie de la letra*, Barcelona, Crítica, 1980.

[11] Friedrich Hölderlin, «Patmos» (1803). La traducción es de Eduardo Gil Bera en Friedrich Hölderlin, *Poemas,* Barcelona, Lumen, 2012.

[12] Véase Charles Baudelaire, *Mi corazón al desnudo*, *op. cit.,* p. 65.

[13] *Ibid.*, p. 76.

[14] Véase Charles Baudelaire, *Cohetes*, *op. cit.*, pp. 40-42.

Al lector

[15] *Trimegisto*. Significa en griego «tres veces más grande» y era el epíteto de Hermes, el dios mensajero.

[16] *Helminto*. Cultismo de origen griego que significa «gusano».

[17] *Febo*. Uno de los epítetos del dios Apolo, metáfora aquí del sol. Si no se indica lo contrario, todos los mitos que aparecen en los poemas pertenecen a la mitología griega.
[18] *Cibeles*. Deidad de origen frigio considerada diosa de la madre tierra y de la naturaleza.
[19] Pierre Puget (1620-1694) pintor, escultor y arquitecto francés del barroco.
[20] *Minturna*. Adjetivo derivado de Minturno, antigua ciudad rodeada de pantanos.
[21] *Pan*. Semidiós de los pastores y los rebaños.
[22] *Sísifo*. Fundador y rey de Éfira, fue castigado por impiedad a subir eternamente en los infiernos una gran roca hasta lo alto que luego volvía a rodar hacia abajo.
[23] *Caronte*. Barquero del Hades, encargado de transportar, a cambio de un óbolo, las sombras de los muertos al otro lado del río Aqueronte.
[24] *Antístides*. Filósofo griego, discípulo de Platón, fundador de la escuela de los cínicos.
[25] *Sganarello*. En la versión que del mito hizo Molière en su *Don Juan* (1665), Sganarelle es el criado de don Juan, don Luis es el padre del protagonista y Elvira su esposa.
[26] Paul Gavarni (1804-1866), célebre caricaturista de la época.
[27] Sobre la escultura de Ernest Christophe (1827-1892) había escrito Baudelaire en su reseña del «Salon de 1859».
[28] El título de este poema está tomado de un verso del poeta latino Juvenal (*Sátiras,* VI, 130) dedicado a Mesalina, tercera esposa del emperador Claudio, conocida por su sexualidad insaciable: «et lassata viris sed non satiata recessit» ('y se retiró cansada de los hombres pero no saciada').
[29] El río Estigia circundaba nueve veces el Hades.
[30] *Proserpina*. La Perséfone griega, en la mitología romana es la esposa de Plutón, el rey del inframundo. Plutón raptó a Proserpina y, en venganza, la madre de la joven, Ceres, diosa de los campos y la fertilidad, agostó la naturaleza hasta que Júpiter les obligó a llegar a un pacto por el que Proserpina pasa tres meses en el Hades con Plutón para volver luego, origen mitológico de la sucesión del invierno y la primavera.
[31] El título del poema procede del Salmo 129: «De profundis clamavi ad te Domine; Domine, exaudi vocem meam» ('Desde lo más hondo te gritaba, Señor; Señor, escucha mi voz').
[32] El título de poema significa, en latín, «siempre la misma».
[33] El título de este poema, «Sisina», era el sobrenombre de Elisa Neri, una mujer partidaria de los revolucionarios italianos y amiga de Apollonie Sabatier, una de las musas de Baudelaire.
[34] Damos la traducción de este poema escrito por Baudelaire en latín —en tercetos encadenados propios de la literatura medieval— y dedicado a una dama desconocida:

Te cantaré con cuerdas nuevas,
oh pequeña corza que juegas

en la soledad de mi corazón.

Que te adornen las guirnaldas,
¡oh mujer delicada
que de los pecados nos redimes!

Como de un benéfico Leteo
sacaré besos de ti,
impregnados de un imán.

Cuando la tempestad de los vicios
desfiguró todos los caminos,
apareciste tú, Deidad,

como estrella salvadora
en los naufragios amargos...
¡Ofrendaré el corazón en tu altar!

Alberca llena de virtudes,
fuente de eterna juventud;
¡da voz a unos labios mudos!

Quemaste lo que era sucio;
aplanaste lo rugoso,
llenaste de fuerza lo débil.

En el hambre dame taberna
dame luz en mi oscuridad,
gobiérname con rectitud.

¡Añade ahora fuerza de hombre,
baño dulce y suave
con ungüentos fragantes!

Brilla alrededor de mi cintura,
¡oh cinturón de castidad
bañado en agua seráfica!

Plato con piedras preciosas,
pan salado, tierno manjar,
¡vino divino, oh Francisca!

[35] El título del poema significa «triste y errante».
[36] *Érebo*. El río del infierno.
[37] *Danaides*. Las cincuenta hijas del rey Danao, condenadas en el inframundo a echar agua a un tonel sin fondo por haber asesinado a sus maridos.
[38] *Hidra de Lerna*. Monstruo acuático policéfalo que tenía la capacidad de regenerar las cabezas que se le cortaban. Su guarida era el lago de Lerna, en el golfo de la Argólida. Bajo sus aguas había una puerta al inframundo custodiada por la hidra.
[39] *Leteo*. Río del olvido.
[40] Las iniciales, que también aparecen al principio de *Los placeres artificiales*, suelen atribuirse a Juliette Gex-Fagon, una de las musas de Baudelaire. Por otra parte, el título del poema es una palabra griega que significa «el que se causa daño a sí mismo» y que dio título a una comedia del escritor latino Terencio Afro.

Cuadros parisienses

[41] Remi Belleau (1527-1577), poeta francés del grupo renacentista de la Pléyade.
[42] Pierre de Ronsard (1524-1585), «príncipe de poetas», el miembro más importante y conocido, junto a Joachim du Bellay, de la Pléyade.

[43] La dinastía Valois reinó en Francia desde 1328 hasta la muerte de Enrique III en 1589.
[44] *Véfour*. Referencia a Le Grand Véfour, un restaurante de lujo que aún existe en París.
[45] Victor Hugo (1802-1885) es uno de los grandes escritores franceses románticos. Andrómaca es la esposa y luego viuda de Héctor. Baudelaire está pensando sobre todo en la *Eneida* de Virgilio.

[46] *Simois*. Un dios río de la Tróade.
[47] El poeta latino Ovidio dice en sus *Metamorfosis* (I, 85-86) que los dioses hicieron la cara del hombre de tal modo que pudiera mirar a los cielos.
[48] *Eponina*. Heroína gala del siglo I cuyo nombre utilizó Victor Hugo en su novela *Los miserables*. *Lais*. Una cortesana griega de la época de Pericles.
[49] *Frascati*. Antiguo casino de París. *Vestal*. En Roma, las vestales eran las sacerdotisas de Vesta, diosa del hogar. En el verso siguiente se menciona a Talía, una de las dos musas del teatro, que inspiraba la comedia y la poesía burlesca.
[50] *Tívoli*. Fue un parque de atracciones de París.
[51] *Hipogrifo*. Criatura mitológica, mitad caballo y mitad grifo, otro animal mítico con cabeza de águila y cuerpo de león.

[52] Ernest Christophe (1827-1892) era un escultor francés que le había regalado a Baudelaire una estatuilla representando el esqueleto de una mujer.

[53] *Antinoos*. El bello joven amante de Adriano.
[54] *Pomona*. Diosa romana de los jardines y las huertas. Era habitual, en Francia, su representación escultórica en los jardines, lo mismo que la de Venus, diosa del amor y custodia de los huertos.
[55] Constantin Guys (1805-1892) fue un dibujante y acuarelista francés, autor de escenas urbanas, a quien Baudelaire dedicó uno de sus ensayos más importantes: «El pintor de la vida moderna», imprescindible para entender su idea de modernidad.

El vino

[56] *Pactolo*. Pequeño río cercano a la costa egea de Turquía. Según Heródoto, era aurífero y por eso se convirtió en símbolo de riqueza.

Flores del mal

[57] *Baco*. Dios romano del vino.
[58] *Citera* o *Citerea*. Era, al sur de Grecia, una isla consagrada a Venus, diosa del amor.
[59] *Eldorado*. Región mítica y paradisíaca, conocida en Francia gracias, sobre todo, al *Candide* de Voltaire.

La muerte

[60] Las iniciales corresponden al fotógrafo Félix Nadar (1820-1910), autor de varios retratos de Baudelaire.
[61] Maxime du Camp (1822-1894) fue un escritor y viajero, amigo de Baudelaire y Flaubert, gran defensor del progreso, las ciencias y la democracia.
[62] *Icaria*. Isla griega, fue nombrada así por Dédalo para conmemorar a su hijo Ícaro.
[63] *Capua*. Ciudad de Italia en la Campania en la que Aníbal se demoró demasiado tiempo para gozar de sus placeres antes de atacar Roma.
[64] *Pílades*. Gran amigo de Orestes, se acabó casando con Electra, hermana de este. Esquilo recreó el mito en *La Orestíada*.

Los despojos

[65] *Lesbos*. Isla griega famosa por haber sido la patria de la poeta Safo, cantora del amor lésbico. Hay que recordar que Baudelaire quiso en un principio titular *Las lesbianas* lo que acabaría siendo *Las flores del mal*.
[66] *Friné*. Fue una cortesana griega. *Pafos*. Ciudad de Chipre consagrada a Venus.
[67] Desde los acantilados de la isla de Leucas se lanzaban los amantes despechados, como hizo, según la leyenda, la poeta Safo de Lesbos.
[68] Delfina e Hipólita son nombres ficticios.
[69] *Nepente*. Bebida que los dioses utilizaban para curarse las heridas y que además

producía olvido, como el agua del río Leteo.
[70] *Antíope*. Reina de las amazonas, cuya extraordinaria belleza sedujo a Zeus.

Galanterías

[71] *Febe*. Es aquí uno de los epítetos («brillante») de Artemisa, diosa de la luna.
[72] Berthe podría ser uno de los pseudónimos teatrales de Jeanne Duval, una de las amantes de Baudelaire.

[73] Louis Veuillot (1813-1883), articulista católico que había criticado severamente a Baudelaire.

Epígrafes

[74] Honoré Daumier (1808-1879) fue un dibujante y caricaturista francés.
[75] *Melmoth*. Protagonista de la novela *Melmoth el errabundo* del escritor irlandés Charles Maturin. *Mefisto*. Personaje del *Fausto* de Goethe. *Alecto*. Una de las Erinias —las Furias en Roma—, la encargada de vengar los delitos morales.
[76] En la primera edición de *Los despojos*, Baudelaire incluyó la siguiente nota a este poema, firmada por el editor: «Estos versos fueron compuestos como inscripción a un maravilloso retrato de la señorita Lola, bailarina española, hecho por el señor Édouard Manet que, como todos sus cuadros, ha provocado escándalo. La musa del señor Baudelaire resulta tan sospechosa en general que ha suscitado críticas burdas al denunciar un sentido obsceno en “el encanto de una joya, rosa y negro”. En nuestra opinión, el poeta simplemente ha querido decir que una belleza, de un carácter a la vez tenebroso y alocado, hacía pensar en la asociación de rosa y negro».
[77] El cuadro de Eugène Delacroix (1768-1963) se había expuesto en las galerías del Basar Bonne-Nouvelle de París. Torcuato Tasso (1544-1595) fue un poeta italiano, autor del poema épico *Gerusalemme liberata*.

Piezas diversas

[78] *Harpagon*. El protagonista de *El avaro* de Molière.

Bufonadas

[79] Amina Boschetti fue una bailarina que Baudelaire vio actuar en París en 1864.
[80] *Prácrito*. Nombre con el que se designa al conjunto de lenguas vulgares que se hablan en la India, en contraposición al sánscrito, el idioma antiguo y culto. El título del libro que se menciona no se ha identificado.
[81] En el original, Baudelaire escribe «faro», una marca de cerveza belga.
[82] Se refiere al pintor francés Jean-Baptiste Camille Corot (1796-1875).

[83] Gilles-Marie Oppenord (1672-1742), dibujante, arquitecto y diseñador.
[84] Paulino Fortunio Niboyet era un escritor contemporáneo de Baudelaire, al parecer muy prolífico y mediocre.
[85] El tal Monselet era un escritor francés, contemporáneo de Baudelaire, que al parecer le había afeado sus versos truculentos.

Añadidos a la tercera edición

[86] Baudelaire escribió este poema a los veintidós años para celebrar la publicación de *Les Caryatides* de su amigo Théodore de Banville (1823-1891).
[87] El poema es una traducción parcial de «The Song of Hiawatha» de Henry Wadsworth Longfellow (1807-1882). El compositor Robert Stoepel le había encargado la traducción con el fin de componer un oratorio que al final no se hizo. Traducimos Guitchi Manitú de acuerdo con la pronunciación que indicó Baudelaire.

[88] «Escucha a quien te suplica.»
[89] *Creso*. Último rey de Lidia.
[90] El abismo es una imagen habitual en la filosofía de Blaise Pascal (1623-1662).
[91] *Cintia*. Uno de los epítetos de Artemisa en tanto que diosa de la luna.
[92] *Endimión*. Un joven doncel del que se enamoró Selene, la luna, que pidió a Zeus que le concediera la vida inmortal.
[93] Pierre-Jean de Béranger (1780-1857), poeta francés, autor de canciones muy populares en la época.
[94] La frase en latín es bíblica y significa: «Y el verbo se hizo carne».
[95] Jules Barbey d'Aurevilly (1808-1889), escritor y periodista francés. Gérard de Nerval (1808-1855) fue uno de los grandes poetas románticos franceses.
[96] Baudelaire anota aquí algunas de sus influencias más importantes. Thomas Gray (1716-1771) es uno de los poetas ingleses más importantes del siglo XVIII. En cuanto a Edgar Allan Poe (1809-1849), como es bien sabido, Baudelaire tradujo muchos de sus cuentos, una novela y un ensayo, traducciones que contribuyeron a la difusión del autor norteamericano en Francia.

El spleen de París. Pequeños poemas en prosa

[97] Arsène Houssaye (1815-1896) fue un novelista, poeta y hombre de letras francés.
[98] Aloysius Bertrand (1807-1841) fue un poeta francés romántico.
[99] *Confiteor*. «Yo confieso» en latín.
[100] *Quimera*. Monstruo mitológico con cuerpo de cabra, cola de serpiente y cabeza de león.
[101] *Minos*, *Eaco* y *Radamanto*. Eran los tres jueces de los muertos.
[102] Se refiere a Luc de Clapiers, (1715-1747), marqués de Vauvenargues, moralista francés del siglo XVIII.

[103] Compárese con el poema del mismo título en *Las flores del mal*, en la p.118 de este volumen.
[104] Jean de La Bruyère (1645-1696), escritor y moralista francés.
[105] Baudelaire hace referencia a la superstición según la cual las cuerdas de los ahorcados traían suerte. La madre del niño, por tanto, pretendía comerciar con la de su hijo.
[106] *Gambrinus*. Héroe de las leyendas nórdicas europeas, mítico inventor de la cerveza.
[107] El título significa en inglés: «En cualquier parte, fuera del mundo.»
[108] Louis Francisque Lélut (1804-1877) fue un médico y filósofo francés, autor de un libro titulado *Du démon de Socrate, spécimen d'une application de la Science psychologique à celle de l'Histoire*. Jules Baillarger (1809-1890) fue un neurólogo y psiquiatra francés.
[109] Se refiere a Georges Louis Leclerc (1707-1788), conde de Buffon, científico y escritor francés.
[110] Se refiere al escritor inglés Laurence Sterne (1713-1768), autor de *Tristram Shandy*.
[111] Nestor Roqueplan (1805-1870) fue un periodista, escritor y director de teatro francés. Y Charles Agustin Sainte-Beuve (1804-1869) fue uno de los críticos literarios más importantes de la época de Baudelaire.
[112] Emanuel Swedenborg (1688-1722) fue un científico, teólogo y místico sueco.
[113] Pietro Aretino (1492-1556) fue un poeta y dramaturgo italiano, conocido sobre todo por sus *Sonetos lujuriosos*.

Los paraísos artificiales

[114] Las iniciales de la dedicatoria quizá corresponden a Juliette Gex-Fagon y son las mismas a las que dedicó el poema «El Heautontimorumenos» de *Las flores del mal*. Véase la p. 148 de este volumen.

El poema del hachís

[115] Jean Louis Ernest Meissonier (1815-1891) fue un pintor y escultor clasicista francés.
[116] «Encadenado», «enganchado», «esclavizado».
[117] Con respecto a Edgar Allan Poe, véase la nota 82 de *Las flores del mal* en la p. 299 de este volumen.
[118] Thomas de Quincey (1785-1859) fue un escritor y periodista británico perteneciente al círculo de los románticos junto a Samuel T. Coleridge o William Wordsworth. La obra que aquí comenta Baudelaire se titula *Confesiones de un opiómano inglés* (1821).
[119] Se refiere a Jean-Baptiste Joseph Fourier (1768-1830), matemático y físico francés. Emanuel Swedenborg (1688-1722) fue un científico, teólogo y místico sueco.
[120] Se refiere a la *Historia natural* del sabio latino Plinio el Viejo.
[121] Se refiere al filósofo Jean-Jacques Rousseau (1712-1778).

[122] Se refiere al protagonista de la novela gótica *Melmoth el errabundo* (1820) del irlandés Charles Maturin.
[123] *Louis Lambert* es una novela de Balzac publicada en 1832.
[124] Pietro Francavilla (1548-1616) fue un escultor francés manierista. Y Henrick Goltzius (1558-1617) fue un dibujante, grabador y pintor holandés.

Un comedor de opio

[125] Se refiere al doctor Samuel Johnson (1709-1784), el escritor, crítico y lexicógrafo inglés más importante del siglo XVIII.
[126] *Pharmakon nepenthes*. En griego, significa literalmente «medicamento analgésico».
[127] David Ricardo (1772-1823) fue un economista inglés de origen judío sefardí-portugés.
[128] Jeremy Taylor (1613-1667) fue un sacerdote y ensayista inglés, muy influyente en la época del protectorado de Cromwell.
[129] Se refiere a las *Memorias de ultratumba* de Chateaubriand, publicadas en 1848.
[130] «Tercera postración ante el negro ídolo».
[131] Baudelaire cita unos versos de su poema latino: «Franciscae Meae Laudes». En la traducción que damos en esta edición, dicen: «baño dulce y suave / con ungüentos fragantes.» Véase la p. 128 de este volumen.

[*] Tal vez la dama de las diez guineas. (*N. de Baudelaire*).

[*] Mientras escribíamos estas líneas, llegó a París la noticia de la muerte de Thomas de Quincey. Hacíamos votos por la continuación de ese destino glorioso, y se ha visto segado bruscamente. El digno émulo y amigo de Wordsworth, de Coleridge, de Southey, de Charles Lamb, de Hazlitt y de Wilson deja numerosas obras, de las cuales las principales son: *Confessions of an English Opium-Eater*; *Suspiria de Profundis*; *The Caesars*; *Literary Reminiscences*; *Essays on the Poets*; *Autobiographic Sketches*; *Memorials: the Note Book*; *Theological Essays*; *Letters to a Young Man*; *Classic Records Reviewed or Deciphered*; *Speculations, Literary and Philosophic, with German Tales and Other Narrative Papers*; *Klosterheim, or the masque*; *Logic of Political Economy (1844)*; *Essays Sceptical and Antisceptical on Problems Neglected or Misconceived*, etc. Deja no solamente la reputación de uno de los ingenios más originales, más verdaderamente humorísticos de la antigua Inglaterra, sino también la de uno de los caracteres más afables, más caritativos que han honrado la historia de las letras, tal como ingenuamente lo ha descrito en los *Suspiria de Profundis*, cuyo análisis vamos a emprender y cuyo título, en estas circunstancias dolorosas, adquiere un acento doblemente melancólico. M. de Quincey ha muerto en Edimburgo, a la edad de setenta y cinco años. Tengo entre las manos una necrológica fechada el 18 de diciembre de 1859 que puede dar pábulo a algunas tristes reflexiones. De un extremo a otro del mundo, la gran locura de la moral usurpa en todas las discusiones literarias el lugar de la pura literatura. Los Pontmartin y otros sermoneadores de salones llenan los periódicos americanos e ingleses lo mismo que los nuestros. A propósito de las extrañas oraciones fúnebres que siguieron a la muerte de Edgar Poe, ya tuve ocasión de observar que el camposanto de la literatura se respeta menos que el cementerio común, donde un reglamento de la policía protege las tumbas contra los ultrajes *inocentes* de los animales. Quiero que el lector imparcial sea juez. ¿Qué nos importa que el comedor de opio nunca haya prestado a *la humanidad servicios positivos*? Si su libro es *bello*, le debemos gratitud. Buffon, que no es sospechoso en semejante materia, ¿no pensaba que un giro feliz de una frase, una nueva manera de decir bien, tenían para el hombre verdaderamente espiritual una utilidad mayor que los descubrimientos de la ciencia; en otros términos, que lo Bello es más notable que lo Verdadero?

Si De Quincey se ha mostrado en algunas ocasiones singularmente severo con sus amigos, ¿qué autor, conocido el ardor de la pasión literaria, tendría derecho de extrañarse de que De Quincey se haya mostrado, algunas veces, consecuente con su propia opinión? Él mismo se maltrataba cruelmente; y además, como lo ha dicho en alguna parte, antes que él lo había dicho Coleridge, «la malicia no viene siempre del corazón; hay una malicia de la inteligencia y de la imaginación».

Pero he aquí la obra maestra de la crítica. En su juventud, De Quincey había hecho donación a Coleridge de una parte considerable de su patrimonio: «Es algo sin duda noble y loable, *aunque imprudente* —dice el biógrafo inglés—, pero tenía destrozada su salud y sus negocios muy desordenados, consintió con gusto en aceptar la caridad de sus amigos». Si interpretamos bien esto, quiere decir que no hay que agradecerle su

generosidad, puesto que más adelante ha abusado de la de los demás. El Genio no tiene rasgos semejantes. Para llegar hasta el punto, hay que estar dotado del espíritu envidioso y caprichoso del crítico moral. C. B. (*Esta nota está constituida por el artículo que Baudelaire publicó sobre la muerte de Thomas de Quincey en la* Revue Contemporaine*, de enero de 1869.*)

Índice

La flores del mal. El spleen de París. Los paraísos artificiales

Introducción

Nota sobre la edición y la traducción

Las flores del mal

- Al lector
- Spleen e ideal
- Cuadros parisienses
- El vino
- Flores del mal
- Rebelión
- La muerte
- Los despojos
- Galanterías
- Epígrafes
- Piezas diversas
- Bufonadas
- Añadidos a la tercera edición

El spleen de París. Pequeños poemas en prosa

Los paraísos artificiales

- El poema del hachís
- Un comedor de opio

Cronología

Sobre este libro

Sobre los autores

Créditos

Notas